

# *An ángel*



Sonia López Souto

# Un ángel

Sonia López Souto

Copyright © 2016 Sonia López Souto  
All rights reserved

En ocasiones, debemos cometer errores para alcanzar el éxito.  
En ocasiones, debemos pedir ayuda aunque no seamos débiles.  
En ocasiones, hay un ángel real que vela por nosotros.  
Para todos esos ángeles en la tierra que se merecen el cielo.

-Necesito un favor.

Fuera llovía a raudales. A lo largo de la noche la tormenta había cobrado fuerza y los relámpagos iluminaban la habitación por momentos. Solo los truenos rompían el silencio en la dormida mansión. Ya era de madrugada, pero el día parecía no querer llegar todavía.

El joven permanecía en pie, chorreando agua y completamente derrotado. Odiaba aquella situación. Había sido ambicioso y, en su soberbia, lo había perdido todo. Ahora, no tenía más opción que arrastrarse ante la única familia que le quedaba y suplicar caridad. Esa misma familia a la que había despreciado en más de una ocasión desde hacía años. Había obrado con arrogancia y estaba empezando a pagar por sus excesos. Verse sometido al antojo de aquella mujer era para él un castigo mayor que el mal cometido, pero no tenía a nadie más a quien acudir.

-Vaya, vaya –hablaba con voz suave pero firme—. Necesitas un favor. No aceptaste mis consejos hace años, alegando que nada nos unía y ahora acudes a mí pidiendo ayuda. ¿Por qué tendría que hacerlo?

-Porque somos familia y aunque yo te he despreciado, sé que tú nunca me abandonarías.

-Crees conocerme bien, Jason. ¿Estás seguro de eso?

-Mi hermano siempre decía que se había casado con un ángel. Sé que he sido muy malo contigo y que me merezco lo que me sucede, pero... un hombre tiene derecho a redimirse. Ayúdame y te prometo que cambiaré, cuñada.

-Tu hermano hablaba desde el amor que me profesaba. No soy ningún ángel,

pero es cierto que no puedo ignorar al hermano de mi difunto esposo. Le hice una promesa y la cumpliré.

-Muchísimas gracias, Amanda. No te arrepentirás.

-Desde luego que no porque me encargaré de que así sea.

-¿Qué quieres decir? –el alivio que había sentido dio paso a la confusión y el temor a haber caído en una trampa.

-Si quieres mi ayuda, tendrás que darme algo a cambio.

-No tengo nada y lo sabes. ¿Por qué crees que he acudido a ti?

-Tu hermano te amaba mucho y por eso te entregó uno de los títulos de la familia al cumplir la mayoría de edad. No quería que tuvieses que buscarte la vida como otros segundos hijos de muchas familias adineradas. Pero también conocía tu lado más irresponsable, aunque siempre esperó verte madurar y cambiar ese aspecto de tu vida, razón por la cual decidió no entregarte todo el dinero que iba asociado a tu título. Quería que te lo ganases tú mismo, pero por desgracia, murió demasiado pronto para ayudarte en eso.

-¿Dónde está ese dinero ahora? Si me lo entregas podré saldar mis cuentas y...

-No te lo entregaré, Jason –lo interrumpió–. Tu hermano odiaba la idea de verte arruinado y no seré yo quien haga eso realidad ahora. Cuando enfermó, me hizo prometer que te lo entregaría en cuanto te viese preparado para administrarlo, pero me temo que sigues siendo igual de irresponsable que hace seis años. Si te lo doy ahora, te arruinarás de nuevo en un par de años, eso con suerte.

-Si no me lo entregas me matarán.

-Aquí es donde entra mi trato. Yo pagaré tus deudas, hasta el último penique, pero tú firmarás estos documentos –lo miró atentamente, al entregárselos–. En ellos te comprometes a no volver a jugar ni apostar tu dinero y a buscar un empleo para que aprendas lo que cuesta ganarse el sueldo. Te entregaré igualmente una paga mensual fija para cubrir tus gastos, pero si descubro que incumples el trato, jamás verás un centavo de lo que queda de tu herencia.

-Pretendes robarme –la acusó, escandalizado.

-Jason Matthew Davies, ¿quién crees que soy? –por primera vez, el tono de su voz se elevó–. Lo que pretendo es seguir con el plan de tu hermano y ayudarte a ser responsable y maduro. Recibirás tu paga cada mes, sin adelantos ni

préstamos, hasta que me demuestres que puedes manejar tu herencia por tu cuenta y sin arruinarte otra vez. No pretendo quedarme con ella, aunque te lo parezca. Será tuya cuando te la ganes. Jason, solo quiero asegurarme de que tendrás un futuro mejor que la vida que estás llevando ahora. Te conozco y si te entrego ahora el dinero no tardaremos mucho en tener esta conversación de nuevo, solo que ya no habrá herencia secreta que entregarte. Por favor, confía en mí. Firma los papeles.

-¿Y si no firmo?

-Entonces tendrás que explicarle a los acreedores porqué no puedes devolverles el dinero que les debes.

-Mi hermano estaba ciego. No se casó con un ángel sino con el mismísimo demonio.

-Ya te he dicho que no soy un ángel, pero te aseguro que todo esto es por tu bien. Antes o después valorarás lo que intento hacer por ti. Y puede que incluso me des las gracias.

Jason la miró con incredulidad y desprecio, pero tomó la pluma y firmó los documentos. Para él era irónico que la salvación lo llevase directamente a la condenación. Porque, por si no fuese suficiente tener que humillarse ante ella solo para recibir una mísera paga mensual, tendría que buscar un empleo y dejar las apuestas y el juego para demostrarle que era digno de manejar su propio dinero. Su propio dinero.

Sin embargo, lo que más le dolía y avergonzaba era ver que una joven tan solo dos meses mayor que él, manejaba la fortuna de su hermano de una manera magistral y eficiente, mientras él se había dedicado a malgastar la suya hasta la ruina más absoluta. Ella era infinitamente más capaz y eso hacía hervir su sangre.

Su cuñada tenía un don. Una sonrisa, un par de dulces palabras y tenía en sus manos a quien quisiera. Y no se trataba tan solo de su belleza, por la que muchos la habían pretendido incluso después de saberla casada. Era más que eso, algo especial que muy pocas personas poseían y que su cuñada supo aprovechar para enamorar a su hermano pese a los veinte años de edad que los separaban. Con tan solo trece años, Amanda se había enamorado de él en cuanto lo vio. Durante un año, había hecho lo imposible por que se fijase en ella, hasta que por fin lo logró. A sus catorce años ya se habían comprometido y en su debut en Londres dos años después, ya fue presentada en sociedad

como la duquesa de Sheffield, pues no tardaron ni seis meses en contraer matrimonio desde su compromiso. El suyo había sido un amor único, aunque demasiado corto. Tan solo cuatro años les duró la felicidad.

A pesar de su corta edad, Amanda supo ganarse el respeto y la admiración de todos en poco tiempo y él la había envidiado por ello. Pero sobre todas las cosas, la había querido. Era imposible no hacerlo cuando la conocías. Sin embargo, tras la muerte de su hermano ella decidió esconderse del mundo y el cariño que una vez le había tenido, se había convertido en resentimiento al verla desperdiciar un don por el que él habría dado todo por tenerlo.

-¿Contenta? –le lanzó el papel firmado y caminó hacia la puerta deseoso de alejarse de ella cuanto antes. La humillación que sentía en ese momento pesaba demasiado sobre él.

-Jason –lo llamó antes de que cerrase la puerta y él la miró.

La belleza de su cuñada era innegable, aún cuando se salía de los estereotipos establecidos. Era pequeña y delicada como una flor y poseía unos profundos ojos verdes que hechizaban a todo aquel que osase mirarlos. Su cabello rojo llamaba la atención allí donde fuese. Era tan hermosa que quitaba la respiración.

-Tus deudas ya están pagadas –le confesó. Pues aun habiendo logrado lo que quería, su cuñada odiaba mentir–. Di la orden hace horas. Lamento haberte engañado para que firmases los documentos. Te aseguro que solo busco tu bienestar.

Jason se sintió extrañamente agradecido por saber la verdad, pero asintió bruscamente y se fue. A pesar del alivio que sentía por no seguir amenazado de muerte, el hecho de que Amanda le acabase de dar una lección de humildad todavía envenenaba su mente.

Amanda permaneció en silencio e inmóvil durante un instante después de que Jason abandonase su despacho. El despacho que había pertenecido a su esposo hasta el día de su muerte. Su cuñado siempre había sido un hombre difícil. Ella había visto la pasión y la generosidad de su corazón, pero al parecer, él se había empeñado en usarlas del modo inadecuado. Utilizaba esa pasión para meterse en líos y su generosidad se había vuelto en su contra convirtiéndolo en un imán para los aprovechados. Se estaba dejando consumir por el juego y los vicios, rodeado de gente que solo buscaba una vida fácil. Amanda había tratado de hacérselo ver, pero este se negaba a afrontar la realidad de la

situación. Tras seis años luchando por él sin éxito, el desánimo le estaba ganando la batalla. Esa noche había jugado su última carta. Si aquello no funcionaba, ya no sabía qué más podía hacer.

-Debería descansar, excelencia. Parece agotada.

-Sí, Maggie, lo estoy –suspiró– ¿Qué hora es?

-Es más hora de levantarse que de acostarse. Ha estado toda la noche despierta, excelencia. Otra vez.

-Pero no puedo acostarme todavía. El señor Harper aún no ha llegado y necesito hablar con él.

-Lleva dos noches en que apenas duerme, excelencia. Eso no es sano.

-No te preocupes, Maggie, estaré bien –le sonrió con ternura–. Tú encárgate de que todo esté listo para la fiesta de mañana.

-Ya es mañana, excelencia –su voz sonó a reproche. Cualquiera otro la habría reprendido por usar ese tono con su señor, pero Amanda se limitó a sonreír de nuevo–. La fiesta es esta noche y usted debería ir a descansar.

-Agradezco tu preocupación, Maggie –le dijo con cariño–, pero ya he tenido una madre y no necesito otra. Descansaré cuando todo esté arreglado, no antes.

-Piensa demasiado en los demás, excelencia –le reclamó– y se olvida de usted misma.

-Y tú te preocupas demasiado por mí, Maggie.

-Alguien tiene que hacerlo, ya que a usted no parece que le importe.

Maggie había servido a su esposo durante muchos años y había demostrado ser fiel a sus señores. Amanda la consideraba más como a una madre que como a su ama de llaves, por más que le dijese que no necesitaba otra. Había llegado a quererla como si de su propia familia se tratase y sabía que si le faltaba algún día la echaría demasiado de menos. Era una mujer robusta, pero de dulce mirada. Sabía cómo llevar la casa con autoridad, pero con cariño. Era muy eficiente, pero muy buena también y eso era lo que más le gustaba a Amanda. En el fondo se parecían mucho.

Se levantó cuando Maggie abandonó el despacho murmurando por lo bajo. Necesitaba moverse un poco, pues llevaba más de seis horas tras aquel escritorio, tratando de solucionar una vez más los problemas de su cuñado, antes de que los acreedores decidiesen tomarse la justicia por su mano.

Anthony Harper le había sido, como siempre desde la muerte de John, de gran ayuda. Nunca le había fallado. Ni a John, antes que a ella, y por eso lo había mantenido en su puesto cuando se tuvo que hacer cargo de los negocios de su esposo.

Con cada movimiento, la amplia falda de su vestido bailaba a un lado y a otro. En aquel momento agradecía enormemente la gran cantidad de enaguas que exigía la moda, pues la mañana se presentaba fría. Colocó el chal sobre los hombros, tratando de proteger esa parte de su cuerpo que el escote no lograba cubrir. Estaba amaneciendo, pero sería un día oscuro. El verde pálido del fino vestido de tarde, que ni había tenido tiempo de cambiar desde que se enteró de los nuevos apuros económicos de su cuñado, contrastaba con aquella mañana de tormenta.

Se acercó a la ventana que estaba junto a la chimenea con la esperanza de que el calor que todavía proporcionaba alejase el frío de su cuerpo, mientras espiaba entre los cipreses del jardín principal. Sabía que debía dormir un poco antes de la fiesta de aquella noche, pero no quería irse sin hablar con Anthony. Ya no debería demorarse mucho en volver.

Mientras esperaba, recordó las fiestas que habían dado cuando su esposo todavía vivía. Siempre habían sido conocidas en todo Londres y muchos habían deseado recibir una invitación. Entre aquellas paredes se habían presentado en sociedad docenas de jóvenes casaderas y muchas de ellas habían encontrado esposo también allí.

Tras la muerte de John, presa de un gran dolor que consumía sus fuerzas y sus ganas de seguir adelante, decidió terminar la temporada antes de tiempo y cerrar las puertas de la mansión. Desde aquel día no había vuelto a participar en ningún baile ni los había organizado. Se había alejado de la vida social durante seis largos años.

Aquella fiesta era la primera que daba tras la muerte del duque y muchos la esperaban con impaciencia. Amanda no deseaba reiniciar su vida en sociedad, pero su deber como duquesa de Sheffield le obligaba a hacerlo. Lo había estado posponiendo ya demasiado. Pero sobre todo, lo hacía por Jason. Reintroducirse en la vida social londinense era una desesperada acción para intentar acercarse a él y hacerle ver que la vida que llevaba acabaría por destruirlo.

Su difunto esposo había tenido la esperanza de que convertirlo en el marqués

de Durham sería suficiente para convertirlo en un hombre responsable y maduro, como le había sucedido a él tras la muerte de sus padres, pero Jason decidió que gastar su fortuna en el juego era más placentero. John había intentado guiarlo, pero le faltó tiempo y le hizo prometer a Amanda que le ayudaría. Cuando aceptó el reto, no sabía que sería tan difícil de cumplir.

El mayordomo, con ese rictus serio que lo caracterizaba, entró tras golpear la puerta un par de veces, anunciando la llegada de Anthony. No había hombre más honorable, digno y respetable que él, pero la formalidad extrema de la que hacía gala irritaba en muchas ocasiones a Amanda.

-Hazlo pasar, Edward –permaneció en silencio, en el lugar donde estaba porque ni siquiera tenía fuerzas para sentarse de nuevo tras el escritorio.

Cuando Anthony entró, la encontró calentando sus frías manos en la prácticamente extinta lumbre. Se veía cansada. Las ojeras oscurecían sus bellos ojos y la sonrisa que esgrimía siempre había desaparecido tras un gesto de preocupación. Llevaba el cabello revuelto y vestía todavía con un ligero vestido de tarde. Ni siquiera se molestó en ocultar lo inadecuado de su ropaje y se limitó a ofrecerle asiento con una mirada rápida. No era una mujer vanidosa y superficial, como la mayoría de las mujeres de la alta sociedad londinense. Amanda era sensata e inteligente. Para Anthony era un honor trabajar para ella.

-¿Está todo solucionado, señor Harper? –le preguntó tras unos segundos de absoluto silencio.

-Sí, excelencia.

-Bien –suspiró como si se viera liberada de una pesada carga–. Muchas gracias, señor Harper. Una vez más, me ha salvado la vida.

-No lo creo, excelencia –sonrió, aunque Amanda se encontraba de espaldas a él–, pero ha sido un placer poder ayudarla.

El silencio regresó al despacho, pero no resultó incómodo, pues Amanda desprendía un aura de serenidad que se le antojaba relajante. Anthony aprovechó para observarla mejor y admirar su belleza. Era muy joven todavía a pesar de ser viuda. Muchos habían esperado ansiosos a que terminase su duelo para poder cortejarla, pero ella se había ocultado del mundo durante seis años, apenas saliendo de casa salvo para atender sus negocios.

-¿Firmó los papeles? –le preguntó tras la breve pausa.

-Sí. Creí que descubriría mi trampa –sonrió por primera vez en dos días al mirarlo–, pero estaba demasiado preocupado por su vida y demasiado incómodo por tener que pedirme semejante favor.

-Debería decirle la verdad –habían mantenido aquella disputa docenas de veces desde que le había contado su idea, sin llegar a un acuerdo–. No le agradecerá el sacrificio que ha hecho por él.

-Cuando lo propuse no lo consideré un sacrificio, sino más bien una inversión. Además, no deseo que me agradezca el dinero, sino la ayuda.

-Para agradecerle la ayuda, primero ha de saber que no había más dinero y que se lo inventó usted.

-No, Tony –en ocasiones se permitía llamarlo por su nombre–. Si perdiendo este dinero consigo que Jason se convierta en un hombre de provecho, entonces lo daré por bien empleado. Él no tiene por qué saber que el dinero es mío. Bastante duro le ha resultado venir a pedirme ayuda.

-¿Realmente cree que cambiará? Yo tengo mis reservas.

-Tenga un poquito de fe en mi cuñado.

-Su esposo tenía fe en él y mire a dónde nos ha llevado. Temo que lo único que logre con este nuevo plan sea perder tiempo y dinero. Y disgustarse al ver que Jason seguirá siendo un calavera. Debería pensar más en usted, excelencia.

-Parece que esta mañana os habéis puesto todos de acuerdo en decirme lo que debo hacer y lo que no –no estaba enfadada sino sorprendida–. Creo que he sabido cuidarme bastante bien hasta ahora. Jason no debe enterarse de que el dinero es mío y no hay más que hablar.

-Como quiera, excelencia. Después de todo es su dinero.

-Cierto –lo miró con cariño tras la breve reprimenda–. Deberías regresar a casa, Tony. Linda estará preocupada por la tardanza.

-Linda sabe que he estado haciendo un trabajo para usted.

-Pero es tarde o más bien temprano. Vaya a casa y dele un beso a su pequeño de mi parte –sonrió al recordar al hermoso hijo de su secretario–. Espero verlo esta noche a mi cumpleaños.

-No será más que una molestia, excelencia. Igual que nosotros.

-No, desde luego que no –endureció su rictus–. Deseo que los tres acudáis a

mi cumpleaños. Si he de dar una fiesta, prefiero rodearme de amigos.

-Tendrá muchos invitados de los que ocuparse, no creo que...

-Si no venís me sentiré muy ofendida, Tony –se giró para evitar así que Anthony continuase excusándose–. Os veré esta noche a los tres.

-Aquí estaremos, excelencia –cedió finalmente.

En cuanto se quedó sola de nuevo, cerró los ojos, aliviada de que todo hubiese salido bien aquella noche. Sin la ayuda de Anthony no lo habría logrado. Le debía mucho y sabía que nada de lo que hiciese por él sería suficiente recompensa.

Dejó vagar su mente por los recuerdos, algo que últimamente hacía mucho, mientras sus pies se arrastraban hasta su cuarto. El mismo que había compartido con su esposo cada noche de su matrimonio. Cientos de imágenes la asaltaron de golpe y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Una de ellas predominaba sobre las demás, empequeñeciendo los buenos momentos que habían vivido.

*-Eres muy joven, Mandy. Tienes toda la vida por delante. No la desperdicies recordando a un fantasma.*

*-No eres un fantasma, John. Eres mi esposo –ardía en fiebre y no podía hacer otra cosa que mojarle el rostro con paños fríos para aliviar su malestar. No había cura posible para él.*

*-Pronto dejaré esta vida y quiero irme sabiendo que buscarás un esposo y tendrás esos hijos que yo no pude darte.*

*-No quiero otro esposo –negó fuertemente–. Te quiero a ti.*

*-Por favor, mi amor, no lo hagas más difícil. Prométeme que te volverás a casar. Eres joven, mereces ser feliz.*

*-Soy tu es...*

*John le tapó la boca con una mano temblorosa y le sonrió. Con una sonrisa que ni la fiebre ni el dolor podrían oscurecer nunca. Con una sonrisa que le decía cuanto la amaba.*

*-Prométemelo, cielo. No importa el tiempo que necesites para llorarme. Prométeme que después buscarás la felicidad con otro hombre.*

*-¿Cómo puedes pedirme eso, esposo mío? Te estás mu... –no podía decirlo*

*sin que las lágrimas se le escapasen—. Te amo a ti. Desde el primer día en que te vi no quise a ningún otro. No puedes pedirme que me case de nuevo. No puedo prometerte que lo haré.*

*-Mi amor –la abrazó. Estaba ardiendo—. Mi cielo. Mi vida. Mi todo. Te amo. El día que descubrí tu amor fue el más feliz para mí, pero eres joven y la pena nunca es duradera. Solo deseo que encuentres la felicidad en otro que tú me has proporcionado a mí. Prométemelo. Es lo único que te pido para poder irme en paz.*

*-Te lo prometo –le dijo finalmente. Lo miró sonriendo tal y como solía hacerlo cuando él le decía que la amaba—. No sé cuándo podré hacerlo, pero te prometo que seré feliz. Por ti. Por nuestro amor.*

*-No, mi bien. Sé feliz por ti.*

*Un ataque de tos le impidió seguir hablando durante un par de minutos. La vida se le escapaba por momentos y no había nada que pudiesen hacer para evitarlo. ‘No pasará de esta noche’, le había dicho el médico a Amanda. Las lágrimas volvieron a sus ojos al ver que no dejaba de toser.*

*-No llores, mi amor. Ya estoy mejor –su debilidad no le impedía sonreír a su joven esposa—. Dime una vez más que me amas como solo tú sabes hacerlo.*

*-Te amo, John Davies –mientras hablaba lo iba besando en los ojos, la nariz, la boca... Era un juego que había inventado tras contraer matrimonio—. Solo a ti. Por siempre a ti. Te amo con locura. Con ternura. Con pasión. Te amo más allá de la vida y de la muerte porque mi amor es eterno, imperecedero. Jamás dejaré de amarte. Porque tú eres mi vida, mi luz, mi sostén. Te amo.*

*John le sonrió una última vez y cerró los ojos. Había muerto y Amanda se sintió muy sola. Seis años después de aquella terrible noche, todavía se sentía sola.*

Anthony abandonó la casa, cubriendo su rostro con las solapas de su abrigo para aplacar el frío de la mañana. Se encontraba realmente cansado después de una larga noche negociando con los prestamistas que exigían un pago exorbitado por las deudas de Jason. No podía entender cómo aquel joven era capaz de perder tal cantidad de dinero en tan poco tiempo y rezó para que a Amanda no se le ocurriese cometer una nueva locura para ayudarlo, aparte de saldar aquella deuda. Pero había sido en vano, pues la joven decidió entregarle una enorme cuantía, idéntica a la que le había correspondido una vez al marqués de Durham.

Toda aquella situación lo hacía enfurecer. Había gente que no cambiaba porque no quería y Jason parecía ser uno de esos. Ese muchacho no escarmentaba a pesar de las veces que había estado al límite. Más de las que él mismo sabía, pues Amanda había sabido cubrirle las espaldas en aquellas ocasiones en que supo de sus apuros financieros. Y Anthony odiaba al marqués por no saber apreciar lo que tenía, pues no todos habían nacido afortunados como él.

Él era uno de los tantos hijos segundones que había tenido que buscarse la vida para sobrevivir. Su hermano había heredado los títulos y riquezas de la familia y a él solo le quedó estudiar en la universidad para intentar encontrar un empleo digno que le ayudase a cubrir sus gastos y, con suerte, poder fundar su propia familia. Había tenido la fortuna de conocer a John Davies en la universidad. Se hicieron amigos rápidamente a pesar de la diferencia de edad y de estatus, y cuando John heredó los títulos y propiedades de su padre, recurrió a Anthony antes que a nadie para que le ayudase con las finanzas. John siempre lo había considerado digno de su confianza y durante diez años él le demostró que no se había equivocado al elegirlo.

Tras la muerte de su amigo creyó que su empleo peligraba, ya que Amanda no era más que una joven inexperta, fácilmente manipulable. O eso había creído, pues la duquesa resultó ser mucho más madura que la mayoría de jovencitas de su edad. Con tan solo dieciocho años de edad se hizo cargo de los negocios de su esposo y supo aumentar su capital con nuevos proyectos, en los que siempre contó con su opinión y consejo. La confianza ciega que depositó en él le llegó al corazón y desde entonces juró cuidar de ella lo mejor que pudiese. Y por eso nunca dudaría en acudir al llamado de Amanda, ya fuese por Jason o por cualquier otro motivo, incluso si ello suponía salir a medianoche y recorrer los bajos fondos para dar con la gentuza menos deseable de la ciudad.

Aún así, había intentado convencerla de que dejase a su cuñado a su suerte, pues creía firmemente que era el único modo de que él abriese los ojos. Sin embargo, era tan fiel a su familia, que no podía concebir la idea de abandonarlo sin más cuando necesitaba su ayuda. Pero Anthony sabía que Amanda se había centrado en la salvación de Jason, no solo porque sentía que era su deber, sino también para evitar pensar en sí misma y en lo sola que estaba desde la muerte de su esposo.

Después de seis años, todavía lo amaba y no era capaz de alejar su recuerdo para intentar rehacer su vida. Probablemente todo habría sido más fácil si hubiesen tenido al menos un hijo, pero el destino quiso que John muriese antes de que lo hubiesen logrado. Desde entonces, Amanda había tratado de ocupar el hueco que su esposo había dejado en ella con trabajo y con su preocupación por Jason, pero no lo había logrado del todo.

La casa se le antojaba grande y solitaria a pesar de tener una decena de sirvientes a su cargo. El trabajo no la llenaba como al inicio, pues apenas suponía un desafío para ella ahora. Y Jason parecía ser un caso perdido que le daba más disgustos que alegrías. Anthony lo sabía bien porque lo habían hablado en cada ocasión en que las penas de la joven la sobrepasaban y lo buscaba para desahogarse. Sin embargo, a pesar de todas las confidencias, sospechaba que había mucho más detrás de sus brotes de tristeza extrema. Muchos sentimientos reprimidos y, sobre todo, ciertas promesas por cumplir que no había tenido el valor de enfrentar por el momento. No habían sido más que pequeñas insinuaciones en algún momento de debilidad, pero podía hacerse una idea de lo que su amigo esperaba que ella hiciese. Aunque eso era algo en lo que él ya no podía ayudarle.

-¿Cómo se encuentra lady Amanda?

Linda, la esposa de Anthony era una mujer bella. No tanto en su exterior sino más bien por dentro. Poseía un carácter tranquilo, era educada y siempre tenía una palabra dulce en los labios. Poco importaba que su rostro no fuese hermoso porque ella sí lo era. Anthony se había enamorado de ella en cuanto la había oído hablar.

-Cansada –la besó en la frente con cariño. Estaba alimentando a su pequeño Tony y no quería interrumpirla–. Estos dos últimos días han sido duros con todo el problema de su cuñado.

-Debería dejar de preocuparse por ese joven. Me temo que no cambiará nunca y la llevará a la ruina.

-Lady Amanda cree que todavía hay tiempo para que se redima. Deposita demasiada confianza en él. En todo el mundo, en realidad. Es demasiado buena.

-Es maravillosa, Antho. Si en el mundo hubiese más gente como ella, no habría tanta miseria –miró a su bebé–, pero es única.

-No tan única –le regaló una mirada cargada de amor que decía más que las palabras. Para él, Linda también era maravillosa–. ¿Cómo ha pasado el día nuestro hijo?

-Bien, durmiendo y comiendo. No hace otra cosa.

-Solo tiene seis meses –sonrió–. Dale tiempo.

Tony había sido un hijo muy deseado y largamente esperado. Durante sus once años de matrimonio habían intentado tener, en vano, un hijo y justo cuando ya se habían dado por vencidos, llegó. Era una bendición para ellos.

-Será tan listo como su padre –continuó hablando mientras lo cogía en brazos– y tan bello como su madre.

-Esperemos que no –rió ella–. Al menos en lo que respecta a mi belleza. El pobre sería demasiado feo.

-Pero si tú eres bella, mi amor.

-Solo ante tus ojos, Antho –lo miró con adoración–. Dios me ha bendecido con un maravilloso esposo y un hijo perfecto. He sido muy afortunada. Mi madre creía que me quedaría soltera.

-Exageraba, sin duda.

Pero no era así. Linda tenía ya 22 años cuando se casaron, una edad muy avanzada en aquella época para el matrimonio. En una medida desesperada de su madre al ver que pasaban los años y nadie se interesaba, habían decidido explotar su físico, casi perfecto, para atraer la atención de posibles maridos. Sin embargo, no fue aquel cuerpo de formas exuberantes lo que atrajo a Anthony, sino su melodiosa voz y su constante sonrisa. Cada vez que lo miraba, se sentía el hombre más afortunado de la tierra y, para él, eso era infinitamente más importante que la belleza. Porque la belleza se corrompe con el tiempo, pero los sentimientos perduran.

Linda era una heredera, no de una familia con título nobiliario, pero lo suficientemente importante como para aspirar a un hombre que sí lo tuviese. Sin embargo, se enamoró de Anthony nada más verlo y supo que sería su esposo aunque sus padres se opusiesen. Estaba dispuesta a lo que hiciese falta para que lo aceptasen, aunque solo necesitó presentárselo y decirles que lo amaba para que ellos consintiesen el matrimonio, convencidos de que sería el único hombre que la desposaría. Aún siendo un segundón sin títulos, lo acogieron como a un hijo.

A pesar de la herencia de su esposa, Anthony decidió continuar trabajando para John. Y aunque Linda era siempre invitada a numerosos bailes y eventos sociales, prefería evitarlos, pues no siempre había podido disfrutarlos debido a las malas lenguas y la crueldad de algunas personas cuando se trataba de competir por conseguir el mejor partido. Anthony solo ansiaba verla feliz así que se fueron retirando de aquella existencia escaparartista, donde todo era apariencia, en busca de otra más relajada.

-Lady Amanda desea que vayamos al baile que dará esta noche con motivo de su cumpleaños –le informó a su esposa mientras acostaba a su hijo–. No ha admitido un no por respuesta.

-Cielos, hace años que no asisto a un baile. No sé si recordaré el protocolo –evidentemente bromeaba, pues la habían criado, al igual que al resto, por y para esos eventos–. Pero no podemos ir. Tony es muy pequeño y no quiero alejarme tanto tiempo de él.

-Tenemos que llevarlo con nosotros –le explicó–. Me ha dicho que está deseando verlo de nuevo y que tendrá preparado un cuarto y una niñera para él por si el alboroto lo pone nervioso.

-Es siempre tan atenta –se abrazó a su esposo–. Debemos ir. No me gustaría

que se disgustase por nuestra culpa.

-Ni a mí, aunque preferiría no tener que hacerlo. Ya sabes que no me siento cómodo entre tanto noble.

-Te las arreglarás –le sonrió—. Pero debes dormir algo primero. Llevas demasiadas horas despierto, mi amor.

-No me negaré a acostarme unas cuantas horas. Las necesito.

-Yo me ocuparé de todo. Tú descansa.

-Te amo, mi bella.

-Yo también te amo, pero ahora ve a dormir.

Anthony se tumbó en la cama sin siquiera quitarse la ropa y se quedó profundamente dormido nada más cerrar los ojos. Su esposa, sabiendo que eso podía pasar, entró segundos después en la habitación para cubrirlo con una manta.

Se había enamorado de su esposo en aquel baile, doce años atrás, nada más verlo en la distancia, pero a medida que fue conociéndolo mejor, aquel amor se había vuelto más profundo y duradero. Admiraba la entereza de su esposo y la fidelidad que mantenía hacia Amanda. Pero sobre todo, estaba orgullosa de todo cuando había logrado por sus propios medios, incluso cuando todos creían que su dote les había solucionado la vida. Anthony era un hombre luchador y ella lo amaba y lo respetaba por eso.

-Y ahora tendré que depender de su generosidad para disponer de dinero efectivo –Jason se estaba quejando a sus amigos. El alcohol que corría por sus venas lo envalentonaba–. Mi dinero. No sabéis cuánta rabia siento al pensar en que tendré que verla cada mes cuando acuda a su casa para recoger mi asignación. Una asignación al marqués de Durham. Esto es indignante.

-¿Ya sabes qué cantidad te dará? –lo azuzaban sus amigos–. Esa bruja querrá mantenerte bien atado así que seguramente no te dará ni para un par de caprichos. Maldita mujer.

Esos a los que consideraba amigos y que estaban escuchando sus quejas ahora, no lo hacían por un interés genuino. No eran más que unos oportunistas que se habían aferrado a él como sanguijuelas desde que había heredado el título y el dinero que con él venía. Habían estado viviendo con Jason en la casa que su hermano le había entregado junto con el título y lo habían inducido a rebelarse contra sus responsabilidades y sus deberes como marqués para después vivir a su costa sin preocuparse de dar nada a cambio. Habían estado yendo de fiesta en fiesta, de club en club, gastando lo que no les pertenecía hasta provocar su ruina. Pero Jason parecía no verlo.

-No permitiré que cambie mi estilo de vida –levantó un brazo a modo de protesta y se tambaleó cuando sintió que el suelo se movía bajo sus pies–. Podrá controlar mi dinero, pero no a mí. Le exigiré que me entregue todo cuanto necesito y si se niega, buscaré la forma de que lo haga. No seré su marioneta.

Sus amigos aplaudieron su actuación, imaginando que lo que días atrás habían creído el final de una vida de lujos y vicios se quedaría en un simple susto.

Saber que la duquesa de Sheffield había ayudado a su cuñado, los tranquilizó, incluso a pesar de las imposiciones. Se decía que era una mujer generosa y eso jugaba en su beneficio. Si lo había salvado en aquella ocasión, sin duda estaría dispuesta a hacerlo cada vez que lo necesitase.

-¿Irás esta noche a su cumpleaños? –le preguntó uno de ellos.

Nadie era ajeno a aquel acontecimiento pues hacía ya seis años que la duquesa no organizaba una cena en su mansión. Todo aquel que era alguien en la ciudad querría estar invitado, pero solo unos pocos serían los afortunados. Como cuñado de la cumpleañera, ellos esperaban que Jason fuese y, por ende, los invitase a acompañarlo.

-Desde luego –hablaba con dificultad después de haber pasado gran parte de la tarde bebiendo con sus amigos, gastando así los últimos peniques que le quedaban–. Iré a recoger mi primer cheque esta noche. Con tanta gente en la casa no se negará a darme la cantidad que yo le exija. La amenazaré con provocar un escándalo si no lo hace. Sé que no querrá eso en el primer baile que celebra desde la muerte de mi hermano. Se va a arrepentir de haberme quitado el control sobre mi herencia.

-Bien dicho.

Continuaron bebiendo hasta que la noche cayó sobre ellos y, a pesar de estar totalmente ebrios y apenas lograr mantenerse en pie, cuando Jason decidió que era hora de ir a reclamar su dinero, sus amigos quisieron acompañarlo. Él no se lo impidió porque creía que tenían tanto derecho como él a acudir al cumpleaños. Después de todo eran sus amigos.

La mansión de los Sheffield, situada en una zona exclusiva de Londres, era un enorme edificio de dos plantas, rodeado de un bello y amplio jardín. Esa noche estaba totalmente iluminada. Los invitados ya habían comenzado a llegar, deseosos de ver de nuevo el hogar de la duquesa tras seis años de retiro. Amanda hubiese deseado invitar tan solo a unos pocos amigos íntimos para empezar con algo asumible, pero sabía que su regreso a la vida social había creado gran expectación. En un mundo donde las apariencias lo eran todo, dejar fuera a quien se considerase importante en la ciudad habría sido un error fatal que podría catapultarla al ostracismo social. Por eso había decidido enviar una invitación personal a los amigos más íntimos de John para su cena de cumpleaños y hacer un comunicado público donde informaba de que todo aquel que se encontrase aquella noche en Londres acudiese al baile si

así lo deseaba. Era una forma de no ofender a nadie y, como faltaban meses para el inicio de la temporada, esperaba que la afluencia no fuese excesiva.

Lo había estado planificando todo durante días, procurando no olvidarse de nada ni de nadie. No se sentía más preparada que seis años atrás para reiniciar su vida social, pero creía que debía hacerlo por Jason, para limpiar su reputación después de años de excesos y una fortuna malgastada. Y porque entregarle más dinero a cambio de que abandonase la vida que había estado llevando no era garantía de que fuese a hacerlo. Con aquel acto pretendía incentivarlo al cambio. Si ella era capaz de salir de su escondite, él bien podía corresponderle cumpliendo su palabra de que dejaría todos sus vicios. Y aunque era consciente de que aquello no era más que un intento desesperado de encauzarlo por el buen camino, tenía la esperanza de que funcionase.

Decidió recibir personalmente a cada uno de sus invitados, por lo que permaneció en la entrada, tranquila y sonriente, hasta que el último de ellos estuvo dentro. Todos cuantos la veían, después de tanto tiempo, se sentían cautivados por su belleza, más madura ahora que había dejado atrás su aspecto infantil de los primeros años de matrimonio.

La cena transcurrió de manera amena y relajada, dándole la oportunidad de adaptarse de nuevo a verse rodeada de tantas personas. Cuando se inició el baile, ya no se sentía tan extraña entre ellos y pudo disfrutar de la velada.

-¿Y su esposa, señor Harper? –aquel era el primer minuto libre que tenía desde que abrió las puertas a sus invitados y lo aprovechó para acercarse a sus amigos y comprobar que todo estaba bien.

-Ha llevado a Tony al cuarto que usted mandó preparar para él, excelencia. El pobre está muy cansado y bastante irritable.

-Me temo que eso es culpa mía. Su presencia aquí también es novedad para todos –le miró preocupada.

-No se preocupe por eso. Era algo inevitable.

-Pero yo insistí en que vinieseis –le recordó—. Y ni siquiera he podido disfrutar de él. No creí que acudiese tanta gente.

-Como ha dicho de Tony, usted es la novedad aquí –le sonrió condescendiente.

-A la mayoría apenas los conozco. Muchos de los amigos de mi difunto esposo han fallecido ya y sus hijos ostentan ahora los títulos. Resulta agotador intentar recordar todos los nombres en una sola noche –suspiró—. Me hubiera gustado

coger a Tony en brazos aunque fuese un momento y olvidarme de la fiesta.

-Tal vez pueda hacerlo si se da prisa. Linda acaba de subir y seguramente Tony todavía esté despierto. Yo me encargaré de que los invitados estén bien atendidos.

-Muchas gracias, Tony –le sonrió encantada con la idea–. Bajaré antes de que noten mi ausencia. Lo prometo.

-Tómese el tiempo que necesite. Sabré arreglármelas.

En el instante en que Amanda dejaba el gran salón, un pequeño alboroto en la entrada atrajo la atención de Anthony. Se acercó con presteza para descubrir a Jason pretendiendo acceder a la casa con ayuda de sus amigos, mientras el mayordomo y varios sirvientes intentaban detenerlos. Estaban todos tan borrachos que apenas se mantenían en pie. Para cuando intervino, Jason ya había empezado a gritar.

-Silencio, marqués –Anthony lo arrastraba con él al tiempo que lo reprendía–. Debería hacer que lo arresten por venir ebrio al cumpleaños de su cuñada y armar semejante escándalo, pero si mantiene la calma, lo llevaré hasta su despacho.

-Su despacho –gritó de nuevo–. Es el despacho de mi hermano.

-Por favor, señor Davies –le rogó Anthony tirando de su brazo con más fuerza–. Vayamos al despacho.

Consiguió llevarlo con él, no sin dificultad, pues a pesar de que el alcohol mermaba sus reflejos, conservaba toda su fuerza. Sus amigos los siguieron a ambos, no queriendo perder detalle de lo que sucedería ahora. Por suerte, la música ocultó el alboroto a los invitados y Anthony pudo mandar aviso a Amanda sin que nadie descubriese lo que estaba ocurriendo.

-¿Qué sucede, señor Harper? –entró como una exhalación en el cuarto–. Edward me ha dicho que...

Al ver a su cuñado enmudeció. Estaba muy borracho, tanto que había tenido que sentarse en uno de los sillones para no caer desmayado. Sus amigos dormitaban junto a él. La imagen de su cuñado con aquel aspecto la horrorizó. Inspiró profundamente tratando de serenar su corazón y se acercó a ellos.

-Me alegra mucho que hayas venido a mi cumpleaños, Jason, pero...

-No he venido a tu estúpida fiesta –la interrumpió–, sino a por mi dinero. ¿O

creías que me olvidaría?

-Ya es tarde –le dijo con la voz desprovista de emoción–. Vuelve mañana, cuando te encuentres sereno.

-Quiero mi dinero y lo quiero ahora –su reclamo, dicho en voz alta y firme, resonó en la habitación. Jason se levantó también para dar énfasis a sus palabras, pero su postura tambaleante logró el efecto contrario.

-¿Para seguir emborrachándote? –lo miró con pena– ¿Es que no has aprendido nada en los últimos días?

-Mi dinero –insistió con voz pastosa.

Amanda se acercó a la mesa del despacho y firmó un cheque. La cantidad que le entregaría le parecía más que suficiente para todo el mes. Ni siquiera ella sería capaz de gastar todo aquel dinero aunque se comprase un guardarropa nuevo.

-Será mejor que te vayas, Jason –le dijo nada más entregarle el cheque–. No quiero que mis invitados te vean en tan lastimoso estado.

-¿Me crees estúpido? –el joven se acercó a ella con paso firme ahora, como si no hubiese estado bebiendo durante horas, y golpeó el cheque con una mano frente a ella– ¿Qué crees que voy a hacer con esta miseria que me has dado? No me llegará ni para una semana.

-¿Qué? –lo miró horrorizada–. No puedes pretender que me crea que gastas semejante cantidad de dinero en una semana. Es una locura.

-Los hombres tenemos muchos gastos.

Los amigos de Jason se acercaron a él, empujándose entre ellos para poder echar un vistazo al cheque y aquel simple gesto le hizo comprender por qué su cuñado despilfarraba el dinero. Una fría determinación se apoderó de ella entonces.

-Lo lamento mucho, Jason –le dijo con rostro serio–, pero no te daré el dinero de tu herencia para que tus amigos puedan vivir a tu cuenta como parece que han estado haciendo. Ese dinero es para ti, no para ellos. Que se busquen un trabajo también. Señor Harper, acompáñelos fuera, por favor.

Se giró sobre sus talones y regresó al salón, tratando de ignorar el malestar que toda aquella escena le había causado. Ya no podía ignorar el hecho de que, tal vez, su cuñado nunca lograra cambiar porque detrás de él había a

quien no le convenía que lo hiciese. En cuanto dilapidasen la nueva herencia, regresaría por más y, si ella se lo permitía, sería su propia ruina.

-Bien caballeros, ya han escuchado a Lady Amanda. Será mejor que se marchen ya –Anthony les indicó el camino, aunque ya lo conociesen, solo para asegurarse de que entendían lo que les decía–. Y de ahora en adelante, marqués, venga solo a buscar el dinero. Y sobrio.

Jason lo miró con desprecio e hizo el amago de salir. Cuando tenía la mano en el pomo de la puerta, se giró hacia Anthony con una furia apenas contenida.

-Esto no quedará así. Hablaré con un abogado. Seguro que hay alguna forma de que mi cuñada me entregue toda mi herencia de una vez porque no pienso buscar empleo. Soy marqués, no necesito trabajar. Y no voy a permitir que Amanda me humille de este modo.

-¿Tan ciego está, marqués? –Anthony había agotado la poca paciencia que le quedaba con él. Aquel mocoso se creía mejor que Amanda y él no podía seguir callado por más tiempo– ¿Es tan necio que no ve la verdad aunque se la restrieguen en las narices?

-¿Qué verdad tendría que ver? ¿Qué mi cuñada se ha quedado con mi dinero?

-Que no hay más dinero –le confesó aún sabiendo que Amanda no lo aprobaría–. Que su hermano lo amaba tanto que no veía sus defectos. Le entregó el título y el dinero creyendo que lo administraría bien, como él hizo cuando le tocó. ¿Cuánto cree que le corresponde a un marqués? ¿Cuánto se ha gastado ya? Haga cuentas y comprobará que no había más dinero. No le dio la mitad de nada. Le entregó la herencia al completo.

-Mentira –lo acusó–. Mi cuñada me habló de eso...

-Lady Amanda mintió –lo interrumpió–. Respóndame a algo, marqués, ¿qué habría hecho si su cuñada le hubiese propuesto recibir una asignación mensual de su parte?

-Lo habría rechazado. No quiero su caridad.

-Pero estaba dispuesto a que saldase todas sus deudas.

-Me habrían matado – se defendió.

-Y si no aceptase esa asignación, moriría igualmente porque no le queda nada. Está en la ruina –lo miró inquisitivamente y cuando creyó que empezaba a comprender, continuó–. Lady Amanda lo conoce bien, marqués, y sabía que lo

consideraría un insulto y lo rechazaría. Por eso inventó esa media herencia y le puso la condición de dejar el juego y buscar empleo para acceder a ella. Tiene la esperanza de que cambie algún día y vuelva a ser el muchacho afable y encantador que ella conoció después de casarse con su hermano, pero yo sé que no lo hará. Ambos lo sabemos, ¿verdad, marqués? Se gastará el dinero de su cuñada y seguirá pidiendo más. La llevará a la ruina como ha hecho con su propia vida porque ella no es capaz de abandonar a la familia aunque eso la perjudique. Debería estar agradecido por la ayuda que le está ofreciendo, porque sin ella estaría en la calle más pronto que tarde, mendigando por un mísero mendrugo de pan. O peor todavía, muerto, víctima de los acreedores a los que ella ha pagado en más de una ocasión sin que usted lo supiese –miró a sus amigos–. Seguramente cree que estos son grandes amigos y que son los únicos que le comprenden. ¿Se ha planteado alguna vez qué ocurriría cuando supiesen que está arruinado? ¿Cree que se quedarían a su lado cuando no pudiese pagar sus vicios? ¿Qué le ayudarían? Son como sanguijuelas, marqués, no guardan lealtad a nadie salvo a sí mismos. Se buscarían a otro sin pestañear siquiera.

-De tu boca no salen más que mentiras. Volveré a por mi dinero y ten por seguro que me lo llevaré todo. Amanda no se quedará con lo que me pertenece.

-Abra los ojos, marqués, antes de que sea demasiado tarde –le lanzó un par de monedas, que este atrapó al vuelo–. Para el cochero.

Jason lo fulminó con la mirada, preso de un ataque de ira y salió del despacho hecho una furia. Llevaba el cheque en la mano y lo arrugó, sin darse cuenta, al apretar los puños. Subió al coche de caballos que los había traído y le dio la orden al cochero de llevarlos a su casa. Ya no quería seguir bebiendo. Solo deseaba dormir y olvidar aquella maldita noche.

-¿No vamos al salón de juegos? –preguntaron sus amigos al ver que despedía al cochero.

-No estoy de humor, Jacob –lo apartó bruscamente para subir a su cuarto cuando se interpuso en su camino.

-Pero nosotros queremos ir –le gritó desde el pie de la escalera.

Jason frunció el ceño ante su protesta. Sin embargo, le lanzó el cheque. En ese momento no le importaba lo más mínimo lo que hiciesen con él. Había ido a casa de Amanda para reclamar lo que era suyo, creyendo que saldría como un

triunfador, pero se sentía un miserable. Un crío reprendido severamente.

Subió las escaleras sin percatarse del modo en que sus amigos se lanzaron como rapiñas a por el dinero. Aquello le habría dado una pista de lo que realmente les importaba, tal y como le había asegurado Anthony, pero su mente estaba en otro lugar.

En cuanto se acostó, cayó en un profundo sueño cargado de pesadillas. Soñó que perdía su título y su dinero, que su cuñada lo repudiaba y que se veía obligado a mendigar. Sus amigos, aquellos a los que consideraba como hermanos, se reían de él y de sus ropas caras raídas y andrajosas por tener que vivir en la calle. Las mujeres que siempre lo habían buscado, se apartaban ahora de él y los hombres con los que había compartido juegos y noches divertidas, lo vilipendiaban. Cuando despertó estaba bañado en sudor y respiraba con dificultad.

Se acercó a tientas a la ventana para descubrir que todavía no había amanecido. Se sentía incluso más cansado que cuando se había acostado y un fuerte dolor martilleaba su cráneo. Tenía la boca seca y un nudo en el estómago que le provocaba náuseas. Buscó alguna botella en su cuarto con la que mitigar sus males, pero en cuanto sus labios probaron el líquido, sintió asco de sí mismo y la lanzó al otro extremo de su habitación, estrellándola contra la pared. Había tocado fondo.

Permaneció en silencio mirando la desierta calle durante horas, tratando de serenar sus pensamientos. Todo cuanto le había dicho Anthony resonaba una y otra vez en su cabeza, y por más que lo intentase, no lograba acallararlo.

-Maldita sea –gruñó, pasando una mano por su cabello–. Ese estúpido de Harper ha querido asustarme y lo ha logrado. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados. Mañana iré a hablar con un abogado y recuperaré el control de mi dinero. Nadie se ríe de mí.

Horas más tarde, cuando ya amanecía, recorrió los cuartos de sus amigos uno a uno, solo para descubrir que estaban vacíos. Bajó entonces al salón, esperando encontrarlos dormitando en los sillones y, sin embargo, no había rastro de ellos todavía. Al parecer habían decidido alargar la noche. Hubiese querido que lo acompañaran al bufete, pero iría solo. No podía esperar por ellos o se volvería loco.

Se refrescó con agua fría para intentar despejarse lo máximo posible y se vistió elegantemente. Estaba dispuesto a descubrir la verdad sobre su herencia

y sabía perfectamente a donde ir.

-Buenos días, señor Harper.

Anthony encontró a Amanda sentada en el enorme sillón de la pequeña sala de recepción, con una taza en las manos. Sus oscuras ojeras contrastaban con la palidez de su rostro. Una sonrisa apagada y una mirada sin brillo completaban el cuadro de una mujer preocupada.

-Buenos días, excelencia. Ha madrugado.

-En realidad no me he acostado –le indicó que tomase asiento a su lado– ¿Han pasado buena noche? Espero que la habitación haya sido de su agrado.

Tras finalizar el baile, el pequeño Tony todavía dormía, por lo que Amanda les ofreció quedarse en la mansión. A pesar de su inicial reticencia, logró convencerlos de que sería una crueldad despertar al niño cuando en la casa había habitaciones de sobra para todos.

-No me cambie de tema, excelencia. ¿Qué es eso de que no se ha acostado?

-No tiene importancia, señor Harper. Es que sigo disgustada con mi cuñado y no he podido conciliar el sueño por ello.

-No debería preocuparse tanto por él, excelencia. No merece la pena que pierda la salud por él.

-Es mi familia –le recordó–. Mi única familia, de hecho. Si no me preocupo por él, ¿por quién debería hacerlo entonces?

-Por usted –le replicó–. Se desvive por los demás y nunca mira por su propio bienestar. Me temo que su cuñado no cambiará nunca y que, si deja que eso le afecte, acabará por enfermar.

-Estoy bien, señor Harper –le sonrió, en esta ocasión con más alegría–. Soy una mujer fuerte.

-No he dicho lo contrario.

-Además –continuó–, todavía tengo la esperanza de que abra los ojos en algún momento y tome el camino correcto al fin.

-No seré yo quien le diga lo absurdo de esa esperanza.

-Pero si ya lo ha hecho, Tony.

Desde la muerte de John, pocas veces se había reído. No sentía que tuviese motivos para ello, pero en las escasas ocasiones en que lo hacía, su carcajada bailaba en el aire y alegraba hasta el más contrito corazón. Anthony era capaz de intentar cualquier cosa por oírla más veces, pero tampoco él solía hacerlo. Había adoptado como propia la seriedad que su trabajo demandaba.

-Vayamos a desayunar algo, Tony –lo tomó del brazo una vez en pie–. Nos lo merecemos, después del éxito de anoche.

-El mérito es todo suyo, excelencia.

Cerca del comedor, escucharon pisadas en las escaleras y antes de que pudiesen ver quién era, su voz les dio la respuesta.

-Buenos días, excelencia –Linda cargaba a su hijo en brazos, que jugaba con un lazo de su vestido y reía encantado.

-Buenos días, Linda –Amanda se acercó presurosa para coger en brazos al bebé– ¿Puedo?

-Por supuesto, excelencia.

-Hola, pequeñín –lo besó en la mejilla con dulzura– ¿Cómo está el principito de la casa? Oh, Linda, no debes tardar tanto en volver a visitarme. Este bebé crece demasiado rápido.

-Así lo haré, excelencia. Y espero que usted vaya a vernos si en algún momento le apetece pasar tiempo con él. Ya sabe que es bienvenida en nuestra casa siempre que quiera.

-Lo sé, Linda –la abrazó y le entregó al niño–. Gracias por asistir a mi cumpleaños anoche. Sé que no fue sencillo para usted, con un bebé tan pequeño.

-Para mí ha sido un placer asistir –le sonrió–. Además, usted lo ha hecho más

fácil ofreciéndome un cuarto para él.

-Tantas veces como lo necesite –le devolvió la sonrisa.

-Desayunemos –les recordó Anthony–. Usted debe descansar y nosotros tenemos un hogar al que regresar.

-Y en el comedor hay un festín esperándonos que se enfriará si no nos damos prisa.

-Que la comida se enfríe es pecado –bromeó Linda.

Amanda y ella aprovecharon para ponerse al día, pues la noche anterior apenas habían podido hablar. Anthony permaneció en silencio, simplemente deleitándose con la amena conversación que mantenían las dos mujeres más importantes de su vida. Por momentos como aquel, merecía la pena luchar.

-Prométame que volverán pronto –se despidió de Linda.

-Se lo prometo –se abrazaron.

Anthony la tomó del brazo para ayudarla a subir al carruaje y después se volvió hacia Amanda. Aunque no tardarían en verse, quería hablar con ella antes de marcharse con su esposa.

-Ha hecho cuanto estaba en su mano, excelencia –le dijo, a sabiendas de que estaría torturándose por ello todavía–. Ahora le toca mover ficha a él. Intente descansar ahora y deje que Jason se ocupe de sus asuntos. Va siendo hora de que tome las riendas de su vida y haga algo provechoso con ella. Si es que le interesa.

-Hay ocasiones en que me siento desfallecer al no ver los resultados que espero –le confesó–. Si no cambia pronto, si no abre los ojos...

-Será una dura decisión, pero no se puede ayudar a alguien que no ve el problema.

-Extraño tanto a mi cuñado –las lágrimas se agolpaban en sus ojos verdes–. La noche en que murió John, los perdí a los dos.

-Jason todavía está a tiempo de regresar –se permitió abrazarla por un momento–. Sé que siempre le digo lo contrario, pero no pierda la fe en él ahora y dele una última oportunidad si es lo que quiere. Solo recuerde parar a tiempo.

-Gracias por todo, señor Harper. Márchese. Su familia le espera. Y tómese un

par de días libres. Se los merece.

-Si me necesita, envíe alguien por mí.

-Estaré bien. Vaya.

En cuanto el coche se perdió en la distancia, Amanda entró en la casa y cerró la puerta. El silencio de la mañana la envolvió y cerró los ojos, impregnándose de él. Necesitaba olvidarlo todo y dormir.

Subió a su cuarto, tras avisar a Maggie de que no la molestasen, y se metió en la cama en ropa interior. No tenía ánimos ni para ponerse el camisón. El sueño le sobrevino nada más apoyar la cabeza en la almohada.

Se despertó sobresaltada y la oscuridad le dio la bienvenida. No se oía ni un ruido en la casa y las luces estaban apagadas. Había dormido hasta el anochecer, al parecer, aunque todavía podía notar en el cuerpo el cansancio de las largas noches en vela. Se cubrió con un batín de seda y bajó hasta la cocina, dispuesta a acallar las protestas de su estómago. No pretendía molestar a nadie, por lo que caminó en penumbra y trató de no hacer ruido.

-¿Se le ofrece algo, excelencia? –un pequeño grito escapó de sus labios al escuchar a Edward.

-Por dios, Edward –llevó la mano al pecho–. Casi consigues que se me salga el corazón del sitio.

-No pretendía sobresaltarla, excelencia.

-¿Qué haces despierto a estas horas? Debe ser medianoche.

El hombre vestía su ropa de cama, pero mantenía el habitual porte digno y serio de siempre.

-Me disponía a dormir ya, excelencia.

Eso no respondía a su pregunta, pero Amanda no insistió. Le urgía más alimentarse que discutir con Edward, así que lo envió a su cuarto después de asegurarle de que no precisaba de sus servicios.

-Por cierto –le dijo él cuando ya se retiraba–. Le he dejado en su despacho varias cartas que llegaron durante el día, excelencia.

-Gracias, Edward. Tal vez las revise luego. He dormido todo el día y dudo que pueda conciliar el sueño en unas cuantas horas. Buenas noches.

-Le recomendaría no quedarse despierta hasta muy tarde, lady Amanda.

Acabará por dormir de día y vivir de noche, si no tiene cuidado –le aconsejó–. Buenas noches, excelencia.

-Solo revisaré las cartas –le prometió.

-Eso es lo que temo –le escuchó decir antes de desaparecer.

No supo a qué se refería hasta que entró en su despacho y vio el montón de cartas sobre el escritorio. Un gran montón de ellas. Después de leer media docena y comprobar que todas eran invitaciones, ocultó su rostro entre las manos y suspiró.

-Solo espero que todo esto merezca la pena porque creo que será la temporada más intensa que he tenido en años –dijo con pena–. Jason, por favor, no me falles.

Se recostó en la silla y comenzó a revisar meticulosamente cada invitación, pensando cuál aceptar y cuál rechazar. Algunas de ellas eran ineludibles, aunque fuese tan solo por compromiso o en recuerdo de la amistad que habían tenido con su difunto esposo. Sin embargo, se excusaría en tantas como pudiese, siempre intentando no ofender a sus anfitriones. Solo esperaba recordar cómo se hacía eso. Por suerte, faltaban meses para el inicio de temporada y podía tomarse su tiempo en decidir.

Jason salió del bufete de abogados contrariado y decepcionado. No porque le hubiesen aclarado sus dudas de la manera que ya sospechaba, sino porque había resultado ser mucho peor de lo que creía.

-Señor Davies, el título de marqués de Durham –le había dicho el abogado– no iba asociado de manera inherente a ninguna propiedad ni dinero. Su hermano heredó absolutamente todo tras la muerte de sus padres, tal y como sucede en estos casos. Usted no tenía derecho a nada salvo una obligación de su padre de estudiar y que el nuevo duque lo sustentase hasta obtener su título universitario. Su hermano no quería verlo trabajando cuando él tenía de sobra para ambos y por eso decidió cederle el título de marqués. Le entregó una casa y dinero porque así lo quiso, no porque fuese acompañándolo.

-Eso no es posible. Él me dijo que...

-Lo que su hermano le dijese, carece de valor judicial, marqués. Los papeles no mienten.

-Pero dejó más dinero para mí. Mi cuñada lo dijo.

-No me consta nada de eso en el testamento –le había dicho revisando cada papel.

Descubrir que Anthony había dicho la verdad fue un duro golpe para él, pero lo que dijo el abogado después, fue mucho más impactante. Todavía ahora no podía creerlo.

-Lo que sí dejó estipulado su hermano –había añadido– es que es usted el dueño del 40% de todos los negocios familiares.

-Nadie me lo dijo –la ira había comenzado a crecer al pensar en que nunca

había recibido las ganancias de ese porcentaje y que su cuñada, después de todo, sí le había robado.

-Porque su hermano así lo exigió. Solo podría acceder a los beneficios tras trabajar, por su propia iniciativa, un mínimo de tres años para su cuñada. Pretendía que demostrase que es lo suficientemente responsable y capaz como para merecerlo. De no hacerlo así, ese dinero no le sería entregado.

-Pero ella me lo ocultó.

-La duquesa no sabe nada. Debía ser así para que la iniciativa fuese suya. Se lo estoy contando, en contra de la voluntad de su hermano, porque parece dispuesto a condenar a su cuñada cuando ella no ha hecho otra cosa que protegerle desde la muerte de su hermano.

-¿Protegerme? –lo había mirado escéptico.

-El señor Harper deber traer relación de cada uno de los gastos e ingresos de la duquesa aunque él se encargue de las cuentas. He de decir que es una mujer eficiente y ha conseguido duplicar la fortuna familiar desde que se hizo cargo de ella. También es muy meticulosa en sus informes, pero ha tenido algunos gastos exorbitados que no ha querido explicar hasta que se le exigió, so pena de perder algunas de sus posesiones ante su negativa. Son pagos a acreedores, marqués.

Le había mostrado algunas de las cantidades y se sorprendió de que fuesen tantas. La mayoría de ellas ni las recordaba, para su vergüenza. Había tomado por costumbre llegar tan borracho a casa cada noche, que apenas entendía cómo lograba subir las escaleras hasta su cuarto sin quedarse por el camino. Esos días ni siquiera sabía lo que había gastado. O perdido en el juego.

-Verá, marqués –le había explicado—. Un título conlleva ciertas responsabilidades. De ahí que todos los padres preparen a un solo hijo para hacerse cargo. La reputación y el buen nombre de esa familia dependen del saber hacer de esa única persona. No es algo que deba tomarse a la ligera. La duquesa ha estado cubriendo varias de sus fallas desde la muerte de su hermano para que su reputación permanezca lo más intacta posible a pesar de su inadecuada conducta, pero me temo que todo tiene un límite. La gente no olvida fácilmente cuando las malas costumbres son constantes y tan... notorias como las tuyas. Si no abandona pronto la vida que lleva, me temo que ni todo el dinero de su cuñada le salvará. Y lo peor es que la arrastrará a ella con usted.

Había ido al abogado esperando encontrar el modo de obtener el dinero que le correspondía, solo para descubrir que si había tenido algo alguna vez, había sido por la generosidad de John y no por derecho propio. Había querido darle una buena vida y él solo la había desperdiciado bebiendo y malgastando el dinero en el juego y las mujeres de mala fama. Un dinero que nunca le habría pertenecido si John no lo hubiese querido.

Había logrado arruinarse en seis años y su cuñada, en lugar de dejarlo a su suerte como habría hecho cualquier otro para lavar su propia reputación, seguía intentando ayudarlo a riesgo de caer con él. La vergüenza ante todas las acusaciones que había lanzado contra ella se apoderó de él y aunque no era hombre de rubores, pudo sentir cómo su rostro ardía. Le debía mucho más que una disculpa a su cuñada, aunque no se sentía seguro de querer volver a mirarla a la cara.

Para cuando llegó a casa después de un largo paseo, sus amigos ya habían regresado y se encontraban en el salón dormitando. Ellos habían sido su único apoyo en sus momentos más bajos y sin embargo, después de lo que había descubierto esa mañana, se preguntaba si Anthony no tendría razón con respecto a ellos también. Le dolía imaginar que solo se habían aprovechado de su dolor para vivir a su costa.

Fue imposible no rememorar cada momento vivido con ellos y las dudas comenzaron a asomar. No podía estar seguro de que sus consejos o sus palabras de ánimo fuesen sinceros, puesto que los había beneficiado a ellos en cada ocasión. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más estúpido se sentía.

-Vaya –exclamó en voz alta para despertarlos–. Mirad quién ha decidido volver. Buenos ojos os vean.

-Jason, ¿dónde estabas? –preguntó uno de ellos, estirándose y restregando fuertemente los ojos para despejar la borrachera–. Lo que te has perdido esta noche, hombre. Estuvimos de suerte en el casino gran parte de la noche y prácticamente doblamos nuestro dinero.

-¿Vuestro dinero? –lo miró con severidad.

-Bueno, tú ya me entiendes –continuó sin darle importancia a aquel pequeño matiz–, pero ya sabes cómo nos pierde el póker, así que no pudimos negarnos cuando nos invitaron al privado. Fue alucinante estar con todos esos ricachones a los que no les molesta perder pequeñas fortunas en una noche.

Me sentí muy importante por unas horas.

Jacob relataba la historia con la simplicidad de quien habla del tiempo. Antes se habría reído con él, pero ahora estaba sobrio y le acababan de abrir los ojos a base de realidad, por lo que la idea de que hubiesen perdido la asignación para todo el mes en una sola noche, no le hacía gracia ninguna.

Thorton era dos años menor que él, el tercer hijo de un duque que solo tenía ojos para su primogénito. Aunque él no entendía de esas cosas, sabía que las mujeres lo consideraban guapo. Habría tenido mucho éxito entre ellas si se hubiese molestado en permanecer sobrio el tiempo suficiente, pero lo único que le importaba era la bebida y el juego. Un despojo humano, habría dicho John si estuviese vivo y lo hubiese conocido.

¿Por eso le había entregado el título y el dinero? ¿Por qué no quería verlo convertido en aquello? No había servido de nada, al parecer.

-¿Los desplumasteis al menos? –cruzó los brazos en su pecho, más por protegerse de sus propios pensamientos que por evitar golpearlo si no le gustaba la respuesta.

-No –continuó–, pero fue la mejor noche de toda mi vida.

-¿Y mi dinero?

-Jason, ya te he dicho que lo perdimos en el póker.

-No recuerdo que lo hayas dicho, sino que lo doblasteis. ¿Acaso os lo jugasteis todo en el póker? ¿No se os ocurrió pensar que era lo único que teníamos para pasar el mes? ¿De qué vamos a vivir hasta que Amanda me dé la nueva asignación?

-Solo tienes que ir a reclamar todo tu dinero– le respondió otro de sus compañeros, que se había despertado en ese momento.

Robert Benjamin era también más joven que él, aunque solo un año. Su padre esperaba convertirlo en su heredero algún día, pero él prefería desafiarlo huyendo de sus responsabilidades. O eso creía él que hacía, porque Jason sabía que solo le permitiría aquel devaneo por un tiempo, hasta que se cansase de su falta de madurez y lo obligase a regresar al redil.

De él era del que menos esperaba que estuviese a su lado por conveniencia, siendo hijo de un hombre rico y poderoso, pero bien sabía que su padre jamás le permitiría malgastar la fortuna familiar en sus vicios.

-Verás –dijo, mirándolo ahora a él–, resulta que el señor Harper tenía razón y estoy totalmente arruinado.

-No –insistió–. La bruja ha dicho que tiene tu dinero.

-No es una bruja, sino mi cuñada –lo reprendió fuertemente–. Y no es mi dinero, sino el suyo. Solo quiere compartirlo conmigo porque yo no tengo nada.

-¿Y cuál es el problema? –preguntó Lionel–. Si es tan estúpida como para dártelo, aprovechémoslo.

-El caso es que no quiero dinero que no es mío.

-Pero si no lo quieres, ¿de qué vamos a vivir?

Lionel Tyson era el único de su edad. Su padre era uno de los más afamados abogados de la ciudad, el mismo al que había acudido para descubrir que Anthony tenía razón con respecto a la supuesta herencia. Lionel podría haber triunfado en la vida si estuviese dispuesto a trabajar. Su padre tenía un puesto en su bufete esperándolo.

Jason empezaba a verlos con otros ojos. Más críticos, menos amigables, más realistas, menos ingenuos. No le gustaba lo que veía. Había necesitado arruinarse y arrastrarse ante su cuñada totalmente derrotado para darse cuenta de lo estúpido que era y de lo equivocado que había estado en todo.

-¿Que de qué vamos a vivir? Pues de nuestro trabajo, como no. Al menos los que no tenemos un padre rico al que acudir –dijo mirando a Robert, que le devolvió la mirada ceñudo.

-No pienso doblegarme a las exigencias de mi padre –le dijo.

-Bien, entonces harás como el resto de nosotros –le respondió Jason–. Buscaremos empleo y nos ganaremos nuestro sustento. Eso es lo que hace la gente normal. La gente madura.

-Espero que esto sea una broma, Jason –Jacob se enfrentó a él, realmente alterado–. Nunca he tenido la necesidad de trabajar y no pienso empezar ahora a hacerlo. Y creo que puedo hablar por todos.

-Pues moriremos todos de inanición –declaró–, porque no hay más dinero. No voy a arrastrar a Amanda a la ruina.

-Idiota –lo insultó Lionel por lo bajo antes de mirarlo–. Vas a rechazar un dinero fácil por unos principios que no tienes. No te hagas ahora el santo,

Jason, porque no lo eres. Te gusta la buena vida como a todos nosotros. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué si el dinero es de tu cuñada o tuyo? De hecho, debería haber sido tuyo al morir tu hermano. Una mujer no debería tener acceso libre al dinero. No saben administrarlo.

-Mucho cuidado con lo que dices, Lionel –la defendió–. Amanda es más capaz que todos nosotros juntos.

-Con más razón puede desprenderse del dinero –atajó Jacob–. No seas tonto, Jason, y acéptalo.

-¡Qué estúpido he sido todo este tiempo! –se rió de sí mismo–. Creí que erais mis amigos, pero no sois más que sanguijuelas. Si, así os llamó Harper y os describió perfectamente.

-¿Sanguijuelas? –protestaron indignados, pero el velo ya había caído y nada de lo que hiciesen o dijese podría arreglarlo–. Te ayudamos en tu peor momento, Jason. ¿Así nos lo pagas?

-¿Me ayudasteis? –gritó enfurecido– ¿Cómo? ¿Incitándome a gastar mi dinero en alcohol y juego? Y ya de paso os pagaba también vuestros vicios, como buen amigo, ¿verdad? Jamás os importé yo, sino mi dinero. Queríais una vida fácil y yo os la di, como un tonto. Me llevasteis a la ruina. Dejé que lo hicieseis.

-No pienso tolerar que me insultes de este modo –dijo Robert, haciéndose el ofendido.

-Pues lárgate –le gritó Jason–. Largaos todos. No quiero volver a oíros, ni a veros. ¡Fuera de mi casa!

-Jason, no estás siendo razonable –Jacob trató de tranquilizarlo, pero esta vez no iba a funcionar.

-¡Largo, he dicho! –les repitió, señalando la puerta–. Si vuelvo a veros cerca de mí o de mi propiedad os denunciaré a la policía por ladrones. Ya habéis vivido suficiente tiempo a mi cuenta. ¡Fuera!

Los echó de su casa cargando sus palabras con toda la rabia y frustración que sentía al ver que su vida no había sido más que una mentira adornada con risas y falso compañerismo. Se había sentido muy afortunado por tener tan buenos amigos, pero se había equivocado. ¡Cuán estúpido había sido!

Deambuló por la casa como alma en pena, arrojando por la ventana las

pertenencias de aquellos a los que una vez había llamado amigos. No quería tener cerca nada que le recordase a ellos. Que le recordase que se había dejado llevar a la ruina por ellos. Se sentía avergonzado de sí mismo y de todo cuanto le había hecho pasar a su cuñada.

Ella lo había defendido y cuidado siempre aún cuando él solo la había despreciado. Había estado dispuesta a sacrificar parte de su fortuna para que él no sufriese miseria. ¿Y qué le había dado a cambio? Nada. Tal vez preocupaciones. Era un desagradecido.

-¡Cómo he podido estar tan ciego! –gimió.

Tomó su abrigo de donde lo había dejado y salió a la calle. En la casa sentía como si le faltase el aire. Preso de los recuerdos de sus malas decisiones, se veía caer cada vez más hondo sin que nadie tendiese una mano para ayudarlo. Se lo había buscado él, lo sabía, pero no le gustaba sentirse tan solo. Vulnerabilidad. La misma sensación que había tenido tras la muerte de John.

Necesitaba respirar aire fresco y despejar la cabeza para pensar en su próximo paso porque no sabía qué debía hacer ahora. No tenía dinero y aunque su cuñada le había asegurado que le entregaría una asignación mensual, no estaba dispuesto a ser una lacra para ella. No sería como sus amigos.

-¿Amigos? –gruñó—. Si así son como amigos, pobre del que los tenga de enemigos.

Caminó durante horas, rumiando palabras obscenas cada vez que pensaba en lo estúpido que había sido y en cómo se habían aprovechado de él y de su dolor para dejarlo sin blanca. De cómo lo había permitido.

Cuando se cansó de lanzarse insultos, comenzó a idear un plan. Necesitaba un empleo, no porque esa fuese la condición que su cuñada había impuesto para recibir la asignación, pues no iba a pedírsela, sino porque era lo que debía hacer. Ganarse la vida como hacía la gente honrada. Empezaría desde abajo, igual que habían hecho muchos otros, e iría escalando puestos. Aunque no había llegado a estudiar la carrera, los negocios siempre se le habían dado bien. Su hermano lo había llevado con él en más ocasiones de las que recordaba y lo había alabado después de darle alguna buena idea. Si se esforzaba, podría conseguirlo.

Estaba tan absorto con sus planes que no vio cómo sus pasos lo llevaban directo a una joven que ojeaba un escaparate. Cuando chocó con ella, ambos

se sorprendieron.

-Discúlpeme, señorita –le dijo apresuradamente–. No la había visto.

-No se preocupe, también estaba pensando en mis cosas y no le vi llegar para advertirle –le sonrió.

Y Jason se enamoró. Loca y perdidamente. Jamás en su vida había visto una sonrisa tan deslumbrante como aquella. Ni unos ojos tan azules, como el cielo más claro de un día de verano en la campiña escocesa. Su dulce y perfecto rostro parecía el de un ángel bajado del mismísimo paraíso, solo para deleitarle con su visión. La joven parpadeó ligeramente, tratando de evitar que el sol dañase sus grandes ojos y él creyó que caería fulminado por el rayo que atravesó su corazón. Sin embargo, palpataba demasiado rápido para haberse muerto.

-¿Se encuentra bien? –la joven se preocupó al ver que no se movía. Sentir su pequeña mano enguantada en el brazo lo hizo reaccionar.

-Sí –trató de sonreírle, sin demasiado éxito–. Me temo que me ha dejado embelesado.

Nunca antes había sido tan directo y sincero con nadie, pero no pudo evitar decirlo. Sus palabras provocaron un ligero sonrojo en la joven que le resultó de lo más encantador.

-Lo siento –se disculpó al instante–. No pretendía incomodarla. Lamento haber sido tan directo.

-No se preocupe –ocultó el rostro, inclinando la cabeza en un gesto tímido–. Simplemente no estoy acostumbrada a que me digan esas cosas.

-Permítame dudarle. Es usted muy bella.

-Gracias. Tal vez se deba a que mi tío intimida bastante –rió bajito–. Nadie se atreve a hablarme en su presencia, si no es del tiempo o de otras trivialidades sin importancia.

-¿Tan terrible es su tío? –Jason sonrió. Le gustaba hablar con ella, resultaba muy agradable e invitaba a querer conocer más de ella.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, más ansiaba averiguar su nombre, saber a qué familia pertenecía y dónde podría volver a verla. Porque aún no se habían separado y ya estaba deseando encontrarse con ella de nuevo.

-Dicen que sí –se encogió de hombros suavemente–. Conmigo es maravilloso.

Tal vez protector en exceso.

-Yo también lo sería, si poseyese un tesoro como usted –con su comentario obtuvo otro sonrojo que le arrancó una sonrisa.

-¿Algún problema, Melissa?

Un hombre de rostro serio y ceño fruncido, se acercó a ellos como ave de rapiña acechante. Jason supo que era el tío de la muchacha sin necesidad de que ella se lo confirmase. No solo por el claro parecido en ciertos rasgos, sino por la forma en que lo miraba, amenazante.

-No, tío. Solo conversaba con el caballero.

-Jason Mathew Davies, marqués de Durham –dijo él mirándolo de arriba a abajo–. Heredero del título gracias a la generosidad de su hermano, el duque de Sheffield. Sin ocupación conocida en estos momentos, salvo dilapidar su fortuna con el juego y el alcohol. Querida, este joven no es buena compañía para ti en absoluto.

-Tío, solo hablábamos –protestó, claramente avergonzada por sus palabras tan directas.

-Me temo que no sirve ni para eso, querida –le dijo, ignorando por completo a Jason mientras la sujetaba por un brazo mucho más delicadamente de lo que cabría esperar en un hombre tan corpulento como él y la arrastraba lejos.

*Protector en exceso*, pensó Jason recordando las palabras de la joven mientras veía como se alejaban. Le había ofendido que hablase de él en esos términos, pero no quiso defenderse. No podía hacerlo porque era culpable de todo cuando había dicho. Sin embargo, la rabia y la vergüenza que sintió al comprender que no sería el único que lo veía así, le hizo tomar una decisión.

-Le demostraré al mundo que soy mejor de lo que he sido hasta el momento. Y cuando eso suceda, el duque de Castlemaine tendrá que admitir que soy digno de hablar con su sobrina.

-Necesito un favor.

Había pronunciado aquellas mismas palabras ante Amanda no hacía ni dos días y la joven estaba sentada de nuevo frente al escritorio de su difunto esposo, mirándolo incrédula.

-No voy a darte más dinero, Jason.

Le dolió la acusación, pero se la tenía merecida después de cómo se había portado con ella. Le había demostrado día tras día que solo le interesaba el dinero, así que no podía esperar que ella pensase que el favor no tuviese que ver con él. Se juró que la compensaría, si es que lograba convencerla primero para darle otra oportunidad.

La miró a sus bellos y expresivos ojos verdes. Todavía asomaba bajo ellos la sombra de unas ojeras que sabía eran culpa suya. Cuántas preocupaciones le habría causado sin saberlo por culpa de su terrible comportamiento. Seguramente más de las que se merecía. Vio como apartaba un mechón pelirrojo de su rostro. Siempre le había costado mantener a raya su espesa mata de rebeldes rizos. También recordaba cómo le gustaba llevarlos sueltos cuando acudían a la casa de campo a las afueras de la ciudad. Cuando su hermano todavía vivía y los tres estaban tan unidos y eran felices. Todo aquello se había ido al traste tras la muerte de John. Cada uno lidió con su dolor a su manera, solo que él había elegido la peor de todas, sin duda.

-No quiero dinero –le dijo–. Al menos no uno que no me haya ganado.

Se habría echado a reír ante la cara de asombro de su cuñada si la situación no le preocupase tanto. Quería ser merecedor de la compañía de Melissa Evans, pero también ansiaba obtener el perdón de su cuñada. Nada era tan importante para él en ese momento que saber que Amanda no había perdido la fe en él y

que lo ayudaría.

-Tú dirás.

Sabía que se moría de curiosidad, pero lo estaba disimulando bien. Demasiado, para su propia tranquilidad. No podía leer a través de aquella máscara de imperturbabilidad que solía usar con él y eso lo ponía muy nervioso. Solo el brillo en sus ojos le impedía perder la esperanza.

-Tenías razón –empezó–. En todo. Me he comportado como un completo egoísta todos estos años creyendo que era el único que sentía la pérdida. He sido un estúpido. Tú solo pretendías ayudarme todo este tiempo y yo me dediqué a despreciarte por ello.

-¿Qué pretendes? –podía entender que no lo creyese, pues le había dado razones de sobra para no hacerlo – ¿Es una nueva estrategia para obtener más dinero?

-Es la verdad –insistió–. Sé que no tengo derecho a pedirte que confíes en mí sin más después de todo lo que te he hecho, pero si es cierto que quieres ayudarme, hazlo ahora. Eso es lo que te estoy pidiendo. Renunciaré a la asignación si así logro que me creas.

-Si no quieres dinero, ¿qué buscas?

-Necesito un empleo. Tú misma lo has dicho. Sé que nadie más me lo ofrecerá con la reputación que me he labrado. Soy bueno en los negocios, lo sabes. Podría serte útil –veía cómo las dudas bailaban en sus ojos y la desesperación creció en él–. Mandy, por favor.

Supo que no debería haber utilizado aquel apelativo en cuanto lo pronunció. Así la llamaban siempre antes de que su hermano muriese. Ya no encontró dudas en sus ojos, sino dolor. Todavía amaba a John y la certeza de aquella revelación lo golpeó con fuerza. La había abandonado en el momento más vulnerable de su vida, la había dejado sola ante un dolor que, si era como el que él sentía, habría destruido a cualquiera. Más todavía a una joven de dieciocho años que adoraba a su esposo desde los trece, antes incluso de que él se fijase en ella.

-Lo siento tanto –rodeó la mesa para sujetarle una mano–. No debí abandonarte. Estaba tan destrozado por su muerte que no pensaba en nada más que en acallar el dolor. La bebida parecía surtir efecto y me dejé arrastrar por ella.

-Cada uno combate el dolor con lo que puede, Jason –le apretó la mano–. Yo me dediqué en cuerpo y alma al trabajo.

-Eso debería haber hecho yo también, Mandy. Debería haber estado a tu lado apoyándote y ayudándote. Espero que no sea demasiado tarde para compensarte por ello.

-Nunca es demasiado tarde, Jay.

Amanda se levantó de su silla y lo abrazó. Estaba temblando. La apretó contra su pecho al comprender que no era la única que temblaba. Había aguantado tanta tensión mientras esperaba su perdón, que no se había dado cuenta de lo importante que era para él saber que Amanda todavía lo quería. De que nunca lo abandonaría por más estúpido que fuese. Era su única familia. Solo se tenían el uno al otro y él le había fallado cuando más lo necesitaba.

-Ya no importa el pasado, Jay –le decía contra el pecho–. Solo el presente. Ahora volveremos a ser una familia. No sabes cuánto me alegro de que estés aquí. De que seas tú otra vez. Durante años me negué a perder la esperanza contigo, pero veía cómo te alejabas más y más. Creía que al final acabaría perdiéndote a ti también.

-Lo siento tanto. Lamento todo el daño que te he causado. He estado tan ciego.

-Ya no importa –le repitió, esta vez mirándolo a los ojos–. De verdad que no importa si estás siendo sincero.

-Lo soy. Te lo juro. Y te lo demostraré.

-¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? –le preguntó, minutos después.

Amanda había ordenado que les llevaran un refrigerio a la sala de recepción. Estaban sentados en el amplio sillón, uno frente al otro, con las manos todavía enlazadas. Jason sabía que ella necesitaba aquel contacto para asimilar que realmente estaba allí. Había estado tan cerca de perder a su familia por su culpa que también él necesitaba cogerla de la mano para sentir que su perdón no era producto de su imaginación. Cualquiera otro no habría sido tan benevolente con él después de todo lo que había hecho. *Es verdaderamente un ángel, hermano*, pensó.

-En parte fue por algo que me dijo Harper.

-¿Te contó lo de la herencia misteriosa? –se había ruborizado.

-Sí. Creo que no era su intención hacerlo, pero no le dejé más opción después

de mi penoso comportamiento la noche de tu cumpleaños –se sentía avergonzado ahora por todo aquello–. Amenacé con denunciarte y bueno, él solo quería protegerte, supongo, pero me abrió los ojos. No solo con lo del dinero, sino con mis supuestos amigos.

-Siento que hayas tenido que averiguarlo de un modo tan drástico, Jay.

-Es lo que me merezco.

-No seas tan duro contigo –apretó su mano–. Todos tenemos derecho a equivocarnos alguna vez.

-Y tú no seas tan condescendiente conmigo, Mandy. Lo hice mal y tengo que pagar por ello. No merezco tu compasión.

-Ya has pagado suficiente. ¿Acaso la vida que has llevado estos seis últimos años no es un castigo justo?

-Yo no diría que ha sido una mala vida. Salvo tal vez por el daño que te he causado a ti.

-A ti. Jay. A tu reputación –negó ella–. Tendrás un duro trabajo por delante ahora para demostrar que eres un hombre digno de confianza. Cuando se trata de invertir dinero, la gente busca garantías. No será fácil.

-Podré con ello. Limpiaré mi nombre y el de nuestra familia. No más decisiones equivocadas.

-Me alegra oír eso –le sonrió.

-Hay algo más –no pudo evitar ruborizarse ligeramente.

-¿Qué ocurre? –lo miró con curiosidad.

-He conocido a una joven hace unas horas –la sonrisa escapó de sus labios sin apenas darse cuenta–. Ella es perfecta, Mandy.

-¡Te has enamorado! –fue tan evidente para ella que no pudo reprimir una sonrisa entusiasta.

-Parece tan irreal.

-El amor a primera vista existe, Jay –le aseguró, recordando el modo en que ella había caído por John nada más verlo.

-Cierto. Debería saberlo ya –sabía exactamente en quién estaba pensando–, pero nunca creí que fuese para mí.

-¿Quién es ella? Cuéntame –le sonrió–. Quiero saberlo todo.

-Melissa Evans –canturreó su nombre, saboreándolo.

-¡La sobrina del duque de Castlemaine! Jason, de todas las mujeres en las que podías haberte fijado, has tenido que elegir a la más inaccesible –se mordió el labio, preocupada–. El duque es un hombre demasiado protector con ella. El año pasado fue presentada en sociedad, pero su tío no permitió que ningún hombre la cortejase. Es más, apenas permitía que se acercasen a ella ni para solicitarle un baile. Y me temo que este año no va a ser diferente. Asistieron a mi cumpleaños porque el padre del duque era amigo de John. Estuvo toda la noche rondándola y apenas la dejó hablar con nadie o bailar.

-Puede que sea protector, pero nosotros ya hemos hablado –le sonrió–. No dejaré de hacerlo por más que intente intimidarme. No solo eso, Mandy, algún día me casaré con ella.

-Quieres un imposible, me temo.

-Improbable, tal vez. Pero no imposible –le apretó la mano–. ¿O tengo que recordarte cuán imposible parecía que cierta niña de trece años se desposase con un hombre veinte años mayor que ella? Solo debo demostrarle al duque que soy digno de cortejar a su sobrina. Y si hay alguien capaz de ayudarme con eso, eres tú, Mandy.

Por un momento permanecieron en silencio, como si Amanda sopesase la idea. Lo miraba con sus insondables ojos verdes y se mordía el labio inferior, concentrada. Estaba hermosa, tuvo que reconocerlo. Muchos la habían tildado de rebelde solo por el color de su pelo y por su costumbre de llevarlo suelto cada vez que podía. Y tal vez hubiese sido rebelde de pequeña, pero ahora era toda una mujer. Sensible, compasiva y preciosa.

-Algo podremos hacer –Jason soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta cuando ella le sonrió–. Tenemos tiempo todavía antes de que se inicie la temporada para lavar tu imagen pública y convertirte en un hombre de provecho. Si hacemos correr el rumor de que te cederé el título de duque en cuanto decidas tomar esposa, te convertirá en un buen partido.

-No puedes hacer eso –la interrumpió–. Tú eres la duquesa de Sheffield.

-Yo no necesito ese título, Jay. Mi intención siempre fue hacer un intercambio cuando tú demostrases merecer ser el duque.

-Pero tú también mereces encontrar la felicidad. Como duquesa puedes...

-No voy a encontrar la felicidad en un título, Jay y lo sabes bien. No amé a tu hermano por ser duque. Me enamoré de él porque era una maravillosa persona –le sonrió–. El hombre que me pretenda, tendrá que demostrarme que tiene más que un título nobiliario para ofrecerme o no lo aceptaré.

Concederle el título de duque era más de lo que Jason habría esperado nunca y se sintió tan agradecido como aterrado ante tamaña responsabilidad. Esta vez no quería defraudarla.

-Tenemos mucho trabajo por delante –continuó ella como si no acabase de ofrecerle más que una taza de té– ¡Oh! Espera a que le cuente a Tony la noticia.

Parecía tan entusiasmada con la idea, que Jason no pudo evitar sonreír con ella. Si su cuñada estaba tan segura de que podrían hacerlo, él pensaba seguir cada una de sus indicaciones por más duras que fuesen de cumplir. Porque estaba seguro de que ser duque acarrearía más trabajo del que podía imaginar. Pero por devoción a Mandy, que lo había perdonado sin condiciones a pesar del daño que le había hecho, y por amor a Melissa, sería capaz de cualquier cosa. Juró no fallarle a ninguna.

Para cuando dio comienzo la temporada londinense, Jason ya se encontraba de nuevo entre los solteros más deseables para las madres con hijas casaderas. Amanda había hecho un gran trabajo en muy poco tiempo y aunque todavía tenía mucho que aprender del negocio familiar, pues con su hermano solo había arañado la superficie, con ayuda de Anthony y los consejos de su cuñada, que cada vez delegaba más responsabilidades en él, estaba haciendo grandes progresos.

El rumor de que sería el nuevo duque de Sheffield en cuanto encontrase esposa era un aliciente más que suficiente para que llegasen a Primrose, la mansión de Amanda, invitaciones de prácticamente todas las familias con hijas en edad de casarse. Amanda había revisado de nuevo las que ya había recibido, por si alguna podía ser de ayuda para su cuñado, y había empezado a seleccionar muchas más de entre las nuevas. Aunque sabía que a Jason solo le interesaba Melissa, le había explicado que necesitaban abarcar más terreno para que sus intenciones no fuesen tan evidentes. Amanda sabía que el duque le impediría acercarse a su sobrina si sospechaba que Jason iba tras ella.

-La gente suele olvidar el pasado cuando los beneficios son mayores que los perjuicios. Que vayas a ser duque es suficiente para la mayoría, pero no lo será para él. No cuando guarda con tanto celo a su sobrina. Además, parece que no tiene prisa por casarla –lo miró fijamente con aquellos preciosos ojos verdes–. Tal vez esta temporada no lo consigamos. ¿Estarías dispuesto a esperar otro año más?

-Estoy dispuesto a todo por casarme con ella, Mandy.

-Bien –le sonrió–. Intentaremos no llegar a eso, pero debemos contemplar todas las posibilidades. Tengo la sensación de que el duque no es un hombre

fácil.

-No sé como agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

-Como te he dicho las otras novecientas noventa y nueve veces, no tienes nada que agradecerme. Yo solo quiero que seas feliz.

-¿Y qué hay de tu felicidad? También tú te mereces encontrar el amor de nuevo.

-Lo sé –se le nubló la mirada con el dolor un momento–. Le hice una promesa a tu hermano que pienso cumplir, aunque todavía no me siento preparada para ello. Intentaré estar abierta a las posibilidades, eso sí puedo hacerlo, pero nada más por ahora.

-Estaré a tu lado todo el tiempo, cuñadita –le sonrió–. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Ahora sí.

-Lo sé –lo abrazó–. Cada día desde nuestra reconciliación me lo has estado demostrando.

-Y lo seguiré haciendo el resto de mis días. No habrá suficiente tiempo para compensarte por todo el daño que te he hecho.

-Me temo que te has hecho más daño a ti mismo que a mí, Jay. Pero no te preocupes, lo subsanaremos juntos. Como la familia que somos –lo miró–. Y ahora debemos empezar a prepararnos o no llegaremos a tiempo al baile de los Norfolk.

-Sé que ya lo hemos discutido más veces, pero, ¿es realmente necesario ir allí? El viejo duque era un hombre encantador, pero su hijo no me gusta nada.

-Es un hombre muy influyente, Jay. No podemos desestimar sus invitaciones por más que te disguste él. Teníamos negocios con el padre y ahora que el hijo se ha hecho cargo, nos interesa que quiera mantenerlos. Además –le sonrió–, me han asegurado de que el duque de Castlemaine asistirá. También han sido socios en varias ocasiones.

-Por Melissa y por ti, Mandy –la señaló.

-Por ti, Jay –le recordó ella.

No tardaron en estar listos. Al menos Jason, pues Amanda se había demorado un poco más intentando controlar su rebelde cabello dentro de uno de aquellos enrevesados moños que tan de moda estaban. Pero el resultado era tan impresionante que a Jason no le importó esperar.

-Estás preciosa, Mandy.

-Tampoco tú estás mal, cuñado –le sonrió condescendiente.

-Lo digo en serio. Muy en serio.

Por la expresión en su rostro, Amanda supo que no mentía. Se acercó al vestíbulo y se miró en el gran espejo que presidía la entrada. Tuvo que admitir que estaba especialmente llamativa. El vestido verde claro que había elegido hacía resaltar el color de sus ojos. Aunque también el de su rojo cabello, tan inusual en Londres. Era herencia de su parte escocesa, una pequeña parte, pero con una fuerte presencia en ella. Siempre se había sentido orgullosa de su ascendencia escocesa y había viajado a la tierra natal de su madre en muchas ocasiones. De repente recordó que hacía tiempo que no iba y lo echaba en falta. Tomó nota mental de ello antes de continuar con su escrutinio.

La suave tela del corpiño se ajustaba a la perfección a su busto y, gracias en gran parte al corsé, lo realzaba. El escote no era en extremo exagerado, pues nunca le había gustado enseñar más de lo necesario, pero era suficientemente sugerente como para saber que no podría evitar algunas miradas indiscretas. Hubiese preferido algo más recatado, que no llamase tanto la atención, pero su modista se había negado en rotundo. *Es muy joven*, le había dicho, dando por finalizada la discusión. Las ondas de la falda sobre las enaguas y el suave ronroneo que producían al moverse ayudarían a desviar la mirada de su pecho, algo que agradecía. A pesar de sus reticencias, tenía que admitir que el conjunto era más que aceptable.

-Supongo que tienes razón –le concedió.

-Me temo que esta noche estaré bastante ocupado alejando a los hombres de tu lado.

-Tú preocúpate de que Melissa te conceda un baile, que yo me encargo del resto –le sonrió.

Salieron de la casa tomados del brazo y se encaminaron hacia la entrada de la finca, resguardados por los setos recién cortados. El difunto duque de Sheffield disfrutaba tanto de la naturaleza que había creado bellos y amplios jardines rodeando el edificio. Dividido en varias zonas, algunas eran ideales para pasar el rato fuera en las tardes soleadas sin que el calor te sofocase y otras para perderse entre los árboles y aislarse del bullicioso Londres.

El carruaje los esperaba en la calle y partió de inmediato hacia la mansión del

nuevo duque de Norfolk. Roger había heredado el título un par de años atrás y aunque era joven, tan solo un año mayor que ellos, y todavía no había mostrado interés en buscar esposa, las mujeres solían arremolinarse a su alrededor como abejas a la miel tratando de llamar su atención. Alto y atractivo, con su cabello rubio, resultaba imposible no fijarse en él. Para Amanda, sus impresionantes ojos azules eran el rasgo más destacable y completaban el conjunto hasta convertirlo en un Adonis de carne y hueso que hacía suspirar tanto a jóvenes casaderas como a sus madres.

Su llegada se anunció con premura y como invitados de honor, fueron sentados cerca del duque. Amanda sabía que la madre del mismo pretendía reclamar, de aquel modo, la atención completa de Jason sobre su hija, cuya presentación en sociedad era el motivo de aquel primer baile de temporada.

Para Lady Masham, un ducado era un título al que aspirar para su hija, habida cuenta de que su hijo ya había heredado el de su padre. Apuntaba alto desde el inicio. Y no era para menos al ver a la joven: una delicada florecilla de dieciséis años, tan rubia como su hermano y con unos ojos igual de azules. Sin embargo, la hija no parecía compartir la seguridad de la madre. Más bien, se veía nerviosa y ansiosa por ser el centro de atención aquella noche.

Amanda imaginó que la madre la había estado presionando los días antes para que deslumbrase a todos aquella noche y deseó poder decirle que se relajase y disfrutase de la velada, pero no era asunto suyo, así que centró su atención en su plato. Y en el hombre que habían sentado frente a ella. Joyce Evans, el duque de Castlemaine. Conocía su reputación, personal y profesional, sin embargo, nunca habían tenido ocasión de ser formalmente presentados hasta la noche de su cumpleaños. Aquella noche no se había fijado en él en demasía, puesto que tenía muchos otros invitados a los que saludar, pero ahora que lo tenía frente a ella, podía entender porqué era capaz de intimidar sin emitir una sola palabra. Alto y corpulento, de rostro serio y mirada penetrante, el duque parecía estar rodeado de un aura oscura que gritaba peligro. Nadie que apreciase su vida se atrevería a contradecirlo.

Sin embargo, su sobrina era todo lo contrario. De no saber que eran familia, nadie lo habría averiguado con un simple vistazo. Era una joven de rasgos delicados, pelo castaño-dorado y ojos color miel cargados de pura inocencia. Amanda podía entender porqué su tío la protegía con tanto celo, aunque no por ello lo aprobaba. La joven necesitaba vivir sus propias experiencias y su tío solo debería velar porque estas no sobrepasasen el límite de lo decoroso.

-Muchos nos hemos alegrado de su regreso, excelencia.

Regresó su atención a Roger, que parecía contrariado por haber sido ignorado por tanto tiempo. Amanda comprendió entonces, que se había demorado demasiado en su escrutinio del duque y de su sobrina y esperó que este no se hubiese dado cuenta.

-Nunca he llegado a irme, duque –le sonrió. Malinterpretó sus palabras a propósito.

-Sabe bien a qué me refiero, Amanda.

-Es cierto que he guardado luto por mi esposo más tiempo del que se acostumbra, pero me casé muy enamorada, duque –le dedicó una sonrisa forzada–. Aún lo estoy, de hecho. El amor no es algo que se deseche sin más.

-Lo siento si la he ofendido, excelencia.

-No lo ha hecho en absoluto.

Amanda sabía que aquel intento de usar su nombre no era más que un recordatorio para los presentes de la amistad entre sus familias. Sin embargo, no estaba dispuesta a permitir que usase en su beneficio la relación que su esposo había tenido con el anterior duque cuando ellos ahora apenas mantenían contacto. Y mucho menos dejaría que aquello derivase en habladurías. El día que el duque la llamase por su nombre, sería porque ella así lo habría decidido.

-Lord Durham, tengo entendido que se ocupa de los asuntos de su cuñada ahora. Supongo que se está preparando para cuando se convierta en duque.

El intento de la madre de Roger por desviar la atención de la sutil pero tensa conversación era bastante evidente, aunque el tema elegido no era el más adecuado. Sobre todo porque captó la atención de Joyce.

-Me temo que he desatendido mis obligaciones durante mucho tiempo, pero estoy decidido a subsanarlo y a compensar a mi cuñada por ello –le sonrió a Amanda con seguridad, aunque ella sabía que estaba realmente nervioso. Sabían que no todos se lo tomarían con tan buena intención como los Norfolk.

-Supongo que la vida nocturna a la que estaba acostumbrado ya no le resulta tan gratificante ahora –Amanda sintió una furia creciendo en su interior tras las palabras de Joyce–. O tal vez no tuvo más remedio que dejarla cuando se arruinó.

Aquellas duras acusaciones, dichas de un modo tan directo, aún siendo verdaderas, arrancaron unas cuantas exclamaciones de sorpresa entre en los comensales. Amanda sabía que debería dejar que Jason se defendiese, pero no pudo guardar silencio.

-Somos humanos y por ello imperfectos, lord Castlemaine –la intensa y fría mirada que le dedicó la enfureció todavía más–. Cuando los sentimientos están de por medio es fácil errar y el dolor de perder a un ser querido puede llevarte a la locura. Mi cuñado buscó alivio en el alcohol y yo en la soledad. No creo...

-Mandy –Jason le cubrió la mano con la suya para tranquilizarla y le sonrió en agradecimiento–, el duque tiene razón. No puedo negar que mi comportamiento en los últimos años ha sido más que cuestionable y desde luego, la muerte de mi hermano no me excusa en absoluto. Pero ha de saber, lord Castlemaine, que sé reconocer mis errores y estoy dispuesto a enmendarlos. Me queda un largo camino por recorrer, pero le aseguro que no me asusta.

-Desde luego que no le asusta, lord Durham –Patricia, la madre de Roger, intervino, avergonzada de que su comentario fuese el origen de aquella batalla verbal–. Todos sabemos que hará un excelente trabajo.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, las conversaciones triviales se impusieron en la mesa tras el comentario de Patricia y la cena transcurrió sin más incidentes. Sin embargo, Amanda decidió ignorar al duque, segura de que terminaría diciendo o haciendo algo totalmente inadecuado en un arranque de ira. Ya había deseado abofetearlo cuando vilipendió a Jason de aquel modo tan directo, lo que la sorprendió y avergonzó. La habían educado para ser correcta en el trato con los demás y guardar las formas bajo cualquier circunstancia y aún así, permitió que Joyce la sacase de sus casillas como si de una novata se tratase. No podía permitir que sucediese de nuevo; no cuando Jason se jugaba tanto.

-Caballeros –Roger llamó a los hombres–, ¿me acompañan?

Patricia precedió a las mujeres hasta la sala donde esperarían a que comenzase el baile después de que los hombres fumasen un puro y bebiesen una copa.

Amanda observó cómo las mujeres comenzaron a agruparse y hablar entre ellas sobre los posibles candidatos para las jóvenes casaderas, sobre sus favoritos y los que nunca podrían tomar en cuenta. Sonrió satisfecha al

escuchar el nombre de Jason en varias ocasiones, acompañado de muy buenas opiniones.

Conforme con ello, se acercó a Melissa, que se había sentado sola, en la esquina más alejada. Se veía demasiado vulnerable e insegura. ¿Acaso las demás mujeres la ignoraban de una forma tan evidente a propósito o había sido una simple coincidencia? No le sorprendería que fuese lo primero y eso la enfadaba.

-Buenas noches, señorita Evans –la saludó.

-Buenas noches, excelencia.

-Llámeme Amanda, por favor –se sentó junto a ella–. O Mandy, si lo prefiere.

-No sería correcto –la idea parecía horrorizarla.

-Es correcto desde el momento en que yo se lo pido, Melissa –le sonrió–  
¿Puedo llamarla Melissa?

-Por supuesto, ex... Amanda.

Amanda estudió el rostro de la muchacha sin abandonar la sonrisa en ningún momento. La primera impresión que causaba era de extrema timidez, pero en sus ojos dorados se podía descubrir un atisbo de curiosidad y un anhelo de algo más que le recordaban mucho a ella. Como si esperase algo más de la vida, pero algo, o alguien, le impidiese ir por ello. Supuso que se trataba del duque y eso la enfureció.

-Creo que su tío y yo no empezamos con muy buen pie –decidió comprobar su teoría sacando a colación el tema–. Entiendo su desconfianza ante el repentino cambio en la vida de mi cuñado, pero no debería haberlo juzgado con tanta severidad y, menos todavía, haberlo expresado tan abiertamente. Alguien debería recordarle lo que es la mesura. Y la educación, de paso.

-Mi tío es un hombre autoritario –le sonrió, sin atisbo de rencor o mala fe en aquel gesto–. Me temo que está acostumbrado a imponer su criterio sin demasiada oposición. La sutileza no va con él, pues hay muy pocas posibilidades de que alguien trate de desvirtuarlo si se excede. Pero no es tan mal hombre como hace creer a todos.

-Permítame que dude sobre la veracidad de algunas de sus palabras, Melissa. Cierto que los hombres importantes tienden a creerse con derecho a decir lo que piensan sin miedo a las consecuencias, pero precisamente por ser más

influyentes que los demás, deberían ser más comedidos. Una mala opinión suya podría llevar a la ruina a toda una familia y esa, querida, es una gran responsabilidad.

-Es un buen hombre –le aseguró–. Aunque se le olvida la mayor parte del tiempo.

-Tiene una reputación de ogro que debe mantener –bromeó con ella, pero sabía que sus palabras guardaban parte de razón.

Había conocido a muchos como él durante los seis últimos años y había tenido que tratar con ellos. Tal vez ella guardase más las formas en público, pero sabía que también se había vuelto más exigente en los negocios y no le importaba enfrentarse a quien hiciese falta, incluso usando términos no tan educados, si con ello conseguía su objetivo. Por su condición de mujer, le había tocado ser más firme para que la tomasen en cuenta. Aquel era un mundo de hombres.

-Eso lo explicaría todo –Melissa sonrió abiertamente y Amanda supo porqué Jason se había enamorado de ella.

Tenía una sonrisa deslumbrante y sus facciones se endulzaban más, si aquello era posible. Melissa Evans era hermosa. Joven, inocente y hermosa. Le recordaba dolorosamente a ella, salvo quizá en que ella había sido mucho más atrevida y decidida.

-¿Sabía que mi cuñado decidió cambiar de vida por usted? –su sonrojo la conmovió–. Aquella mañana que se cruzaron y su tío le dijo tantas verdades, decidió que quería ser merecedor de su atención.

-No diga eso, por favor.

-Es la verdad. Si está hoy aquí es por usted.

-Es muy directa.

-Me temo que yo también soy una mujer poderosa como su tío –rió–. No me gusta perder el tiempo y si no soy sincera ahora que su tío está lejos, creo que no podré serlo nunca. La protege con demasiado celo.

-Cree que soy demasiado joven para casarme.

-A su edad yo llevaba casada tres años, Melissa.

-¿En serio?

-Sí –sonrió al recordarlo–. Conocí a mi difunto esposo con trece años y supe al momento que me casaría con él. Tuve que hacer muchas locuras durante un año para llamar su atención, pero lo logré. No llegaba a los quince cuando me convertí en su mujer.

-Pero era muy joven.

-El amor no entiende de tiempo ni de edades, Melissa. Lo sabrá cuando se enamore.

Su sonrojo fue tan revelador que Amanda contuvo el aliento, sorprendida. ¿Acaso Melissa conocía ya ese sentimiento? Si era así, debía averiguar de quién se trataba, pues de nada servirían los planes de Jason si el corazón de la joven ya estaba ocupado.

-Sabe de lo que estoy hablando, ¿verdad?

-Creo que sí –asintió sin mirarla–. No tengo mucha experiencia en estas cosas, pero desde que conocí a Ja... a lord Durham no he podido dejar de pensar en él. Mi tío dice que es porque el peligro siempre atrae a las mujeres, pero no creo que sea por eso. Yo no encuentro nada peligroso en él.

-Desde luego que no es por eso –la tomó de la mano–. Y su tío también lo sabe.

-Parece muy segura de eso.

-Si su tío se toma tantas molestias para desvirtuar a mi cuñado delante de usted es porque sabe que lo que siente por él no es producto de una atracción fútil.

-Mi tío no cree que el marqués haya cambiado –negó–. Y dice que volverá a esa vida en cuanto recupere el dinero que perdió. Es por eso que lo atacó. No tiene nada que ver conmigo.

-Acaba de darme la razón, Melissa. Su tío no parece la clase de hombre que actúe a la ligera. Si creyese que no está realmente interesada en mi cuñado, simplemente lo ignoraría. Pero ahora mismo Jason supone un riesgo y por eso tratará de mantenerla lejos de él.

-Entonces no hay nada que hacer –se lamentó.

-¿Se va a rendir antes de pelear? –le preguntó.

-Mi tío jamás cambia de opinión.

-Eso es porque nunca se ha topado con nadie que lo enfrente.

-Si Jason lo hiciese, me temo que saldría perdiendo. Jamás me perdonaría que mi tío lo perjudicase por mi culpa.

-Creo que sería imposible perjudicarlo más de lo que ya lo hizo él solo –le sonrió–. Pero no se preocupe por eso porque no será él quien se enfrente a su tío, sino yo.

-Peor me lo pone.

-¿Por qué? Soy tan influyente como él, así que estamos a la par. O tal vez no, porque yo tengo un arma con el que él no cuenta.

-¿Cuál?

-Soy mujer. Si tiene un mínimo de caballero bajo sus cientos de capas de hombre rudo, no será tan duro conmigo.

-Me temo que eso no lo frenará. Mi tío puede llegar a ser poco razonable en determinadas situaciones.

-Yo también.

La esperanza en los ojos de la joven fue aliciente suficiente para Amanda. Puede que pecase de exceso de romanticismo, pero ella había amado con locura y quería eso para Melissa también. Si para hacerla feliz debía enfrentarse al mismísimo diablo, así lo haría.

En cuanto se reunió con Jason en el salón de baile, buscaron a Melissa y su tío. Al parecer el duque había decidido situarse lo más lejos posible de ellos.

-No va a ser fácil –se quejó Jason–. Con todo lo que dijo de mí en la cena, está claro que no me permitirá acercarme a Melissa para solicitarle un baile, aunque eso no la comprometa a nada.

-Habrá que distraerlo, entonces –le sonrió Amanda.

-Es un hombre terrible, Mandy. No quiero que te acerques a él.

-Si no lo hago, tú no podrás bailar con Melissa –le recordó–. No te preocupes por mí. Solo le daré conversación el tiempo justo para que puedas anotarte en su cartilla. Después, ya no podrá negarse a que bailéis sin armar un escándalo.

-No me extrañaría que lo hiciese –frunció el ceño.

-En ese caso, tendré que buscar la manera de entretenerlo por más tiempo.

-No...

-¿Quieres o no quieres bailar con ella?

-Por supuesto que sí.

-Pues entonces deja de quejarte tanto y acerquémonos a ellos.

Jason le ofreció el brazo y caminaron entre los invitados, como si hubiesen decidido saludarlos a todos, hasta que llegar al otro extremo del salón. Amanda se separó de su cuñado y se acercó a Joyce fingiendo admirar a las parejas que ya bailaban.

-Tiene una sobrina de lo más encantadora, duque.

-Para tener un tío tan poco encantador como yo, imagino –se sintió inexplicablemente complacida de que hubiese entendido la sutil crítica en su voz.

-No he dicho tal cosa.

-Pero lo ha pensado.

Su treta no estaba resultando del todo efectiva, porque Joyce no dejaba de mirar en dirección a su sobrina. Jason no tendría su oportunidad si ella no captaba su completa atención, por lo que decidió ser un poco más agresiva, aún cuando no era de su agrado.

-Debe admitir que fue muy grosero por su parte acusarlo de ese modo tan directo.

-Yo solo dije la verdad. No es mi culpa que la verdad ofenda.

Había logrado captar su atención, pero por un momento, deseó no haberlo hecho. Aquellos negros ojos se clavaron en los suyos con tal intensidad que se le cortó la respiración. Cuando aquella mirada bajó hasta su sugerente escote, abrió el abanico en un burdo intento de ocultarlo.

-Tener un título no le da derecho a ser desconsiderado cada vez que le plazca –le dijo, ofendida por su escrutinio.

-Y transferírsele a su cuñado tampoco hará que la gente olvide su pasado sin más.

-Todos tenemos derecho a equivocarnos y también a intentar enmendarlo después. ¿Acaso usted no se ha equivocado nunca, duque?

-¿Durante seis años? Me temo que no, duquesa.

-Permítame señalarle –le dijo, ofuscada por su escasa empatía– que este es el segundo año consecutivo que se equivoca. Y por lo poco que lo conozco, diría que no será el último a menos que alguien le abra los ojos o le pare los pies.

-¿Qué está insinuando?

-Yo no insinúo nada, duque. Solo digo que se le pueden cortar las alas a un pájaro, pero no por eso perderá sus ganas de volar. Su sobrina merece algo mejor que la jaula invisible en la que la tiene metida.

-No me diga cómo debo tratar a Melissa, duquesa –la dureza en su voz no acobardó a Amanda–. Ella no es asunto suyo y no me simpatizará si pretende

meterse en lo que no le incumbe.

-Yo solo digo la verdad –repitió sus palabras y Joyce apretó la mandíbula fuertemente al darse cuenta–. No es mi culpa que la verdad ofenda.

-No crea que...

-No se esfuerce, duque –lo interrumpió–. No me simpatiza.

Se había arriesgado usando sus palabras contra él, pero estaba orgullosa del resultado. Ahora el duque estaba enfadado y ella sentía que se había resarcido por lo de su cuñado.

Cuando vio por el rabillo del ojo que Jason y Melissa estaban al fin bailando, no pudo reprimir la sonrisa. La mirada del duque siguió la suya y notó cómo todo su cuerpo se tensaba.

-Esto ha sido jugar sucio, duquesa –la fulminó con la mirada.

-Como ya le he dicho, su sobrina tiene derecho a divertirse un poco. Que baile con alguien, no le hará ningún daño.

Lo sujetó por un brazo y tiró de él con fuerza cuando descubrió su intención de separarlos. El intenso escalofrío que recorrió su cuerpo al sentir cómo sus cuerpos se rozaban, la hizo alejarse como si le hubiese quemado. Por la cara de estupor del duque supo que también él lo había notado.

-Bailemos –aquello sonó como una orden y, por el modo en que la arrastró hacia la pista, estaba claro que no aceptaría un no por respuesta.

-No es necesario, duque –le dijo aún así.

-Permítame servirle de diversión un poco más, duquesa. No sea que se aburra y decida importunar a alguien más –la acusación, dicha con tanto descaro, la enfureció–. No todos son capaces de entender un humor tan ácido como el suyo.

-Hablabas muy en serio y...

-No se esfuerce, duquesa –le escupió a la cara sus palabras tal y como había hecho ella antes–. Usted tampoco me simpatiza.

La tomó entre sus brazos con una delicadeza de la que nunca lo creería poseedor y comenzó a moverla por la pista de baile con pasos expertos. Y aunque su intención había sido plantarlo en venganza por sus acusaciones, se dejó llevar por él, plenamente consciente de la cálida mano que sostenía la

suya con firmeza.

Ahora que no estaban discutiendo, también era consciente del atractivo del duque. Llevaba el cabello perfectamente peinado hacia atrás, aunque algunos mechones se le rizaban en la nuca, rebelándose así contra la moda de llevarlo corto. Su traje era soberbio y el negro, a pesar de que predominaba en su cabello y en sus ojos, le sentaba de maravilla. Sentía su imponente aura de masculinidad intentando atraparla y atraerla hacia él con cada movimiento y cada mirada que le lanzaba, buscando el contacto con sus ojos. Sin embargo, ella decidió ignorarlo, pues todavía estaba enfadada con él después de su conversación.

Joyce también estaba furioso con ella. Por su atrevimiento. Lo había provocado con el único fin de permitir que su cuñado se acercase a su sobrina para solicitarle un baile. Habría admirado su osadía si no se tratase del marqués de Durham, un hombre que había traspasado todos los límites de la decencia en los últimos seis años. No lo quería rondando a Melissa bajo ningún concepto, pero aquella pequeña pero atrevida duquesa había conseguido entretenerlo hasta el punto de olvidarse de su deber como protector de su sobrina.

Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de llevarlo al límite con una simple discusión. A él, que siempre había estado orgulloso de su férreo control de las emociones. Puede que fuese por el fuego que mantenía a raya tras su intachable comportamiento y que él había podido vislumbrar a pesar de todos sus esfuerzos por ocultarlo. Había querido desatarlo y se centró tanto en ello, que olvidó cuidar de su sobrina, dejándola a merced de un hombre del que desconfiaba.

Había oído incesantes rumores sobre su sorprendente cambio en los últimos meses y él mismo lo había comprobado aquella noche, pero no tenía ninguna intención de permitirle el acceso a una impresionable e ingenua Melissa. Su deber era proteger a su sobrina de hombres como él.

Y eso se proponía hacer cuando la duquesa puso su mano, su delicada mano, en su brazo. En cuanto sus cuerpos se rozaron, sintió tal descarga de deseo que le costó controlarse para no asaltarla allí mismo sin importarle quien estuviese mirando. Si no se hubiese separado con tanta celeridad, habría creído que ella no había sentido lo mismo. Su curiosidad pudo más que su deber y decidió

comprobar su teoría llevándola a la pista de baile. Por su experiencia sabía que un baile podía ser de lo más revelador en cuanto a deseos contenidos, pero también podía ser un arma de doble filo y lo supo en cuanto le rodeó la cintura con su brazo.

De nuevo sintió el anhelo de más, de apretarla contra su cuerpo y hacerla consciente del deseo que había despertado en él. Pocas veces en su vida había peligrado tanto su autocontrol. Hasta el simple roce de su falda en las piernas le hacía palpar de placer. Finalmente sucumbió y la estrechó posesivamente contra él, sin importarle el lugar donde estaban ni si la gente los estaba observando o no.

Tenía que admitir que era una preciosidad. Menuda y delicada de constitución, no era para nada igual cuando se trataba de su fuerte carácter. La determinación de que había hecho gala a la hora de defender sus ideales, lo atraía en la misma medida que sus inquietantes ojos verdes o su cabello de fuego. Aquel pelo que se negaba a ser encerrado en el rígido e insulso moño que tan de moda estaba. Tuvo que contener sus ansias de liberarlo de un tirón. ¿Sería su dueña tan ardiente e indómita como sus rizos? El impulso de besarla para comprobarlo estaba acabando con el poco control que le quedaba.

-Suélteme, milord –la ahora dulce voz de Amanda lo devolvió a la pista de baile–. Ya ha terminado la canción.

Lentamente, y muy a su pesar, se separó de ella. La miró por un momento a verla tan serena, incapaz de creer que el contacto solo lo hubiese afectado a él. Poco a poco vio los signos, apenas perceptibles: respiración acelerada, pupilas dilatadas, manos temblorosas y mandíbula apretada en una tensa sonrisa. El deseo era tan palpable que no pudo evitar besar su mano antes de hablar.

-Le agradezco el baile, duquesa. Muy... instructivo.

-No le he enseñado nada –había malinterpretado sus palabras, pero no supo si había sido a propósito–. Si me disculpa, tengo algo que hacer.

La siguió con la mirada y la vio salir a la terraza. Decidió ir tras ella acallando a su mente sobre las posibles consecuencias de involucrarse con una mujer que lo alteraba de aquel modo. Su instinto siempre le había prevenido sobre todo aquello que le inspirase algún tipo de sentimiento que no pudiese controlar. Sus normas con respecto al tema eran estrictas y, sin embargo, desde que Melissa había aparecido en su vida, había roto unas cuantas ya. Había

pensado que todo terminaría con su sobrina, pero, lamentablemente, estaba a punto de romper una norma más por alguien a quien apenas conocía.

Amanda salió a toda prisa del salón, buscando alejarse de aquel hombre. Sus piernas todavía temblaban cuando logró alcanzar la terraza y agradeció el frío aire de la noche sobre su cuerpo pues se sentía arder por dentro. Apoyó las manos en el borde de la terraza y cerró los ojos para impedir que su corazón continuase latiendo a un ritmo tan frenético. Debía serenarse antes de regresar.

Pensó inevitablemente en su difunto esposo, tan correcto con ella incluso después de casados. Él jamás la habría provocado como lo había hecho el duque ni la habría apretado contra su cuerpo de un modo tan indecoroso durante un baile. Tampoco habría despertado en ella, por más que le pesase admitirlo, el deseo que había sentido bailando con el duque.

Jamás pensaría en involucrarse con un hombre que amenazase su estabilidad emocional de una forma tan implacable y a pesar de ello, no podía dejar de pensar en el modo en que la había llevado prácticamente en volandas por toda la pista con uno de sus fuertes brazos rodeando su cintura y anclándola contra su cuerpo como si no le importase que alguien pudiese verlos. Si Jason no estuviese tan enamorado de la joven Melissa y ella no le hubiese confesado que sentía lo mismo, se habría alejado de él inmediatamente. Pero su cuñado la necesitaba y no podía darle la espalda ahora que había regresado con ella.

Cuando abrió los ojos, su corazón se paró por un momento y todo el calor que pudiese quedar en su cuerpo se congeló ante la posibilidad de que el duque descubriese lo que ella estaba viendo en aquel instante. *Insensatos*, pensó al ver cómo Jason y Melissa se adentraban en el laberíntico jardín de la mansión. Si el duque los veía, todo su plan se vería reducido a la nada en un suspiro. Aquel hombre era capaz de desafiar a Jason a un duelo si descubría que le había tocado un solo cabello a su sobrina.

Se giró dispuesta a regresar al salón y enfrentarse de nuevo al objeto de su tormento, solo para impedir que los descubriese, pero sus planes se vieron frustrados por la llegada del vizconde de Huntington, que le regaló una sonrisa de lo más irritante al verla. Se habían conocido años atrás, cuando su esposo todavía vivía y ya por aquel entonces le incomodaba su presencia. O tal vez eran sus miradas lascivas y sus comentarios inoportunos en los momentos más inadecuados.

-Buenas noches, duquesa. Al fin la encuentro. Cuando la vi esta noche creí que

estaba soñando.

-Es evidente que no, lord Huntington. Estoy aquí.

-Cierto. Está aquí y tan espléndida como hace seis años.

-Muchas gracias. Ahora, si me disculpa...

-Demos un paseo, duquesa –la sujetó por el brazo, impidiendo así que se alejase–. Tenemos que ponernos al día.

-No hay mucho que contar, me temo.

Buscó la forma de soltarse sin ser brusca, pues no deseaba ser arrastrada hasta los jardines traseros. Conocía bien la fama del vizconde y no era la compañía más adecuada para pasear en un lugar tan aislado como aquel. Sin embargo, la tenía bien sujeta y le aventajaba en tamaño y fuerza, así que solo pudo dejarse llevar y esperar a que bajase la guardia para escabullirse de su agarre y regresar a la casa.

-Lamenté mucho la muerte de John.

-Todos lo hicimos, vizconde.

-Es una mujer en la plenitud de la vida, duquesa. Seis años en total soledad no puede ser bueno. No puede echarse a perder de ese modo.

-Jamás sentí que me estuviese echando a perder, vizconde –si pretendía ofenderla, lo había logrado.

-Pero lo hace, querida –se detuvo para enfrentarla–. Una mujer tan bella como usted no debería permanecer sola ni un mísero día. Está desperdiciando los mejores años de su vida.

La mano del vizconde ascendió por su brazo lentamente hasta llegar a su nuca. Entonces, la atrajo hacia él e intentó robarle un beso. Amanda se apartó bruscamente de él y le lanzó una severa mirada cargada de censura.

-No sé por quién me ha tomado, vizconde, pero no le he dado permiso para tomarse tantas libertades conmigo.

-Vamos, Amanda, no juegue conmigo –la sujetó de nuevo, esta vez con más firmeza–. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo.

-Precisamente porque lo conozco, le pido que me suelte ahora mismo –apoyó las manos contra su pecho y empujó con fuerza, tratando de mantenerlo a raya.

-Lo desea tanto como yo, Amanda, no me lo niegue. Siempre lo supe.

-Suélteme.

-¿Acaso está sordo, vizconde?

La voz de Joyce sonó a gloria en aquel momento. Puede que hubiese huido de él antes, pero agradecía que estuviese allí. De cualquier otro modo, se habría visto en serios apuros. Incluso había sopesado la idea de gritar por si alguien la escuchaba y acudía en su ayuda.

-Esto no es asunto suyo, duque. Es entre la dama y yo.

-Me temo que ha pasado a ser asunto mío desde el momento en que la dama le ha pedido amablemente que la suelte y usted se ha negado.

Se midieron con la mirada. Amanda lo sabía incluso sin poder ver a Joyce, así como también supo que este ganaría incluso antes de que el vizconde la soltase. No se atrevería a desafiar al duque de Castlemaine.

-Ya nos veremos, duquesa –su reverencia crispó los nervios ya alterados de Amanda, que se limitó a permanecer en silencio.

-Le recomiendo que no vuelva a acercarse a ella, vizconde –lo sujetó por un brazo para enfrentar sus miradas–. O no vivirá para lamentarlo.

El vizconde huyó. No había otra forma de describir el modo en que sus grandes zancadas lo alejaron del lugar. Amanda estaba segura de que habría echado a correr, si no lo avergonzase que lo vieses.

-¿Se puede saber a qué ha venido eso, duque? –lo increpó en cuanto se quedaron solos en el jardín. Le estaría eternamente agradecida por la ayuda, pero no podía creer que lo hubiese amenazado de muerte por haber intentado robarle un beso. Aquel hombre la desquiciaba hasta lo indecible.

-¿Acaso prefería que la dejase a su merced? Creí entender que necesitaba ayuda. Mis disculpas, si me equivoqué.

-Sabe perfectamente que estoy hablando de la amenaza que le ha lanzado. No se haga el tonto, duque. No le pega nada.

-Me temo que el vizconde de Huntington es un hombre corto de entendederas. Debía asegurarme de que no la molestaba de nuevo.

-Y le agradezco que me haya rescatado, pero le rogaría que de ahora en adelante se cuide de ir amenazando a nadie en mi presencia –se alejó de él unos cuantos pasos antes de volver a mirarlo–. Es usted tremendamente irritante. Hasta el acto más caballeroso lo convierte en...

-¿En qué, duquesa?

-No lo sé –alzó las manos al cielo–. En algo odioso.

Gritó de frustración y se dirigió hacia la mansión. Había sido una noche demasiado intensa para ella y necesitaba regresar a la tranquilidad de su hogar. Por suerte, Jason y Melissa estaban ya de regreso cuando alcanzó la terraza, seguida de cerca por Joyce.

-¿Estás bien, Mandy? –Jason parecía asustado al ver lo alterada que estaba y trató de tranquilizarlo con una sonrisa.

-Ha sido una velada extenuante –dijo, después de pensar en la palabra exacta para describirla–. Yo me retiro ya, Jay. Si quieres quedarte más tiempo...

-Te acompaño –la interrumpió, antes de girarse hacia Melissa y obsequiarla con una graciosa reverencia–. Señorita Evans, un placer. Lord Castlemaine.

Jason arrastró a Amanda hasta el salón y desaparecieron entre la multitud, dejando a una sonrojada Melissa y a un irritado Joyce tras ellos.

Amanda no podía dormir. Había estado dando vueltas por su habitación como un animal enjaulado, repasando todo cuanto había sucedido aquella noche. Trató de convencerse de que había pasado demasiado tiempo alejada del mundo y que su reacción ante Joyce era perfectamente normal por el halo de misterio que lo rodeaba. Estaba segura de que no era la única que se sentía atraída por él, aunque lo más probable era que todas se mantuviesen a distancia. Ella, por desgracia, no podía hacer eso. Jason y Melissa la necesitaban.

Finalmente, cansada de dar vueltas, decidió ir al único lugar donde sabía que encontraría cierta paz. Todavía estaba oscuro fuera, pero no podía esperar a la mañana o se pasaría la noche en vela y preocupada. Se colocó un sencillo vestido y se cubrió con una gruesa capa que la protegería del frío. Bajó en silencio las escaleras, intentando no despertar a nadie. Sobre todo a Jason pues sabía que no la dejaría salir de casa sin él y lo que más deseaba en ese momento era estar sola.

Peter no protestó cuando tuvo que preparar el carruaje. No era la primera vez que le pedía que la llevase al cementerio en plena noche. Los primeros años de su viudez había acudido en muchas ocasiones, a cualquier hora del día y por cualquier motivo, aunque debía admitir que hacía ya un par de años que no sentía aquella necesidad acuciante de hablar con su esposo. Al menos no a horas tan intempestivas.

-Lo siento, Peter.

-No se preocupe, excelencia –le sonrió, somnoliento—. Hoy ha sido un día diferente para usted. Es normal que esté inquieta.

Peter siempre había sabido comprenderla, pero en esa ocasión se había quedado corto con lo que sentía. Inquieta era la última palabra que se le vendría a la mente para definir el estado en que se encontraba. Irritada, frustrada o ansiosa se acercaban más a la verdad. Temerosa de aceptar unos sentimientos que la hacían pensar que estaba engañando a su esposo. Sorprendida por la intensidad con que era consciente de la promesa que le había hecho seis años atrás, en su lecho de muerte. Deseosa de saber lo que opinaría él sobre aquel remolino de emociones. Apenada porque jamás podría saberlo. Y defraudada por haber permitido que el simple roce de aquel hombre ensombreciese el amor que le profesaba a su esposo.

-Inquieta –suspiró en la soledad del carruaje–. Supongo que es una palabra perfectamente adecuada.

Y aunque Peter había insistido en acompañarla al mausoleo de John, lo había convencido de que la esperase en la entrada del cementerio. Aquella noche, necesitaba más que nunca estar a solas con su esposo para poder hablar libremente con él. Sabía que Peter solo pretendía protegerla, pero también sabía que su presencia la incomodaría demasiado y se callaría muchas cosas.

-John –suspiró.

Apoyó la frente contra la fría piedra de la cripta donde estaba enterrado y cerró los ojos tratando de sentir la paz que siempre la embargaba cuando estaba allí. El simple hecho de imaginarlo a su lado era suficiente para ella. O al menos lo había sido antaño. Su corazón todavía latía alterado y su mente bullía con demasiado frenesí en aquel momento.

-Jason ha vuelto a mí, mi amor. A nosotros –sonrió–. Empezaba a desesperarme, ¿sabes? Tú siempre has sido más fuerte que yo y más confiado. Jamás dudaste de él. Yo, en cambio, temía que Jay no lograra superar nunca tu muerte y se alejase de mí definitivamente. Estoy sola, amor. No sabía cuánto hasta que lo recuperé. No me queda más familia que él. Me alejé de todo y de todos tras tu muerte. Me dejaste un vacío en el alma que no he sido capaz de llenar. Sé que te hice una promesa, John. Y voy a cumplirla, te lo aseguro, pero aún no me siento preparada. Te tengo demasiado dentro de mí todavía y tu ausencia me duele como el primer día.

Permaneció un momento más en silencio, esperando a que la tranquilidad se apoderase de ella como cada vez que hablaba con John. Un minuto, dos, tres. Pasaron diez y no ocurrió nada. Se sentía tan desesperada como cuando había

llegado.

-Maldita sea, John –le gritó–. No puedes obligarme a cumplir mi promesa. No todavía.

-¿Se da cuenta de que no puede oírle ni contestarle?

Aquella voz, profunda e irritada, sí irritada, que tan bien había llegado a conocer en una noche la sobresaltó. Aunque su mente hubiese intentado desechar las emociones que la asaltaron al saber que estaba allí, su corazón no se lo permitió. Le afectaba demasiado y no podía negarlo, aunque no le gustase aquello.

-¿Es que acaso me está siguiendo, duque?

-He visto su carruaje en mi camino a casa y sentía curiosidad por saber a dónde se dirigía en plena noche.

-Entiendo –se enfrentó a él con las manos sobre sus caderas y una mirada desafiante–. Pensó que era mi cuñado que volvía a las viejas costumbres, ¿cierto? Pues siento desilusionarlo. Jason ha cambiado y tendrá que aceptarlo.

-Lo que haga o deje de hacer su cuñado no es algo que me preocupe, siempre y cuando se mantenga lejos de mi sobrina.

Joyce la estaba estudiando con la mirada y aquello la hizo sentir incómoda. Intentó ignorar la inquietud que le provocaba pensar que, tal vez, había estado allí desde el principio y lo había oído todo. A pesar de lo irritante que era el duque, no quería que la tachase de loca.

-Siento desilusionarlo de nuevo, duque, pero eso es algo que no podrá impedir.

-Desde luego que puedo –ahora en su mirada había un desafío que la enfureció.

-¿Acaso ha tenido alguna vez en cuenta los sentimientos de Melissa? –le recriminó.

-Es una niña y hará lo que yo le diga.

Su carcajada sonó tan espontáneamente irritante, que hasta se sorprendió ella. Demasiado tarde para remediarlo, dejó de reír cuando Joyce la fulminó con la mirada.

-Me temo que no ve con demasiada claridad, duque –trató de justificar su

hilarante arrebató.

-¿Qué es lo que no veo?

-Que su sobrina ya no es una niña.

La poca paz que habría podido conseguir yendo al cementerio se había evaporado con la llegada del duque, así que decidió regresar a casa, pero cuando trató de alejarse, Joyce la detuvo interponiéndose en su camino. Tuvo que levantar el rostro para poder mirarlo a los ojos, pero curiosamente, en aquella ocasión no se sentía tan intimidada por su tamaño como había sucedido durante el baile. Algo había cambiado desde la última vez que se habían visto, horas antes. Puede que siguiese perturbándole su masculinidad y su mente tratase de rechazar cualquier tipo de contacto, pero no se sentía amenazada por él, aunque su actitud arisca le advirtiese que debería hacerlo.

-Usted tampoco y hace un momento lo parecía –le recriminó.

-Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto suyo, duque.

-Por supuesto que lo es, duquesa –la contravino–. Mucho más desde que mi sobrina ha decidido brindarle su amistad. No voy a permitir que le influya negativamente.

-No se preocupe por eso, excelencia. No tengo intención alguna de arrastrarla a ningún cementerio en plena noche para hablar con los muertos –la había ofendido con sus insinuaciones–. Ese privilegio lo reservo para mí misma.

Intentó alejarse una vez más, pero él se lo impidió de nuevo. La irritación se transformó en enfado y deseó tener más fuerza para apartarlo de su camino de un empujón. Aquel repentino impulso infantil la obligó a replantearse su situación. Tal vez el duque tenía razón en cuanto a su comportamiento y pareciese una niña insensata al acudir en plena noche al cementerio para hablar con su difunto esposo. Aquello podía ser muy peligroso.

-Es tarde –su voz no sonó todo lo firme que esperaba y se sintió orgullosa de ello–. Si no le importa, desearía volver a casa ya.

-La acompañaré.

-No será necesario, Peter me está esperando fuera para...

-Lo he enviado de regreso –la interrumpió.

-¿Qué ha hecho qué? –no sabía si sentirse más ofendida por su atrevimiento o por el hecho de que Peter la hubiese dejado a su merced.

-Me temo que no puedo permitir que una dama como usted vaya sola a ningún lugar en plena noche.

-Una dama como yo –exclamó– ¿Qué diablos significa eso?

-Modere su lenguaje, duquesa.

-Deje de irritarme con sus acusaciones e insultos y mi lenguaje será el adecuado, duque.

-No la he insultado en ningún momento –la furia que vislumbró en su mirada la acobardó por un momento y optó por retirarse antes de que la situación empeorase.

-No importa –comenzó a caminar–. Iré andando.

-Ni lo sueñe –la frenó de nuevo–. No la dejaré irse sola.

-Es su culpa que me encuentre en esta situación –lo acusó–. No debería haber despachado a mi cochero.

-Alguien tiene que poner algo de sensatez en su vida.

-Aunque eso fuese cierto, no sería usted quien lo hiciese.

-No veo por aquí a ningún otro capaz de hacerlo.

-Justo aquí lo tiene –le señaló la tumba de su esposo.

-Pero él está muerto.

En cuanto pronunció aquellas palabras y vio el dolor que le habían causado, Amanda supo que Joyce se había arrepentido de decirlas. Pero era demasiado tarde, el daño ya estaba hecho. Su corazón se contrajo y las lágrimas acudieron a sus ojos. Se sintió tan vulnerable como el día en que su esposo murió.

Siempre había sido plenamente consciente del hecho de que él no regresaría y de que sus conversaciones no eran más que un burdo intento de mantenerlo más tiempo a su lado, pero nadie se había atrevido a ser tan claro y directo con ella. La verdad en sus palabras dolía tanto que no pudo evitar que las lágrimas bañaran su rostro finalmente.

-Soy perfectamente consciente de ello, duque –había fragilidad en su voz y ni siquiera intentó ocultarla–. No me crea estúpida.

-Lo siento, no pretendía lastimarla –parecía arrepentido de sus palabras. Amanda descubrió una brecha en aquel impenetrable caparazón que lo cubría.

Al parecer, no era tan insensible como le había hecho creer. Aún así, se limitó a asentir en silencio tras su disculpa—. La acompañaré a casa.

Esta vez no se opuso cuando la tomó del brazo y comenzaron a caminar en silencio entre las tumbas. Amanda no se atrevió a mirarlo en todo el trayecto, pero sabía que él la observaba de vez en cuando. ¿Tal vez para comprobar si seguía llorando? Se sentía tan avergonzada por eso. Después del entierro de John, no había vuelto a derramar una sola lágrima si no era en soledad porque debía mostrar una fortaleza y determinación prácticamente imposibles para que la tomaran en serio en los negocios que su difunto esposo le había dejado en herencia. John había esperado que Jason la ayudase en ello, pero las circunstancias habían sido otras y ella no tuvo más opción que convertirse en una mujer implacable a vista de todos.

Joyce la ayudó a subir a su propio carruaje cuando llegaron y ella simplemente se dejó guiar. No le apetecía hablar ni mucho menos mirarlo a los ojos en aquel momento. No, hasta que sus sentimientos estuviesen controlados completamente de nuevo.

Agradeció el pequeño brasero que ardía en el centro del coche, pues estaba aterida. Aunque dudaba de que aquella sensación se debiese al frío de la noche. No dispuesta a profundizar más, se limitó a observar por la ventanilla la forma de los edificios, que se dibujaba en el horizonte gracias a las luces del alba.

Joyce estaba arrepentido de su arrebato. Le había hecho daño con sus palabras y lamentó, una vez más, su falta de control. Aquella mujer lo sacaba de sus casillas con demasiada facilidad y debería haber deseado mantenerse lo más lejos posible de ella. Sin embargo, había ido hasta Primrose después de dejar en casa a su sobrina, consciente de que aquel comportamiento no le traería más que problemas, pero incapaz de contenerse. Era estúpido pensar que podría verla una vez más y, aun así, no había podido dejar de intentarlo. Probablemente ella estuviese durmiendo ya a aquellas horas intempestivas y él permanecería fuera, intentando imaginársela en una cómoda y confortable cama.

Cuando vio salir el carruaje de la finca, decidió seguirlo en un impulso. Amanda tenía razón al suponer que había creído que se trataba de Jason. A su modo de ver, unos cuantos meses de irreprochable comportamiento no lo redimía de seis años de excesos. Había esperado verlo entrar en alguno de los

clubes que había frecuentado en el pasado para retomar sus viejas costumbres, pero la sorpresa fue mayúscula al descubrirla a ella adentrándose en el cementerio. Al comprender que había ido a visitar la tumba de su difunto esposo, sintió una punzada en el pecho que no supo cómo interpretar. No podían ser celos. No de un muerto, al menos. De hecho, ni yendo a encontrarse con un vivo podrían haber sido celos. Amanda no le pertenecía.

Le costó bastante convencer al cochero de que se regresase a Primrose, aunque admiró la lealtad que le profesaba a Amanda, pues decía mucho en su favor. Cuando por fin lo logró, entró en el cementerio. La tensión se iba apoderando de él a cada paso. No sabía lo que esperaba encontrarse, pero desde luego no lo que vio. Amanda estaba hablando con la tumba de su esposo. Con tanto anhelo y tanto amor que le dolió. No fue capaz de prestar atención a sus palabras, tan solo podía ver la devoción con que acariciaba la fría piedra al hablar. *No podían ser celos, maldita sea.*

Ahora la observaba de nuevo mientras ella fingía no darse por enterada. Las palabras pendían sobre ellos, alzando una barrera prácticamente imposible de salvar. Habría dado cualquier cosa por borrarlas en cuanto la vio llorar y ni siquiera sabía por qué le importaba tanto. No era hombre de tener en consideración los sentimientos de los demás. Algo que lo había beneficiado tanto en su trabajo como en su vida personal.

Gracias a su implacable determinación, era un exitoso hombre de negocios y disfrutaba de la compañía de cuantas mujeres le apeteciese. Todos se rendían a sus deseos. Todos, salvo aquella pertinaz y testaruda muchacha. De poco servía recordarse que ostentaba el título de duquesa desde los catorce años, que era viuda desde los dieciocho o que era implacable en los negocios, como había quedado demostrado durante los seis años en que se había hecho cargo de todo. Para él, no era más que una niña con ínfulas de mujer.

Y sin embargo, justo en aquel mismo momento, no era una niña la que se veía tan vulnerable, sino una mujer que sufría por la muerte de su esposo. Tampoco era una niña la que intentaba evitar que la viese llorar de nuevo. Ni aquella que se mantenía firme en su presencia aún cuando la había visto en su momento más bajo.

Tampoco podía negar que le fascinaba la fuerza y la pasión que ponía en todo cuanto hacía. La forma en que había hablado con la tumba del duque, su exitoso intento de entretenerlo para que Melissa pudiese bailar su cuñado, la

furia con que lo había enfrentado cuando amenazó al vizconde a pesar de que había tenido que salvarla de él minutos antes, la persistente actitud de apatía que mostraba en aquel momento incluso cuando ambos sabían que le había hecho daño con sus palabras.

Todo aquello le provocaba sentimientos encontrados. Después de que abandonaron del baile, había intentado quitársela de la cabeza, pero no había sido capaz de hacerlo. Creyó que volver a verla eliminaría todo rastro del interés que sentía por ella y le demostraría que no merecía la pena ni molestarse en intentar conocerla mejor, pero no fue sino todo lo contrario. Tras aquel segundo enfrentamiento, no deseaba otra cosa que pasar más tiempo con ella.

-Había pensado en enviar mañana por la mañana una invitación a su sobrina para tomar el té en Primrose conmigo y algunas de las otras debutantes para ayudarla a integrarse –se sobresaltó al escucharla, pues no creía que fuese a hablarle más aquella noche–. Espero que no ponga ningún impedimento a eso. La ha protegido con tanto celo que no tiene amigas y se siente sola.

-¿Cómo puede saberlo? –no quería discutir más con ella, pero no pudo evitar preguntar.

-Me ha dicho ella –lo miró un instante, con ojos tristes.

-Se han conocido esta noche –inquirió– ¿Cómo podría haberle confesado ella tal cosa?

-Tal vez porque yo me molesté en escucharla.

Seguía dolida por sus palabras y no sabía cómo enmendarlo. La estudió en silencio y pudo comprobar que ya no lloraba, algo que lo aliviaba, pero tampoco parecía estar dispuesta a olvidar y eso lo preocupaba. Ahora que se había propuesto conocerla mejor, no quería que unas cuantas palabras desafortunadas los separaran irremediablemente. Tal vez aceptar su invitación no fuese tan malo, aunque implicase dar libre acceso al marqués a su sobrina.

-Allí estaremos –se ocuparía personalmente de que no pudiese quedarse a solas con ella en ningún momento.

-No será necesario que venga usted también, duque. Ambos sabemos que no es de su agrado pasar tiempo con niñas –tal vez se mereciese que le echase en cara aquello, pero no le gustó que lo hiciese–. Son tan impresionables que puede que se le echen encima a la primera oportunidad que tengan.

-Deje que yo me encargue de eso. No se preocupe por mí.

-No lo hago –sonrió, aunque no había rastro de la alegría que se esperaba en un gesto como aquel–. Será todo un espectáculo ver cómo las elude. Pensándolo bien, tal vez sí deba venir; pero luego no me acuse de tenderle una trampa, si alguna consigue ponerlo en una situación comprometida.

-Eso no sucederá.

¿Había bromeando con él? El brillo que había visto en sus ojos tras sus últimas palabras así se lo decía. Y por más inexplicable que le pareciese, le había gustado que lo hiciese. El pesar que sentía por haberla herido con sus palabras se diluyó un poco.

-No las subestime.

-Y a usted tampoco debo subestimarla, supongo.

-Yo no soy un peligro para usted, duque.

*Más bien todo lo contrario*, quiso decirle, pero se abstuvo. Era mucho más peligrosa para él de lo que jamás admitiría. Con su carácter indómito y su perspicaz humor. Con aquel cuerpo tan bien moldeado que le decía que ya había dejado de ser la niña que él se empeñaba en creer que todavía era. La había deseado cuando la tuvo entre sus brazos en el baile y la seguía deseando en ese momento. Haberla visto aquella segunda vez no lo había mitigado como pensaba, sino que ahora era más intenso.

Había pasado mucho tiempo desde su última amante y ahora se preguntaba si aquello no tendría algo que ver con el deseo que Amanda despertaba en él. Sin embargo, estaba seguro de que si le propusiese pasar la noche juntos para eliminar aquella necesidad, lo rechazaría de pleno, totalmente escandalizada. Lo poco que había llegado a descubrir de ella, le decía que era una mujer de fuertes principios y que jamás se desviaba del buen camino. Aunque eso solo lo hacía más interesante para él y más peligroso.

-No, desde luego que no –mintió.

Habían llegado a Primrose y su lacayo ayudó a Amanda a bajar antes de que pudiese hacerlo él. Era perfectamente consciente de que su presencia todavía le molestaba, pero la acompañó igualmente hasta la entrada de la casa. No se decidía a dejarla ir y, aunque sabía que debía hacerlo tarde o temprano, maldito si tenía fuerzas para luchar contra ello.

-Nos vemos mañana, duque.

¿Estaba ella tan ansiosa como él? ¿Habría malinterpretado su silencio durante el viaje? La imperturbabilidad de su rostro solo daba margen para suposiciones y él odiaba sentirse inseguro.

-Joyce –la animó. Quería oír su nombre en aquella provocativa boca, Dios sabía por qué.

-Me temo que no lo conozco lo suficiente para eso, duque.

Por un momento, Joyce creyó que cedería. Sin tener en cuenta la confusión en sus ojos, ni la alarma en su rostro, creyó que lo llamaría por su nombre de pila. Cualquiera otra lo habría hecho encantada, pero nada parecía ser tan sencillo con ella. Debería recordarlo para el futuro.

-Buenas noches, duquesa –remarcó su título mientras clavaba su mirada en ella. Su intenso rubor fue suficiente recompensa para él, pero aún así añadió—. Tenga dulces sueños, preciosa.

Sus ojos se agrandaron y su boca se abrió ligeramente tan solo unos segundos, pero fue suficiente para que Joyce supiese que aquel apelativo había estado fuera de lugar para ella. Después la había visto girar en redondo y huir al interior de la casa con pasos rápidos sin decir nada. Regresó al carruaje con una sonrisa en los labios. Había descubierto que provocarla de aquel modo era igual de satisfactorio que pelearse con ella. Puede que un poco más incluso.

Preciosa. Aquel arrogante, presuntuoso y descarado duque la había llamado preciosa. Ni siquiera debería haberle afectado, pues no era el primero ni sería el último que alabase su belleza, aunque fuese tan solo por cortesía, pero lo había hecho. Y, mal que le pesase, su enfado no tenía que ver con el atrevimiento del duque, sino con su propia reacción ante el cumplido. Con el calor que invadió su cuerpo al oírsele decir y el gemido que apenas pudo acallar. Habría sido muy vergonzoso para ella que Joyce la hubiese escuchado.

Aquel hombre la perturbaba. Cuando se creía capaz de predecir su siguiente movimiento, él hacía algo totalmente inesperado, demostrándole lo equivocada que estaba. Y aún así, que Dios la ayudase, estaba deseando verlo de nuevo.

-Pareces ausente, Mandy.

-Lo siento –se disculpó con una sonrisa en los labios–. Me temo que ya no estoy acostumbrada a trasnochar.

-¿No tendrá más bien algo que ver con el duque de Castlemaine y el sitio al que hayáis ido juntos?

Por un momento, Amanda se quedó sin palabras. Removió el té lentamente y bebió un sorbo, dándose tiempo para pensar en lo que le diría. No es que hubiese hecho nada indecoroso, pero no sabía cómo se tomaría Jason el descubrir que había ido sola al cementerio en plena noche.

-No hay mucho que decir –se encogió de hombros, tratando de aparentar normalidad–. Al regresar del baile no podía dormir y fui a ver a tu hermano.

Es algo que hago a menudo.

-¿En plena noche? ¿Y con otro hombre? –por la sonrisa que le dedicó, no parecía en absoluto horrorizado por sus escapadas nocturnas, sino más bien divertido.

-El duque apareció después. El muy arrogante despachó a Peter –ahora era ella la enfadada–. Por mi seguridad, dijo. Tonterías. Peter es capaz de protegerme en caso de necesitar ayuda.

-Cuanta arrogancia, sí –Amanda lo habría golpeado si pudiese, al ver cómo contenía otra sonrisa.

-Quise regresar andando, pero no me dejó.

-Lo habría retado a un duelo si te hubiese permitido volver sola a casa en plena noche.

-Estoy hablando en serio, Jay.

-Yo también, Mandy. Pero dime, ¿cómo supo que estabas en el cementerio? No me digas que debo retarlo igualmente.

-Creyó que eras tú quien iba en el carruaje –no necesitaba decir nada más. Ambos sabían lo que el duque esperaba descubrir al seguirla.

-Supongo que se llevó una gran decepción.

-Al menos ha servido para que Melissa pueda venir esta tarde a la hora del té –sonrió ante el asombro de Jason–. He enviado invitaciones a algunas debutantes para no levantar demasiadas sospechas, aunque me temo que el duque no es tonto.

-No me importa, siempre que pueda ver de nuevo a Mel.

-¿Mel? ¿Desde cuándo se ha convertido en Mel? –recordó la noche anterior y que también ella tenía preguntas– ¿Y se puede saber por qué diablos te la llevaste a los jardines traseros de la casa del duque de Norfolk? Quiero ayudarte a cortejarla, Jay, no a seducirla. Si tu plan es poner a Melissa en una situación comprometida para llevarla así al altar, no cuentes conmigo.

-No es lo que piensas, Mandy.

-Explícamelo entonces porque es lo que parecía.

-Necesitábamos estar a solas porque... porque le he entregado el anillo de mi madre.

-¿El que John me dio cuando me pidió en matrimonio?

-Sí –parecía ansioso, incluso preocupado.

Amanda sopesó las consecuencias de aquel acto en silencio. No estaba enfadada con su cuñado por haberse llevado el anillo sin permiso, pero tampoco estaba segura de que fuese una buena idea que se lo hubiese entregado a Melissa. El duque no estaría feliz si llegase a encontrar el anillo de los Sheffield en poder de su sobrina.

-¿No crees que te estás precipitando un poco? –no pretendía desalentarlo, pero tampoco podía permitirle cometer errores si quería que todo saliese bien–. Entiendo que estés enamorado de ella y que quieras convertirla en tu esposa, pero deberías pensar en lo que pasaría si el duque descubriese el anillo. Eso podría causar muchos problemas.

-No pensaba dárselo, lo juro. Solo lo cogí en un impulso, pero... –sonrió abiertamente– ella siente lo mismo que yo, Mandy. Me lo confesó durante el baile. No podía no entregárselo. Fue una señal, lo sé. Necesitaba que ella lo tuviese como prueba de mi compromiso para luchar por su amor.

Amanda no dijo nada. Melissa le había pedido que guardase su secreto y eso había hecho, pensando que no se lo confesaría a Jason todavía. Y al final, no había esperado ni a que terminase su primer baile juntos para decírselo. Ahora se preguntaba si no había sido ella quien, sin pretenderlo, la había alentado a ser más atrevida. Y no es que aquello no le pareciese romántico, pero le preocupaba que el duque lo descubriese. No tenía la mejor opinión de Jason y haría lo imposible por separarlos aún cuando su sobrina se hubiese enamorado. Aquello podría ser un completo desastre y temía que su cuñado cometiese alguna locura para no perder a Melissa.

-¿No dices nada? –Jason la miró, entornando los ojos.

-Ahora ya está hecho, Jay. ¿Qué podría decir? –se encogió de hombros–. Si consideras que actuaste correctamente, no tengo nada que objetar.

-No pareces muy sorprendida por lo que acabo de contarte – su mirada se tornó suspicaz – ¡Tú lo sabías!

-Hablé con ella antes del baile para conocerla un poco y tantear tus posibilidades y me lo confesó –su mirada se endureció al pensar en ella–. Es una muchacha muy sincera, pero demasiado inocente y sensible. No quiero que le hagan daño, Jay.

-Jamás podría lastimarla, Mandy. ¿Por quién me tomas?

-Se puede lastimar de muchas formas a una persona –supo que la había entendido, aún así, se vio en la necesidad de añadir algo más para dejarlo claro—. Debes intentar congraciarte con su tío, Jay. Aunque sea un arrogante y un presuntuoso.

-No te cae bien –sonrió divertido ahora.

-¿Acaso importa? Eres tú el que pretende a su sobrina. Yo solo te estoy ayudando en lo que puedo.

-Pero eres tú la que tiene que lidiar con él para que yo pueda estar con Mel –apretó sus manos entre las suyas—. Jamás podré compensarte por todo lo que estás haciendo por mí. Ni por lo que has hecho siempre.

-Eres mi única familia ahora, Jay. Lo daría todo por ti y por tu felicidad.

-¿Y tu felicidad, Mandy?

-Ya me ocuparé de eso después –le sonrió—. No tengo prisa.

-No es justo.

-Si la vida fuese justa, tu hermano estaría todavía con nosotros –se le empañaron los ojos, pero la sonrisa permaneció en sus labios.

-Te compensaré, lo juro.

-Sigue por el buen camino y me daré por compensada.

-No volveré a caer, Mandy. Te lo juro.

-El duque también vendrá –cambió de tema, pues no quería ponerse sentimental al pensar en lo difíciles que habían sido los últimos seis años–, así que trata de ser discreto, Jay.

-Te tengo a ti para distraerlo, cuñada –le sonrió con picardía.

-Granuja –le advirtió–, ni se te ocurra cometer ninguna locura.

Después del desayuno, Amanda se mantuvo todo lo ocupada que pudo para no pensar en lo que le esperaba aquella tarde. Tener a varias debutantes en la casa, pretendiendo llamar la atención de su cuñado, cuando él solo tendría ojos para una de ellas, sería una dura prueba para su temple. Sobre todo porque debería mantener entretenido también al duque para darle a Jason la oportunidad de pasar algún tiempo con Melissa.

Echaba de menos ir a la oficina con Anthony y Jason, pero sabía que durante la temporada de bailes no podría hacerlo. Aquella había sido otra de las razones por las que se había retirado tras la muerte de John. Atender los negocios y organizar bailes no era compatible cuando debía hacerlo la misma persona. Habían sido años difíciles, pero los había disfrutado. Había descubierto sus límites y los había sobrepasado después. Y ahora no quería volver a ser esa mujer que solo se ocupa de su casa y de criar a sus hijos. No había nada de malo en aquello y admiraba a quien lo hacía, pero después de probar la independencia, no se sentía preparada para renunciar a ella.

El duque y su sobrina fueron los primeros en llegar. Se habían adelantado al resto al aparecer diez minutos antes de la hora. A Amanda le gustaba la puntualidad y tuvo que admitir que Joyce se había ganado puntos por ello. Aún así, centró su atención en la joven.

-Buenas tardes, Melissa –la besó en la mejilla con ternura–. Me alegra verla de nuevo tan pronto.

-Gracias por la invitación, excelencia –la joven se ruborizó por su cariñoso recibimiento.

-Amanda –le recordó–. O Mandy, si lo prefiere.

-Amanda –asintió, más colorada que antes.

-Duque –finalmente lo saludó.

Debía admitir que el atuendo que había elegido para acudir a la tarde de té le sentaba de maravilla. Totalmente informal, pero aún así, con su toque de sobriedad. Y por supuesto, siempre de negro. Aquel debía ser tu sello personal.

-Duquesa –la imitó, inclinando también la cabeza hacia ella.

Cuando Amanda descubrió su intención de ofrecerle el brazo, se giró hacia Melissa y rodeó el suyo para caminar juntas hasta el jardín trasero, donde se tomaría el té. Al salir, vieron cómo Maggie ultimaba los detalles finales para que todo estuviese en su sitio. Dejó a la joven a cargo de su tío y se acercó a ella para ayudarle con lo que faltaba. Necesitaba mantenerse ocupada para ignorar la penetrante mirada de Joyce sobre ella.

-Maggie, dile a Edward de que haga pasar al resto de invitados en cuanto vayan llegando –le dijo al terminar–. Yo me ocuparé del resto.

En cuanto se quedaron solos, invitó a Joyce y Melissa a sentarse a la mesa mientras esperaban a los demás. La joven aceptó en seguida, agradeciéndoselo con una tímida sonrisa. Sin embargo, Joyce rehusó el ofrecimiento y permaneció de pie, cerca de su sobrina para vigilarla, pero lo más alejado posible de la mesa. Al parecer, pretendía mantenerse al margen de la reunión.

-Buenas tardes –la aparición de Jason supuso para Amanda un alivio–. Espero no haber llegado demasiado tarde. La reunión se alargó más de la cuenta.

-No te preocupes, Jay –se acercó a él para saludarlo de igual modo que había hecho con Melissa. Lo abrazó y lo besó en la mejilla–. Nadie ha llegado todavía salvo el duque y Melissa.

Jason se acercó a la joven para saludarla bajo la atenta mirada de su tío. A nadie pasó desapercibido el intenso sonrojo de la joven ni el temblor en su voz al responder al saludo, por lo que Amanda decidió intervenir, antes de que los nervios la hiciesen cometer alguna imprudencia que no pudiesen tapar a ojos de Joyce.

-Tal vez sería conveniente que uno de los dos fuese a recibir a nuestros invitados –carraspeó.

-Yo me quedaré con ellos, Mandy –su cuñada lo fulminó con la mirada, pues su idea había sido la contraria y él le guiñó un ojo–. Tú has organizado la reunión y es justo que hagas los honores.

-¡Qué considerado! –estuvo tentada a sacarle la lengua, pero se contuvo en el último momento y simplemente arrugó la nariz. Supo que Jason había entendido el gesto igualmente porque su sonrisa se convirtió en una carcajada.

Se giró en redondo ignorando su risa y entró en la casa justo en el momento en que Edward llegaba con el resto de invitados. Retrocedió algunos pasos para permitirles entrar al jardín y, sin pretenderlo, terminó tan cerca de Joyce que prácticamente le tocó el brazo con su espalda.

-Bienvenidos –saludó al resto tras aclarar su voz. Todavía podía sentir el calor que aquel simple roce le había provocado, pero trató de ignorarlo, acercándose a sus invitados.

Había esperado que no acudiesen más que las debutantes con sus carabinas, pero el duque de Norfolk estaba entre ellas y se sorprendió de verlo. Sabía que no disfrutaba de aquel tipo de reuniones porque también él era un buen partido y las madres no dudarían en intentar captar su atención si tenían

ocasión.

-Lord Norfolk –lo había dejado para el final–. No esperaba veros aquí.

-Mi hermana estaba ansiosa por aceptar su invitación. Le causó usted una gran impresión anoche, duquesa –le besó la mano–. Lamentablemente, mi madre no se encontraba disponible esta tarde así que me ofrecí a acompañarla. No podía decepcionarla.

-Muy considerado de su parte, duque.

Después de indicar a sus invitados que tomaran asiento, pidió a Maggie que sirviese el té. Su mirada se desvió hacia Joyce con curiosidad, esperando verlo acercarse para participar, pero él seguía inmóvil, aunque ahora blandía una irritada mirada que se clavó en la suya. Se sintió, en cierto modo, atacada por él y frunció el ceño contrariada. ¿Qué se suponía que había hecho para ser objeto de semejante mirada?

Se disponía a llevarle una taza de té, solo para poder preguntar qué había de malo en ella, pero una de las jóvenes captó su atención al agradecerle la invitación y ya no pudo abandonar la mesa.

Había invitado a tres debutantes más, intentando hacer creer a todos que Jason todavía no se había decantado por ninguna en particular. Las había elegido a ellas porque eran las candidatas ideales para cualquier hombre que buscara esposa, las favoritas de aquella temporada.

Rebecca Masham, con su cabello rubio de perfectos rizos y sus ojos azules, poseía esa clase de belleza que todos admirarían y por la que muchos se pelearían. A ella seguía pareciéndole un tanto pueril, pero sabía que su madre no tendría problema en lograr un buen matrimonio para ella. Estaba segura de que su madre ansiaba emparejarla con Jason, pues codiciaba el título de duquesa para su hija, y había contado con que aceptasen su invitación, aunque la había sorprendido que fuese Roger quien la acompañase y no su madre.

A diferencia de Joyce, Roger sí se había sentado junto a ellas en la mesa. Y en ese momento charlaba animadamente con la señorita Purcell, que no dejaba coquetear abiertamente con él.

Jennifer era todo lo contrario a Rebecca. Morena y con los ojos grises, su mejor baza era su personalidad arrebatadora, que no dejaba indiferente a nadie. Sabía ganarse la atención de todos sin apenas esfuerzo y parecía disfrutar de ello. Su padre había querido esperar hasta que ella hubiese

cumplido los dieciocho para que debutase, sabedor de la rapidez con que llegarían las propuestas a su puerta tras su presentación. Probablemente, acabaría prometida antes de terminar la temporada.

-¿Podremos después dar un paseo por los jardines? –Lady Appleby, sentada junto a ella, parecía ansiosa al formular su pregunta. Su mirada azul se clavó en Amanda, como si así pudiese obtener una respuesta afirmativa—. Los he admirado en la distancia desde pequeña y tenía la esperanza que hoy me permitiese descubrir qué hay más allá de los árboles.

Samantha era, sin duda, la joven más alta que había conocido nunca, algo que habría supuesto un gran inconveniente, pues ningún hombre desea que su esposa le sobrepase, si no fuese por lo exuberante de sus curvas. Tenía un cuerpo que incitaba a la lujuria y sus padres, conscientes del peligro que eso suponía para su hija, la mantenían bien custodiada en todo momento. Razón por la cual había decidido hacer una reunión pequeña.

-Por supuesto –le sonrió—. Es usted libre de explorar cuanto le plazca. Si tanto los admira, creo que le gustará la zona central, donde se encuentra el estanque.

-¿Un estanque? –también Rebecca se interesó ahora—. Querría verlo yo también, si es posible.

-Si quieren, podemos organizar una pequeña excursión después del té –les propuso y todas ellas se mostraron encantadas con la idea.

Amanda las había elegido de entre todas las demás debutantes porque cualquiera de ellas serían perfectas candidatas para un futuro duque como su cuñado. Y porque tendrían muchas más propuestas a lo largo de la temporada, por lo que ninguna se sentiría decepcionada cuando al final Jason no las eligiese.

Su mirada se cruzó con la de Joyce y supo que su estrategia de despiste no estaba funcionando. El duque tenía claro que Jason codiciaba a su sobrina y, por si había albergado alguna duda, ella, en su enfado, le había insinuado que ambos jóvenes se congraciaban. No era así como deberían haber sucedido las cosas, pero ya no había forma de volver a atrás y corregirlo, así que tendría que buscar la manera de entretenerlo, mientras Jason y Melissa tenían su momento para estar juntos.

-¿Acudirá esta noche a la recepción en casa de la baronesa de Sutton? –Roger la miraba ahora, esperando su respuesta.

Había estado hablando con todas y cada una de las debutantes e incluso con sus acompañantes, sorprendiendo a Amanda con su comportamiento. Al verlo llegar, había pensado que ella era el motivo porque el que había acompañado a su hermana, pero ahora debía admitir que, tal vez, estaba allí por su hermana, tal y como le había asegurado.

-Todavía no lo hemos decidido –eludió el tema, no queriendo comprometerse hasta saber si Melissa acudiría también. Sabía que habían sido invitados a varios eventos aquella noche, pero aún no sabía por cual se habían decantado.

-Supongo que tenéis demasiados compromisos –la excusó–. No será fácil cumplir con todos.

Roger la estaba sorprendiendo gratamente. Durante la cena en su casa había sido demasiado evidente y pretencioso, pero en aquel momento parecía todo un caballero, dispuesto a dividir su atención entre todas. Y eso le agradó.

Era un hombre apuesto con un título que muchas codiciaban, por lo que se había convertido, desde la muerte de su padre, en el objetivo de muchas. Sin embargo, él parecía reacio a tomar una decisión y prefería evitar las reuniones como aquella para disfrutar de su soltería un tiempo más. Acudir con su hermana esa tarde haría que se corriese la voz y empezaría a recibir más invitaciones. Aunque no quería admitirlo abiertamente, estaba deseosa de saber si aceptaría alguna o las rechazaría todas.

-Pero no me olvido de que me debe un baile –aquel comentario la devolvió al presente–. Anoche se retiró antes de que pudiese solicitárselo y eso me dejó desolado.

-Es usted un exagerado –le dedicó una sonrisa tensa, insegura de por dónde saldría el duque después de aquello.

-Tal vez, un poco –le devolvió la sonrisa–, pero conseguiré ese baile igualmente. Así como el de todas ustedes, bellas damas.

Las risas nerviosas de las debutantes resonaron por el jardín, sin embargo, Amanda se limitó a sonreír. Había creído ver más en aquella afirmación de lo que tal vez había y ahora no sabía cómo reaccionar. Sobre todo porque la promesa hecha a John parecía estar más presente que nunca en su mente, pero no se sentía más preparada para cumplirla que seis años atrás.

Su mirada se cruzó con la de Joyce, que parecía observarlos a todos con fingido interés. Cuando captó su atención, le lanzó un claro desafío mudo y se

sintió atacada de nuevo.

-¿Por qué no deja esas fastidiosas miradas, duque, y se acerca a disfrutar del té en nuestra compañía? –no había pretendido decirlo en voz alta, pero simplemente sucedió– ¿O es que, tal vez, somos demasiado aburridos para su excelencia?

-Creo que Norfolk os mantiene perfectamente entretenidas a todas, duquesa. Yo poco podría aportar a su pequeña reunión –cada palabra sonaba como un reproche, pero no era capaz de discernir el motivo de ello. Para no incomodar a sus invitados, decidió seguir ignorándolo.

-Cómo guste, pero si en algún momento cambia de opinión, será más que bienvenido –le dijo, no obstante, antes de dar comienzo a los juegos que había organizado para amenizar la tarde. Mejor eso que responder al duque como quería.

A una orden suya, varios sirvientes dispusieron los tableros de ajedrez en las mesas auxiliares y otros juegos de habilidad en torno a la mesa donde estaban sentados. Pretendía mantener entretenidos a sus invitados durante las horas que restaban de tarde. Había pensado que ese sería un buen momento para que Joyce relajase su vigilancia sobre Melissa, pero si no participaba tampoco, sería imposible. Debía pensar en algo más, solo que lo único que se le ocurría en ese momento la expondría a ella y no le apetecía lidiar con otra de sus batallas verbales.

Una vez sus invitados se ocuparon en los diferentes juegos, se disculpó con todos ellos y entró en la casa. En cuanto cerró la puerta tras ella, respiró profundamente. Jamás había pensado que su regreso a la vida social vendría cargado de tanta tensión ni que tendría que lidiar con el malhumor de un hombre al que jamás se habría acercado en circunstancias normales.

No había avanzado ni dos pasos hacia el interior de la casa, sin saber bien a dónde ir, cuando la puerta se abrió tras ella. Ni siquiera necesitó mirar para saber quién era. La tensión de su cuerpo se lo dijo al momento.

-¿Tal vez el duque de Norfolk no era tan divertido como hacía creer? –aquella profunda voz era inconfundible–. O puede que esté molesta porque no le ha prestado toda su atención.

-Es su actitud la que me enerva –lo enfrentó–. Mejor se hubiese quedado en

casa para que los demás pudiésemos tener la fiesta en paz.

-Mi sobrina quería venir y yo no podía dejarla sola –se acercó a ella mientras hablaba–. Todo este teatro no me engaña.

-Su sobrina siempre estará a salvo conmigo –le enfadó que la acusase de aquel modo.

-¿Incluso de su cuñado?

-Él jamás hará nada que la perjudique.

-¿Y debo creerla?

-Haga lo que quiera –se alejó de él, dispuesta a regresar con los demás invitados.

-El duque de Norfolk no le conviene –le dijo antes de llegar a la puerta.

-¿Y qué le importa a usted si me conviene o no? –lo miró por encima del hombro–. Además, está muy equivocado con él. Ha venido acompañando a su hermana.

-He visto como la mira y no me gusta. ¿Acaso debo recordarle su pequeño encuentro con el vizconde?

-Lord Norfolk jamás osaría tocarme sin mi consentimiento –le ofendió que llegase siquiera a insinuarlo.

-Su confianza en las personas es loable, pero peligrosa para su propia seguridad –se acercó nuevamente a ella.

-¿Debo preocuparme también por usted? –le preguntó al sentir que invadía su espacio vital. El duque frenó su avance.

-Jamás la tocaría, preciosa –respondió con voz ronca–. A menos que esté seguro de que lo desea.

-No vuelva a llamarme así –se alejó enfadada. No con él, sino consigo misma por lo que la palabra le hizo sentir.

-¿Mandy, pues? –el muy descarado sonrió por su reacción. Al parecer le divertía burlarse de ella–. Veo que a mi sobrina se lo permite.

-Su sobrina es mi amiga, duque –endureció sus facciones–. Algo que no puedo decir de usted.

-Tal vez deba cambiar eso, entonces.

-Puede intentarlo, por supuesto, pero no se lo pondré fácil.

Una idea comenzó a formarse en su mente. Si el duque decidía centrar su atención en ella y en conseguir su amistad, tal vez Jason y Melissa tuviesen más oportunidades de verse fuera de los abarrotados bailes de temporada. En sus planes no entraba ser amiga de un hombre como el duque de Castlemaine, pero si con ello conseguían su propósito, lo daría por bien hecho.

-Y ahora –dijo, alejándose de él– será mejor que regresemos al jardín con los demás. Usted tiene una sobrina a la que vigilar y yo unos invitados a los que complacer.

Joyce la sujetó por un brazo suavemente para impedirle abrir la puerta. Su corazón se aceleró y contuvo la respiración, odiando no poder controlar aquellas reacciones.

-Yo soy uno de sus invitados. ¿Me complacerá a mí también?

-Si se dignase a participar en la reunión, tal vez podría hacerlo –se soltó de su brazo y salió al jardín. Su pequeña escapada para tranquilizar los nervios la había dejado más alterada todavía.

Aunque Joyce se había mantenido al margen tanto como pudo durante la merienda, finalmente no pudo librarse de participar de los juegos. No por buscar que Amanda lo complaciese, como le había sugerido, sino porque las insistentes acompañantes de las debutantes habían decidido no aceptar una negativa de su parte en esta ocasión.

Cierto que le habría gustado acaparar la atención de Amanda, pero Roger había decidido mostrar al fin sus cartas y ahora no se separaba de ella. Con cada palabra de aquel adulator rubio, su ánimo se iba ensombreciendo. Habría intentado separarlos si creyese que podía competir con él en galanterías, pero él no era así. Él nunca había tenido que conquistar a ninguna mujer. Bastaba con mostrar su interés en ella para que cayese rendida a sus pies.

Tras su reacción ante el cumplido de despedida, había esperado con ansias aquella tarde de té para poder provocarla de nuevo. La aparición del duque de Norfolk había trastocado sus planes y aunque el hombre había estado hablando con todas y cada una de las jóvenes debutantes, para él estaba claro que su interés estaba enfocado en Amanda. Solo había sacado sus armas tras su regreso, probablemente porque también él se había ido al mismo tiempo. Aquello era una competición para el duque.

Su interés no distaba demasiado del que sentía el vizconde de Huntingon y que Amanda no lo viese lo enervaba. Era una viuda demasiado apetecible, tanto por su título como por su juventud y los hombres buscaban en ella tan solo una cosa. Su intención al seguirla al interior de la casa había sido explicárselo, pero como todo lo que planeaba con respecto a ella, había fracasado

estrepitosamente.

Y ahora se veía a sí mismo participando en estúpidos juegos con estúpidas niñas que lo miraban con estúpida adoración. Podía sentir las miradas avizoras de sus acompañantes, esperando ver un mínimo gesto de interés en alguna de las debutantes para saltar sobre él como aves de rapiña. Y por si aquello fuese poco, Amanda parecía encantada con Roger. Estaban jugando una partida de ajedrez mientras hablaban animadamente. Podía ver cómo se mordía el labio cada vez que pensaba en su próximo movimiento. Aquel gesto inocente había conseguido excitarlo, pero no era el único afectado. La mirada lasciva que el duque le lanzaba a los labios cada vez que los mordía, lo enfurecía más de lo que ya estaba. Se maldijo por no haberla desafiado él mismo a una partida nada más regresar de la casa, aceptando así su reto de participar en la reunión. Habría podido alejarla de aquel petimetre con ínfulas de conquistador de haber sido más rápido.

-Su turno, excelencia –la tímida voz de Rebecca lo regresó a su propio juego.

Realizó una mala jugada solo para quedar eliminado porque no tenía humor para continuar fingiendo un interés que no sentía. Mucho menos cuando descubrió a Jason y su sobrina paseando por los jardines, sin carabina.

-Me temo que no soy muy bueno en este juego, señoritas –les dijo, intentando sonar cordial y sin llegar a lograrlo del todo.

Se disculpó con ellas con una reverencia y caminó en dirección a la pareja, que parecía ajena al resto de los invitados en la casa, perdidos en su propia burbuja personal. Algo que no le gustaba en absoluto. No solo por el hecho de que pareciesen sentirse demasiado a gusto el uno con el otro, sino porque él mismo había olvidado sus obligaciones para con su sobrina por culpa de una mujer. No podía permitir que Jason se acercase a su sobrina y la ilusionase, cuando él no estaba dispuesto a que aquella relación se formalizase. No dejaría a Melissa en manos de un borracho y un jugador.

-Tal vez le apetezca pasear conmigo, excelencia –la mano de Amanda se posó en su brazo y el calor le quemó allí donde lo tocaba. Después la oyó susurrar–. Iremos unos pasos por detrás de ellos.

-Quiero a su cuñado lejos de mi sobrina, duquesa –murmuró.

Se lo habría dicho más alto, pero no le convenía que ninguno de los presentes lo escuchase. Los rumores eran, sin duda, el arma más peligrosa de todas y si

se corría la voz de que el marqués de Durham pretendía a Melissa, muchos otros irían tras ella.

-Su sobrina tiene derecho a divertirse –la miró con fastidio–. Y necesita relacionarse con las otras debutantes.

-Permítame señalarle lo obvio, duquesa. Jason no se parece en nada a una debutante.

-Desde luego que no –le sonrió–. Pero si mantiene a Melissa apartada de los hombres, la alejará también de las mujeres. No puede aislarla de ese modo, duque. Su sobrina necesita amigas.

-No me opongo a que conozca a más mujeres, siempre que me mantengan al margen de ello, pero no voy a permitir que se le acerquen hombres con proposiciones indecentes.

-¿No está usted aquí para impedir que eso suceda? –se burló de él–. Creía que ese era el cometido de los acompañantes.

-No juegue conmigo. Hoy no estoy de humor.

-¿Pero lo está alguna vez? –lo miró divertida–. Eso me gustaría verlo. Vamos, lord Castlemaine, permítale a su sobrina vivir un poco. Cuanto más corto se ata a alguien, peor resulta al final.

-Aceptaría sus consejos si no estuviese seguro de que lo único que pretenden es propiciar un acercamiento entre su cuñado y mi sobrina.

-Jason realmente ha cambiado, duque –chasqueó la lengua con disgusto. Un gesto que a Joyce le pareció encantador–, pero no estoy intentando convencerle de que es el candidato ideal para su sobrina y que debería descartar al resto. Solo quiero que su sobrina tenga la oportunidad de conocer a algunos hombres para que pueda decidir después cuál le conviene.

-Yo decidiré eso –la interrumpió.

-Me horroriza pensar que no le permitirá elegir a ella con quién desea pasar el resto de sus días.

-No dejaré que se case con alguien que no sepa cuidarla como se merece.

-Tampoco yo quiero eso. Pero la decisión final, ha de ser suya –suspiró–. Tan solo intente no rechazarlos a todos porque puede que cuando quiera casarla, ninguno de ellos esté ya interesado.

-No acabo de comprenderla, duquesa. Hace un momento me habría echado de su casa y ahora intenta darme consejos, ¿por qué?

-¿No es eso lo que hacen los amigos? –lo miró sorprendida–. Si me he equivocado en mis apreciaciones y no desea mi amistad, corrijame y volveré a las artimañas para engañarlo. Y no hablo de mi cuñado, sino de su sobrina. Porque de ningún modo voy a permitir que Melissa quede relegada a un segundo plano este año por su culpa. Se merece disfrutar de la temporada.

-¿Está negociando una tregua, mi señora?

-Si es así como quiere llamarlo –se encogió de hombros.

-De acuerdo –le concedió, tras unos instantes de reflexión–. Yo procuraré no ser tan inflexible con respecto a mi sobrina, pero usted tendrá que asegurarse de que su cuñado no se acerque a ella con intenciones deshonestas.

-Jason jamás haría tal cosa. Él la... –calló al comprender que casi había delatado a su cuñado. Eligió mejor sus palabras antes de continuar–. Él la respeta por encima de todas las cosas.

-Espero que esté en lo cierto porque no me quedaré de brazos cruzados si destroza su reputación.

-Jason sería el primero en defenderla si alguien intentase hacer algo semejante –le aseguró–. Trato hecho, ¿entonces?

-Trato hecho, entonces.

Joyce escondió una sonrisa satisfecha para que no descubriese cuánto le complacía aquel acuerdo. La propuesta de Amanda lo beneficiaba mucho más que a ella, pues le daba acceso total a su persona y a aquellos que se acercasen a ella. Se encargaría de ahuyentar a todo aquel que se interesase por ella, en vista de que no era capaz de distinguir sus deshonestas intenciones.

Permitiría que Jason frecuentase a Melissa, simplemente para pasar más tiempo con ella. Se aseguraría de que acudiese a sus encuentros con la excusa de ayudarle con su sobrina. De ese modo, podría mantenerla a salvo de sí misma y lejos de quien no le convenía. Y, si en algún momento Amanda descubría sus intenciones y decidía alejarse de él, tendría que llevarse a su cuñado con ella. Aquel era un plan perfecto.

Su humor mejoró después de aquella conversación, sobre todo porque el duque de Norfolk ya no pudo acercarse a Amanda en lo que quedaba de tarde.

La había acaparado durante horas con una casi interminable partida de ajedrez, en la que todos fijaron su atención al ver lo reñida que estaba resultando.

-Melissa y yo iremos a la recepción de la baronesa de Sutton esta noche –les informó en cuanto se fueron todos los invitados excepto ellos–. Tal vez nos veamos allí, duquesa.

-Tal vez.

Se inclinó y le besó la mano, demorándose más de lo necesario y sin dejar de mirarla a los ojos, solo para estudiar su reacción. Quería comprobar hasta qué punto estaba dispuesta a soportar sus provocaciones por ayudar a su cuñado con Melissa. Porque por más que le dijese que todo aquello no era por él, sí lo era.

-Muchas gracias por la invitación, Amanda. Ha sido una tarde maravillosa – Melissa le sonrió y Amanda la abrazó.

-Lo repetiremos en breve, Melissa. Se lo prometo.

-Tal vez podríamos invitaros a Manor House algún día –miró a su tío en espera de su respuesta.

-Tal vez –decidió imitar a Amanda y no comprometerse a nada.

El tiempo se les había echado encima cuando llegaron a casa, pues la tarde de té se había alargado más de la cuenta debido a su partida de ajedrez, pero tuvo que admitir que el final de la reunión había sido vigorizante, sobre todo, porque el duque de Norfolk se había ido hecho una furia, aunque bien disimulada, después de que él acaparase la atención de Amanda tras su paseo por los jardines.

Y aunque creía que nada podría ensombrecer su humor aquella noche, descubrir que Amanda no había acudido a la recepción de la baronesa, lo hizo. Se mantuvo taciturno durante la cena y apenas participó en las conversación salvo que se dirigiesen a él directamente. Vio que su sobrina estaba igual de desilusionada y eso lo enfureció porque sabía que se estaba ilusionando con el marqués. Algo que no podía permitir.

-Todavía eres joven para casarte, Mel –le dijo en un susurro durante la cena–. Disfruta de la temporada, baila con todos los que te apetezca y ve conociendo poco a poco a los candidatos de este año. Ya tendrás tiempo de elegir más adelante.

Creía que la tranquilizaría y puede que incluso le agradeciese el gesto, ya que el año anterior le había prohibido directamente hablar con cualquier hombre que se le acercase; sin embargo, descubrió con sorpresa, que el semblante de su sobrina se iba ensombreciendo con cada palabra pronunciada. ¿Acaso no era aquello lo que tanto quería? ¿Más libertad? Amanda le había asegurado que sí, pero dada su reacción, cualquiera diría que la estaba enviando al matadero. Estaba realmente desconcertado.

-Gracias, tío –le dijo su sobrina en un susurro después de emitir un profundo suspiro que lo dejó preocupado.

-¿Estás bien, querida?

-Sí. Es solo que... –bajó la mirada, un tanto avergonzada–. No es nada, tío.

-Puedes contarme lo que sea que te aflige, Mel. Si está en mi mano ayudarte, sabes que lo haré.

-Estoy bien, tío –le sonrió para dar veracidad a sus palabras y, sin embargo, Joyce no fue capaz de creerla.

Al finalizar la cena, comenzaron a llegar el resto de invitados. La baronesa era muy selectiva al elegir a aquellos que acudirían a la cena previa al baile, si bien, después abría sus puertas a todo aquel que deseara disfrutar de la velada. Una idea se hizo paso en su mente cuando vio aparecer a Amanda del brazo de Jason. ¿Acaso la baronesa había decidido no invitarlos al convite? No podía decir que le sorprendiese, pues aquella mujer odiaba la competencia y el regreso de la duquesa de Sheffield a la vida social no debía de haberle hecho demasiada gracia.

De todas formas, si aquello había sido deliberado, la baronesa se había equivocado al excluirlos. La duquesa era una mujer muy influyente y granjearse su enemistad no iba a beneficiarla, precisamente. Dispuesto a descubrir la verdad, se acercó a ellas para espiar su conversación.

-Lamentamos mucho no haber podido acudir a la cena como teníamos previsto, baronesa, pero nos surgió un imprevisto de última hora que nos lo impidió –se disculpó Amanda.

-Su ausencia se ha hecho notar durante la cena, su excelencia, pero me alegro de que, al menos, hayan podido venir al baile –le dijo esta con una reverencia.

-Sería una pena habernos perdido también el baile, lady Sutton. Sus veladas son famosas en todo Londres.

Joyce alzó una ceja, escéptico, al escuchar a Amanda. Si bien no había mentido en cuanto a la fama de las fiestas de la baronesa, aquel no era precisamente un buen motivo para desear acudir a ellas. Los escándalos e, incluso, los matrimonios forzosos que habían salido a la luz tras aquellas veladas las hacían, cuando menos, poco apetecibles.

Jason aprovechó su descuido para acercarse a saludarlos. Tomó la mano de su sobrina para besarla y, aunque hubiese deseado encontrar algo incorrecto en su gesto para recriminárselo, no lo consiguió. El marqués la soltó de inmediato y retrocedió un par de pasos, como dictaba el protocolo.

-Al final han venido al baile –a Joyce no le pasó desapercibido el alivio en la voz de su sobrina.

-Espero no haber llegado demasiado tarde para que me reserve un baile, señorita Evans.

-Mi cartilla todavía está en blanco, lord Durham.

Jason lo buscó con la mirada antes de anotarse, por si se oponía y él fingió ignorarlo. No pretendía darle el visto bueno, pero esa noche tampoco se negaría a que su sobrina llenase su cartilla de baile. Seguiría el consejo de Amanda y le pediría más, si con ello la tenía a su entera disposición el resto de la noche.

-Buenas noches, lady Amanda –fue su turno para saludarla–. He de decir que está arrebatadora con ese vestido.

Había usado su nombre de pila en un intento de provocarla. La noche en que se conocieron, el duque de Norfolk había hecho exactamente lo mismo y quería saber si se lo reprocharía con sutileza como había hecho con él, o por el contrario, sería más directa. Casi deseaba que fuese lo segundo, pues disfrutaba de sus guerras verbales.

-Le diría lo mismo, lord Castlemaine, pero mentiría –el reproche llegó en el modo en que pronunció su título, tal y como había hecho con Roger y Joyce se sintió decepcionado–. Usted está igual que siempre, me temo. Si algún día decidís optar por otro color, tal vez pueda dedicaros algún halago. Diría que el gris es un buen comienzo. Para que el cambio no le resulte tan brusco.

-¿Debo suponer entonces que no me concederá un baile?

-Por suerte para usted, que no me guste su indumentaria no es impedimento para disfrutar de un baile en su compañía.

Joyce rió su audacia y anotó su nombre en su cartilla. Como era el primero, eligió el vals. Sabía que aquello podía ser objeto de especulaciones, pues solía reservarse para los pretendientes de la dama, pero no quería que ningún otro, y menos el duque de Norfolk, pudiese compartir aquel baile con ella.

En cuanto hubo terminado, Amanda tomó a Melissa del brazo y se adentró en el salón de baile charlando animadamente con ella. Su paso decidido y la confianza de que hacía gala siempre eran dignos de admiración. Nadie que la viese adivinaría jamás que la duquesa acudía por las noches para contarle sus dudas y preocupaciones a la tumba de su difunto esposo. Y aunque no era algo de lo que vanagloriarse, Joyce se sentía extrañamente privilegiado por ser el único que conocía su secreto fuera de su familia.

-Espero que sus intenciones con mi cuñada sean honorables, excelencia –se había olvidado completamente de Jason–. Ya ha sufrido suficiente.

-Y usted de eso sabe mucho, ¿verdad? –lo desafió a negarlo.

-No me voy a excusar, si es lo que estaba esperando. Sé lo que hice y estoy avergonzado por ello. Me faltarán días en esta vida para compensarla, pero no dejaré de intentarlo, incluso aunque ella ya me haya perdonado. Amanda es puro corazón. Un ángel, como solía llamarla mi hermano. Ni se le ocurra hacerle daño, duque, o tendrá que vérselas conmigo.

-Tal vez eso se lo debería decir yo a usted, marqués. Mi sobrina es muy joven todavía.

-Ella ya sabe lo que quiere. ¿Y usted?

Jason lo dejó con la palabra en la boca. Lo vio desaparecer en el salón de baile, justo por donde Amanda y Melissa se habían ido minutos antes. Masculló una maldición antes de seguirlo. Había sido muy valiente al enfrentarlo sabiendo que probablemente saldría perdiendo. Había asumido sus culpas incluso cuando se sentía avergonzado por ellas y no había tratado de justificarlas. Realmente parecía dispuesto a rectificar su comportamiento y compensar a su cuñada por todo el daño que le había causado. Y lo peor de todo aquello era que, si no se andaba con cuidado, acabaría admirando a aquel condenado marqués.

Amanda empezó a dudar de haber hecho un buen trato con el duque de Castlemaine en cuanto descubrió que el muy maldito se había reservado el vals aquella noche. Habían acordado ser amigos por el bien de Melissa, pero ahora se preguntaba si la palabra no tendría otro significado diferente para él. Sabía que el duque había tenido varias amantes y la idea de que creyese que acabaría en su cama le perturbaba. No porque le resultase desagradable, sino precisamente porque no lo hacía.

Y sin embargo, haría todo lo posible para que eso no sucediese porque el único propósito de su acercamiento con el duque era permitir que Jason y Melissa pasasen más tiempo juntos. Y, por supuesto, convencer a Joyce de que su cuñado no era el mismo que desperdiciaba su vida con el alcohol y el juego meses atrás.

-Lady Sheffield.

El duque de Norfolk se acercó a ellas con una sonrisa en los labios y Amanda le correspondió al momento. Aunque fuese un tanto fastidioso en ocasiones, se había sorprendido disfrutando con él durante su partida de ajedrez. Lamentó mucho tener que terminarla tan abruptamente al ver a Joyce caminando hacia Jason y Melissa. Roger no pareció haberse molestado, algo que hablaba muy bien de él, por más que Joyce hubiese intentado desprestigiarlo ante ella.

Pensó que tal vez no fuese tan mala idea profundizar en aquella relación. Si al final quedaba en una simple amistad, esta podría proporcionarles más negocios en conjunto y asegurar los que ya tenían gracias a su esposo y el padre del duque.

-Buenas noches, lord Norfolk.

-Ahora que ha llegado lo son, Amanda.

Lo primero sería recordarle que no debía usar su nombre sin su permiso. Y por el momento, no lo obtendría. Debería ganárselo, al igual que debía hacer Joyce.

-Le concedo que me llame lady Amanda –le dijo–. No deseo ser objeto de habladurías, si no le importa.

-Es más que comprensible, lady Amanda –se inclinó ante ella en una reverencia–. Lamento si le ha molestado mi atrevimiento. No era mi intención.

-Lo sé, lord Norfolk.

-Lord Roger –la corrigió–. Es lo justo.

-Lord Roger –le concedió.

-¿Tal vez esta noche pueda obtener ese baile del que hablamos por la tarde?

-Por supuesto.

Supo que no le había hecho gracia saber que bailarían el vals con Joyce al ver cómo apretaba la mandíbula mientras firmaba la cartilla. Después de anotar su nombre, se disculpó con ella y se mezcló con el resto de invitados. Arrugó la frente, preocupada por aquella reacción. Empezaba a pensar que entre ellos había algún tipo de rencilla personal y que debería ser cuidadosa para no acabar metida en medio, como si fuese un trofeo para ellos. No tenía intención alguna de permitir que su nombre sonase en boca de todos, relacionándola sentimentalmente con dos de los hombres más codiciados de todo Londres.

Suspiró y miró hacia Melissa que estaba a su lado, gozando de la atención de varios jóvenes casaderos. Se veían ansiosos por solicitarle un baile, aprovechando que su tío no aparecía por allí todavía. Amanda sonrió al verla tan azorada y se propuso darle más momentos como aquel. Se merecía disfrutar del ambiente nocturno de la temporada londinense, independientemente de que ella ya hubiese hecho su elección.

Su cuñado apareció junto a ella frunciendo el ceño y no pudo evitar sonreír. Imaginaba lo frustrante que debía ser para él ver cómo la rodeaban y adulaban para obtener aunque fuese solo un mínimo de su atención. Melissa era una muchacha hermosa y su tío un hombre poderoso. Esa combinación la convertía en un buen partido a ojos de muchos y en objeto de críticas por las madres de las demás debutantes.

Aquel podía llegar a ser un mundo muy cruel para las jóvenes tímidas como

Melissa y podía entender que el duque intentase no solo protegerla de las malas intenciones de los hombres sino también de las malas lenguas, aunque no estaba de acuerdo con eso. No se trataba de protegerla sino de enseñarle cómo defenderse. Ella lo había tenido que aprender por las malas tras la muerte de John.

-Cualquiera que te vea ahora mismo diría que Melissa ya es tu prometida, Jay –le susurró–. Disimula un poco.

No había terminado de hablar, cuando el duque se acercó y se colocó justo detrás de ellos, esgrimiendo la misma expresión de disgusto que Jason.

-Si no cambia esa cara avergonzará a su sobrina, duque –le dijo en tono acusador sin mirarlo en ningún momento.

Jason fue el primero en reaccionar. Tomó la cartilla de Amanda y se anotó en ella. Después la besó en la mejilla y decidió que solicitaría más bailes a otras debutantes, solo para que Joyce no sospechase. Claro que después de su conversación, estaba claro que disimular no serviría de nada ya.

Amanda sonrió, satisfecha de su actuación, hasta que vio cómo el duque ocupaba el lugar que su cuñado había abandonado y se producía una retirada tácita de todos los jóvenes que habían estado rondando a su sobrina.

-Los espanta, milord –le dijo mirando hacia Melissa.

-Bien.

-Habíamos quedado en que le permitiría disfrutar de los bailes –lo miró, solo para descubrir que estaba sonriendo–. Por Dios, pero si sabe sonreír.

-Sé hacer muchas cosas, lady Amanda –se inclinó hacia ella para susurrarle las palabras–. Cuando quiera se lo demuestro.

-Me han dicho que es usted un hombre de palabra –optó por una retirada, como habían hecho los pretendientes de Melissa –. Si usted lo dice, yo le creo.

-A mí me habían dicho que usted no era una cobarde –la retó.

-¿Le parece una cobardía aceptar su palabra?

-Sabe bien a qué me refiero.

-Lamento tanto desilusionarle, lord Castlemaine, pero no tengo la menor idea de lo que me está hablando.

En ese momento comenzó a sonar la primera pieza y Amanda decidió que era

hora de escabullirse para evitar que alguien más pudiese solicitarle un baile. Sabía que bailar solo con tres hombres no era lo ideal para no despertar la curiosidad en los demás, pero después de seis años recluida por voluntad propia, le faltaba práctica y necesitaba tomárselo con calma hasta acostumbrar a su cuerpo a trasnochar de nuevo.

-¡Ah, no! –Joyce la siguió y la sujetó del brazo para frenar su huida–. Usted me convenció para que permitiese a mi sobrina bailar con todos esos petimetres, así que ahora debe quedarse conmigo para vigilarlos.

-Ese es su trabajo –alzó una ceja.

-¿Me está diciendo que no ayudará a un amigo en una tarea tan tediosa? –soltó su brazo cuando empezó a notar que llamaban demasiado la atención–. Alguien me ha dicho que es usted un ángel. ¿Debo suponer que me han engañado?

-Mi maldito cuñado no sabe cuándo mantener la boca cerrada –refunfuñó por lo bajo. No le gustaba que le llamasen de aquel modo. Nunca se había sentido un ángel, por más que su difunto esposo la llamase así. Y por si eso no fuese suficiente motivo, oírlo en boca de alguien que no fuese John le dolía.

-Ese lenguaje no es propio de un ángel, desde luego.

-Le ayudaré a vigilarla si no vuelve a decir eso –lo miró, seria.

-Trato hecho –le extendió la mano y cuando le entregó la suya, el duque se la besó con mayor osadía que en su despedida de la tarde. Sintió cómo su rostro enrojecía, no solo de la vergüenza, sino de la indignación al ver cómo se demoraba más tiempo del debido.

Cuando liberó su mano, Amanda buscó con la mirada a Melissa para centrar su atención en alguien que no fuese el duque. Esa noche estaba descubriendo una vena juguetona en él que no le gustaba. En realidad, el problema era que le gustaba, pero era demasiado peligroso para ella. Le hacía olvidar el motivo por el cual había aceptado ser su amiga.

-Creo que este es nuestro baile, lady Amanda –Roger apareció de la nada y le tendió la mano para llevarla a la pista con él. No parecía contento, pero Amanda se abstuvo de decir nada.

Podía sentir la mirada de Joyce sobre ellos mientras se movían entre las demás parejas, pero se obligó a sí misma a no mirar en su dirección. Centró su atención en Roger y en la mueca de disgusto que todavía esgrimía.

-¿Se encuentra bien? –le preguntó finalmente.

-¿Podría decirme qué sucede entre el duque de Castlemaine y usted? –Roger evitó responderle, formulando otra pregunta–. No pretendo inmiscuirme en su vida, Amanda, pero me siento en la obligación de advertirla sobre él.

-Lady Amanda –lo corrigió–. Su sobrina es una buena amiga mía y solo intento asegurarme de que disfrute de la temporada.

-¿Entreteniendo al tío?

La acusación velada en sus palabras resultó muy evidente, pero Amanda prefirió ignorarlo para no iniciar una discusión con él que llamaría demasiado la atención sobre ambos. Se limitó a seguir bailando hasta que la pieza terminó y Roger no tuvo más opción que devolverla junto a Joyce, que tenía nuevamente el ceño fruncido.

Amanda miró instintivamente en dirección a Melissa, creyendo que había algún problema con ella, pero no encontró nada que pudiese haber molestado al duque en el joven que bailaba con ella. No quiso pensar que habían sido Roger y ella los causantes y prefirió buscar a su cuñado. El siguiente baile era para él.

-Ha estado bailando con la señorita Appleby –le informó Joyce sin necesidad de que le preguntase.

-No es a Jay a quien debe vigilar –le recordó ella.

-Es precisamente a él a quien más debo vigilar.

-Me gustaba más cuando sonreía –continuaba tan serio, que no pudo evitar provocarlo. Se dirigió hacia su cuñado en cuanto lo localizó, sin dejarle tiempo para replicar.

No entendía cómo era capaz de alterarla de ese modo ni cómo ella se dejaba provocar con tanta facilidad. Tal vez era debido a que su plan de ser amigos para que bajase la guardia no estaba funcionando como le gustaría. O tal vez el problema estaba en que lidiar con el duque de Castlemaine era lo más emocionante que había hecho desde el inicio de la temporada.

Su vida había sido un continuo desafío tras la muerte de John y había aprendido a disfrutar de los retos que se le presentaban cada día. Ahora que Jason había empezado a ocuparse de la mayor parte del trabajo, se sentía relegada a un segundo plano donde las decisiones más relevantes que debía

tomar eran qué invitaciones aceptar y cuáles no. La aparición del duque había supuesto un cambio vigorizante en su nueva rutina, a pesar de los enfados y las discusiones que tenían. O quizá debido a ellos. Temía acabar dependiendo de él para sentirse viva.

-Te buscaba, cuñadita –Jason le sonrió nada más alcanzarlo y la llevó a la pista de baile.

-La próxima vez que decidas alabar mis virtudes –lo reprendió ella, en cambio–, espero que olvides esa tontería de que soy un ángel.

-Es la palabra que mejor te define, Mandy.

-Desde luego que no –lo miró disgustada–. Tu hermano me veía con ojos llenos de amor, Jay y creía que poseía un corazón de oro, pero no era más que la inocencia de la juventud y el amor infinito que sentía por él. Pero ya no queda nada en mí de la joven que fui en aquella época. Tuve que endurecerme para sobrevivir en un mundo de hombres.

-Lo lamento tanto, Mandy –ambos sabían a qué se refería.

-No pretendía criticarte, Jay –le sonrió con ternura–. Ya te he dicho que eso está olvidado. Solo prométeme que no volverás a llamarme ángel porque no lo soy.

-No lo diré más, si no quieres oírlo, pero ten por seguro que lo seguiré pensando –le guiñó un ojo, recuperado su buen ánimo.

-Eres imposible.

La complicidad y el cariño que se profesaban no parecían pasar desapercibidos para nadie en el salón. Y aunque ya había sido incluido en la lista de pretendientes deseables de muchas de las madres con hijas casaderas en cuanto se corrió la voz de que sería el nuevo duque de Sheffield, comprobar de primera mano que había dejado atrás su etapa de juego y alcohol, le había ido dando puntos a su favor. Más todavía al ver que su cuñada, la más perjudicada por ello, le había perdonado.

-He visto que tu cartilla estaba muy vacía, Mandy –Jason volvió a la carga en cuanto terminó el baile y la sacó de la pista–. Te agradezco que me ayudes con Mel, pero no quiero que olvides buscar tu propia felicidad.

-Soy feliz, Jay. No debes preocuparte por eso –le sonrió.

-Ya sabes a qué me refiero –entornó los ojos.

-La temporada no ha hecho más que empezar –resopló ante su insistencia–. Solo necesito tiempo para cogerle el ritmo porque estoy un poco desentrenada.

-Tal vez yo pueda ayudarte con eso.

-No será necesario. Además, soy viuda, Jay, no una debutante que busca esposo. Si decido no participar activamente, nadie me lo reprochará.

-Una viuda joven y encantadora que se merece tener a su lado a un hombre que le cumpla todos los caprichos –recalcó.

-Harías bien en ocuparte de la joven y encantadora Melissa –le recriminó ella–. Por cómo nos mira, diría que vuestro baile es el siguiente.

-Esta conversación no ha terminado, cuñada.

Amanda simplemente sonrió y se acercó a las sillas que habían dispuesto en un lateral del salón para aquellos que no bailaban o los que necesitaban descansar entre pieza y pieza. No estaba cansada, pero tampoco quería regresar junto a Joyce. Desde allí podía ver toda la pista así que no podría acusarla de desatender su vigilancia.

-Le he traído una copa de champán –vanas esperanzas las tuyas de mantenerse lejos de él–. Espero no haberme extralimitado en mis funciones de amigo.

-Gracias –fingió no haber oído sus últimas palabras.

Joyce se sentó en la silla contigua, moviéndola ligeramente en el proceso. Nadie lo había notado salvo ella, pero no diría nada sobre el modo en que ahora sus brazos se rozaban porque tenía la sensación de que él esperaba que lo hiciera.

-Al parecer el duque de Norfolk le tiene tan poca estima como usted a él. Me ha prevenido contra usted mientras bailábamos, aunque no me ha dado detalles sobre el porqué.

-Tuvimos un pequeño enfrentamiento laboral hace dos años –no creía que el duque le fuese a responder y eso la sorprendió– y desde entonces no hemos quedado en buenos términos.

-Algo había oído sobre eso –lo miró con curiosidad–, pero creía que lo habían solucionado de forma satisfactoria para ambos.

-No tan satisfactoria como a él le hubiese gustado –se encogió de hombros–. Ambos terminamos perdiendo, de todas formas.

-En los negocios hay que arriesgar y no siempre se obtienen los resultados deseados –lo entendía perfectamente. Sus primeros años habían sido muy duros y había perdido más dinero del que había ganado.

-Me consta que sabe bastante de eso. Pero, por lo que he oído, es usted un contrincante enérgico.

-Enérgico –rió por lo bajo– ¿Eso es lo que se dice de mí?

-En realidad usan palabras un tanto inapropiadas para decir en público –se inclinó hacia ella y le susurró al oído–. Podríamos buscar algo de intimidad y la ilustro.

-No será necesario. Sé perfectamente lo que opinan de mí. Soy mujer, lord Castlemaine. O soy... enérgica o nadie me toma en serio.

-Dudo que alguien deje de tenerla en consideración –su mirada la alteró más que lo había hecho su proximidad.

-Tenerme en consideración y hacer negocios conmigo –aclaró la voz antes de continuar– son dos cosas diferentes, excelencia. La consideración no me da beneficios.

Joyce rió y Amanda olvidó cómo se respiraba. Jamás en su vida había escuchado una risa tan profunda y varonil. Sintió cómo la envolvía y acariciaba sus sentidos, provocándole un placer casi pecaminoso. Nadie debería poseer un don como ese y ocultarlo al mundo.

-Debería reír con más frecuencia, lord Castlemaine –se mordió el labio al comprender que lo había dicho en voz alta.

-Lamentablemente, tengo cierta reputación que mantener, lady Amanda –sonrió con picardía–. En sus propios términos, la risa no me da beneficios.

-Permítame dudarle –para su disgusto, había vuelto a pensar en voz alta.

-¿Está insinuando que haría negocios conmigo ahora, Amanda?

¿Por qué en boca de Joyce no le resultaba tan molesto escuchar su nombre sin haberle dado permiso para usarlo? Se maldijo por no haberse guardado sus pensamientos para sí misma. Se había buscado aquella situación por su propia mano y ahora no sabía cómo salir de ella sin parecer una cobarde, porque estaba claro que aquel hombre estaba jugando con ella.

-Si tiene algún negocio que proponerme, contacte con el señor Harper. Él nos concertará una cita tan pronto como sea posible –se levantó, ofuscada por la

diversión en su mirada, y bebió de un largo trago el champán—. Mi copa está vacía, creo que iré a por otra.

Lo oyó reír de nuevo mientras se alejaba y suspiró con pesadez. Por su propio bien, esperaba que a Joyce no se le ocurriese reír muchas más veces o estaría totalmente perdida.

Así que le gustaba su risa. No era de los que solían hacerlo muy a menudo, pero tal vez por ella podría cambiar eso. Le había gustado el modo en que sus ojos brillaron al escucharlo y cómo huyó cuando la provocó después. Cuanto más conocía de ella, más le atraía y más tiempo quería pasar a su lado para tratar de averiguar qué más ocultaba bajo su trato correcto y su fuerte carácter. Era una mujer llena de contradicciones y eso llamaba poderosamente su atención.

Llevaba un tiempo sin interesarse en ninguna mujer porque las que conocía ya no suponían ningún misterio para él. Eran tan predecibles que le aburrían. En cambio, hablar con Amanda era siempre una sorpresa. Podía mantener una conversación sobre cualquier tema de una manera pausada y coherente, pero sabía también defender con fiereza sus ideales y a todos aquellos que había decidido acoger bajo su manto protector. Era una mujer fuerte e independiente, pero tenía también un lado vulnerable que escondía a todos eficazmente. Y al parecer, no solía encajar bien los cumplidos y le perturbaban sus provocaciones hasta el punto de huir.

-Bien, duquesa –dijo en bajo–. Veamos hasta dónde es capaz de soportarme por ayudar a su cuñado.

Se levantó para seguirla, no solo por el interés que despertaba en él, sino porque había visto que Roger se acercaba a ella para interceptarla. Aquel maldito hombre la había prevenido contra él. Poco importaba que él hubiese hecho lo mismo esa tarde, Roger Masham nunca jugaba limpio y necesitaba mantener a Amanda lejos de él, en vista de que ella no veía sus peligrosas intenciones. Lamentablemente, la baronesa se interpuso en su camino y no tuvo

más opción que atender a la anfitriona.

-Le he guardado un baile, excelencia –le dijo–. Espero que no me considere demasiado atrevida por ello.

-En absoluto –su mirada buscaba a Amanda y apenas atendía a lo que le estaba diciendo.

-En ese caso, debería llevarme ya a la pista porque está a punto de iniciarse.

Joyce la miró confundido y ella, sin abandonar aquella sonrisa provocativa que todos codiciaban y solo algunos obtenían, lo tomó del brazo y lo arrastró hasta la pista. Cuando comprendió que había consentido en bailar con ella, ya era tarde para retractarse. Se reprendió en silencio por no haber prestado más atención a sus palabras, cuando sabía que la baronesa estaba buscando un nuevo amante. Solía cambiarlo a menudo y, cada vez que sucedía, no dejaba de intentarlo con él, pero nunca le habían interesado las mujeres que pasaban por demasiadas manos.

-Mañana por la mañana tenía intención de salir a cabalgar por Hyde Park – Pamela parecía dispuesta a probar suerte una vez más y Joyce se puso alerta–. Tal vez le apetezca acompañarme.

Desde luego era muy directa y eso era algo que siempre había admirado en una mujer. Además, la baronesa era una mujer impresionante. Voluptuosa, exuberante, sensual y provocativa. Todo lo que él había buscado siempre en las mujeres con las que se acostaba. Sin embargo, le disgustaba el modo en que se vendía a los hombres. Puede que el hecho de ser viuda ayudase a pasar por alto algunos de sus deslices, pero para él, ofrecerse del modo en que lo hacía, cambiando a capricho de amante, era de muy mal gusto. Amanda no se ofrecía a nadie y a él le parecía más apetecible que la baronesa. Amanda. Necesitaba encontrarla para asegurarse de que Roger no la acaparaba para él.

-Mañana me será totalmente imposible acompañarla, baronesa –se excusó–. Lo lamento.

-Tal vez en otra ocasión, entonces.

-Tal vez –se inclinó en una graciosa reverencia antes de sacarla de la pista cuando la canción tocaba a su fin–. Un placer como siempre bailar con usted.

-El placer es mío –se mordió el labio y lo miró con tanto deseo, que Joyce prácticamente huyó de ella.

Esa era una mujer peligrosa, que no se paraba ante nada hasta conseguir lo que quería. Se decía que había destrozado algún matrimonio en su ansia de poseer a un hombre. En sus bailes se habían protagonizado algunos de los escándalos más sonados en todo Londres desde que había enviudado. Escándalos que se habían acallado con matrimonios forzosos. Y aunque a él nadie podría obligarlo a hacer nada en contra de su voluntad, prefería mantenerse lejos de ella para evitar problemas.

En contra de lo que esperaba después de ver a Roger acercarse a Amanda con tanta rapidez, la encontró hablando con Melissa y no con él. Su sobrina la miraba con absoluta adoración y le sonreía abiertamente, algo que nunca había hecho antes con nadie. Era feliz. Amanda la hacía feliz con su amistad y, por un momento, se sintió un miserable por el excesivo celo con que siempre la había cuidado. En su ansia por protegerla, la había aislado de todos y odió que Amanda se lo hubiese recriminado y demostrado con tanta facilidad. Aún así, no estaba dispuesto a admitirlo ante nadie.

-Nuestro vals va a comenzar, lady Amanda –le ofreció el brazo para llevarla hasta la pista.

-Continuaremos hablando después, Melissa –le sonrió antes de apoyar la mano en su brazo.

Aquel calor que siempre invadía su cuerpo cuando Amanda lo tocaba regresó al sentir su mano. Olvidó los remordimientos y se centró en ella y en hacerla disfrutar del baile. Cada vez que la tenía entre sus brazos, no podía dejar de pensar en llevársela a un lugar más privado donde abrazarse a ella con mucha menos ropa y, probablemente, si hubiese sido cualquier otra mujer, ya lo habría hecho.

-Le aconsejaría alejarse un poco, lord Castlemaine –la oyó decir con suavidad–. Después de haber pasado la mayor parte de la noche detrás de mí, que me sujete de este modo dará pie a que los demás piensen que está interesado en algo más que una amistad.

-Yo no he ido detrás de usted, lady Amanda –la acercó un poco más, solo para provocarla–. Teníamos un objetivo en común.

-Cierto, pero eso es algo que solo usted y yo sabemos –su voz sonó algo más afectada que antes y Joyce finalmente se separó un poco.

Necesitaba recordarse demasiado a menudo que era la cuñada del marqués de

Durham y que solo pretendía acercarlo a él a su sobrina, para no sucumbir a lo que le hacía sentir cada vez que estaban juntos.

-Veamos –fingió pensar en ello, no dispuesto a dejarlo estar. Le divertían sus reproches velados–. Es usted viuda, joven y guapa. Y yo soy un hombre soltero y atractivo. O al menos eso dicen la mayoría de las mujeres. ¿A quién le importaría si estuviésemos más unidos de lo que es en realidad?

-A mí me importa, lord Castlemaine –se mordió el labio antes de continuar–. Y a la baronesa de Sutton también, desde luego.

-¿Está usted celosa?

-No –respondió con tanta calma que le hizo pensar que decía la verdad y, por inexplicable que fuese, aquello no le gustó.

No es que pretendiese seducirla, por más que le atrajese la idea de llevársela a la cama, porque aquello resultaría peligroso para su propósito de mantener a Jason alejado de su sobrina, pero le gustaba provocarla. Sus reacciones eran siempre imprevisibles y sus respuestas nunca lo dejaban indiferente. Habría sido muy interesante que los celos la hubiesen motivado a decir aquello.

-¿Segura? – insistió.

-Se tiene usted en demasiada estima, excelencia.

-¿Me está diciendo que no siente nada cuando nos tocamos? –era un tanto arriesgado hacerle aquellas preguntas, pero no se vio capaz de abandonar el tema ahora que había salido– ¿Qué no la pone nerviosa mi proximidad?

-Una cosa no tiene nada que ver con la otra –eludió la pregunta y Joyce se molestó por ello–. Estamos hablando de celos.

-Entonces, si decidiese atender las demandas de la baronesa –sabía que hacer aquella pregunta era una equivocación, pero no se detuvo–, ¿no le molestaría?

-En absoluto. Aunque me siento en la obligación, como amigos que somos, de advertirle que tal vez atender sus... demandas, como las llamó, podría resultar perjudicial para usted. Pamela Shorter siempre fue una mujer ambiciosa, según creo recordar, y dudo que se conforme con simples migajas si piensa que se puede llevar el pastel entero.

-Sabe usted muchas cosas –le dijo, mirándola a los ojos–, para llevar seis años fuera de circulación.

-Me gusta estar informada. Las relaciones con la alta sociedad son como un

negocio. Hay que conocer a la competencia, estar atento a los posibles inconvenientes que puedan surgir y buscar los beneficios donde más convenga.

-¿Yo soy el beneficio o el inconveniente? –se burló él.

Amanda se limitó a sonreír y se alejó de él, dejándolo solo en la pista de baile, esperando una respuesta que nunca llegaría. El vals había terminado convenientemente para ella en ese mismo instante. Incluso las circunstancias se confabulaban contra él y sus ansias de saber más sobre la duquesa.

Amanda huyó de él una vez más. Y de sus insistentes preguntas sobre unos celos que no sentía. Los celos implicaban sentirse inferior a alguien o insegura de una misma. ¿Cómo podría ella sentir algo así con respecto a la baronesa, si eran como el día y la noche? El poco respeto que se profesaba Pamela a sí misma solo le provocaba lástima. Si Joyce quería unir su nombre al de aquella mujer, ella no tendría nada que objetar. Tal vez, incluso le beneficiase, pues si estaba ocupado con ella, Melissa y Jason podrían asegurar su relación antes de que él pudiese impedirlo.

-Por Dios –exclamó en susurros al recordad que había acabado comparando a las relaciones con un negocio.

Cuando Joyce estaba cerca, su mente tendía a dispersarse y sus pensamientos no siempre eran todo lo coherentes que debería, aunque, en realidad, no era una idea del todo descabellada. Sin embargo, el duque había sabido aprovecharlo para provocarla una vez más, preguntándole dónde se encontraba él en aquella ecuación. Y aunque le hubiese encantado responderle, prefirió guardar silencio. No porque le preocupase su reacción al saber que era, sin duda, un inconveniente para ella, sino porque lo consideró una buena forma de vengarse de él por incomodarla. Tenía la sensación de que aquel hombre sentía un placer casi perverso en acorralarla con sus juegos de palabras y no estaba dispuesta a divertirlo cada vez que le viniese en gana.

-Excelencia –la llamada de la baronesa la detuvo—. Espero que esté disfrutando de la velada. No he tenido tiempo para hablar con usted con calma.

-No se preocupe por mí, baronesa. Tiene muchos invitados a los que atender, vaya con ellos.

-Pero tenía ganas de hablar con usted –la sujetó por un brazo y comenzó a caminar hacia una de las puertas que daban al exterior—. Todo el mundo siente

curiosidad sobre su regreso a la vida social, pero supongo que yo seré la única que se atreva a preguntarle al respecto. Salgamos fuera a respirar algo de aire fresco y me cuenta.

Amanda se dejó arrastrar por ella, no muy convencida. Nunca habían congeniado. Se habían conocido en su presentación en sociedad y, a pesar de que no suponía competencia alguna para Pamela al estar ya casada, esta la había visto siempre como una rival sobre la que destacar. Su relación había sido tensa desde el primer día y así parecía seguir después de tantos años.

-Corren rumores de que ha abandonado su retiro para buscar esposo –la enfrentó en cuanto se quedaron a solas–. Supongo que saber que su cuñado heredará el título de duque en cuanto se case, le ha hecho replantearse su situación.

-No tengo nada que replantearme, baronesa, pues fui yo quien decidió cederle el título tras sus esponsales –vio la sorpresa en sus ojos.

-¿Por qué habría de hacer algo así? –frunció el ceño–. A menos que... ahora entiendo su interés en el duque de Castlemaine.

-No me interesa él –sus suposiciones la habían ofendido y no se molestó en ocultarlo–, sino su sobrina. El año pasado la pobre muchacha no pudo disfrutar de la temporada como se merecía y pretendo evitar que eso suceda de nuevo.

-Lástima que no se me ocurriese a mí antes –su sonrisa cínica le obligó a apretar la mandíbula para no decir lo que pensaba de ella y de sus maquinaciones–. Es la excusa perfecta para estar cerca del duque.

-No es...

-No insista, excelencia. A mí no me engaña –la interrumpió–. Se las da de buena e inocente, pero ambas sabemos que es solo pura fachada. Siempre apuntó muy alto.

-No entiendo a qué se refiere.

-El duque de Sheffield no se habría casado con una simple niña si no hubiese obtenido ya algo de ella, ¿no cree?

-Cómo se atreve –aquello había llegado demasiado lejos.

-Pero no crea que con Joyce será tan fácil –continuó hablando, sin hacer caso a su enfado–. Además, es mío.

-Creo que es usted la que apunta demasiado alto, baronesa –se sentía tan ofendida por sus acusaciones, que apenas lograba contener su lengua–. John y yo nos amábamos, pero eso es algo de lo que usted no sabe nada porque solo la mueve la codicia. Pero puede estar tranquila, Pamela, porque mi interés por el duque es totalmente nulo. Puede quedarse con él si le place. Yo no me opondré.

-Entrométase y haré que lamente no haberse quedado en casa llorando por su patético esposo.

-No voy a tolerar que insulte a mi esposo.

-Está muerto. Los muertos no se ofenden.

Amanda contuvo las ganas de abofetearla por el ultraje. Jamás nadie había sido tan grosero con ella como Pamela y se merecía un escarmiento, pero su educación le impedía rebajarse ante ella, así que apretó la mandíbula para no devolverle el insulto.

-Sabe que soy una mujer poderosa –la amenazó, en cambio– y le aseguro que puedo convertir su vida en un infierno si así lo deseo. No le conviene enfadarme, baronesa, podría acabar en la calle y sin un solo amigo al que acudir.

Pamela se alejó con cierto temor en la mirada, pero anunciando que aquello no se acabaría allí. Amanda no estaba preocupada, pues sabía lo que tenía que hacer en caso de que la baronesa intentase cualquier cosa contra ella. No había llegado a donde estaba dejando que la intimidasen. A pesar de ello, decidió que su noche en aquella casa había terminado.

-Jason –encontró a su cuñado hablando con algunos caballeros a los que saludó con una inclinación de cabeza–. Yo me retiro ya, pero no hace falta que tú te vengas conmigo.

-¿Estás bien? Puedo acompañarte si lo necesitas –supo que no lo había engañado ni un poco.

-No te preocupes. Solo ha sido una noche muy intensa.

-¿Otra? –se burló y ella sonrió al recordar que había utilizado esa misma palabra para describir la noche anterior.

-Parece ser que sí.

-Te acompañaré, igualmente. Sin ti, no tendré ocasión de bailar de nuevo con

Mel.

-Como quieras.

Se dirigieron hacia donde se encontraban el duque y Melissa para despedirse de ellos y, mientras lo hacían, Joyce no dejó de observarla con curiosidad. ¿Acaso también él había notado que estaba alterada? Imposible. No la conocía tanto.

-¿Tan pronto? –Melissa parecía totalmente desilusionada.

-Hace mucho que dejé de acudir a este tipo de veladas, querida –le dijo– y me temo que necesito tiempo para habituarme de nuevo a trasnochar. Pero me alegraría la mañana si aceptase salir a pasear por Hyde Park conmigo. Así podríamos hablar con más tranquilidad. Claro, si su tío no tiene inconveniente en que vayamos las dos solas.

Lo miró mientras hacía la petición para asegurarse de que comprendía que Jason no estaría con ellas. Le apetecía hablar a solas con Melissa, de todas formas. Sobre todo, sin la constante e irritante presencia de su tío.

-No tengo inconveniente.

-Pasaré a las once a por usted, Melissa –le dedicó una sonrisa de agradecimiento al duque antes de mirarla a ella–. Diviértase el resto de la noche.

Abandonaron la casa y solo entonces se permitió abandonar la máscara de impavidez que había adoptado tras su conversación con la baronesa. Todavía le dolían sus palabras.

-¿Vas a decirme ya qué ha sucedido o debo adivinarlo? –Jason la miraba interrogativo. Había esperado a encontrarse en el interior del carruaje para preguntar.

-No es nada, Jay.

-Te conozco, Mandy y sé que hay algo. ¿Debo batirme en duelo con algún estúpido? ¿Con el duque, tal vez?

-No –rió ante su ocurrencia–. No es eso.

-¿Entonces?

-Ha sido una conversación que he mantenido con la baronesa. Ya la conoces –sonrió con amargura–. Esa mujer puede ser muy inoportuna con sus

comentarios.

-Tú siempre tan diplomática, Mandy –rió ahora él–. Es una arpía de lo peorcito, puedes decirlo. ¿Qué ha pasado?

-No tiene importancia. Ya me he encargado de dejarle las cosas claras.

-Y aún así has decidido finalizar la velada –alzó una ceja.

-Mi presencia aquí le estaba dando una importancia que no se merece –se encogió de hombros–. Soy consciente de que todos me quieren en sus cenas porque soy la novedad de este año. Ni siquiera sé porqué acepté esta invitación.

-Porque sabías que esta era la única invitación que teníamos en común esta noche con el duque –sonó apenado.

-No vayas a culparte ahora, Jay –lo reprendió–. Fue ella quien lo estropeó con sus comentarios, no tú. Olvídalo ya. Esa mujer no merece que le dediquemos ni un solo segundo más de nuestro tiempo.

-Ni siquiera para criticarla –sonrió.

-Exacto –apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

Necesitaba que aquella noche terminase ya, para poder olvidar lo enfadada que estaba con la baronesa. No solo por cuanto le había dicho, sino porque, de un modo un tanto cruel, le había recordado la promesa que le había hecho a su esposo. Promesa que, cada vez que Joyce estaba cerca, pesaba más. Y no quería pensar en el duque de ese modo. Desde luego que no.

No había podido dormir apenas, pensando en su conversación con Pamela. No quería que sus palabras le afectasen, pero lo habían hecho. Asumir que su esposo estaba muerto u oírlo en boca del duque tras una pequeña discusión, consciente de que no había sido su intención hacerle daño con el comentario, no era lo mismo que escuchárselo a ella. No del modo tan frío en que lo había dicho. Fue la rudeza en sus palabras lo que más la impresionó y molestó. Sabía lo que había pretendido y ella se lo había permitido porque la sorprendió con la guardia baja. Había subestimado a la baronesa una vez más.

-Nunca más –se dijo justo antes de que le abriese la puerta de Manor House un mayordomo impecablemente vestido, como no, de negro.

-Buenos días, excelencia –se hizo a un lado con una graciosa reverencia para permitirle el paso.

No había esperado tener que entrar, pues no le apetecía ver a nadie que no fuese Melissa, pero al parecer la joven todavía no estaba preparada.

El hombre la hizo pasar a una pequeña sala de recepción cerca de la entrada, probablemente destinada tan solo a recibir a las visitas. También ella tenía una, aunque hacía tiempo que no le daba uso. Observó, absorta, la elegante decoración.

-Espero que lo que ve sea de su agrado, lady Amanda.

Amanda miró hacia Joyce, sorprendida de encontrárselo allí. No es que fuese extraño, pues era su casa, pero hubiese preferido no verlo esa mañana.

Estaba sentado junto a una pequeña mesa donde había té, café y pastas de toda clase. También había pasteles y dulces varios. Un desayuno completo, pero

demasiado azucarado para ella. Joyce vestía, como no, un traje negro que le sentaba como un guante. En esa ocasión no se había puesto la chaqueta y podía notar cómo sus músculos se apretaban contra la fina tela de la camisa. Incapaz de apartar la vista, continuó con su escrutinio. Llevaba el pelo pulcramente peinado hacia atrás y no había siquiera una sombra de barba en su rostro, que seguramente sería tan oscura como su cabello. Probablemente se afeitase todos los días para evitar que se notase.

Al descubrir sus ojos negros observando sus reacciones, sonrió. En ciertas ocasiones temía los sentimientos que despertaba en ella, pero en otras, su vena rebelde le instaba a provocarlo. No pudo evitar lanzarle una pulla en ese momento, sabiendo que se arrepentiría después.

-Ciertamente, todo lo que veo es de mi agrado, excelencia –le dijo mirándolo fijamente.

Notó cómo se tensaba ligeramente en su silla en un gesto que le habría pasado desapercibido si no estuviese tan atenta a su respuesta. Segundos después, su cuerpo se relajó y comenzó a remover el café con deliberada lentitud, mientras su mirada la recorría como había hecho ella instantes antes con él. Se sintió cohibida de repente, pero se obligó a permanecer impassible.

-Si gusta –le dijo él con una sonrisa felina en los labios.

*He despertado al cazador*, pensó Amanda tratando de disimular su azoramiento buscando un lugar donde sentarse, lo más lejos posible de él. Debería recordar que provocar al duque no era la mejor de las ideas. Ese hombre tenía mucha más vida que ella y siempre saldría perdiendo contra él.

-Ya he desayunado –le dijo después de sentarse en un pequeño sillón justo al otro lado de la estancia–, pero gracias de todas formas, lord Castlemaine.

-¿Me tiene miedo? –rió por lo bajo al verla tan lejos.

-Me parecía cómodo –sonrió mientras se recostaba en el sillón y acariciaba los reposabrazos con las manos–. Y acerté.

Joyce rió y Amanda apretó con fuerza los puños para no soltar un suspiro de placer. Aquella risa era tan envolvente que nadie podría resistirse a ella por mucho tiempo. Ella, al menos, era incapaz. Por suerte, permanecieron en silencio después, Joyce bebiendo su café y ella observando de nuevo los cuadros de las paredes. El duque tenía un gusto exquisito, si es que había sido él quien eligió la decoración. Se moría de ganas por preguntar, pero no le

apetecía nada iniciar una nueva conversación, por lo que pudiese pasar después.

-No sabía que la baronesa de Sutton y usted fuesen tan íntimas –ante su mirada desconcertada, Joyce matizó–. Vi cómo salían juntas al balcón.

-Me temo que la palabra íntimo solo se asocia con la baronesa cuando hay un hombre de por medio.

-Pues parecían conversar muy animadamente.

-Le aseguro que no tuvo nada de animado –frunció el ceño al recordar su conversación–. Ni placentero.

-¿La ofendió de algún modo?

Amanda pudo sentir tirantez en cada una de sus palabras, pero lo ignoró porque lo último que necesitaba en ese momento era a un Joyce enfadado con Pamela. Si él le reclamaba por ello, la joven baronesa creería que estaba realmente interesada en él y quién sabe de qué sería capaz para impedir que estuviese con el duque. No quería tener que mirar atrás cada vez que saliese de casa.

-Nada que sea digno de mención –le sonrió–. En ocasiones, las mujeres hablamos sin medir nuestras palabras ni pensar en las consecuencias. Pero ya está todo solucionado, no se preocupe.

-Y por eso decidió abandonar la fiesta justo después de ese... malentendido – Joyce era demasiado intuitivo. Se lo había demostrado en más de una ocasión.

-Decidí abandonar la fiesta porque estaba cansada. No busque razones ocultas donde no las hay, lord Castlemaine.

-¿Y por qué me parece que me está mintiendo?

Joyce se levantó y se acercó a ella lentamente. Amanda alzó la barbilla, desafiante, aún cuando por dentro sentía su corazón latir velozmente. Contuvo el aliento y solo lo dejó escapar al ver que el duque solo pretendía sentarse junto a ella.

-Creía que habíamos decidido ser amigos, Amanda –le dijo con disgusto en la voz–. No lo estropeemos con mentiras.

Amanda se mordió el labio al escuchar cómo la tuteaba una vez más. Debería reprenderlo por su atrevimiento, pero no lo hizo porque, en el fondo, le había gustado cómo sonaba su nombre en boca del duque de una manera tan íntima.

Solo debía pensar que aquello era un aspecto más de su amistad. Una amistad a la que él estaba apelando ahora, deseoso de saber lo que había ocurrido. Suspiró antes de claudicar, pues mal que le pesase, le gustaba ser su amiga. Lo encontraba vigorizante.

-Tal y como le advertí durante nuestro baile, lord Castlemaine –aún así, no le daría el gusto de tutearlo también–, la baronesa intuyó que entre nosotros podía haber algo más que una simple amistad. Y, por supuesto, eso la ha disgustado porque pretende unir sus nombres con la palabra íntimo.

Se permitió la pequeña broma y sonrió satisfecha al escuchar la risa de Joyce, por más que aquello removiese en su interior algo que todavía no sabía definir.

-Se llevará una decepción –habló él mirándola fijamente–. Mis intereses puede que estén en otra parte en este momento.

Si bien le aliviaba saber que la baronesa no le interesaba, que la mirase de ese modo no era buena señal cuando había decidido tenerlo solo como amigo. Debería dejarle claro que aquella no era una opción para ellos.

-Puestos a ser sinceros, excelencia, para que nuestra amistad se lleve a cabo sin malos entendidos entre nosotros sus intereses deberían dirigirse en otra dirección.

Sabía que se arriesgaba a que la acusase de malinterpretar sus palabras, pero no podía dejar de aclarar el asunto. Esperó a que Joyce hablase, segura de que se reiría de ella, pero un vez más, le sorprendió.

-No puede culparme por planteármelo. Es usted una mujer muy interesante –le sonrió, azorándola más–. Pero se lo concederé solo por haber sido tan directa conmigo. Admiro mucho eso en una mujer, pues los subterfugios no son de mi agrado.

-¿Se ceñirá a nuestra amistad, entonces? –tal vez su voz sonó demasiado esperanzada, pero Joyce no pareció notarlo.

-Solo si consiente en llamarme Joyce.

-Eso sería del todo desacertado y daría pie a rumores.

-Lo entiendo –sonrió de nuevo–. Pues que nos vean juntos cada noche, en cada baile aunque sea tan solo hablando, no dará pie a rumores de ninguna de las maneras.

-La ironía no le sienta bien, excelencia.

-Tampoco a usted la cobardía, Amanda.

-Está bien –le concedió finalmente–, pero prométame que solo será en privado. Lo último que necesito ahora que he regresado a este circo es convertirme en la estrella principal.

-Creo que eso será inevitable –le sonrió–. Es usted la novedad.

-Para mi desgracia –suspiró.

-De acuerdo, Amanda –le ofreció la mano para sellar el trato–. Así lo haremos.

-De acuerdo, Joyce –le entregó la mano y él se la besó.

Sus miradas se cruzaron y por más que Amanda intentó apartar la suya, no fue capaz. Algo empezaba a nacer en su interior y no tenía nada que ver con aquella amistad que habían pactado.

-Siento la tardanza. No estaba segura de qué debía ponerme para un paseo matinal por Hyde Park –una alegre Melissa entró en la sala interrumpiendo su contacto visual sin ser consciente de ello. Y solo cuando Joyce retiró la mano de la suya, Amanda recordó que todavía seguían unidas.

Amanda se levantó inmediatamente y sonrió a la joven dando así su aprobación a la ropa que había elegido.

-Está encantadora, Melissa –dijo tomándola de ambas manos–. Como siempre.

-Gracias –se sonrojó y Amanda no pudo evitar abrazarla. Cada día que pasaba adoraba más a la sobrina de Joyce por aquella tierna inocencia que destilaba. Entendía por qué su tío siempre la protegía con tanto celo, pues ella deseaba hacer lo mismo.

-¿Es siempre así de cariñosa con sus amigos, Amanda? –oyó la voz de Joyce tras ella.

Su primer impulso fue reprenderlo por haber usado su nombre de pila, pero se recordó a sí misma que aquel era uno de esos momentos privados de los que habían hablado, pues ellos dos ya formaban parte de su entorno más íntimo. ¿Qué cuándo había empezado a incluirlos en su vida? Aquella respuesta era evidente: cuando Jason se enamoró de Melissa.

-Solo con los que se lo merecen, Joyce –le respondió, sonriendo a Melissa

cuando esta abrió más los ojos al oírla pronunciar el nombre de su tío. Después le guiñó un ojo y recibió una sonrisa a cambio—. Es hora de irse, Melissa, o nuestro paseo será más bien corto.

-Espero –le susurró Joyce al oído cuando se disponía a seguir a la joven fuera de la sala– ser merecedor de esas muestras de cariño algún día, Amanda.

Joyce salió antes que ella, dejándola abochornada. ¿Cómo pudo siquiera esperar el duque se ciñera al trato que habían hecho? Conocía su fama y empezaba a conocerlo a él y debió imaginar que no sería tan sencillo como tener una amistad relajada. Pero desde luego, jamás pensó que pudiese tener una vena divertida y pícara como la que le estaba mostrando cada día. Al parecer, sabía esconderla muy convenientemente a los demás.

Llegaron a Hyde Park a lomos de sus caballos, en un tranquilo paseo, agradeciendo aquella maravillosa y soleada mañana. No recordaba que se reuniese tanta gente en el parque a aquella hora y lamentó tener que saludar a la gran mayoría a su paso, pero aún sí, disfrutó del momento. Montar a caballo siempre la relajaba y al parecer, Melissa no era muy diferente a ella en ese aspecto. Ninguna de las dos parecía querer romper el silencio que se habían instalado entre ellas.

-¿Puedo preguntarle algo... un tanto personal? –la joven se mordía el labio, indecisa.

Se habían sentado bajo un árbol y estaban degustando algunos de los tentempiés que Amanda había llevado para ellas. La brisa ligera que se había levantado hacía más soportable el calor y la sombra de las ramas les permitió deshacerse de los sombreros.

-Claro.

-¿Le gusta mi tío?

Amanda se quedó callada. De todas las preguntas que esperaba escuchar de sus labios, aquella era, sin duda, la única que no había contemplado. Claro que después de que la muchacha los hubiese oído tutearse, debería haber supuesto que pensaría en esa posibilidad.

-He visto como la mira él –continuó al ver que no respondía—. Nunca antes había mostrado tanto interés por nadie.

-Trato de ganarme su amistad para que Jason pueda estar cerca de usted – eludió la pregunta.

-Lo está logrando –rió ella–, pero creo que mi tío quiere más.

-¿No es un poco joven para saber de esas cosas? –no pretendía avergonzarla con su comentario, simplemente sentía curiosidad genuina.

-Mi madre jamás me ocultó nada –su rostro se tiñó de rojo–. Y me explicó la diferencia entre amor y pasión. Entre interés real y pasajero. Entre esposas y amantes. Yo no entendía nada de lo que me decía por aquel entonces, pero ahora empiezo a ver las diferencias.

-Pues en este caso, no soy más que una novedad para su tío –le sonrió condescendiente–. Le intereso porque soy la única que lo ha enfrentado hasta el momento de una manera tan directa. Y le aseguro que no lo habría hecho si no fuese por vosotros. Es un hombre que invita a mantenerse lejos.

-No es tan malo como cree. Un poco serio, tal vez –su sonrisa se fue apagando poco a poco–, pero eso es porque ha tenido una vida muy dura. Mis abuelos lo dejaron al cargo de todo cuando apenas tenía dieciséis años y se fueron a América. Se convirtió en duque y tuvo que asumir todas sus responsabilidades. Entre ellas, mi madre. Y le aseguro que ella no se lo puso fácil.

Amanda simplemente sonrió. No quería mostrar demasiado interés aunque se moría de ganas por saber más de Joyce. Melissa lo interpretó como un permiso para continuar.

-¿Sabía que huyó con mi padre cuando mi tío se negó a aceptar su compromiso? Claro, ella tenía solo quince años y mi padre veintidós. Y apenas se conocían. Fue una locura. Se casaron en secreto y cuando los encontró ya no había forma de romper el matrimonio. Mi tío y mi madre se dijeron cosas terribles aquel día y pasaron años sin hablarse después de eso. Yo tenía cuatro años cuando hubo un primer acercamiento entre ellos y fue por casualidad. Doy gracias todos los días por haberme escapado de mi madre aquella mañana –sonrió– porque choqué contra él en mi huida. Es extraño, pero recuerdo el momento con todo lujo de detalles a pesar de ser tan pequeña. Lo vi y supe que era mi tío. Mi madre me hablaba mucho de él, pero aunque no lo hubiese hecho, lo habría sabido. Se parecían mucho.

-Lo lamento –Amanda la tomó de la mano. No necesitó decir nada más, pues ambas sabían de qué estaba hablando.

-Y yo –sonrió con pesar–. Me consuela saber que fueron felices juntos y que

se quisieron con locura a pesar de que nadie creía que su matrimonio fuese a durar. Yo siempre anhelé encontrar un amor como el suyo.

-Ahora entiendo por qué tu tío es tan protector contigo –si la tuteó en aquella ocasión fue porque sentía que no podía ser de otro modo después de que le hablase con tanta confianza sobre su pasado–. Tiene miedo de que se repita la historia.

-Yo jamás le haría eso a mi tío –se sonrojó–. Aunque tampoco le permitiré que me aleje del hombre al que amo.

-Amar es una palabra muy fuerte –le dijo–. Tal vez no deberías ser tan directa con tu tío por el momento.

-No lo he sido, aunque no me faltan ganas. Quiero mucho a mi tío, pero a veces me asfixia. Siento como si estuviese pensando en mi madre y no en mí cuando me protege de ese modo. No sé cómo hacerle ver que yo no soy ella.

-Yo te ayudaré con eso.

-¿Crees que aceptará a Jason en algún momento?

-Tendremos que hacer que lo acepte. Le demostraremos que es digno de tu amor y, sobre todo, de cuidar de ti como mereces. Ahora que conozco la historia de tu familia, tengo la sensación de que el mayor miedo de tu tío es que tú sufras, Melissa.

-Tal vez, pero Jason no me hará sufrir.

-Lo sé –o eso esperaba, pues nadie era infalible y a veces causar dolor era inevitable aunque no lo pretendieses–. Ahora habrá que hacérselo ver a tu tío.

-Muchas gracias, Amanda –la abrazó en un impulso–. No sé qué haría sin ti.

-¡Qué bonito! –oyeron aplausos a sus espaldas–. Buena jugada, excelencia. Ganarse a la sobrina para llegar al tío.

-Buenos días, lady Sutton. Bonita mañana, ¿verdad? –no estaba de humor para discutir con ella, así que simplemente ignoró sus acusaciones.

-Melissa Evans, ¿verdad? –Pamela prefirió ignorarla a ella.

-Nos presentaron ayer –asintió ella.

-Anoche me quedé con ganas de hablar con usted, querida. Es maravilloso haberla encontrado aquí porque así puedo invitarla a usted y a su tío a tomar el té esta tarde en mi casa.

-Tendré que consultarlo con él –la miró dubitativa–. No sé si ha concertado alguna cita para esta tarde.

-Yo le enviaré una nota –Pamela miraba disimuladamente hacia Amanda mientras hablaba y ella mantenía la mirada fija en la baronesa, sin ningún pudor–. Seguro que acepta encantado. Ya había hablado con él sobre eso, pero no llegamos a concretar el día.

-Yo...

Melissa estaba incómoda y Amanda se dijo que ya era hora de intervenir. A pesar de no querer inmiscuirse, sabía que Pamela era una mujer agresiva hablando y podía acobardar al más duro si se lo proponía. Melissa no tenía la suficiente experiencia para enfrentarla, en cambio a ella le sobraba.

-Veo que lo que le falta en discreción le sobra en confianza –le dijo–. Tal vez no debería dar por hecho que el duque aceptará su invitación, podría llevarse una decepción.

-Soy una mujer segura de mí misma –la miró con desprecio–. El duque irá porque yo lo invito. Así funcionan las cosas por aquí, excelencia, pero claro, usted no podía haberlo sabido porque lleva demasiado tiempo enclaustrada.

-Que haya decidido mantenerme al margen durante un tiempo, no significa que haya olvidado cómo funciona esto –le aseguró, manteniendo una calma que la baronesa parecía no tener– ni el lugar que ocupa cada uno. ¿Lo recuerda usted?

-Perfectamente –apretó la mandíbula– y puedo...

-Entonces sabrá –la interrumpió– que esta tarde habrá recitales en el teatro.

-A Joyce no le interesan las niñas. No irá a ver cómo unas pocas debutantes intentan lucirse intentando cazar un esposo.

-No me refería al duque, baronesa –sonrió, solo para molestarla un poco más–, sino a Melissa. Tal vez quiera presentarse.

-Me encantaría –la joven, que había permanecido en silencio durante su batalla verbal, parecía entusiasmada con la idea.

-Esos recitales no merecen la pena, Melissa –le dijo Pamela, con los puños apretados, sabiéndose ya perdedora–. Tocar el piano no le conseguirá un esposo. Debería centrar su atención en los bailes.

-¿Fue en uno de esos bailes donde encontró a su esposo? –la remató Amanda–.

Habría jurado que no fue así exactamente.

-Debo irme ahora, Melissa –evitó mirar a Amanda–. Enviaré la nota a su tío y nos veremos esta tarde.

Amanda sabía que debería haberse contenido. Ella había sido criada para mantener las formas en todo momento, pero tras la muerte de su esposo había tenido que endurecer su carácter y ahora le resultaba difícil callar cuando veía algo que no era de su agrado. Y jamás había podido soportar a la gente prepotente y egocéntrica, ni a los que se aprovechaban de la inocencia o de la inexperiencia de los demás para manejarlos a su antojo.

Melissa era demasiado dulce para las maquinaciones de Pamela y se sintió en la obligación de protegerla de ella. Ni siquiera le importaba ganarse más hostilidad por parte de la baronesa. Ella podía manejarla.

Cañirse a su amistad, le había propuesto. Joyce sonrió una vez más, sentado en su despacho pensando en Amanda y cuánto le divertía provocarla. Por supuesto, podía hacer lo que le pedía y lo haría, en la mayoría de las ocasiones. Porque no quería dejar de insinuársele cada vez que bajase la guardia. Le gustaba cómo respondía a sus pullas, a veces tan directa y otras, mucho más comedida. Incluso cuando decidía huir de los enfrentamientos, le resultaba igual de interesante. Todo en ella le gustaba.

Dejó los papeles a un lado, se reclinó en la silla, llevó sus brazos detrás de su cabeza y suspiró, decepcionado consigo mismo por no estar todo lo concentrado que debería en su trabajo. Desde que Amanda se llevó a Melissa, no había hecho otra cosa que recordar todo cuanto habían hablado esa misma mañana.

Tenía la sensación de que no era una mujer dada a entregar su confianza a cualquiera. Que le hubiese contado su percance con Pamela era, sin duda, un gran paso en esa amistad que estaban intentando mantener. Sabía que algún día sería su turno para corresponderle si querían que aquello funcionase, pero por el momento disfrutaba de su triunfo.

También le preocupaba la baronesa y su renovado interés en él. Pamela era una mujer extremadamente directa cuando quería algo y no le importaba si alguien más salía perjudicado mientras ella obtuviese su premio. Tendría que hablar con ella y aclararle que no la quería en su cama, ni ahora ni nunca.

Se levantó y caminó hasta la ventana, solo para comprobar que la mañana estaba resultando tan soleada como había esperado. Hubiese ido con las damas al parque, si Amanda no le hubiese dejado claro que quería un tiempo

en privado con su sobrina. Y él no hubiese aceptado aquello, si no hubiese pactado aquella tregua con ella. Debía confiar en que estarían solas, tal y como le había asegurado.

-Ha llegado una invitación, excelencia.

-Gracias, Carl. Déjala en la mesa –le dijo sin mirarlo.

Más invitaciones. Este año se habían duplicado y no gracias a él. Amanda había sido quién logró semejante cambio, al engañarlo aquella primera noche para que su cuñado bailase con Melissa. Cuán enfadado había estado al descubrir su artimaña. Y debería haberse llevado a su sobrina en aquel mismo instante, pero lo había vuelto a engatusar con un simple toque de su mano. Así fue como todo empezó.

Se acercó a la mesa pasados unos minutos y cogió la invitación para ver quién más quería tenerlos en su casa. Le sorprendió ver el sello de la baronesa de Sutton. Parecía como si la hubiese invocado al pensar en ella. Abrió el sobre por mera curiosidad y su rostro se ensombreció al momento.

-Tomar el té –dijo en alto–. Lo siento, pero estaré ocupado.

Aquel día y todos los que seguirían a ese porque estaba seguro de que no se rendiría tras una negativa. Sabía lo insistente que podía llegar a ser cuando le interesaba alguien, pues había sido objeto de ese interés en cada ocasión que la baronesa buscaba un nuevo amante.

Tomó pluma y papel para declinar formalmente el ofrecimiento y llamó a Carl, que apareció incluso antes de que terminase de pronunciar su nombre.

-Cada día eres más eficaz, Carl –le entregó la carta–. Envía esto a la baronesa de Sutton lo antes posible.

-Venía a informarle de que lo esperan en la sala de recepción, excelencia – Carl tomó la carta en sus manos y se inclinó en una estudiada reverencia.

No recordaba haber citado a nadie para aquella mañana y salió del despacho con curiosidad. Nunca había propiciado las visitas sin invitación previa porque su hogar era el único lugar donde podía disfrutar de un descanso de sus responsabilidades y no le gustaba que cualquiera pudiese aparecer para estropearlo.

-Buenos días, excelencia.

Joyce se quedó petrificado en el umbral de la puerta al ver a su inesperado

visitante. Jason Davies estaba frente a él, con una amplia y sincera sonrisa en sus labios, que le extrañaba incluso más que su presencia allí.

-¿A qué ha venido, marqués? –le dijo serio, cruzando sus brazos sobre el pecho, sin decidirse a entrar todavía. Tal vez terminase echándolo de su casa.

-Digamos que alguien me aconsejó, no hace mucho, que para ganarme su respeto debería ganarme primero su confianza –seguía sonriendo—. Y a eso he venido.

-¿Cree que aparecer en mi casa sin ser invitado le granjeará mi confianza?

-Por supuesto que no –dio un paso hacia él—. Para eso debemos conocernos algo más. Y el primer paso para lograrlo es invitarlo a tomar algo.

-Emborracharme con usted tampoco le ayudará a conseguir su objetivo.

-Hace tiempo que dejé de excederme con el alcohol, excelencia –si había pretendido ofenderlo con aquel comentario, no había funcionado—. Tomaremos un par de copas y charlaremos. Nada más.

-¿Qué le hace pensar que accederé?

-¿Qué le hace pensar que no insistiré?

El desafío había sido lanzado y ninguno parecía dispuesto a dar su brazo a torcer. Se midieron con la mirada, sin decir palabra, hasta que Joyce decidió que la determinación de Jason bien se merecía un par de copas. Al menos así no podrían recriminarle que no le había dado ninguna oportunidad.

-Está bien –aún así aclaró sus puntos–, pero no piense que esto le da derechos sobre mi sobrina.

-Solo intento demostrarle que he cambiado, excelencia. Sé que no es de los que dan segundas oportunidades, pero no puedo dejar de intentarlo. Le debo eso a Melissa, al menos.

-Para ti, señorita Evans –le recordó.

-Señorita Evans –concedió con una inclinación de cabeza.

-Vamos, pues –algo le decía que conocerlo mejor sería un gran error. Ya de por sí admiraba su valentía por exponerse, después de seis años de vicios, ante una sociedad que adora criticar. No quería descubrir cuantas buenas cualidades más tenía o estaría obligado a admitir que se había equivocado con él. Y él jamás se equivocaba.

Decidieron acudir al club del que, sorprendentemente, ambos eran socios desde hacía años y se sentaron en una de las mesas privadas para poder hablar tranquilamente. No le apetecía y de hecho, se arrepintió de haber aceptado de camino al local, pero le daría aquella única oportunidad.

-¿Y bien? –lo animó después de que les sirviesen las copas.

-Entiendo su desconfianza, lord Castlemaine –comenzó él, más seguro de lo que querría Joyce–. Si yo me encontrase en su situación, tampoco me fiaría de mí ni de que hubiese cambiado. Mi comportamiento estos últimos seis años ha sido de lo más reprochable y, como le he dicho en más ocasiones, no lo negaré ni me justificaré. El dolor que me causó la muerte de John no es excusa, aunque debo admitir que me perdí. Completamente. En esta ocasión, y diría que siempre, Amanda fue la fuerte de los dos. Ella hizo lo que yo debería haber hecho, luchar y continuar con el legado de mi hermano. Ella fue quien intentó rescatarme del pozo donde yo solo me hundí y quien me perdonó después por todo el daño que le hice en el proceso. No la merezco y aún así sé que estará, incondicional, a mi lado. Y por ella, hago esto.

-¿Hablar conmigo?

-Intentar redimirme ante sus ojos y los del resto del mundo.

-¿Qué interés puede tener ella en que se redima ante mis ojos? –conocía la respuesta.

-Creo que no es necesario que os lo diga, excelencia.

-Me gustaría oírlo de todas formas.

-Me he enamorado de su sobrina. Ni siquiera entiendo cómo ha podido ocurrir tan rápido, pero es así. Mandy cree que acabará viendo que mi cambio no es algo temporal y que con el tiempo, verá que no soy tan mal candidato para Melissa. Pero yo no lo veo tan claro, así que he decidido acelerar un poco el proceso, intentando conocernos mejor para que vea que soy mejor de lo que he demostrado hasta ahora.

-Realmente no importa si es un buen candidato o no porque no tengo intención alguna de casar a Melissa todavía.

-Eso también me lo advirtió Mandy cuando le confesé lo que sentía por Melissa –sonrió con pesar–, pero como le dije a ella, estoy dispuesto a esperar lo que haga falta.

-¿Incluso si decido no casarla hasta dentro de diez años? –tal vez lo había exagerado, pero quería saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar Jason por su sobrina.

-No creo que Melissa se lo permita –rió, demasiado seguro de sí mismo para frustración de Joyce–, pero por ella, soy capaz de esperar incluso toda una vida.

-Melissa hará lo que yo le diga.

-Tal vez antes lo habría hecho, pero no ahora que Amanda es su amiga –para Jason era tan obvio, que Joyce creyó se que estaba riendo de él–. Mi cuñada le enseñará a ser una mujer fuerte y decidida, así como es ella. No de manera consciente, eso jamás, pero todo aquel que está cerca de ella... No sé cómo explicarlo. Mandy consigue sacar lo mejor de ti.

-¿Qué está insinuando con eso? ¿Qué yo coarto a mi sobrina?

-Solo digo que Melissa lo respeta tanto, que teme contradecirlo hasta en el más pequeño de los detalles y que Mandy hará que se rebele si usted es demasiado intransigente. Mi cuñada será su perdición, lord Castlemaine.

Joyce estaba de acuerdo con él en cuanto a que Amanda sería su perdición si él se lo permitía, pero no por su sobrina. Aunque saber que la duquesa podía influir tanto en ella, no le gustaba. Sobre todo si hacía que su sobrina se revelase contra él. Desde que se obtuvo la tutela de Melissa, su único miedo era cometer los mismos errores que con su hermana y, en ocasiones, sentía que iba por el mismo camino en su afán por protegerla de todo y de todos. Ni siquiera podía pensar en que decidiese huir de él como había hecho su madre. Sería otro fracaso en su papel de cabeza de familia y el dolor que le causaría perderla sería peor que el que había sentido tras la desaparición de su hermana. Su sobrina había traído paz a su vida y su corazón había empezado a reblandecerse. Después de años sintiendo la más absoluta de las soledades, no quería regresar a esos tiempos. No soportaría perder a su sobrina.

-No pretendo robarle a su sobrina –Joyce se sorprendió con sus palabras. Parecía que le hubiese leído la mente.

-Dice que quiere ganarse mi respeto –le dijo él tras pensar en ello–. Bien, puede intentarlo, desde luego, pero le advierto que no seré benevolente con usted. No me negaré a que baile con mi sobrina, pero simplemente porque quiero que ella disfrute de una verdadera temporada londinense. No crea que

tendrá la exclusividad. Melissa bailará con otros hombres y usted no hará nada para impedirlo.

-Por supuesto –aceptó. Y no parecía sorprendido por ello.

-Y no le permito –añadió, remarcando cada palabra– cortejar a mi sobrina.

-¿Ni siquiera si me gano su respeto? –le dijo, con rostro serio, aunque Joyce tenía la sensación de que toda aquella situación le divertía, como si supiese algo que a él se le escapaba.

-Lo hablaremos cuando se la gane –le respondió ofuscado–, no antes.

-Me parece justo.

Joyce no estaba seguro de lo que había pasado durante aquella conversación, pero sentía que algo había cambiado, porque una vez aclararon la situación, pasaron temas menos formales y se descubrió disfrutando de la compañía de Jason. El joven parecía más sensato y responsable de lo que aquella mala vida pasada que había elegido les había hecho creer a todos. Y a él.

Después del par de copas prometidas, pues no había tomado ni una más aunque él había insistido a conciencia, Jason le había hablado sobre varios de los proyectos que había emprendido y, sorprendentemente, la mayoría de ellos le interesaron, incluso proviniendo de un hombre que, hasta el momento, no le había inspirado confianza.

-Tal vez me decida a colaborar con usted en algún momento –y no supo cuál de los dos estaba más sorprendido por aquello.

-Amanda y yo estaremos encantados de recibir noticias tuyas si es así –Jason se repuso en primer lugar y le sonrió.

A Joyce no le pasó inadvertido que hubiese incluido a su cuñada y sospechó que tal vez lo había hecho a propósito. ¿Porque era su socia en los negocios? ¿O porque pretendía aprovecharse, sabedor del interés que Amanda despertaba en él? Después de todo, ya le había advertido que no jugase con los sentimientos de su cuñada, algo que él había admirado en secreto. Si aquel era su objetivo, había funcionado porque reunirse con Amanda para tratar los pormenores de un negocio en común le parecía demasiado apetecible. Tendrían noticias tuyas, por supuesto, y no tardarían mucho, pero por el momento prefería no destapar sus cartas. Dejarlo esperando en la incertidumbre le haría bien a su ego recién encontrado, no fuese a confiarse y creer que le había impresionado en tan poco tiempo. Y mucho menos que

tendría alguna posibilidad real con su sobrina.

En su regreso a casa, decidió pasar por Hyde Park, por si se las encontraba a ellas. Sabía que era tentar demasiado a la suerte, pues era demasiado grande y había mucha gente, pero no pudo resistirse. Puede que, incluso, ya hubiesen regresado del paseo. Y sin embargo, como si la providencia estuviese de su parte, las vio no muy lejos de la entrada, caminando hacia él, unidas por sus brazos, en una actitud cordial e íntima. Era increíble como aquella mujer se había ganado a su sobrina en solo un par de veces que se habían visto. ¿Qué era eso que tenía que atraía a todo el mundo hacia ella irremediablemente? La pregunta se respondió por sí sola al escucharla reír. De repente, quiso ser él quien le provocase aquella reacción. Se acercó a ellas antes de pensar más en ello, para no arrepentirse.

-Veo que el paseo os está sentando bien –les dijo.

-Tío –Melissa lo besó en la mejilla, tal y como había visto hacer a Amanda con su cuñado, y Joyce recordó las palabras de este cuando le advertía que sucedería– ¿Qué haces aquí? Creía que tenías trabajo.

-¿Acaso desconfía de mí, lord Castlemaine? –inquirió Amanda, suspicaz.

-He tenido una visita inesperada en casa –decidió contestar a su sobrina e ignorar a la duquesa a propósito– y hemos ido al club a tomar algo. El parque queda de camino a casa y os vi al pasar por delante.

-Debe tener una vista excelente si nos distinguió en la distancia y desde el carruaje –le dijo Amanda, segura de que mentía.

-Mi vista es perfecta –respondió él sonriendo–, aunque ha sido fácil encontraros porque vuestra belleza deslumbra, excelencia.

-Tío –Melissa se sonrojó intensamente.

Amanda no era tan fácil de impresionar como su sobrina, pero Joyce disfrutó de su ceño fruncido casi tanto como si se hubiese sonrojado. Puede que incluso más, pues suponía un desafío que estaba deseando aceptar.

-En todo caso –contraatacó Amanda–, ya que está aquí, puede llevarse a Melissa con usted y ahorrarme un viaje.

-¿Ya se llevó Roger el caballo a las cuadras? –le preguntó a Melissa, solo para molestar a la duquesa no respondiendo a sus demandas.

-Hace unos minutos –asintió ella.

-Perfecto.

-Entonces yo ya me voy –dijo Amanda.

-No he dicho que vaya a llevarme a mi sobrina conmigo –Joyce la miró ahora, son una sonrisa divertida en su rostro.

-En ese caso –Amanda no entró en su juego del modo en que él habría esperado, pero no debería sorprenderle porque ella era imprevisible–, tal vez decida invitarla a almorzar conmigo y con mi cuñado.

Melissa los observaba con una expresión de incredulidad en su, todavía, sonrojado rostro. Amanda era la única que se atrevía a contradecir a su tío y solo por eso ya la habría admirado, pero a medida que se iban conociendo, descubría más aspectos de ella que le gustaban. La duquesa representaba todo lo que siempre había querido ser. Ahora que se habían hecho amigas, tenía la esperanza de que le ayudase a lograrlo. Y era, en realidad, la única amiga que tenía. No quería perderla por la impetuosidad de su tío.

-Si me incluye en la invitación –le respondió, sorprendiéndolas a ambas–, tal vez no me importe demasiado.

-Vaya, eso sí que es nuevo –Amanda no parecía creérselo y era comprensible. Tampoco él lo habría creído. Al menos no antes de su conversación con Jason.

-Siguiendo el consejo de una mujer sabia, su cuñado ha venido a verme esta mañana. Después de hablar con él, he descubierto que tiene algo que ofrecerme que me interesa mucho –al ver el sonrojo de Amanda, se replanteó su anterior afirmación, pues verla en aquel estado rivalizaba, y mucho, con provocarla hasta hacerla enfadar. Y aunque pensaba aclarar que se trataba solo de negocios, prefirió no hacerlo después de su reacción, pues le resultaba más divertido así.

-Me alegro de que Jason haya seguido mi consejo por fin –dijo, ya recompuesta–. Y estoy segura de que los negocios que le ha propuesto serán de lo más satisfactorios para usted si se decide a invertir. Yo no habría pensado en usted como socio, pero creo que su elección es de lo más acertada, teniendo en cuenta sus propios intereses en algo que usted posee.

Le había devuelto la pulla y con contundencia. Joyce contuvo la sonrisa cuanto pudo para no quedar en evidencia y que creyese que se estaba ganando su admiración. Y aunque le gustaban sus desafíos verbales, al mirar hacia Melissa, la vio demasiado cohibida y preocupada por su conversación, así que

la tomó de la mano para tranquilizarla. Era demasiado joven para entender lo que estaba pasando realmente entre ellos.

-Será mejor regresar a Manor House, Mel –le dijo–. En vista de que no tenemos ningún otro compromiso.

En esta ocasión, Amanda decidió no tomar el relevo y se sintió decepcionado. Le hubiese gustado que ella los invitase a comer aunque tuviese que soportar la presencia del nuevo y decidido Jason.

-Nos vemos en el recital, querida –Amanda besó la mejilla de su sobrina sin mirarlo en ningún momento–. Si decides acudir.

Y a Joyce no le pasó desapercibido que la había tuteado.

Había muchas debutantes en el recital. Era lo esperado, desde luego, pero aún así Amanda se sorprendió. Recordaba que esas reuniones nunca habían sido muy bien acogidas. Se trataba de mostrar las habilidades, o falta de ellas, de las jóvenes que se estrenaban esa temporada o que todavía no habían conseguido esposo en las anteriores.

-Al parecer esto ha cambiado mucho –murmuró al ver llegar a más jóvenes.

-Ahora estos recitales son la última moda –le sonrió Jason–. Incluso podrías participar.

-¿Yo? –bufó con poca elegancia–. No estoy buscando esposo y aunque lo hiciese, mis dotes para la música o el canto no serían aspectos que tendría en cuenta para impresionarlo.

-Cierto –la besó en la mejilla mientras la arrastraba hasta las sillas dispuestas en primera fila–. Además, si participases, las demás quedarían ensombrecidas con tu talento natural.

-Zalamero –lo empujó con el hombro una vez sentados– ¡Qué sabrás tú de mi talento natural!

-Tocas el piano como el ángel que... –no terminó la frase al ver la advertencia en la mirada de su cuñada –. Recuerdo que te pasabas tardes enteras practicando.

-Tu hermano disfrutaba escuchándome –la pena empañó sus palabras, pero se las arregló para sonreír–. Hace tanto que no lo hago, que dudo que recuerde cómo se hace.

-Estoy seguro de que nos deslumbrarías a todos –la besó en la mejilla, sin

importarle que alguien pudiese verlo— si decidieses volver a tocar.

-Tonterías —sus mejillas se colorearon ligeramente.

-Buenas tardes —los saludó una sonriente Melissa, acompañada por un huraño Joyce.

Jason se levantó de un salto y la saludó besando su mano, antes de cederle el asiento junto a Amanda. Miró Joyce al sentarse a su lado, creyendo que le diría algo, pero este se limitó a hacer lo propio en la silla contigua a la de su cuñada.

-Parece enfadado, lord Castlemaine —le susurró Amanda— ¿Le aburren los recitales?

-Un puñado de jóvenes que creen tener talento y que intentan impresionar a unos hombres que acuden por la bebida gratis no es ciertamente mi pasatiempo favorito —masculló.

-Yo podría cuidar de Melissa si prefiere marcharse —le sugirió—. Prometo no dejar que mi cuñado se acerque demasiado a ella.

-Tentador —la miró fijamente—, pero prefiero quedarme. Tal vez encuentre algo con lo que entretenerme.

-Suerte con eso —fingió no entender su insinuación y él sonrió.

Entonces se giró hacia Melissa y comenzó a hablar con ella, solo para que el duque no descubriese cuánto disfrutaba con aquel juego. Y aunque en ciertas ocasiones su presencia le provocaba intensas reacciones, prefería ignorarlas y ceñirse a su amistad.

Poco a poco, las muchachas, algunas con más pena que gloria, fueron desfilando ante ellos. Melissa parecía ansiosa al ver que todas las debutantes de aquel año estaban participando. Se retorció las manos con nerviosismo y Amanda se las tomó entre las suyas y le sonrió cuando ella la miró.

-No es obligatorio —le susurró, malinterpretando sus gestos.

-Pero yo querría hacerlo —se sonrojó intensamente.

-¿Acaso tu tío no te lo permite?

-No se lo he preguntado —dijo mientras lo miraba con disimulo—. De todas formas, él no es el problema.

-¿Y cuál es?

-No sé tocar ningún instrumento, solo cantar –la miró con pena en sus dulces ojos–. Necesitaría que alguien tocara para mí. No soy buena cantando sin acompañamiento.

-Eso podemos arreglarlo –le sonrió–. Habrá un receso en breve y hablaremos con las debutantes para que una de ellas toque para ti.

-No lo sé, Mandy –sus ojos brillaban por las lágrimas retenidas–. El año pasado apenas hablé conmigo.

-Eso fue el año pasado, Melissa –le apretó las manos–. Ahora estás conmigo. Yo me encargo de todo.

Sabía que Joyce había estado pendiente de su conversación y sin embargo, no estaba segura de que hubiese escuchado algo. Cuando sintió que se acercaba a ella, contuvo el aliento, pero hizo lo mismo para poder hablar con él en susurros. No querían interrumpir las actuaciones.

-¿Algún problema, Amanda? –lo miró con censura al escucharlo pronunciar su nombre en un lugar público; aunque le gustase el modo en que sonaba en sus labios.

-Nada que no pueda solucionar en breve –se acercó más a él–. Y conténgase, lord Castlemaine. Estamos en público.

-Nadie nos oye, Amanda –recalcó su nombre.

-Ese no era el trato –entrecerró los ojos.

-¿Cuál es el problema? –el repentino cambio de tema tampoco le gustó, pero no quería llamar la atención más de lo necesario y decidió dejarlo pasar.

-Ninguno.

-Amanda –la increpó.

-Joyce –le respondió esgrimiendo la sonrisa más encantadora que fue capaz de conseguir.

Por suerte, habían anunciado el descanso y se levantó tomando a Melissa del brazo para llevársela lejos del duque y su mirada acusatoria. Se acercó a un grupo de mujeres que estaban a un lado del enorme salón, entre las que se encontraban algunas de las jóvenes que había invitado a su tarde de té en Primrose.

-Buenas tardes –las saludó a todas en general, obteniendo tan solo miradas

curiosas—. Melissa querría cantar, pero necesita a alguien que toque para ella. Tal vez alguna de ustedes podría hacernos ese favor.

Se había incluido en la petición porque sabía cuán interesadas podían ser las madres de las debutantes. Ella era duquesa y su influencia podría ser beneficiosa para sus hijas, así que jugó esa baza con ellas, pero cuando comenzaron a poner excusas para no ayudarlas, su enfado fue en aumento en la medida en que la vergüenza de Melissa se hacía más evidente.

-Los favores se pagan con favores, señoras –les dijo justo antes de regresar a su sitio, mientras escuchaba las exclamaciones de sorpresa de todas ellas. Sabía que la habían entendido.

-No pareces muy feliz ahora mismo, cuñada –bromeó Jason con ella, ignorante de la ira que bullía en su interior– ¿No es lo que esperabas?

-Te juro que si no tuviese más educación que ellas, ya estarían todas despellejadas vivas –refunfuñó, intentando que solo él la escuchase, pero supo que había fracasado cuando Joyce alzó una ceja y la miró con curiosidad.

-¿Qué ha pasado?

-Esas engreídas e hipócritas no saben que... –se detuvo.

No quería que Joyce descubriese el desplante que había sufrido su sobrina porque él no iba a tener el menor inconveniente en descargar su ira contra aquellas mujeres y, por más que la idea le sedujese, prefería que Melissa no se viese involucrada en un escándalo de tamañas dimensiones.

-Melissa –la miró, una vez tomada su decisión–. Ven conmigo. Vamos a apuntarte al recital.

Sin dejarles protestar, ni a Melissa por no tener quien tocara para ella, ni a Joyce para que no cantase, arrastró a la joven tras ella hasta la mesa de inscripciones. Melissa cantaría, aunque tuviese que ser ella quien tocara el piano. Si no podía decirles lo que pensaba por sus malos modales, les daría donde más les dolía. En el orgullo por sus hijas.

-Mandy –susurró Melissa mientras ella escribía sus nombres en la lista–, no puedo cantar sin música.

-Tendrás música, cariño –le dijo sonriendo–. Yo me encargo de eso. Solo dime que canción quieres que toque.

Por si había albergado dudas sobre volver a tocar el piano tras años sin

practicar, su genuina sonrisa acabó de convencerla. Si tenía que elegir un motivo para hacerlo, la felicidad de aquella muchacha era el mejor de todos.

-Tenme paciencia –le dijo minutos antes de que fuese su turno–. Hace años que abandoné la práctica.

-Lo harás bien –le sonrió ella, entusiasmada con la idea.

Por un momento, al ver el piano frente a ella, su mente vagó hasta los cientos de atardeceres que había compartido con su difunto esposo, mientras él la escuchaba tocar y ella se sentía la mujer más feliz del mundo. Deslizó los dedos por las teclas, sin llegar a presionarlas en ningún momento, con veneración. Tras la muerte de John, había optado por olvidar aquella costumbre porque los recuerdos le resultaban demasiado dolorosos, pero debía admitir que lo había echado de menos.

En cuanto Melissa le dio la señal, comenzó a tocar la canción y, a pesar de los años que habían pasado desde la última vez, sus movimientos fueron igual de fluidos e impecables que siempre. Por un momento, solo la música se escuchó en el salón, como si todos hubiesen contenido la respiración para escuchar. Cuando Melissa comenzó a cantar, los murmullos rompieron el silencio. Podía entrever la admiración por su voz en los susurros y sonrió por su victoria frente a todas aquellas madres competitivas que se habían negado a ayudarla.

Durante toda la actuación, miró a Melissa, que tenía las mejillas sonrojadas pero una gran sonrisa en sus labios. También ella la miraba, como si estuviesen allí las dos solas, disfrutando de una bonita tarde de amigas. Y mientras escuchaba su hermosa voz, supo que no le importaría pasar muchas otras tardes con ella de aquel modo. Podría llegar a acostumbrarse a ello fácilmente. Al terminar, una ovación se elevó por todo el salón y ambas se abrazaron.

-Gracias, Mandy –le susurró al oído Melissa.

-Gracias a ti, cariño. Ha sido estupendo volver a tocar.

Regresaron a su asientos y notó la penetrante mirada de Joyce sobre ella, incluso antes de verlo a él. Parecía furioso.

-Esa ha sido una jugada traicionera, mi duquesa –le susurró al oído mientras escuchaban al resto de debutantes–. Yo jamás lo habría permitido. No me gusta exponer a mi sobrina como si se tratase de un pedazo de carne por el que pujar.

-No es eso lo que hemos hecho, excelencia –lo miró ofuscada–. Melissa deseaba cantar y yo me limité a tocar para ella.

-No me gusta que la merodeen los hombres que acuden a estos eventos.

-Pues permítame decirle que por culpa de su celo, su sobrina no tiene amigas ni nadie que desee acercarse para conocerla –no pretendía hablarle de aquello, pero no pudo dejar de hacerlo al ver cuán ciego estaba sobre la situación en que se encontraba Melissa–. Ninguna de las debutantes quiso acompañarla en su actuación. La está aislando del mundo, excelencia. No permitiré que la convierta en otro ser amargado y solitario como usted.

-Yo no estoy amargado ni solo –comenzó él a refutar.

-Lo está –lo interrumpió–. Y le juro que no hará lo mismo con su encantadora sobrina, así tenga que robársela. Melissa necesita disfrutar de su juventud. Y debe equivocarse y aprender de ello. Su deber no es coartar su libertad, sino vigilar que no sobrepase los límites de la decencia. Déjela vivir, por el amor de Dios.

-Solo quiero protegerla –le respondió completamente tenso.

-Ya lo sé –suavizó el tono, al comprender que se había excedido en su afán por defenderla–, pero si algo me ha enseñado esta vida, es que no se puede proteger a nadie ni en todo momento ni de todo lo que le sucede. Mejor enséñele a Melissa a valerse por sí misma y así podrá defenderse sin depender de nadie. Esa es la mejor protección que le puede brindar a su sobrina.

-Yo...

El final del recital interrumpió su conversación y aunque Joyce parecía querer decir mucho más, Amanda se sentía conforme. Le había dado en qué pensar. No podía evitar sentir frustración cada vez que veía el vacío que le hacían a Melissa por culpa de la huraña actitud de su tío, que tanto la había aislado de todos. Le recordaba tanto a lo que había vivido en su debut. Solo que ella había tenido a John a su lado y su propio ingenio para que no le afectase. Había sabido hacerse respetar después de unas primeras semanas bastante difíciles.

Melissa, en cambio, era demasiado dulce e inocente para lidiar con los infames sentimientos que despertaba su posición como sobrina del duque de Castlemaine, en las demás debutantes. Y, sobre todo, en sus madres. Y aunque

era la reputación de Joyce la que la protegía del ostracismo social, era también la causante de que la trataran con tan poco tacto.

-¿Nos veremos esta noche? –la pregunta de Melissa la sacó de sus pensamientos.

-Así lo espero –le sonrió, justo antes de abrazarla. Sin embargo, por primera vez, sus compromisos los mantuvieron alejados.

-¿A dónde vas tan temprano? –Amanda estaba desayunando cuando Jason se acercó a ella para despedirse con un beso.

-El duque ha accedido a tener una reunión conmigo por lo del proyecto marítimo –sonrió–. No he querido dejar pasar mucho tiempo antes del encuentro por si se arrepentía.

-No se arrepentirá, es un hombre listo –rió ella, consciente de que el duque había sabido ver los beneficios que les reportaría aquel negocio.

-Deséame suerte. Tal vez con esto consiga que el duque confíe en mí lo suficiente para dejarme cortejar a Mel.

-No necesitas suerte para convencerlo de que invierta –lo besó en la mejilla–. En cuanto a Melissa, me temo que ni la suerte será suficiente.

-Me halaga tu fe en mí, cuñada, pero no me siento tan seguro como lo estás tú. Tal vez deberías venir tú también –le sugirió, ignorando sus palabras sobre Melissa a propósito.

-Tonterías. Lo harás estupendamente.

-En realidad –dudó y Amanda frunció el ceño pensando en que no le iba a gustar lo que estaba a punto de decir–, en su nota insinuaba que esperaba verte a ti también en la oficina.

-¿Y por qué habría de esperar tal cosa?

-¿Por qué yo le insinué a él primero que estarías? –le contestó con otra pregunta y una mirada culpable.

-Jason. Se suponía que debías ganarte su confianza tú solo –le reprendió con

cariño. No estaba enfadada, aunque debería. En el fondo y muy a su pesar, estaba deseando ir. Después de dos días sin verlo, sentía que le faltaba algo. Era probable que solo se debiese a que era el único desafío que tenía ahora en su vida y a que echaba de menos sus guerras verbales. No podía pensar en otra razón porque eso implicaría sentimientos con los que no estaba dispuesta a lidiar todavía.

-¿Vendrás?

-Por supuesto –se levantó para ir a buscar su abrigo–, pero me mantendré al margen todo cuanto me sea posible. No quiero que te haga a un lado y, conociendo al duque, es más que capaz de intentarlo. Has de demostrarle, sin lugar a dudas, que eres con quien tiene que hablar, así que imponte.

-Lo haré. Lo prometo –le ayudó a colocarse el abrigo.

Llegaron al despacho que tenían en el distrito financiero, donde Anthony ya los estaba esperando, minutos antes de que Joyce fuese anunciado. Amanda permaneció en silencio durante toda la mañana después de saludar cordialmente a Joyce. Había sentido el latir frenético de su corazón en cuanto lo vio llegar y necesitó de varios minutos para serenarlo. Si Jason y Melissa no estuviesen en medio, se habría alejado de él desde ese mismo instante. No quería que le afectase de ese modo, no cuando su presencia siempre le recordaba la promesa que todavía tenía por cumplir.

Dejó que Jason y Anthony llevasen el peso de la conversación y llegó incluso a desentenderse de todo, permitiendo a su mente vagar hacia otros temas que la preocupaban. Como era el aceptar o no la invitación de los condes de Arrington al fin de semana que planeaban organizar en su casona, en el corazón de Escocia. Regresar a la tierra de su madre le apetecía mucho. Incluso podría acercarse a la casa donde había pasado tantos veranos con sus padres. El lugar donde había conocido a John y donde se había enamorado de él. Los recuerdos podían llegar a ser muy dolorosos, pero en el fondo sabía que había llegado el momento de enfrentarlos. Aunque no se sintiese preparada del todo para cumplir la promesa que le había hecho a su esposo, sabía que el primer paso era reconciliarse con su pasado. Volver a tocar el piano le había enseñado que quizá estaba preparada para algo más contundente.

-¿Mandy? –la voz de Jason la sobresaltó.

-¿Qué? –contuvo el sonrojo a duras penas.

-Te preguntaba si estás de acuerdo.

-Me temo que hoy no estoy centrada, Jason –admitió, jugando con los guantes en su regazo para no tener que mirar a nadie a los ojos–. Ni siquiera os estaba escuchando.

-¿Es así cómo llevas tus negocios, Amanda?

La familiaridad que usó con ella delante de los demás la enfadó, pero siendo sinceros, no había incumplido su acuerdo, ya que Jason y Anthony eran íntimos. La mirada de su cuñado le dijo que tendría mucho que explicarle en cuanto se quedasen solos. Anthony, en cambio, simplemente sonreía, algo que a Amanda le preocupaba más. Tendría que hablar también con él, aunque solo fuese para aclararle el asunto.

-El proyecto es de Jason –se encogió de hombros–. Solo estoy aquí por petición suya. Si tienes dudas, deberás hablar con él.

-¿No vas a participar? –alzó una ceja.

-Por supuesto que sí –sonrió–, pero confío plenamente en él. Y en su capacidad para llevarlo a cabo sin mi ayuda o mi nombre de respaldo.

-Y pretendes que yo haga lo mismo.

-Para nada. Tú eres quien debe decidir si invertir es la decisión acertada. Si mi cuñado ha sabido explicarte los beneficios del negocio tal y como lo hizo conmigo, sé que lo harás, pero eso es algo que, como ya he dicho, tendrás que hablar con él.

-Tengo varias preguntas más que hacer antes de decidirme. Tal vez deberíamos alargar la reunión yendo a comer todos juntos –el cambio de tema no pasó desapercibido a nadie. Aunque fue Amanda la única que supo qué Joyce le estaba recordando así la invitación que había esperado de ella en el parque y que le había sido negada.

-Siempre que incluyas a tu sobrina, no tengo problema –añadió recordándole, a su vez, sus propias palabras.

-Entonces iré a por ella –se levantó y miró a Jason– ¿El Briston en una hora?

-Allí nos vemos –intentó no sonreír demasiado para que Joyce no cambiase de opinión, consciente de que aquel era un gran paso en su relación. Le apetecía mucho comer con Melissa.

-Yo no podré –se excusó Anthony.

-No te preocupes, Tony –Amanda le sonrió con cariño–. Jason te mantendrá informado de todo. Ve con Linda y el niño.

Anthony sonrió agradecido. Se conocían demasiado bien como para que Amanda no supiese que, desde que había nacido su hijo, no le gustaba pasar mucho tiempo lejos de ellos. Tampoco a él le pasó inadvertido que lo había tuteado, algo que hacía en muy contadas ocasiones, y estaba seguro de que tenía que ver con el duque de Castlemaine. La mirada de Amanda le aseguró que hablarían de aquello en otro momento, pero él sabía que intentaría desmentir lo que fuese que estaba ocurriendo entre ellos. Sin embargo, él estaba encantado con la idea. Era hora de que la duquesa de Sheffield hiciese honor a la promesa hecha a su esposo en su lecho de muerte. Y Anthony no habría pensado en nadie más adecuado que el duque, dada su total disparidad con John.

Amanda y Jason ya esperaban en una de las mesas cuando llegó al restaurante con Melissa. Su sobrina estaba entusiasmada con la idea de almorzar todos juntos y él lamentó haber sido quien propició la situación en cuanto vio la esperanza brillando en sus ojos. Sobre todo porque no sirvió de nada intentar aclararle las circunstancias de aquella pequeña reunión. Se creía enamorada del marqués y nada podía hacer ya para disuadirla, salvo quizá, permitirle conocer a otros hombres. Así tal vez se olvidase de él. Aunque iniciar negocios juntos no ayudaría en demasía. Ni la atracción que su cuñada causaba en él desde que se habían ido conociendo mejor.

Después de dos días sin verla, no le bastaba con una mañana en la que apenas habían podido hablar y por eso propuso aquella comida. Necesitaba pasar más tiempo con ella sin tener que guardar las formas delante de todos y usó la excusa de querer aclarar algunas dudas sobre el proyecto para lograrlo. Dudas que en realidad no tenía, pues sorprendentemente para él, no así para su cuñada al parecer, Jason había resultado tener un gran olfato para los negocios. Incluso con unos cuantos datos imprecisos, había hecho que la idea se le antojase apetecible. Tanto que no solo invertiría, sino que se encargaría de ser el único socio que tuviesen. Una oportunidad como aquella no se presentaba con frecuencia y no permitiría que nadie más se lucrara con ella. No por egoísmo, sino porque conocía bien a los posibles inversores que se presentarían y solo serían una carga. Parásitos que únicamente se aprovecharían de su nombre. Era una apuesta arriesgada, pero merecería la pena si lograban su objetivo.

-Melissa, cielo –Amanda se levantó para besarla en la mejilla, como siempre hacía, y Joyce sintió el absurdo deseo de que lo recibiese también a él de aquel modo.

-Amanda –su sobrina le sonrió, pero su mirada la traicionaba en todo momento. Solo parecía tener ojos para Jason.

Este se levantó también para besar la mano de Melissa, antes de ofrecerle la silla junto a él. Su sobrina se sentó agradecida y evidentemente nerviosa. Sabía lo que estaba pensando y lo que pensaban todos los que se encontraban en aquel comedor. No pretendía permitir que Jason cortejase a su sobrina, pero eso era precisamente lo que parecía. Se arrepintió una vez más de haber sugerido la comida, pero un simple vistazo a Amanda le hizo olvidarse de eso. Ya lidiaría con las consecuencias de aquel almuerzo después. Por ahora disfrutaría de la compañía y de provocar nuevamente a Amanda, algo casi tan placentero como estar con ella.

-Amanda –susurró en su oído mientras le ofrecía la silla y sonrió complacido al ver cómo lo miraba con irritación.

-Creía haberle dejado claro...

-Nadie lo ha oído –la interrumpió.

-Ese no es el punto, lord Castlemaine.

-Por supuesto que lo es.

-Entiendo –y lo hacía, claro que lo hacía–. Yo también sé jugar a esto, duque.

Había sonado a amenaza, pero eso solo lo hacía más divertido e interesante. Le gustaba la actitud desafiante de Amanda, pero si hubiese sabido lo que sucedería a continuación, tal vez habría dejado sus provocaciones para otro día. Tal vez la mirada de anticipación que le mostró debió alertarlo, pero tonto de él, no lo había captado hasta que fue demasiado tarde.

-Hace tiempo que no viajo a Escocia –le dijo a Melissa– ¿Sabías que soy medio escocesa?

-No tenía ni idea –dijo encantada la joven–. Siempre he querido conocer Escocia.

-Pues tendrías la ocasión de hacerlo si tu tío acepta la invitación de los condes de Arrington –dijo, despreocupadamente o eso le hizo creer–. Estoy segura de que le ha llegado la carta estos días, al igual que a nosotros.

Joyce se tensó. No había tenido intención de hablarle a Melissa de aquella invitación, seguro que de insistiría en ir y, para él, estar encerrado en una casa durante todo un fin de semana, en pleno corazón de Escocia, con un montón de jóvenes en busca del mejor esposo, no resultaba una idea atractiva en absoluto. Se maldijo por no haberla rechazado en su momento y fulminó con la mirada a Amanda, que elevó las cejas recordándole que lo había avisado.

-¿Podemos ir, tío? –la esperanza en su voz lo desarmó.

-No lo he decidido aún –mintió, pues no tenía intención alguna de ir–. Tengo mucho trabajo, Melissa.

-Por favor.

-Yo podría hacer de carabina para su sobrina, si no puede ir –le sugirió Amanda, con una amplia sonrisa de triunfo. Iba a ganar el juego y ambos lo sabían, porque Melissa no cejaría en su empeño en ir a Escocia y Joyce sabía que no la dejaría ir sola, ni siquiera con la duquesa. Se maldijo una vez más.

-¿Y dejarla a merced de...? –no terminó la pregunta, pero no fue necesario.

El mensaje estaba claro: Joyce no quería que Jason estuviese cerca de su sobrina, mucho menos sin su supervisión. Debería negarse y zanjar el asunto, aunque su sobrina lo odiase por ello, pero saber que Amanda estaría allí, le hacía más apetecible la idea incluso con todos los inconvenientes que le acarrearía ir. Y por si sus dudas al respecto fuesen poca cosa, Amanda le dio el golpe de gracia con sus siguientes palabras.

-Podría llevarla a conocer el lugar donde me crié. No está lejos de la casa de los condes y hace tiempo que no voy.

Tenerla un día para él solo aunque ello implicase dejar a su sobrina a merced de Jason, sí, eso había querido decir antes, le parecía demasiado tentador. La miró un instante, sopesando las posibilidades, y suspiró cuando ella parpadeó varias veces con fingida inocencia. Lo estaba provocando, deliberadamente y él estaba cayendo en la trampa.

-Podría dejarme convencer –le dijo, no obstante–, tal vez esta noche, en casa de sir Purcell. Estoy seguro de que os envió una invitación para el baile.

-No lo he decidido aún –repitió sus mismas palabras.

-Iremos –intervino Jason, eufórico con la idea de ir a Escocia.

A pesar de que el duque había dejado claro, una vez más, que seguía sin

confiar en él para estar cerca de Melissa, le apetecía pasar un fin de semana en casa de los condes. Conocía la fama de sus estadias en las tierras altas y quería experimentarlo de primera mano, sobre todo porque era un honor ser invitados. Claro que saber que Melissa estaría allí, era suficiente para él. Y aunque Joyce todavía no había dicho que sí, tenía la esperanza de que su cuñada lograra convencerlo esa misma noche en el baile de sir Purcell.

Amanda lo miró con reproche y aunque no dijo nada, supo que le había molestado su intervención. Sabía que había hecho todo aquello por él y por Melissa, para conseguirles el fin de semana en Escocia, pero le pudo el ansia y habló. Solo esperaba que su cuñada no estuviese demasiado enfadada con él como para no ir al baile y darle así un escarmiento.

-Si tantas ganas tienes de ir –finalmente le sonrió–, iremos.

-¡Qué bien! –Melissa sonrió abiertamente, encantada–. Los dos últimos días han sido muy aburridos sin ti, Mandy.

Todos sabían que no había sido la ausencia de la duquesa lo que había disgustado a Melissa, pero la joven tuvo el tino de no decirlo en voz alta. Sin embargo, miró disimuladamente hacia Jason, gesto que no pasó tan desapercibido como creía.

-Decidido entonces –Jason asintió.

Después de aquello, la conversación se centró ya en el proyecto común en ciernes y mientras Joyce y Jason ultimaban detalles, Amanda intentó entretener a Melissa, aunque ambas estaban más pendientes de los hombres que de su propia conversación.

Al despedirse, Joyce tomó la mano de Amanda y se acercó más de lo necesario a ella, casi rozando su costado, para besársela. Aprovechó el movimiento para susurrarle al oído.

-Seré difícil de convencer, Amanda.

-Puedo ser muy enérgica, lord Castlemaine –dijo ella, con una serena sonrisa en los labios que no delataba el modo en que su corazón latía con su proximidad.

Joyce rió, captando la mirada de todos, pues no era frecuente verlo hacer algo así. En realidad, había vuelto a reír al conocer a Amanda. Había sido la única capaz de lograr semejante hazaña en años y la idea lo perturbó por un momento. No entraba en sus planes caer rendido ante una mujer, ni siquiera

una como la duquesa, con su fuerte personalidad y su carácter indómito. Si alguien debía ser seducido, era ella, no él.

-Nos vemos esta noche, pues –le dijo después–. Ardo en deseos de ver cuán enérgica puede ser, lady Sheffield.

Esa noche, los nervios de Amanda amenazaban con catapultarla a un estado muy similar a la histeria. Hacía años que no sentía aquel descontrol interno y no le gustaba la sensación. Sabía que había iniciado un juego con el duque que ahora se le antojaba imposible de continuar sin exponerse a sí misma. Por más que se repitiese que hacía todo aquello por la relación entre Jason y Melissa, su corazón estaba comenzando a sentir cierto anhelo que su cabeza se negaba a admitir.

Como en aquel preciso momento, en que su mirada lo buscaba entre el gentío mientras se decía que a quien quería de localizar era a Melissa. Cuán ridícula podía llegar a ser la mente humana, tratando de hacerse valer sobre el corazón, aún a sabiendas de que perdería la batalla.

-¿Cómo piensas convencer a Joyce? –Jason parecía tan ansioso como ella. Quizá más.

-No tengo ni idea –lo miró y le sonrió, intentando eliminar así la tensión del momento–. Algo se me ocurrirá. No te preocupes.

La llegada del duque de Norfolk interrumpió su conversación, algo que Amanda agradeció, porque le preocupaba no hallar los motivos necesarios para convencer a Joyce de que aceptase la invitación de los condes. O puede que los correctos.

-Buenas noches, lady Amanda –se inclinó hacia ella para besar su mano–. Marqués.

Jason respondió con gesto idéntico a su movimiento de cabeza, pero sus miradas nunca llegaron a coincidir. La de Roger no se separó de Amanda y la

de su cuñado continuaba oteando entre los invitados en busca de la única persona que despertaba su interés. Cuando el duque se fue, una idea comenzó a formarse en su mente. Un viejo truco que siempre había funcionado.

-Ahí están –exclamó Jason en cuanto localizó a Melissa–. Vamos a saludarlos, Mandy.

-Paciencia, Jay –lo frenó–. No te muestres tan ansioso o podría decidir no ir a Escocia solo por fastidiarte.

-Me cuesta, Mandy –suspiró–. Siento que cada día necesito más tiempo con ella y cada día parece que tengo menos.

-Ya te advertí que deberías estar dispuesto a esperar –le dijo–. Incluso a la próxima temporada.

-Lo sé –la miró resignado–, pero saber que ella me corresponde lo hace más difícil.

-Afrontaremos los retos uno a uno, Jason –le pidió–. Por ahora, debemos convencerlo de ir a Escocia o pasarás dos días más sin verla porque yo acepté la invitación nada más llegar. Quiero ver la casa de mis padres de nuevo y sé que podría ir en cualquier momento, pero ese fin de semana es la excusa perfecta para no demorarlo más.

-¿Ya has pensado en algo? –la miró esperanzado.

-Puede –todavía no estaba segura de querer usar los celos en su intento por convencer a Joyce, así que prefirió no darle detalles–. Tú procura bailar con más debutantes. Supongo que no lo engañarás, pero al menos no estará tan a la defensiva.

-Dudo que mis preferencias en el baile le importen.

-Sí, si en ellas se incluye a Melissa –le rodeó el brazo–. Solo un baile, Jay.

-Está bien.

-Y que no sea el vals.

-Mandy –protestó.

-Solo por esta vez, Jay. Por el bien del plan.

Sabía que claudicaría porque estaba tan enamorado de Melissa, que haría lo que fuese para poder desposarla algún día. Solo temía que llegase el día en que su paciencia se acabase y se les ocurriese cometer alguna locura, como

escaparse para casarse en secreto como hicieron los padres de Melissa. Aquel sería un golpe mortal para Joyce.

-Buenas noches – fue Joyce quien se acercó a ellos después de saludar a varias personas por el camino. Aunque mirada no se había apartado de la de Amanda en ningún momento.

No entendía cómo le afectaba tanto, cuando Roger había hecho lo mismo minutos antes y no había sentido nada. Aunque trató de fingir lo contrario, se estremeció bajo su atenta mirada y el roce de sus labios en su mano, incluso por encima del guante.

-Buenas noches, lord Castlemaine –inclinó la cabeza hacia él, después de retirar su mano con premura y centrar su atención en Melissa, una apuesta segura–. Melissa, querida. Qué gusto verte de nuevo.

Jason saludó en primer lugar al duque, consciente de lo que le había dicho Amanda instantes antes, pero cuando besó la mano de Melissa, el brillo en sus ojos lo delató. Ni el saludo formal e irreprochable que le dispensó pudo ocultarlo.

Amanda sabía que se moría de ganas por anotarse en su cartilla y alabó su control al no hacerlo, incluso viendo la decepción en el rostro de Melissa. Se acercó a ella para evitar el desastre y se la llevó hacia la pista para permitir que otros solicitasen su baile a la joven debutante. Ni siquiera comprobó si los hombres las seguían, segura de que lo harían.

-Debes disimular un poco mejor, Melissa –le susurró–. O harás que tu tío vuelva a las viejas costumbres.

-¿No podré bailar con Jason esta noche?

-Por supuesto que podrás, pero te solicitará un baile más tarde. Resérvale uno.

-Esto es tan injusto.

-La vida no siempre es justa, querida –le dijo–. Pero si juegas bien tus cartas, verás que puedes conseguir prácticamente todo lo que te propongas. Es cuestión de paciencia.

No tardaron en encontrarse rodeadas de jóvenes que quería un baile con Melissa y esta fingió sentirse halagada y permitió que varios de ellos se anotasen en su cartilla. Amanda asintió hacia ella con disimulo, conforme con su actuación, pues podía sentir la mirada de Joyce fija en ella. Aún así, trataría

de ignorarlo por el momento, solo para seguir con su improvisado plan.

Y para no sucumbir a la tentación de mirar hacia él, observó a su cuñado mientras hablaba con varias muchachas y se anotaba en sus cartillas. Había procurado no repetir con ninguna en dos bailes seguidos para no crear falsas expectativas a sus madres, pero tampoco había tantas jóvenes donde elegir ese año.

Cuando anotó su nombre en la cartilla de Samantha, la madre de esta aprovechó para interceptarlo y hablar con él. Amanda estaba segura de que intentaba asegurarse de que acudiría al fin de semana en Escocia porque aunque ella había confirmado su asistencia días antes, no había especificado si Jason iría con ella. Sabía que su cuñado no la acompañaría si al final Melissa se quedaba en Londres, por más que le apeteciese volver a ver Escocia.

-Tal vez debería ir a rescatar a su cuñado antes de que Lady Appleby obtenga un compromiso de su hija con él –contuvo la respiración al escuchar la voz de Joyce en su oído.

-Jason puede defenderse solo, excelencia –mantuvo su vista fija en Jason, que parecía buscar el mejor modo de desentenderse de la condesa sin ofenderla–. Y no es un compromiso lo que ella busca, sino la confirmación de que irá conmigo a Escocia el fin de semana. No he querido hablar por él, sobre todo ahora que está tan inmerso en el nuevo proyecto.

-En ese caso –se situó a su lado, obligándola así a mirarlo–, tal vez quiera convencerme a mí de lo mismo que la buena señora está intentando con él.

-Tal vez deba decirle a la buena señora que está usted indeciso –alzó una ceja divertida–. Estoy segura de que ella podrá darle muchas más razones para aceptar.

-Permíteme dudarle, Amanda.

-¿De verdad quiere empezar con eso de nuevo? –rió, sin poder evitarlo–  
¿Debo recordarle cómo terminó la última vez que lo hizo?

-Tal vez quiera que me ponga en un nuevo aprieto –a pesar de regresar a las formalidades, rozó deliberadamente sus brazos para provocarla.

Antes de que pudiese replicar, Joyce tomó su cartilla y se anotó en ella. Debería haberlo reprendido por no pedir permiso antes de hacerlo, pero su mandíbula apretada al ver quién más había escrito su nombre fue suficiente. No sabía si le había molestado saber que Roger bailarían con ella o que se

hubiese reservado el vals. Tampoco es que importase demasiado, pues cualquiera de las dos razones le servía a sus propósitos.

Ninguno de los dos dijo nada. Joyce se limitó a espantar con la mirada a los hombres que rondaban a su sobrina, una vez más, y Amanda prefirió dejar pasar el tema por el momento. Cuando Joyce fue a por bebidas para ambos, Jason aprovechó para acercarse a Melissa y Amanda fue abordada por varios hombres que le solicitaron un baile. Aunque no le apeteciese, se dijo que debía aceptar para que no empezasen a hablar de que, una vez más, solo Roger y Joyce la hubiesen abordado. Ya era suficiente con que su relación con el poco sociable duque de Castlemaine estuviese en boca de todos.

-Mandy –Jason se acercó a ella para anotarse tal y como había hecho la otra vez–, veo que has decidido empezar a buscar tu propia felicidad.

-No es lo que crees –frunció los labios en un mohín que hizo sonreír a su cuñado–. Guardo las apariencias, nada más.

-Pues deberías tomártelo más en serio –la tomó de las manos–. Ya es hora de que dejes de estar sola. Te mereces ser feliz.

-No empecemos, Jay.

El baile dio comienzo y se separaron, para alivio de Amanda. No podía pensar en ello en aquel momento, no cuando necesitaba de toda su concentración para tratar de convencer al duque de que Jason era el hombre perfecto para su sobrina.

-Le he traído champán, lady Amanda –Joyce regresó a su lado inesperadamente, sobresaltándola– ¿Me tiene miedo?

-No le tengo miedo –lo miró con enfado–, pero debería intentar no abordar a la gente por la espalda.

-¿Cuándo tiene pensado convencerme de que vaya a Escocia? –su cambio de tema solo empeoró la situación, sobre todo por la sonrisa ladeada que le dedicó.

-Antes de que acabe la noche, lord Castlemaine –lo desafió–, estará más que dispuesto a ir. Y no necesitaré hacer gran cosa para lograrlo.

-Estoy deseando ver eso.

-Lo verá.

En ese momento Roger pasó junto a ellos y Amanda sonrió con anticipación.

Tal vez, con suerte, no necesitase ni llegar al final de la noche para que el duque aceptase ir a Escocia.

-Lord Roger –lo saludó, deteniendo su avance–. Se marchó usted tan rápido antes, que no tuve ocasión de preguntarle por su madre. Ayer en el recital oí decir que estaba indispuesta.

-No ha sido grave –se acercó a ella, encantado con su atención y le sonrió–. De hecho, hoy ya está con mi hermana en la velada que han organizado los marqueses de Rochester.

-Me alegra saber eso –le devolvió la sonrisa, consciente de que Joyce los estaba observando–. Entonces podrá acompañar a Rebecca a la casa de los condes de Arrington. Tengo entendido que su madre y la condesa son grandes amigas.

-Desde hace años, sí. Mi madre jamás ha faltado a la cita. Es un lugar un poco rústico, pero tiene su encanto. ¿Usted irá?

-Bueno, yo soy medio escocesa y me gusta lo rústico –eludió su pregunta para no darle pistas a Joyce.

-Cierto –parecía avergonzado–. Lo había olvidado. Lamento si la he ofendido con mi comentario, lady Amanda.

-No se preocupe. Entiendo que la gente de ciudad no encuentre el atractivo del campo, salvo quizá para pasar unos pocos días desconectando del ajetreo diario. No es para todos los gustos, desde luego. Yo hace años que no visito Escocia y debo admitir que lo echo de menos.

-¿Eso quiere decir que aceptará la invitación de lady Appleby? –la esperanza en la voz de Roger fue más que evidente–. Mi familia, como le he dicho antes, acudirá y me encantaría poder mostrarle los alrededores de la finca. Estoy seguro de que lo disfrutará. Incluso un hombre de ciudad como yo, sabe apreciar un lugar como ese.

-Dicho así, como negarme a ir –le dejaría creer que había sido él quien la convenció aunque no fuese cierto.

-Fabuloso –se inclinó ante ella y besó su mano como despedida, alegando que debía cumplir con las otras damas a las que había solicitado un baile–. Regresaré a por usted para nuestro vals.

-Aquí estaré.

Amanda esperaba que Joyce iniciase una conversación con ella nada más quedar solos, pero su silencio era persistente. Y después de varios minutos en que ninguno dijo nada, empezó a pensar que su plan no había sido tan eficaz como pensaba. Tal vez se había equivocado al suponer que respondería después de todas las advertencias que le había dado durante su tarde de té sobre el duque.

-Nuestro baile, Amanda.

El susurro de Joyce en su oído la hizo estremecerse y el roce de su fuerte mano en su codo le provocó flojera en las piernas. Si no hubiese mantenido aquel agarre sobre ella, se habría caído de bruces. ¿Por qué tenía que afectarle de semejante modo?

-Has logrado tu propósito, Amanda –le dijo mientras bailaban, en un tono tenso–. Iré a Escocia.

-No he hecho...

-Con la condición –la interrumpió– de que te mantengas lejos de Norfolk. No es sensato alimentar sus esperanzas.

-No he alimentado nada –se defendió.

-Lo has hecho y eso es peligroso –la miró fijamente.

-El duque no es peligroso.

-Precisamente porque lo no ves, lo es todavía más.

Amanda estaba dispuesta a refutar cualquier argumentación de Joyce, pero él no se lo permitió. Se limitó a llevarla con él fuera del salón, sin darle tiempo a protestar. Cosa que habría hecho de manera vehemente, en caso de que alguien los hubiese visto alejarse juntos. Por más que pudiese tomarse ciertas licencias al ser viuda, aquello no estaba bien de ninguna de las maneras.

-¿Se puede saber a qué viene esto? –lo enfrentó en cuanto las miradas indiscretas de los invitados no estuvieron sobre ellos.

-No puedo discutir contigo delante de toda esa jauría ávida de escándalos.

-No tengo nada que discutir contigo –se cruzó de brazos–. Mi vida es mía y hago lo que quiero con ella.

-No cuando la pones en riesgo.

-Sé cuidarme sola, Joyce.

-Permíteme que lo dude.

Descruzó los brazos, apretando los puños a sus costados, y bufó con frustración. Ya se había dado la vuelta dispuesta a regresar al salón, cuando Joyce la sujetó por un brazo y la atrajo hacia él con un movimiento brusco, hasta que sus cuerpos chocaron, lo que la dejó sin resuello, no por el golpe, sino por estar tan cerca de él.

-Norfolk no es mejor que Huntington –le dijo, recorriendo su rostro con la mirada y deteniéndose en sus labios–. Tal vez más comedido, pero busca el mismo fin. No creas que te propondrá matrimonio después de tenerte en su cama.

-Puede que yo no quiera que me proponga matrimonio –mojó los labios inconscientemente–. Ya tuve un esposo y sufrí mucho al perderlo.

-Ni como amante deberías tenerlo en consideración, Amanda.

Aquel tono profundo y ronco provocó un creciente hormigueo en su espina dorsal, desde la parte baja de la espalda, donde la mano de Joyce estaba apoyada para retenerla en su lugar, hasta la base del cuello. Sabía que debía separarse de él, pero su cuerpo no respondía.

-Eso no es asunto tuyo, Joyce –endureció su gesto, tanto como el momento se lo permitió–. Como ya te he dicho, es mi vida. Y es mi decisión.

-Intento protegerte, Amanda –su mano presionó con firmeza su espalda, pegando más sus cuerpos.

-No te he pedido que lo hagas. Puedo...

Los gritos en el salón interrumpieron la intimidad del momento y ambos dirigieron la vista hacia el interior, antes de separarse. Sin pedirle permiso, Joyce la tomó de la mano y la arrastró con él hacia la casa. En cuanto traspasaron las puertas de cristal, se encontraron con un grupo de personas rodeando a otros dos que peleaban. Las exclamaciones de sorpresa se elevaban en el salón, en tanto la gente se arremolinaba en torno a los dos combatientes y descubrían quienes eran. Joyce atravesó la muralla de cuerpos a base de empujones, seguido de Amanda a la que todavía sujetaba por la mano.

-¡Dios mío! –exclamó ella al ver a Jason golpear con fuerza a otro hombre, al que reconoció al instante. Había sido uno de los supuestos amigos de su cuñado hasta hacía poco.

Joyce intervino separándolos sin esfuerzo. Bastó su implacable mirada para que ambos hombres dejaran de luchar. El labio de Jason estaba partido y sangraba y el otro hombre tenía un ojo hinchado que comenzaba a oscurecerse. Joyce paseó su mirada por los dos antes de hablar.

-¿Qué diablos está sucediendo aquí?

Amanda se acercó a Melissa, que había estado presenciando el espectáculo con el rostro lleno de lágrimas y las mejillas teñidas de un intenso rojo. La rodeó con sus brazos para consolarla, pues parecía necesitarlo, mientras miraba hacia su cuñado. Con aquel simple gesto, se entendieron. Sabía lo que había pasado antes incluso, de que Jason hablase.

-El señor Benjamin –dijo con dureza en la voz mientras limpiaba la sangre de su rostro con su impoluto pañuelo blanco– intentó propasarse con la señorita Evans durante su baile. Yo solo me limité a defenderla.

Robert retrocedió hasta chocar con los mudos espectadores en cuanto la atención de Joyce recayó sobre él. Nunca antes en su vida había estado tan asustado, ni ante su padre, que podía ser realmente duro con él. Joyce se le acercó con movimientos felinos, como un depredador que acecha a su víctima, mientras le lanzaba una mirada amenazante. Todo el mundo sabía que era peligroso enfadar al duque.

-Espero por su bien que eso no sea cierto, señor Benjamin –su tono bajo y aparentemente calmado no engañaba a nadie.

-Solo bailábamos, excelencia –rompió el contacto visual, como el animal que se rinde ante el alfa de su manada.

-Dudo que el marqués se hubiese sentido en la obligación de defender el honor de mi sobrina si solo bailasen. Y me consta que el marqués es un hombre lo suficientemente sensato como para no actuar sin provocación previa –por primera vez y en público, había alabado a Jason, lo que provocó más murmullos entre los presentes.

-Lamento si mis gestos se han malinterpretado –se inclinó ante él–. No pretendía ofender a su sobrina.

-Cobarde mentiroso –oyeron murmurar, no tan bajo, a Jason, que se había acercado a Melissa y a Amanda.

-Será mejor que se disculpe con mi sobrina –continuó Joyce–. Y que, de ahora en adelante, procure no acercarse más a ella. Por su propio bien.

-Lamento mucho si la ofendí, señorita Evans –inclinó la cabeza hacia Melissa y luego huyó, chocando con todos a su paso en sus ansias por desaparecer.

-Vámonos.

Joyce tomó a Melissa de un brazo con más delicadeza de la que todos esperaban dado su estado de ánimo y salió con ella de la casa. Nadie notó la mirada que le lanzó a Amanda, salvo ella.

-¿Estás bien, cielo? –Amanda abrazó a Melissa.

Los había seguido segundos después, tras la petición silenciosa de Joyce.

-Sí –miró de soslayo a Jason.

-Afortunadamente estaba cerca y vi lo que se proponía Robert –intervino él–. El muy cerdo intentaba llevársela del salón. Para mi propia vergüenza, lo conozco bien y sé perfectamente cuáles eran sus intenciones.

Los carruajes llegaron casi al mismo tiempo. Joyce ayudó a su sobrina a subir al carruaje, después de que se despidiese de Amanda con un beso en la mejilla y un nuevo abrazo. Se había mantenido en silencio desde que salieron fuera, simplemente escuchando lo que Jason había dicho.

Ya se disponía a subir tras su sobrina, cuando pareció dudar. Se giró hacia ellos finalmente y besó la mano de Amanda a modo de despedida. Después miró a Jason por un largo tiempo. El joven se mantuvo estoico, esperando un reproche de su parte, pues Robert había sido amigo suyo, pero lo que recibió lo dejó atónito.

-No olvidaré esto, Jason –le dijo, tendiéndole la mano.

Después de estrechársela, subió al carruaje y ordenó al cochero que los llevase a casa.

-¿Qué ha querido decir con eso, Mandy? –preguntó dubitativo.

-Creo que ahora tienes más posibilidades, Jay –sonrió ella.

-¿De qué? –la miró sorprendido.

-De obtener la mano de Melissa. ¿Qué sino? –lo abrazó, antes de subir en su propio carruaje.

El último lugar al que deseaba ir era precisamente al que se estaban dirigiendo. Melissa estaba entusiasmada con la idea de pasar un fin de semana en Escocia, pero él hubiese preferido permanecer en un agujero lleno de barro aquellos tres días antes que acudir a la casa de los condes de Arrington.

Sin embargo, saber que Amanda iría y que estaría a merced de Roger Masham lo había impulsado a aceptar la invitación. En cada ocasión en que se habían visto, después del percance con Robert, le había recordado cuán peligroso era para ella alentar al duque. Y aunque ella le había exigido que le diese motivos reales por los que alejarse, no había podido hacerlo. Conocía la reputación del duque con las mujeres y a ella se había remitido, pero cuando Amanda le refutaba que la gente podía cambiar, Joyce se quedaba sin argumentos porque Jason era la mayor prueba de ello.

Sin embargo, él sabía que Roger no lo haría nunca, así que si para evitar que se acercase a ella, debía soportar un tedioso fin de semana acosado por las madres de las debutantes, así sería. Trataría de esquivarlas e ignorarlas, cuando no fuese posible lo primero, como venía haciendo cada temporada, y se centraría en Amanda.

Pasar tres días enteros a su lado era algo que sí le apetecía, pues cuanto más conocía de ella, más le atraía. Había pensado en muchas ocasiones que, tal vez, si mostraba cierto interés en ella, las demás mujeres lo dejaran tranquilo, pero aquel era un arma de doble filo y no estaba seguro de querer usarlo. Aunque tal vez, ver cómo la duquesa le recriminaba por mantener un comportamiento demasiado íntimo ante todos, sería divertido. Sobre todo porque aquello le aclararía a Roger que Amanda no estaba disponible.

-¿Acaso estás sonriendo, tío? ¿Ya no te molesta el viaje?

-Puede que haya encontrado cierto... entretenimiento que me alegre el fin de semana.

-Espero que no tenga nada que ver con Amanda –la advertencia de Melissa captó su atención–. Es mi amiga. La única que tengo. No quiero que la incomodes y decida dejar de hablarme.

-Créeme, Melissa –sonrió de nuevo–. Amanda no es una mujer que se deje acobardar. Estoy seguro de que seguirá siendo tu amiga haga lo que haga yo.

-Tío –lo miró con ojos aguados–. Ella es la única persona con la que puedo hablar libremente, la única que me entiende. No lo estropees, por favor.

-Sabes que puedes hablar conmigo –frunció el ceño.

-Algunas cosas es mejor contárselas a otra mujer –se ruborizó y Joyce entendió lo que había insinuado.

Se sintió incómodo al entender que su sobrina había necesitado de una mujer a su lado y él no lo había notado siquiera. Porque, aunque había tenido alguna que otra amante desde su llegada, ninguna había querido confraternizar con Melissa más allá de un mero saludo y unas palabras cordiales. Realmente Amanda había sido la primera en acercarse a ella y la única en interesarse por ella y en establecer una amistad sincera.

-Amanda es una mujer muy inteligente y juiciosa, Melissa. Si te considera su amiga, no dejará que nadie le diga lo contrario o le impida continuar con esa amistad. No se alejará de ti porque yo la incomode. Además, no es más que un juego que tenemos –le tomó la mano–. Yo también la considero mi amiga y no haría nada que la perjudicase.

-Está bien, tío. Te creo –le sonrió, más tranquila, apoyando la espalda nuevamente en el respaldo del banco.

Joyce la observó por un momento y vio lo que hasta ahora se había negado a asumir. Melissa ya no era la niña que se había traído a casa después de la muerte de sus padres. Había crecido sin que él lo percibiese, o simplemente porque no quería verlo, y ahora tenía anhelos de mujer e inquietudes que él no lograría comprender tan bien como lo haría otra mujer. Y por primera vez, se sintió agradecido de que Amanda hubiese decidido ser su amiga, aunque el motivo principal hubiese sido su cuñado. A quien, por más que le pesase, no guardaba tanta inquina como al principio.

No solo porque le había sorprendido gratamente en cuanto a su faceta de empresario, tan serio y responsable en su trabajo, sino porque había defendido el honor de su sobrina mientras que él había estado a punto de deshonorar a su cuñada en aquel balcón. Si no hubiesen sido interrumpidos, nadie habría podido impedir que la besase en aquel mismo instante, sin importarle si podían verlos o no, tal había sido su deseo por ella. Puede que tuviese algo que ver con que alentase a Roger hacia una relación que no debería siquiera intentar tener con él o puede que le molestase que no pensase en sí mismo en primer lugar para mantener esa relación, incluso a pesar de que siempre había tenido amantes y no tenía intención de que cambiase en mucho tiempo. O simplemente porque Amanda era una mujer atractiva e interesante; con su cabello llameante que no trataba de disimular aunque nadie lo viese con buenos ojos; con las dos brillantes esferas color verde intenso con las que podría llegar a hipnotizarte si permanecías demasiado tiempo mirándolas; con su carácter indómito y un poco altanero en ocasiones; con su forma directa de enfrentar a todo el mundo, sin importarle lo que opinasen de ella.

En realidad el motivo era lo de menos y puede que su idea de prestarle más atención durante aquel fin de semana no fuese más que una excusa para pasar más tiempo con ella, ya que las madres atrapa-maridos nunca le habían llegado a molestar en demasía. Si quería deshacerse de ellas, solo tenía que mostrar su lado antisocial y solían acabar alejándose de él por su propia iniciativa.

-Bienvenidos –los saludó la anfitriona, con una amplia sonrisa de anticipación en su rostro.

La condesa era conocida por su empeño en unir tantas parejas como le fuese posible durante su estancia en Escocia. Este año, su interés era mayor debido a que tenía una hija debutante, así que Joyce estaba seguro de que buscaría el mejor partido para ella. Fingió no sentirse estudiado por ella y la obsequió con una parca reverencia y un rápido besamanos.

Jason y Amanda decidieron hacer acto de presencia a tiempo de escuchar lo que lady Appleby tenía que decirles a los cuatro. Algo, que a Joyce no le sorprendió, pues cada año era lo mismo, con distintas víctimas.

-Hemos tenido tantas confirmaciones este año que estamos un tanto escasos de habitaciones para los invitados –se lamentó–. Me temo que tendremos que

acomodar a algunos de ellos en el ala familiar.

-Pero eso sería del todo inapropiado, lady Appleby –intervino Amanda–. Daría pie a falsos rumores. No puede permitirlo.

Joyce la observó y supo que tampoco ella estaba sorprendida por lo que les había dicho la condesa porque, aunque se había mantenido al margen de todo aquel circo durante años, parecía conocer todos sus entresijos como si nunca se hubiese ido. Se mantuvo en silencio, esperando a ver cómo se excusaba para no acabar en el ala familiar de la casa porque algo le decía que Jason era uno de los objetivos de lady Appleby.

-Ahora no puedo hacer nada para remediarlo –fingió sentirse compungida, un papel que no sabía interpretar nada bien–. He pensado que tal vez, como es usted viuda, no le importaría ser una de las que se alojasen con la familia y...

-No se torture con eso, mi señora –la interrumpió–. Como sin duda recordará, poseo una propiedad cerca de aquí. Es el lugar donde me crié y hace años que no lo visito así que tal vez este... pequeño inconveniente suyo, sea una señal del destino. Jason y yo nos alojaremos allí, será la mejor solución para todos.

-Me da pena que se vean obligados a trasladarse de un lado a otro todo el tiempo, excelencia. Y seguramente la casa no esté preparada para alojarlos ahora...

-Estoy segura de que los señores Collins harán lo imposible para que nuestra estancia sea agradable. Son una familia de lo más eficiente –la interrumpió de nuevo.

-En ese caso –Joyce dejó de sonreír en cuanto la mirada de la condesa se posó en él–, usted y la joven Melissa son los únicos que faltan por acomodar, duque. Y ha de ser en el ala familiar.

-No creo que sea adecuado, condesa –se excusó Joyce– ¿No se da cuenta de lo incorrecto que sería que me encontrase con su hija a solas por los pasillos? ¿O que mi sobrina fuese abordada por uno de sus hijos?

-Nadie abordará a nadie, excelencia, se lo aseguro. Mis hijos están bien educados y no harán nada indecoroso que ponga a su sobrina en una situación comprometida –sonrió triunfante, a sabiendas de que él no tenía una casa a donde huir–. Me temo que tendrán que alojarse con nosotros.

-Alguien podría pensar que solo trata de atrapar al duque para su preciosa hija, condesa –intervino Amanda de nuevo–. Y diría que su insistencia la

delata. Pero debo decir que si permite que eso suceda, la estará perjudicando más de lo que cree.

Joyce no sabía si sentirse divertido por aquella pelea verbal u ofendido por lo que acababa de insinuar Amanda. La miró con el ceño fruncido, pero ella lo ignoró mientras seguían hablando.

-El duque sería un buen pretendiente –lo defendió la condesa–, en caso de que estuviese interesado en mi Sammy. Pero no hay intenciones ocultas en mi ofrecimiento. Solo quiero hacer de su estancia un momento agradable y, para ello, he de procurarles un cuarto donde descansar por las noches, excelencia.

-Eso es cierto, pero su ofrecimiento es un tanto reprochable. El escándalo, si se supiese, podría arruinar las posibilidades de su hija y de la sobrina del duque. ¿Es consciente de ello?

-No habría ningún escándalo.

-Creo tener la solución –Amanda ignoró sus palabras y continuó hablando–. En Westhill tenemos sitio de sobra para el duque y su sobrina. Creo que sería más correcto que se alojasen allí, con Jason y conmigo.

-¿No será usted la que desea emparejar a la señorita Evans con su cuñado? –no fue capaz de disimular por más tiempo la rabia que aquella discusión le provocaba.

-Yo tengo vacío un ala entero de invitados, mientras usted debe compartir sus dependencias personales con ellos. Si lo piensa bien, mi sugerencia es más apropiada que la suya.

-Aceptaremos gustosos su invitación, duquesa –las interrumpió Joyce, al que aquella idea le parecía infinitamente mejor que la de alojarse con los condes–. Se trata solo de dormir, condesa. El resto del día lo pasaremos aquí. No hay nada de indecoroso en eso y nos ahorraremos posibles malos entendidos.

Lady Appleby no pudo poner más objeciones y tuvo que enviar a un lacayo para informar a los señores Collins que la duquesa acudiría a su casa con invitados esa misma noche. Amanda había logrado trastocar sus planes y no trataba de ocultar lo disgustada que estaba con ella por eso.

-Buena jugada –le susurró Joyce una vez llegaron al gran jardín donde los demás invitados ya se entretenían.

-La condesa es famosa por tener dotes de casamentera poco... ortodoxos.

Temía por la seguridad de su sobrina –lo miró–. La tengo en alta estima.

-Eso me ha dolido, Amanda –le susurró de nuevo–. Creía que también me tenías en alta estima a mí.

-Usted, lord Castlemaine, es de lo más recalcitrante –entrecerró los ojos–. Conténgase o empezarán a pensar que somos algo más que amigos. Le juro que si escucho algún rumor sobre eso, mi invitación será retirada de inmediato.

-Lo intentaré, mi señora –se inclinó hacia ella, pero demasiado cerca, en una nueva provocación–, pero no prometo nada. Es como un imán para mí, lady Sheffield.

Ver cómo lo fulminaba con la mirada fue de lo más satisfactorio para él. El fin de semana, ahora que tendría a Amanda para él solo por las noches, prometía ser interesante. Su humor había mejorado mucho desde la llegada de Amanda, al menos, hasta la inoportuna aparición del duque de Norfolk.

-Lady Amanda –le besó la mano, ignorándolo completamente– ¡Qué gusto me da verla!

-Lord Roger –Amanda lo saludó con una ligera inclinación de cabeza y una sonrisa que disgustó a Joyce más de lo que quería admitir–. Veo que ha sido más madrugador que nosotros.

-Mi madre siempre está ansiosa por llegar con tiempo. Este año mi hermana también ha estado insistiendo, así que nos vinimos un día antes.

-Dos contra uno. Imposible luchar contra eso –sonrió.

Joyce sabía que se sentía incómoda con su mirada fija en ella y que trataba de ignorarlo y centrarse en Roger, pero no parecía conseguirlo del todo. Ni siquiera cuando disfrutaba tanto de la compañía del duque, pues en los últimos días habían coincidido en más ocasiones y Joyce había descubierto, con rabia, que ella seguía mostrando interés real en él a pesar de sus advertencias.

-Cierto –le devolvió la sonrisa–. Espero verla durante la comida. Ahora he de contentar a mi impaciente hermana. Quiere llevar su equipaje cuanto antes a sus aposentos. Este año se alojará cerca de Samantha, en el ala familiar. Al igual que mi madre y yo mismo.

-Nosotros hemos optado por quedarnos en la casa que heredé de mis padres. No queríamos ser una molestia para la condesa, que se veía tan preocupada para poder alojar a todo el mundo. Además, me apetece visitarla.

-Lamento oír eso. Es decir –se corrigió al instante–, me parece maravilloso que quiera regresar a la casa que la vio crecer, pero siento mucho que no esté aquí todo el tiempo.

-Pasaremos el día aquí –le restó importancia–. No va a suponer una gran diferencia.

-Las noches son para dormir, Norfolk –intervino Joyce, cansado de aquella ridícula conversación. Roger buscaba, claramente, una confirmación de que Amanda compartiría la tarde con él, pero no estaba dispuesto a permitirlo, así tuviese que llevársela lejos de aquella casa con la primera excusa que se le ocurriese–. Y hablando de eso, tal vez deberíamos ir esta tarde a la casa a instalarnos, ¿no cree, milady?

-¿Acaso está insinuando que usted también irá, Castlemaine? –sintió una inmensa satisfacción cuando el rostro del duque se contrajo de rabia, gesto que no pasó desapercibido a Amanda–. Dígame que no es más que una broma, lady Amanda. Una de muy mal gusto, por cierto. Un despropósito total y absoluto.

-En vista de que no hay cuartos suficientes aquí –Amanda se veía tensa ahora, pero Joyce no estaba seguro de que fuese por su ansia de hacerle saber a Roger que compartirían casa o por la respuesta incrédula del mismo, casi pretendiendo decirle que no debía aceptar aquello–, he ofrecido mi hospitalidad al duque de Castlemaine por la amistad que me une a su sobrina.

-Pero no puede hacer eso. No debe hacerlo. ¿Se da cuenta de que eso dañará su reputación? –insistió, con reproche–. Y la de la joven, si me permite decirlo.

-No se lo permito –contraatacó ella–. Melissa estará a salvo en mi casa porque así lo digo yo y...

-Alguien podría lanzar falsos rumores sobre la razón por la que los cuatro pasarán las noches solos –la interrumpió–. Podría ser el fin de...

-Si está insinuando que pretendo aprovecharme de la situación –fue su turno para interrumpirlo–, no tenemos nada más que decirnos, duque. No permitiré que me insulte de este modo. Yo no soy lady Appleby.

-No era esa mi intención, Amanda. Solo pretendo...

-Basta –levantó una mano frente a él para detenerlo–. Ya le he dicho en más de una ocasión que no me gustan las libertades que pretende tomarse conmigo, lord Masham. O se comporta o tendré que pedirle que deje de hablarme.

-Al parecer no ha aprendido nada sobre Amanda estos últimos días, Norfolk – le susurró Joyce con una socarrona sonrisa en los labios, en cuanto Amanda se alejó–. Acaba de perder todos los puntos que haya podido ganar con ella hasta el momento. Creo que debería empezar a pensar en dejarla tranquila de ahora en adelante porque esto irá tan solo a peor para usted.

-No crea que no veo sus intenciones, Castlemaine. Disfraza de amistad el mismo deseo que yo le muestro sin tapujos. Cuando Amanda lo descubra, será usted quien pierda la contienda. Y yo la ganaré a ella sin tener que hacer nada.

-Amanda no es un trofeo –se acercó amenazante a él–, así que no pretenda ganársela porque no funciona así. Pienso estar con ella a cada minuto de cada hora de cada día que estemos aquí. Y me aseguraré de que sepa qué clase de hombre es usted, si osa acercarse a ella de nuevo.

-Tal vez yo deba hablarle de sus innumerables conquistas. No es usted ningún santo, duque.

-No pretendo serlo. Amanda conoce mi pasado y lo acepta sin reservas, pero el vuestro... –guardó silencio unos segundos para que Roger pensase en lo que le estaba diciendo–. Si yo hablase, Amanda se escandalizaría. ¿O cree que le gustaría saber lo que hace con las prostitutas a las que paga regularmente para que satisfagan sus más oscuros deseos? Tiene mucho que perder y poco que ganar aquí, duque. Aléjese de ella.

No había pretendido amenazarlo, sino conseguir que Amanda lo descartase por voluntad propia, pero una vez que empezaron a salir las palabras, no había podido detenerlas. Pensar en que pudiese poner siquiera una mano sobre Amanda, aunque fuese solo para acariciarla, lo enfermaba.

-Esto no se quedará así, Castlemaine.

-Yo espero que sí –lo miró a los ojos de nuevo–. Por su bien.

Se alejó de él, en busca de Amanda, y no tardó en encontrarla. Parecía haber ido desarrollando esa habilidad a lo largo de las innumerables veladas que habían compartido desde su primer encuentro, precisamente, en casa del duque de Norfolk. Jason y Melissa estaban con ella. Su sobrina parecía absorta con todo el esplendor que los rodeaba, pero Jason y Amanda hablaban con sus cabezas unidas y ambos parecían preocupados.

-Hemos pensado –le informó Jason nada más alcanzarlos– que sería mejor pasar lo que resta de día en Westhill. Nos iremos en cuanto termine la comida,

con la excusa de instalarnos.

-Me parece bien –no quería sonar ansioso por marcharse, pero no pudo contener sus siguientes palabras–. Aunque, tal vez sea mejor idea irnos ya.

-¿Por qué tanta prisa? –preguntó Melissa, con curiosidad.

-Porque tu tío sabe lo ansiosa que estoy de ver la casa de mis padres –intervino Amanda, salvándolo de dar una respuesta que no tenía–. Hace años que no voy y ahora que estoy tan cerca, quiero ir cuanto antes. Si no os importa que la comida sea un poco improvisada, podríamos irnos ahora mismo.

Al parecer Amanda estaba tan ansiosa como él. Joyce la miró y ella se limitó a sonreír con muy poco entusiasmo. Desde luego, estaba afectada por algo y apostaría, sin perder, que Roger era el causante. Le dijo con la mirada que hablarían de ello y ella asintió, aunque apartó la suya con rapidez después. Y entonces fue consciente de que ya se entendían sin palabras. ¿Cuándo había sucedido eso? Y no es que le disgustase la idea, pero se sentía extraño ante el descubrimiento. Nunca había tenido una conexión igual con ninguna mujer. Ni con Sarah, su primera y más larga relación amorosa.

Miró de nuevo hacia Amanda, pero ella conversaba ahora con la condesa, para disculparlos, supuso. Por la cara de disgusto de la mujer, diría que había acertado también en eso.

-Debo pedirle un favor, Jason –aprovechó que su sobrina seguía admirando la decoración, para hablar con él.

-Usted dirá.

-Ayúdeme a mantener a Norfolk lejos de su cuñada.

Jamás se le hubiese ocurrido pedir ayuda a Jason para aquello, si no fuese por el modo en que el duque lo enfrentó. Sabía que empezaba a obsesionarse con Amanda y eso era muy peligroso. Y puede que también lo hubiese hecho porque, aunque todavía no estaba dispuesto a admitirlo, empezaba a apreciarlo. Tal vez conocer mejor al marqués después de las numerosas reuniones que habían mantenido por el proyecto común, estaba sirviendo para ver más allá de su pasado. No era un mal hombre y puede que, todavía no se sentía seguro de querer aceptarlo, tampoco fuese un mal partido para su sobrina.

-¿Acaso le ha hecho algo? –lo vio fruncir el ceño, preocupado.

-Está mostrando demasiado interés en ella –le dijo–. Y creo que ambos conocemos las preferencias del duque.

No necesitó decir nada más, pues Jason sabía perfectamente de qué le estaba hablando. El joven asintió, antes de mirar hacia su cuñada con preocupación. Joyce podía entenderlo. De todos los hombres en que se podía haber fijado Amanda, había elegido al peor de ellos.

-Es preciosa –Melissa parecía entusiasmada con la casa–. Y muy grande. ¿Podemos explorar los jardines después de comer? Me encantaría.

Amanda miró hacia el que había sido su hogar hasta los 14 años y sintió la nostalgia que siempre le embargaba cuando iba de visita. Era un caserío de dos plantas, con amplios jardines a su alrededor y un poblado bosque no muy lejos. En la parte de atrás había un pequeño estanque artificial, que su padre había mandado construir para su madre cuando esta aceptó ser su esposa. Y junto al estanque, estaba el enorme roble bajo el que había pasado tardes enteras leyendo o imaginando cómo sería su vida cuando se casase con John, después de conocerlo y de enamorarse de él. Suspiró, lamentando el haber dejado de ir.

-¿Por qué vivíais aquí? –preguntó Melissa curiosa–. Si tu padre era inglés, deberíais haberos ido a Londres, ¿no?

-Mi madre no quería abandonar la casa de sus padres. Bueno –le sonrió–, en realidad no quería abandonar Escocia. Amaba su tierra casi tanto como a mi padre. Pero mi padre la amaba a ella más que a nada, así que decidió quedarse aquí y viajar para llevar sus negocios en Londres. Yo también me habría quedado si no me hubiese enamorado de John.

Sus últimas palabras habían sido apenas un susurro, pero supo que la habían escuchado igualmente. Miró la casa de nuevo con añoranza. Desde la muerte de John había decidido no regresar por temor a que los recuerdos la abrumasen y ahora se sentía ridícula por haberse mantenido lejos. Casi se consideraba una intrusa en su propia casa y no le gustaba la sensación.

Los Collins los estaban esperando en la entrada para darles una calurosa

bienvenida. Sus hijos habían ido con ellos para tener la casa lista para su llegada. Amanda les agradeció efusivamente que hubiesen sido tan eficaces y les dedicó algo de su tiempo antes de que se fuesen. Eran como su segunda familia.

-Os he echado de menos –le dijo a Agatha mientras la abrazaba.

-Deberías haber venido antes, Mandy –la miró con cariño–. Te extrañamos mucho también.

-Y no somos tan jóvenes como antes –le dijo Angus, sonriendo–. Ya creíamos que nos moriríamos sin verte de nuevo.

-No digas tonterías, Angus –lo abrazó también a él–. Todavía te queda mucho por vivir.

A pesar de que sus padres siempre le habían reprendido por permitir que los sirvientes la trataran con aquella familiaridad, con los Collins jamás había podido ser de otra forma. Se habían convertido en su familia con el paso del tiempo, sus segundos padres. Y le constaba que para ellos era como la hija que nunca habían podido tener. Sus tres hijos le habían enseñado a trepar a los árboles, a nadar, a montar a caballo a horcajadas. Todo lo que se suponía que una dama de buena cuna no debía hacer.

Reconocieron a Jason con facilidad, a pesar de que solo había estado unas pocas veces allí, acompañando a Amanda y a John en sus vacaciones, y lo saludaron también con evidente cariño. El resto fue presentado antes de que dispusiesen una austera, pero rica comida para ellos en el comedor y los dejaran solos.

Mientras comían, hablaron de todo y de nada en particular, evitando tácitamente el motivo que les había llevado a irse tan pronto de la casa de los condes. Sobre todo Amanda, que sabía que Joyce seguía queriendo hablar en privado con ella sobre el tema, aunque ella no estuviese tan ansiosa por abordarlo.

No quería recordar su discusión con Roger ni la decepción que había sentido al oír sus acusaciones. Puede que no hubiese sido su intención decirlo de aquel modo, pero tal vez, en el fondo, si lo pensaba. Había tenido sus reticencias al inicio de su relación, sobre todo porque siempre parecía ansioso por tomarse ciertas libertades con ella que no le correspondían, pero con el paso del tiempo y al ir conociéndolo mejor, había llegado a apreciar su

compañía. Ver la censura en sus ojos y escuchar sus duros juicios sobre el hecho de que Joyce y Melissa se alojasen en su casa, le había resultado desconcertante y, por qué no, un tanto doloroso. Muy pocas veces se equivocaba con la gente y estaba orgullosa de ello, pero al parecer, con Roger había fallado por completo. Decepción, eso había sentido, pero probablemente más consigo misma que con él.

-Pareces preocupada todavía, Mandy –Jason había acudido a la pequeña biblioteca en cuanto terminó de desempaquetar sus cosas, sabiendo que la encontraría allí– ¿Sigues afectada por lo que pasó con el duque? ¿Qué sucedió exactamente?

Amanda se movió por la estancia, recorriendo con los dedos los lomos de los libros, que ocupaban gran parte de las estanterías, sin llegar a fijarse en ninguno en particular. Intentaba ganar tiempo antes de hablar, evaluando su estado de ánimo. ¿Estaba preocupada? Seguramente. Pero no por lo que había sucedido sino por lo que podía llegar a pasar después de aquello.

-No es nada, Jay. En realidad fue una tontería que no debería afectarme, pero no puedo quitármelo de la cabeza. Me ofendió que el duque insinuase lo que, seguramente esté en boca de todos ahora mismo –lo miró con recelo–. Tal vez invitarlos no haya sido tan buena idea como me pareció en aquel momento. No quiero que la reputación de Melissa sea cuestionada.

-Sabes que su reputación habría corrido más peligro de haberse quedado en casa de los condes de Arrington. Uno de sus hijos ha estado muy pendiente de Melissa. Demasiado, diría yo. No me gusta como la mira.

-Cualquier hombre que mire a Melissa te disgustará, Jay. Eso no es prueba suficiente para...

-Sé porqué lo que digo, Mandy –la interrumpió apretando los puños para contener su enfado–. Hay distintos tipos de miradas y distintos tipos de intereses. Desde luego que preferiría que no se fijasen en ella, pero puedo soportarlo mientras su interés no sea... insano. Prefiero que piensen que la hemos traído para que yo la seduzca, algo que todos sabemos que no sucederá, a que ese mequetrefe aparezca en su cuarto por la noche para...

No pudo terminar de hablar y Amanda le apretó una mano al comprender que aquello no eran celos como había pensado en un principio. Finalmente, se acercó más a él y lo rodeó con sus brazos. No sabía si era él quien necesitaba aquel consuelo o ella misma, pero se sentía bien así. Jason suspiró contra su

pelo y notó cómo, poco a poco, su cuerpo se iba relajando.

-Los retos uno a uno –le recordó–. Ahora deberíamos atender a nuestros invitados, pues me niego a regresar a Smithton hasta mañana. ¿Qué tal un paseo a caballo?

-Eso sería estupendo.

La tarde resultó tan agradable, que apenas notaron el paso del tiempo y cuando quisieron darse cuenta casi había anochecido y la cena los esperaba en el salón principal. Amanda despidió a los Collins hasta el día siguiente, asegurándoles que se ocuparía personalmente de recogerlo todo. Había sido un día demasiado ajetreado y merecían un descanso. A pesar de haber bromeado con Angus sobre su edad, los había encontrado muy mayores. Les obligó a marcharse a casa a pesar de sus protestas, pues el matrimonio vivía en una pequeña y acogedora casa no lejos de la finca y Amanda prefería que no tuviesen que caminar en la oscuridad.

-Eres muy amable con ellos –comentó Melissa durante la cena, asombrada por el trato que le dispensaba.

-Son como mi familia –le sonrió–. De hecho, pasaba más tiempo con ellos y sus hijos que con mis padres cuando era pequeña. Ellos viajaban mucho por negocios y me dejaban a su cuidado.

-¡Qué triste!

-¿Triste?

-Sí. Yo no habría soportado estar lejos de mis padres –ocultó su rostro, bajando la cabeza. Había tristeza en su voz.

-Eso es porque tus padres siempre estuvieron contigo, Melissa –tomó su mano por encima de la mesa para que la mirase–. Yo no conocí otro modo de vida. Desde muy pequeña, mis padres se ausentaban durante semanas enteras y yo me quedaba con los Collins, esperando su regreso.

-¿Y no te sentías sola? ¿Abandonada por tus padres?

-Nunca. El poco tiempo que estaban en casa, me lo dedicaban por entero, así que nunca dudé de su amor –le sonrió de nuevo apretando su mano–. No importa cuánto tiempo pasas con una persona, Melissa, sino la calidad del mismo. Además, el tiempo es muy relativo. Una hora puede parecer un suspiro cuando estás con alguien a quien aprecias y toda una eternidad si no soportas

la compañía.

Liberó su mano y fingió estirar el mantel de la mesa para que nadie viese el dolor en sus ojos antes de hablar de nuevo. Trató de dar un tono relajado a su voz, pero no sonó convincente del todo.

-Una prueba de ello fue mi relación con John. El año que tardé en conquistar el corazón de mi esposo me pareció eterno –miró a Melissa, evitando cualquier otro contacto visual, consciente del interés que sus palabras estaban despertando en Joyce—. Sin embargo, los cuatro años que duró nuestro matrimonio se me escaparon de entre los dedos. Fueron los años más felices de mi vida y aún sabiendo que acabaría así, no habría cambiado ni un solo minuto de nuestro tiempo juntos.

-Todavía eres joven, Mandy –intervino Jason, malinterpretando sus palabras—. Puedes encontrar la felicidad de nuevo.

-No me refería a eso, Jay. Sé que puedo volver a sentirme así si encuentro a la persona adecuada –le sonrió, intentando que se creyese que estaba convencida de sus propias palabras—. Solo estoy tratando de explicar que los sentimientos son mucho más importantes que el tiempo, pero tal vez no me expreso bien.

-Lo haces, cuñadita. Y recuerda que yo...

-No –lo interrumpió—. Sé lo que vas a decir y no quiero oírlo. Ya hemos hablado de eso innumerables veces. Estoy agradecida de tenerte de vuelta y es lo único que importa.

Antes de que aquella conversación demasiado privada llegase a más, Amanda se levantó. Los hombres la imitaron al momento, por inercia. Les sonrió, invitándolos a tomar asiento de nuevo.

-Solo voy a por el postre –explicó—. Estoy segura de que Agatha ha dejado una deliciosa tarta en algún lugar.

-Voy contigo –Melissa se levantó dispuesta a acompañarla. No sabía si había sido por la mención de la palabra tarta, pero tenía la sensación de que el motivo era otro.

En cuanto entraron en la cocina, la joven la encaró, aunque se veía tan indecisa, que creyó que acabaría por no decir nada, así que esperó pacientemente a que se decidiese. La vio retorcer la tela de su vestido con ambas manos con tal ímpetu, que las tomó entre las suyas por miedo a que se hiciese daño.

-Gracias –dijo finalmente.

-¿Por qué?

-Por alojarnos aquí con vosotros –se ruborizó–. Significa mucho para mí. Y que mi tío haya accedido a...

-No te hagas ilusiones, Mel –usó el apelativo cariñoso con que Jason la nombraba siempre–. Estoy segura de que no tiene que ver con que vea a Jason como un posible pretendiente para ti.

-Lo sé –suspiró–. Ojalá fuese eso, pero que haya aceptado venir es un logro. La temporada pasada ni siquiera me dejaba hablar con nadie.

-Has debido sentirte muy sola desde la muerte de tus padres –sentenció, abrazándola.

-Mi tío ha sido muy bueno conmigo –Melissa apoyo la cabeza en su hombro y se dejó arrullar–, pero acabó aislándome del resto del mundo. Sé que no lo hizo a propósito, que solo quiere protegerme...

-Pero te perjudica –terminó por ella, en vista de que ella no se atrevía a decirlo–. No tienes que preocuparte por eso ahora, no voy a permitir que lo haga de nuevo. Además, estoy segura de que acabará cediendo en cuanto conozca mejor a Jason.

-Pero no quiere conocerlo –se quejó.

-No tendrá más opción, ahora que seremos socios –le guiñó un ojo–. Antes de que se dé cuenta, Jay se lo habrá ganado.

-Ojalá tengas razón –suspiró–. Si no puedo casarme con Jason, no quiero a ningún otro, Mandy. Me quedaré soltera.

-No dejaremos que llegues a ese extremo –le sonrió–, pero tal vez deberías guardarlo para más adelante, por si tu tío no da su brazo a torcer. Sería un buen argumento con el que disuadirlo.

Melissa rió, aunque sus mejillas se colorearon intensamente. Amanda la abrazó de nuevo, incapaz de resistirse a no hacerlo. La joven despertaba su instinto de protección. Aunque no fuese su cuñado a quien ella amase, la habría ayudado igualmente porque se merecía ser feliz.

-Ahora vamos a por el postre –apretó sus manos un momento, antes de soltarla–. Vas a ver que las tartas de Agatha son las mejores del mundo.

Entraron en el salón sonriéndose la una a la otra, compartiendo aquella complicidad que la amistad creciente les brindaba. Los hombres se levantaron de nuevo y Jason se acercó para tomar entre sus manos la tarta y llevarla hasta la mesa.

-Ya creíamos que no regresaríais –bromeó con ellas—. Todavía recuerdo los dulces tan ricos que hace Agatha, Mandy. No creas que te dejaría quedarte con la tarta para vosotras solas.

-Siempre fuiste un impaciente, Jay –le sonrió, viéndolo repartir el postre sin ningún reparo. Pocos hombres harían aquello, al menos no, sin protestar.

Cada día, el orgullo que sentía por él crecía un poco. Puede que se hubiese perdido a sí mismo en el alcohol durante su duelo, haciéndole creer que no lo recuperaría nunca, pero Jason era un buen hombre y había sabido compensarla. Y compensarse a sí mismo y a su maltrecha reputación. En poco tiempo no solo había logrado limpiar su nombre, sino que sus posibilidades de ser considerado un buen partido como esposo habían crecido como la espuma. La mayoría de las familias con hijas casaderas estaban interesadas en él, así se lo indicaban las numerosas invitaciones que recibían a diario.

Aunque estaba locamente enamorado de Melissa, tenía el buen tino de no desestimar a las demás debutantes, no para tener alternativas si Joyce no accedía finalmente, sino para proteger a Melissa de las malas lenguas. Admiraba su determinación para esperar por ella cuanto hiciese falta. Se había convertido en un gran hombre. De repente, sintió el impulso de abrazarlo, pero se limitó a apretar su brazo hasta que él la miró y le sonrió. Una vez más, había entendido el mensaje sin necesidad de palabras.

-En cuanto a comida se trata, sí –le dijo, mirando, no obstante, a Melissa de reojo–, pero hay cosas por las que merece la pena esperar. Normalmente, las más importantes se hacen de rogar.

-Venga, todos a comer –dijo Amanda, tratando de evitar que el momento se volviese tenso después del mensaje tan claro que había enviado su cuñado.

Pasaban algunos minutos de medianoche y Amanda seguía sin poder dormir. Salió de su cuarto, incapaz de permanecer más tiempo allí, con cuidado de no hacer ruido para no despertar a nadie. Porque, aunque le había dicho a la condesa que contaba con un ala independiente para los invitados, en realidad no era así. En su casa, todas las habitaciones estaban en la planta de arriba. Sus padres no solían llevar gente a casa puesto que las reuniones sociales las realizaban siempre en Londres, donde su padre tenía sus negocios y por tanto sus amigos. Amigos que no apreciaban la vida en el campo.

-Esta casa en nuestro refugio –le decía siempre su madre– y no permitiré que nadie lo profane.

Al pasar por delante de la habitación de Melissa, se detuvo a escuchar un momento, antes de aventurarse a entrar, aunque sabía que Jason no cometería semejante estupidez. La observó, mientras dormía profundamente. Se le oprimió el corazón en el pecho al pensar en lo que podría haber sucedido si se hubiesen quedado en Smithton. Melissa era demasiado inocente para saber defenderse de las malas lenguas si el hijo de la condesa hubiese sido descubierto en su cuarto. Y por ese mismo motivo, sabía que debía hablar con Joyce sobre los posibles rumores que generaría su presencia allí. No quería perjudicar a Melissa solo por intentar salvarla de un escándalo mayor.

Bajó las escaleras, ignorando el fuerte latir de su corazón al pasar junto al dormitorio de Joyce. Había caminado con mayor sigilo hasta que lo sobrepasó, temerosa de que pudiese oírla. Lo último que necesitaba era encontrárselo en medio de la noche después de haber tenido que soportar sus miradas inquisidoras durante todo el día. Se sentía aliviada de haber

pospuesto su charla porque no estaba segura de querer hablar sobre Roger con él.

Se adentró en la biblioteca, arrebujada en la manta con que se había cubierto el camisón. Aquella era la estancia que más le gustaba de la casa y no le extrañó sentirse inmediatamente relajada nada más cerrar la puerta tras ella. Tantas noches se había escabullido de su cuarto para leer a la luz de una vela, temerosa de que la descubriesen y aún así no arrepintiéndose de hacerlo. En muchas otras ocasiones simplemente había ido para no echar en falta a sus padres, con los que pasaban largas horas en aquella estancia. Porque aunque le había dicho a Melissa que no se sentía sola, en ocasiones sí había sido así.

-Veo que hemos tenido la misma idea.

Amanda soltó un grito que acalló rápidamente colocando una mano en su boca. No esperaba encontrarse con nadie allí y su corazón se aceleró de nuevo, esta vez por el susto. Se giró hacia la voz, consciente de quien estaba oculto tras las sombras.

-¿Pretendes matarme acaso? –lo reprendió.

-Discúlpame –lo oyó reír por lo bajo—. Creí que sería prudente avisarte de que estaba aquí.

-No tiene gracia, Joyce –entrecerró los ojos para ajustar la vista a la oscuridad, pues todavía no podía verle el rostro—. Sal de las sombras.

-¿Acaso te asusta no verme bien? –di un paso hacia ella.

-Me gusta mirar a la cara cuando reprendo a alguien. Así sé si me está tomando en serio o debo ser más enérgica.

-Yo siempre te tomo en serio, Amanda –su voz se profundizó y fingió colocar bien la manta sobre sus hombros para no tener que mirarlo a los ojos. Ahora hubiese preferido que siguiese oculto.

-Lo sé –dijo, no obstante—. Lo he visto.

Se acercó a la mesa donde su padre ocupaba largas horas del día controlando sus negocios y pasó la mano por su superficie, rememorando aquellas tardes de lectura, juegos y risas. El poco tiempo que sus padres pasaban con ella habían sido intensos, seguramente, queriendo compensar sus frecuentes ausencias.

-Siento interrumpir tus pensamientos, Amanda, pero este es un buen momento

para esa conversación pendiente que tenemos.

-No hay mucho que decir sobre eso –se giró hacia él y se apoyó contra el escritorio–. Roger me ofendió y yo respondí.

-¿Por insinuar que serías mi amante?

-Soy viuda –vaciló al hablar, aquella palabra en labios de Joyce le había removido algo en las entrañas– y puedo hacer lo que quiera con mi vida. No es eso lo que me ofendió.

-¿Entonces?

-No lo pensé en su momento –ocultó la congoja apartando la mirada–, pero mi invitación podría tomarse como una clara intención de Jason de cortejar o... todavía peor, de seducir a tu sobrina. Me preocupa que su reputación quede manchada por estar aquí.

-Yo tomé la decisión, Amanda –dio un paso hacia ella–. En todo caso, su reputación quedaría mancillada por mi culpa.

-Eso es lo de menos –bufó–. Lo que no quiero es que suceda.

-No lo consentiré. Tengo el suficiente poder como para impedir que alguien quiera dañar a mi sobrina.

-Ni tu reputación ni todo el poder que puedas tener impedirán los rumores –se ocultó más bajo la manta cuando Joyce llegó hasta ella–. Podrían perjudicarla más de lo que crees.

-Supongo que Jason saldría beneficiado si los pretendientes de Melissa empezasen a escasear.

-Espero que no estés sugiriendo que...

-No –la interrumpió–. No me malinterpretes, Amanda. Ya sabes a qué me refiero. No eres una persona mezquina y, mal que me pese, Jason tampoco. Está resultando ser todo un caballero.

-¿Significa eso que lo tendrás en cuenta en un futuro? –odiaba que su voz sonase tan esperanzada.

-Si los rumores se inician después de este fin de semana –la miró a los ojos, atrapándola–. Tendré que permitirle cortejarla, me guste o no la idea. Es la forma más fácil de acallar las malas lenguas.

-No lo hagas si esos son tus únicos motivos, Joyce –se apartó de él–. Jason

ama a Melissa y, aunque no te guste oírlo, ella le corresponde. No permitiré que juegues con sus sentimientos solo para acallar unos rumores.

-¿Y qué pasa con tus sentimientos, Amanda? –se acercó a ella por la espalda–  
¿Cuándo empezarás a hacerte cargo de ellos?

-Mis sentimientos no son asunto tuyo.

No sabía exactamente cuándo habían cambiado los términos de su amistad y se había ido convirtiendo en algo más, pero en ese momento, necesitaba alejarse de Joyce para evitar que lo que sentía por él le hiciese cometer una locura. Tal vez aquel beso en el balcón había sido el detonante de todo, o puede que ya se estuviese fraguando mucho antes. O tal vez simplemente era él y el irresistible magnetismo que proyectaba cuando lo conocías mejor.

Había intentado olvidar el efecto que causaba en ella centrando su atención en Roger, pero después de la decepción que se había llevado esa misma mañana con el duque, su mente ya no tenía forma de luchar contra lo que su corazón parecía ansiar. Necesitaba espacio entre ellos y por eso se acercó a la ventana, fingiendo mirar a través del cristal aún cuando la noche era tan oscura que no se veía nada. Cuando lo sintió tras ella de nuevo, cerró los ojos para concentrarse en cualquier cosa menos en su presencia.

-Yo no estoy tan seguro de eso –le susurró al oído, provocando que se le erizase la piel allí donde su aliento la rozó.

-Sé lo que pretendes –susurró, dolida–. Y no serías mejor que Roger si lo intentas.

-Cualquiera sería mejor que él, intentase lo que intentase –la giró para enfrentar sus miradas–. No tienes ni idea de lo que te haría ese hombre si accedieses a meterte en su cama. Al menos yo te respetaría como mujer y velaría por tu bienestar.

La furia en su mirada por la acusación no mitigó el daño que le había provocado saber que también él la quería en su cama. Y solo allí. No debería haberle sorprendido, no obstante, habida cuenta de su fama con las mujeres. Y puede que tuviese razón en cuanto a Roger, desde luego, no pensaba tomarse a la ligera sus advertencias, pero eso no lo eximía a él. No había tanta diferencia entre ellos.

-Seamos francos, Joyce –lo encaró por ello–. Yo he amado a un único hombre en mi vida y le he pertenecido en cuerpo y alma solamente a él. No me gustan

las relaciones pasajeras y banales donde lo único que tienen en común las personas es una cama. Si alguna vez vuelvo a amar a otro hombre, me sentiré dichosa de entregarme por completo a ese amor. No busco un amante. El hombre que quiera mi cuerpo, habrá de conquistar primero mi corazón. Y para obtener mi corazón, ha de darme el suyo a cambio. Así que, si no estás dispuesto a eso, mejor dejémonos de estúpidos juegos de seducción porque no sucumbiré a ellos.

-Admito que ardo en deseos de tenerte en mi cama –la miró sin vacilación en su mirada–. Eres una mujer fascinante, Amanda. Única. Me gusta el fuego que veo arder en tus ojos y respeto el control que ejerces sobre él, pero lo que más deseo es poder hacerte caer en la tentación y desatarlo, porque sé que ambos lo disfrutaríamos. No te voy a ofrecer amor porque no creo en él; sin embargo, puedo darte mucho más que eso...

-¿Mucho más? –lo interrumpió– ¿Más de qué, Joyce? ¿Noches de pasión sin ataduras? ¿Regalos caros y cenas ostentosas para compensar la ausencia de amor? ¿Tardes de ópera en oscuros balcones donde poder tocarnos sin ser descubiertos? ¿Paseos por Hyde Park mientras la gente apuesta cuanto te durará tu nuevo capricho? No, Joyce, yo no soy así. Yo lo quiero todo o no quiero nada.

-Podría dártelo todo. Solo tienes que pedírmelo.

-No –lo detuvo de nuevo–. Porque lo único que yo quiero es lo único que no me darás nunca. Tú mismo acabas de decirlo. No crees en el amor y yo no podría vivir sin él.

-Amanda...

-Basta –lo frenó colocando la mano en su pecho–. De ahora en adelante, nuestro trato será en exclusiva por Melissa y Jason. Y espero que no intentes separarlos, Joyce. Por tu bien.

-¿Me estás amenazando?

-No soy yo la que debería preocuparte. Melissa está locamente enamorada de mi cuñado. Confío en él y sé que no cometerá ninguna locura que pueda perjudicar a tu sobrina, pero no sé de qué sería capaz ella si se viese obligada a elegir. Su madre no ha sido el mejor ejemplo que ha tenido de cómo actuar bajo presión –vio cómo fruncía el ceño a medida que hablaba–. No llegues a ese extremo, Joyce, porque puede que te sorprenda su decisión.

Amanda aprovechó su confusión para deslizarse por un costado y dirigirse hacia la puerta, pero antes de que pudiese siquiera abrirla, Joyce la había atrapado entre sus brazos y la misma. Sus bocas quedaban a escasos centímetros, entremezclándose sus respiraciones. Su corazón comenzó a bombear con fuerza una vez más, anticipando lo que iba a suceder.

-Ahora que ha sucedido, no voy a desistir, Amanda –le susurró, prácticamente rozándole los labios con los suyos al hablar–. Ve haciéndote a la idea.

-Ve haciéndote tú a la idea de que jamás... –Joyce se apoderó de su boca, impidiéndole terminar la frase. Nunca en su vida la habían besado así, con tanta pasión y tanta necesidad. Bebió de sus labios, saboreó el deseo en ellos, buscó con ansia por más odiándose por ello.

Y sin embargo, no fue capaz de detenerlo. Su cuerpo dejó de oír las órdenes de su mente y se abandonó a lo que Joyce le hacía sentir con aquel beso arrollador. Se aferró a él al sentir que sus piernas fallaban y sintió arder la piel allí donde Joyce la sujetaba con férreo control para no pudiese alejarse de él.

Un gemido escapó de su garganta cuando la presión que Joyce ejercía sobre su cuerpo amenazó con fundirla con él. Notaba en su vientre la dureza de su deseo y su cuerpo respondió a aquel contacto prendiéndose. Enredó las manos en su cabello y él la apretó más en respuesta a aquella caricia. El baile sensual de sus bocas se volvió más insistente, más exigente. Cuando una de las manos de Joyce ascendió por su espalda, dejó un rastro candente tras ella y despertó un anhelo olvidado hacía tiempo.

Entonces, como si de la peste se tratase, se separó de él y lo miró horrorizada. Su mano voló hacia su rostro antes de que pudiese comprender lo que pretendía hacer. El sonido de la bofetada resonó en la silenciosa biblioteca, dejándolos a ambos inmóviles.

-Lo siento –dijo al momento, arrepentida de su arrebato. Y salió de la biblioteca, avergonzada por lo que había hecho.

Corrió tanto como sus temblorosas piernas se lo permitieron y se refugió en la seguridad de su alcoba. Con su corazón todavía acelerado, ocultó el rostro entre las manos y contuvo el llanto. No por haber sucumbido tan fácilmente, sino por los recuerdos que aquello le había provocado.

-No con él, John –dijo en voz baja–. No es el adecuado.

Y aún así, no podía pensar en otro hombre mejor para cumplir aquella promesa. Su atracción por Joyce había ido creciendo día a día, hasta hacerle reaccionar con su simple presencia. Era algo que sabía y que había asumido. Pero siempre había creído que podría controlarlo, pues era plenamente consciente de que él jamás la buscaría más allá de una cama. Y sin embargo, al sentir aquellos labios exigentes sobre los suyos o el contacto ardiente de su cuerpo mientras sus manos la acariciaban, había perdido toda su determinación. Había flaqueado y acabó permitiendo a su cuerpo actuar por iniciativa propia.

Pero lo peor no era eso, sino que se sentía rastrera por haber traicionado el recuerdo de John. Y la promesa que le hizo. Joyce no le ayudaría a cumplirla y por eso mismo no debería haberse dejado llevar por el deseo. Una aventura con él solo sería una ofensa a todo lo que el amor representaba según ella. Si iba a estar de nuevo con un hombre, sería en exclusiva para siempre.

Oyó los golpes en la puerta un segundo antes de que esta se abriese y la empujase al interior de su alcoba sin miramientos. Sofocó un grito de sorpresa y se giró dispuesta a protestar por aquella intrusión, pero sus ojos se toparon con los de Joyce y supo que estaba perdida. Todo razonamiento de por qué debía mantenerlo lejos fue dilapidado en cuanto cerró la puerta tras él. La determinación de Joyce opacaba la suya en ese momento y retrocedió, poniendo la cama entre ellos como barrera.

-Vete –le dijo en un susurro para que nadie más pudiese oírla.

-¿Qué sientes? –le dijo él en cambio.

-¿Qué? –lo miró desconcertada.

-Dijiste que lo sentías –aclaró– ¿Qué sientes?

-Haberte golpeado –frunció el ceño. No era eso lo que esperaba que sucediese cuando Joyce atravesó aquella puerta.

-Supongo que me lo merecía.

-No –apartó la mirada–. Al menos no por el motivo por el que lo hice.

-¿Qué motivo es ese?

-John –su nombre salió como un lamento de entre sus labios.

Se abrazó para protegerse de aquel sentimiento y fue entonces cuando reparó en que ya no tenía la manta ocultando a la vista su fino camisón. De repente, se

sintió desnuda frente a Joyce. Lo buscó con la mirada solo para descubrirlo a dos pasos de ella. Se había ido acercando mientras ella dejaba divagar a su mente.

-Puedo luchar contra otro hombre por tu atención –le dijo él, dando un paso en tentativa–, pero no contra un fantasma.

-No eres tú el que debe luchar contra él –se mantuvo firme en su posición, aunque lo que más deseaba era alejarse aquel paso que él había avanzado.

-Permíteme ayudarte –recortó la distancia que los separaba sin llegar a tocarla en ningún momento.

-Ya te he dicho lo que quiero, Joyce –lo enfrentó una vez más.

-¿No hay término medio?

-Me temo que no.

Joyce la observó durante un largo tiempo en el que ella no supo qué hacer salvo esperar. Sabía que estaba sopesando lo que le había dicho y decidiendo lo que haría él en consecuencia, así que aguardó su veredicto con toda la entereza de que dispuso, que no era mucha. Pasase lo que pasase, su relación cambiaría a partir de aquel momento y no sabía si alegrarse o sentir pena.

Finalmente, lo vio asentir e inclinarse ligeramente a modo de saludo. Permaneció inmóvil mientras lo veía caminar con paso decidido hacia la puerta. Al parecer había ganado el caballero y había decidido respetarla. Lo admiró por ello y se sintió aliviada de no tener que echarlo de su cuarto a base de discusiones. Sin embargo, en lo más hondo de su ser, bailaba la decepción por no haber visto en Joyce un poco más de oposición a sus deseos.

En cuanto traspasaron la puerta de la casa de los condes, todas las conversaciones cercanas cesaron de golpe. Las miradas, no tan disimuladas como creían sus dueños, estaban sobre ellos. A medida que dejaban atrás a los grupos, comenzaban de nuevo los murmullos, esta vez sobre ellos. Melissa, ajena al revuelo que su llegada había causado entre los invitados, continuaba hablando con Amanda y esta, para que la joven continuase en la ignorancia, le seguía la conversación.

Joyce estaba más furioso a cada paso que daba. Había supuesto que habría algunas habladurías, ya que no era del todo correcto que hubiesen pasado la noche en la misma casa ellos solos, sin una carabina ajena a ambas familias para su sobrina, pero las reacciones estaban resultando excesivas. Cuando la condesa se acercó a recibirlos con un gesto de disgusto, supo que algo iba realmente mal y que habría repercusiones para ellos. Su estado de ánimo, ya sombrío desde la noche anterior, empeoraba por momentos.

El beso con Amanda había arrasado con su control. Si ella no lo hubiese golpeado, la habría hecho suya en la biblioteca. Sabía que se merecía aquella bofetada por haberse excedido en sus atribuciones, pero nunca imaginó que el motivo real por el que la había recibido había sido su difunto esposo.

Aquello fue como un jarro de agua fría para él. Comprendió que Amanda luchaba contra los recuerdos de su matrimonio. No se mantenía inaccesible porque no desease a ningún hombre en su vida, sino porque no podía olvidar al que había sido su único amor hasta el momento. Y por más que a él le hubiese gustado ocupar el puesto de John, no era un hombre romántico, de esos que juran amor eterno y se casan. No, él era un hombre libre de ataduras, que

se limitaba a satisfacer sus deseos cuando estos surgían.

No obstante, verse rechazado por Amanda, le había dolido más de lo que esperaba. Sabía que se sentía atraída por él, pues su respuesta al beso había sido tan entregada que no cabía duda al respecto, pero eso solo lo hacía más difícil. Podía lidiar con la ausencia de deseo, eso era fácil, pero no con una negativa por los motivos que ella blandía. Le disgustaba no poder tenerla del modo en que quería. Sin ataduras, sin responsabilidades... Pero era quizá peor aquello que se removía en su interior cada vez que la miraba. Aquel creciente anhelo de ser merecedor de ese amor sin reservas del que le había hablado Amanda. No sabía cómo enfrentarlo y eso lo frustraba. Porque él no era de esos ni sabría cómo serlo aunque tuviese intención de probar.

-Necesito hablar con ustedes en privado –les dijo la condesa en cuanto les dio alcance.

Buscó la mirada de Amanda, pero ella estaba pendiente de su sobrina, que ahora parecía empezar a notar lo que sucedía. Esa entrega al bienestar de su sobrina era algo más que admirar en ella. Puede que al principio pensase que lo hacía en beneficio de Jason, pero ahora su preocupación era genuina. Había hecho que Melissa se sintiese acompañada, cuando él ni siquiera había notado que la estaba aislando del mundo.

-Creo que es evidente para todos los presentes lo que pretende decirnos, condesa –Joyce no perdió el tiempo y habló nada más encerrarse en el despacho de lord Appleby–. Solo espero por su bien, que no haya sido usted la instigadora de las habladurías. No le convendría enemistarse conmigo.

-Yo no he hecho nada, excelencia –se mostró ofendida, aunque la conocía lo suficiente como para saber que estaba fingiendo–. Fue usted quien insistió en irse con la duquesa de Sheffield a pesar de mis advertencias.

-Irnos no fue peor que quedarnos y lo sabe –contraatacó.

-En todos los años que he organizado estos fines de semana, jamás ha habido problema alguno cuando alguien ha tenido que ser alojado en el ala familiar –se defendió.

-Porque las bodas precipitadas acallaban los rumores –intervino Amanda.

La condesa de Arrington la miró con despecho por lo que había dicho, pero todos sabían que no había mentido con respecto a eso. Pero aunque Amanda quisiese reprocharle aquella fama, la culpa que sentía por haber,

prácticamente, obligado a Joyce a ir hasta allí, no le permitía ser más dura con ella. Ella era la única responsable de aquel entuerto.

-No voy a permitir que la virtud de la señorita Evans sea puesta en entredicho –dijo Jason, plantándose frente a todos–. No ha sucedido nada que deba ser objeto de reproche. Amanda ha sido su carabina y aunque no hubiese sido así, yo jamás osaría tocarla de un modo indecoroso. El que haya iniciado semejante rumor, debería cuidarse de mí porque si lo descubro, lo retaré a un duelo.

Joyce miró asombrado hacia Jason. Esperaba que defendiese a su sobrina, pero no que llegase al extremo de arriesgar la vida por ella. Con aquella declaración, había derribado una nueva barrera frente a él. Ahora tenía menos motivos para impedir que cortejase a Melissa y, aunque no estaba dispuesto a que se desposase tan joven, decidió que tendría en cuenta a Jason el día que se decidiese a buscarle un esposo. Más allá de eso, no quería pensarlo todavía.

-Los rumores no solo conciernen a la señorita Evans, marqués –la condesa miraba ahora a Amanda– ¿Cómo podría ser usted una buena carabina para la joven Melissa si está retozando con el duque?

Amanda apretó los puños con fuerza para contener las palabras que amenazaban con salir por su boca. No quería caer en el juego de la condesa porque sería rebajarse a su nivel. Sabía que estaba resentida por privarle de Joyce y Melissa y no le costó imaginar que había sido ella la que inició el rumor. Inspiró varias veces antes de decidir que estaba lo suficientemente calmada para hablar. Sin embargo, fue Joyce quien lo hizo.

-La duquesa de Sheffield es viuda, eso lo sabemos todos –lo miró mientras él continuaba, pero mantenía la mirada fija en la condesa–, pero también sabemos que es una mujer respetable, coherente, sensata e inteligente. Se toma muy en serio su labor de acompañante. Que alguien pueda siquiera sugerir que ha abandonado a mi sobrina para retozar en mi cama, es lo más insultante que podría hacer. Tal y como ha dicho lord Durham, si descubro quien ha osado desvirtuarla de ese modo tendrá que vérselas conmigo al amanecer.

La condesa los miró consternada. Desde luego no esperaba que el asunto tomase aquel rumbo. Por un momento, parecía como si no supiese qué decir o hacer a continuación, pero era una mujer intrigante y no tardó en continuar el juego, llevándolo de nuevo a su terreno.

-Puede que todo haya sido producto de las malas lenguas –dijo con una ladina

sonrisa en los labios—, pero debemos acallar los rumores cuanto antes. No voy a tolerar esa clase de... devaneos en mi casa. Lo más sensato sería que la señorita Evans y usted, duque, se trasladen a la casa cuanto antes. De ese modo, todos comprobarían que...

-También podría dar por finalizado el fin de semana y regresar a Londres —la interrumpió Joyce—. Una ofensa de tal calibre es motivo más que suficiente para no querer pisar su casa nunca más, condesa. Espero que entienda que no quiera relacionarme con alguien que permite semejantes... devaneos en su casa y luego los usa en su beneficio.

-Excelencia —lo miró con fingida congoja—, yo jamás usaría esas artimañas. Me ofende al pensar en semejante desfachatez.

-A las pruebas me remito, señora —se dirigió a su sobrina—. Lo lamento, Melissa. Sé cuanto ansiabas conocer Escocia, pero nos vamos a casa.

-Nosotros también —decidió Jason, mirando a Amanda en busca de una confirmación que llegó a modo de asentimiento—. Ahora explíqueme a su esposo por qué romperé las negociaciones que manteníamos desde hace unas semanas, lady Appleby, porque no haré tratos con un hombre cuya esposa es tan manipuladora como usted. No me inspira confianza.

-Mi esposo no tiene que ver con esto.

-Haberlo pensado antes, pues —intervino Amanda—. Todo acto conlleva responsabilidades y hay que estar dispuesto a asumir las consecuencias. Para bien o para mal. En este caso, me temo que ha perdido.

-Si se marchan ahora, darán veracidad a los rumores —les dijo, desesperada por encauzar de nuevo los acontecimientos hacia donde le convenía.

-Mi señora —Joyce la enfrentó por última vez—. Soy uno de los hombres más poderosos e influyentes de Londres. Nadie osará jamás llevarme la contraria. Si yo digo que esos rumores son infundados, todos estarán de acuerdo conmigo. Y usted debería dejarlo ya para no empeorar las cosas. No estoy de humor para sus intrigas y le aseguro que podría perder mucho más que un duque para su hija.

Un gemido de angustia huyó de la garganta de la mujer cuando la fría mirada de Joyce la atravesó. Había jugado con fuego y se estaba quemando. Eso le decía sin palabras. Buscó ayuda en Amanda, pero solo encontró indiferencia. Por más que había creído salir victoriosa, ahora entendía que se había

enfrentado a quien no debía. Y su esposo saldría malparado por su culpa.

-Le ruego que no tome represalias con mi esposo –miró hacia Jason–. Haré desaparecer los rumores. No sé cómo, pero le juro que lo haré.

-Tarde –le respondió Jason, tomando del brazo a Amanda–. El daño ya está hecho. Ahora asuma las consecuencias.

Cuando salieron del despacho, Joyce y Melissa iban delante. Jason los seguía de cerca, con Amanda sujeta a su brazo. Las miradas estaban fijas en ellos, pero nadie decía nada. Estaban seguros de que los rumores no serían acallados tan fácilmente.

-Lo siento por Melissa –susurró Amanda, apenada–. Será la más perjudicada con todo esto.

-No voy a permitirlo, Mandy –Jason la miró con determinación–. No dejaré que la hagan sufrir.

-No podrás evitar que la gente hable y la critique. Es su deporte favorito. Hemos evitado que su nombre esté en boca de todos por un motivo peor, pero eso no la libraré de los comentarios perniciosos de la gente. Aunque me disguste esta situación, no tener que presenciar su compromiso con uno de los hijos de la condesa para acallar rumores es más que suficiente para mí.

-Odio a esos que no tienen nada mejor que hacer que meterse en la vida de los demás.

-Por desgracia, esto ha sido y será siempre así, Jay. No podemos hacer nada, salvo salir con la cabeza alta y el orgullo intacto.

-Mel estará disgustada.

-Melissa sabrá sobreponerse. No es como si no tuviese a quien vele por ella. Su tío no dejará que nadie la perjudique –apretó su brazo–. Y nosotros tampoco. Ella quiere ser tu esposa, un par de rumores no os dañarán. Quizá, aunque no resulte agradable, todo este asunto podría incluso beneficiarte.

-¿Cómo podría? –gimió–. Joyce no dejará que me acerque a ella de nuevo después de esto.

-Todo lo contrario. Vi admiración en sus ojos cuando defendiste el honor de Melissa tan fehacientemente. Estoy segura de que ya empieza a tenerte en consideración. Así que, si los hombres comenzasen a dejar de lado su interés por ella por culpa de los rumores, hay una posibilidad real de que logres un

compromiso esta misma temporada. O al menos la promesa de uno para la próxima, si persiste en su idea de esperar a que sea mayor para casarla.

-No quiero ser su esposo porque no haya otro, Mandy. Quiero serlo porque la merezco.

-Ya la mereces, Jay –lo miró– Nunca dudes de eso. No hay nadie mejor que tú para ella, pero es Joyce quien tiene que abrir los ojos.

-No me gusta que lo haga de esta forma.

-Ni a mí, pero el daño ya está hecho. Hayamos obrado bien o mal, debemos atenernos a las consecuencias y aprovecharlo del mejor modo posible.

-¿Segura de que Joyce no nos alejará de Melissa?

-Segura –mintió.

Después de aquel contratiempo y de que lo hubiese rechazado como amante, no estaba tan segura de lo que sucedería entre ellos. Sabía que Joyce se había sorprendido con la actuación de Jason en el despacho y le constaba que empezaba admirarlo en su faceta de empresario, pero no sabía si sería suficiente para que no lo descartase por aquellos estúpidos rumores. Intentaba también convencerse de que lo que había sucedido entre ellos, o más bien lo que no había sucedido, no influiría en Joyce a la hora de tomar decisiones respecto a su sobrina. Si los separaba por su culpa, no se lo perdonaría jamás.

-Lady Amanda –Roger la llamó.

Después de indicar a Jason que se adelantase, esperó a que el duque la alcanzase. No le apetecía hablar con él ahora, sobre todo después de lo decepcionada que se sentía, pero ignorarlo daría pie a más habladurías. Y no estaba dispuesta a perjudicar de nuevo a Melissa por su orgullo herido.

-Lord Norfolk –lo saludó. No volvería a pronunciar su nombre.

-No puede irse –le dijo sin más– ¿Acaso no sabe de los rumores que corren por aquí sobre usted? Si se marcha ahora, la gente creerá que son ciertos.

-Nunca he creído en los rumores y no empezaré a hacerlo ahora –lo cortó–. Yo sé que no ha pasado nada y con eso me basta. De todas formas, no es asunto suyo.

-Debe mantenerse lejos de Castlemaine –habló en susurros–. No es bueno para usted estar a su lado, sobre todo ahora que sus nombres se han relacionado de un modo tan íntimo.

-Como le he dicho, eso no es asunto suyo lo que yo haga o deje de hacer, pero para que se quede más tranquilo –le habló con dureza–, le diré que no estoy con él, sino con su sobrina. Es mi amiga y no voy a abandonarla ahora que la habéis atacado tan duramente con mentiras y falacias.

-Yo no...

-No me importa si cree los rumores o no –lo interrumpió–. No me importa si los ha fomentado o refutado. No me importa si le parecen bien o mal las decisiones que tomo. No tiene derecho a decirme lo que debo hacer ni yo le permitiré que lo haga.

-Es por su bien, Amanda.

-No vuelva a llamarme por mi nombre, duque –lo reprendió–. Menos todavía en un lugar tan público. ¿Es que acaso pretende fomentar más rumores sobre mí?

-No piensa con claridad en este asunto –ignoró su pregunta a propósito–. Alguien debe velar por su reputación, puesto que parece empeñada en ensuciarla mezclándose con Castlemaine. Quédese aquí y le ayudaré a limpiar su buen nombre.

-¿Le preocupa mi reputación? –no estaba dispuesta a renunciar al tema–. Pues no lo parece cuando insiste en tratarme con una familiaridad que daría mucho que hablar si llegase a oídos de quien no debe. Aunque creo que eso es precisamente lo que no le gusta de todo este asunto. Que no sea su nombre, sino el de Joyce, el que se relacione conmigo ahora. Me ha decepcionado, duque. Había llegado a pensar que podríamos mejorar nuestra amistad, afianzarla, pero veo que me equivoqué con usted. Una lástima.

-No haga esto, duquesa –la miró con reproche–. No dignifique a un hombre como Castlemaine. Es mucho peor de lo que piensa.

-No me importa lo que diga. Yo solo creo lo que compruebo por mí misma y hasta ahora, el duque ha sido educado y correcto en su trato conmigo.

-¿Y yo no?

-Como ya le he dicho, usted me ha decepcionado. Lo creía más sensato, pero veo que es como todos los demás. Se aprovecha de las circunstancias en su beneficio. No quiero a nadie así a mi lado.

-No me rendiré tan fácilmente, Amanda.

-Le he dicho que no me llame por mi nombre –lo fulminó con la mirada–. De ahora en adelante, manténgase lejos de mí. Por su propio bien.

-No le conviene enfadarme.

-No le tengo miedo –dio un par de pasos antes de volverse–. No le conviene enfadarme a mí tampoco, lord Norfolk. Téngalo en cuenta antes de volver a hablar conmigo.

Dicho eso, siguió su camino hacia el carruaje en el que habían llegado. Sintió la mirada de los tres sobre ella, pero se limitó a dar orden al cochero de que los llevase de regreso a casa. Esa misma tarde volverían a Londres, ya no tenían nada que hacer en Escocia.

-Lamento todo esto –dijo Melissa después de un tenso silencio–. No pensé que acabaría sucediendo algo así.

-No es culpa tuya, Melissa –dijo Amanda, mirándola con cariño.

-Si yo no hubiese insistido en venir a Escocia, no había sucedido nada de esto.

-No, cielo –la tomó de las manos, aún cuando la postura fuese incómoda para ambas–. Tú no tienes la culpa de nada. Es esta sociedad, que se empeña en encarcelar a las personas con unas estrictas normas de conducta que no sirven para nada, salvo para fomentar estúpidos rumores y formalizar matrimonios no deseados para acallarlos. No te preocupes. Tener un tío como el tuyo te libraré de cualquier consecuencia que esto pudiese ocasionarte. Pero has de ser fuerte e ignorar a todos esos que querrán aprovecharse del asunto, desprestigiándote.

-Nadie se atreverá a juzgarla –dijo Joyce, mirándola fijamente a los ojos–. Mucho menos a propasarse con ella. Aquel que ose si quiera pensar en dañarla, tendrá que rendir cuentas ante mí.

-Seguramente tengas razón –lo miró con severidad al notar el temblor en las manos de su sobrina–, pero Melissa debe estar preparada para que nada de eso le afecte. No se puede ir por la vida amenazando a todo el mundo. Eso...

-Si alguien la ofende de algún modo, tendrá que enfrentarse a mí también –replicó Jason con seriedad y sin mirar a nadie en concreto. Casi parecía como si hubiese pensado en voz alta.

-Esto es horrible –sollozó Melissa–. No quiero que nadie sufra por mi culpa.

-No es tu culpa –dijeron los otros tres al unísono, dejándola atónita por un momento.

-De acuerdo –murmuró, mirando al exterior por la ventana del carruaje.  
Habían llegado a Westhall.

-¿Podemos hablar? –Amanda abrió la puerta del cuarto cuando Joyce le dio permiso. Vio la sorpresa en su rostro, aunque no dijo nada.

-Tú dirás –la invitó a pasar con un gesto de su mano.

A falta de otro lugar, Amanda se acercó a la cama y se sentó en el borde. Le incomodaba el lugar, pero no quería hablar con él de pie. Necesitaba aclarar varios puntos y necesitaba que Joyce no pensase que quería acabar cuanto antes. Aunque fuese así, pues estar a solas con él ahora le resultaba algo inquietante, no quería dar esa impresión. No le beneficiaría.

-Antes que nada –comenzó después de aclarar la garganta–, lamento todas las molestias que mi invitación os ha acarreado. Peor todavía, siento mucho haber insistido en que vinieseis a Escocia. Nada de esto hubiese pasado si no te hubiese obligado a aceptar la invitación de la condesa.

-Tú no me obligaste, Amanda –estaba apoyado en la cómoda y la miraba fijamente–. Tal vez te hice creer que fue así, pero vine porque yo lo decidí. Al igual que acepté tu invitación porque me pareció mejor idea que quedarnos en Smithton.

-Está bien –le concedió. No había ido para discutir eso–. Aún así lamento todo lo que está sucediendo.

-Encontrarán un escándalo más jugoso que este a lo largo del fin de semana – se encogió de hombros–. Para cuando regresen a Londres, se habrán olvidado del asunto.

-Espero que este contratiempo no me impida seguir ayudando a Melissa en su temporada –esa no era la verdadera pregunta y ambos lo sabían.

-Melissa te considera su amiga –le respondió–. Por mi culpa, no tiene muchas. Más bien, ninguna. No le privaré de tu compañía.

-¿Aún cuando estar cerca de Jason alimente los rumores?

-No me importan los rumores –se acercó a ella finalmente–. Ya deberías saberlo.

-¿Ni siquiera los que afectan a tu sobrina? –se mantuvo firme a pesar de que su instinto le decía que se alejase de la cama.

-Ambos sabemos donde reside el interés de mi sobrina –se paró frente a ella, tan cerca que sus piernas se rozaban–. Creo que eso rumores no le afectan negativamente, sino más bien todo lo contrario.

-Jason quiere ganar el derecho a cortejarla por méritos propios, no por falsos rumores. Él... –se detuvo cuando Joyce se agachó junto a ella y posó las manos en sus rodillas. Tragó saliva antes de continuar–. Él quiere merecerla.

-Mal que me pese –parecía querer desnudarla con la mirada y Amanda luchó para no apartar la suya. Si lo hacía, él estaría ganando–, Jason la está mereciendo. Pero no estoy dispuesto a emparejarla tan pronto. Todavía es muy joven.

-El amor no entiende de edades –dijo con voz débil. Le ardía la piel allí donde descansaban las manos de Joyce.

-Y el deseo no entiende de razones –dijo él acercándose a ella–. No deberías haber venido sola, Amanda. Eres una tentación para mí.

-En ese caso, me iré –hizo el amago de levantarse, pero él se lo impidió–. Ya hemos aclarado todo lo que me preocupaba.

-¿Estás segura? –se acercó más, el pecho rozaba sus piernas.

-Sí.

Se levantó bruscamente, desequilibrando así a Joyce, que cayó hacia atrás. Intentó sujetarlo, pero lo único que logró fue que la arrastrase con él. Sofocó un grito de sorpresa al sentirse entre sus brazos, totalmente recostada sobre él y en el suelo. Cuando intentó zafarse de su abrazo, Joyce los hizo girar para dejarla bajo él y la besó.

No fue un beso como el anterior, salvaje e insaciable, sino más suave y pausado. Rozó sus labios en una seductora persuasión, hasta que logró que ella abriese la boca y, entonces la invadió con la lengua, con deliberada lentitud,

animándola a hacer lo mismo. Una de sus manos sostenía gran parte de su peso para no aplastarla, pero la otra le acariciaba con ternura la mejilla. Aquella faceta dulce en Joyce era toda una sorpresa. Nunca lo habría creído capaz de semejante gentileza.

-Me vuelves loco, Amanda –le susurró entre besos–. No poder ofrecerte lo que deseas, acabará conmigo porque no soy capaz de alejarme de ti.

Entonces, su beso se volvió más duro, más exigente. La sangre en sus venas ardió ante tal despliegue de pasión y se dejó llevar por el deseo. Tampoco ella podía luchar contra la atracción que Joyce ejercía sobre ella. No después de aquel primer beso que le había dado en la biblioteca. No debía dejarle llegar tan lejos, tenía que detenerlo ya, pero era incapaz de hacerlo. Joyce era pura tentación. Rodeó su cuello con las manos y lo atrajo hacia ella para profundizar el beso, cediendo por unos instantes.

Joyce gimió contra su boca y se dejó caer sobre ella. Necesitaba sentirla más cerca. Aumentó el ritmo del beso hasta llevarla al límite. Con la mano libre recorrió su costado hasta alcanzar uno de sus pechos y lo masajeó. El roce de la tela contra su pezón sensible le provocó un jadeo que Joyce se bebió con gusto.

De repente, unos golpes en la puerta rompieron aquel ardiente contacto, algo por lo que Amanda dio gracias. Joyce la ayudó a levantarse, después de mantenerse contra ella unos segundos para tratar de controlar la respiración. Ambos parecían muy afectados.

Se recompuso la ropa y el peinado, todo cuanto fue posible en aquellas circunstancias y Joyce dio permiso para entrar a quien estuviese esperando fuera. Resultó ser su sobrina, que venía a avisarle de que el carruaje estaba aguardando por ellos. Parecía triste y desilusionada. Amanda se apiadó de ella y la abrazó con fuerza.

-Todo estará bien, cielo –le dijo mientras acariciaba su espalda–. No ha salido como lo tenía planeado, pero te prometo que te compensaré.

-¿No te vas a alejar de mí? –le susurró para que Joyce no la oyese.

-Por supuesto que no, Melissa –se la llevó con ella mientras su tío terminaba de empaquetar sus cosas–. De eso precisamente estábamos hablando ahora. Ambos estamos de acuerdo en que nada ha cambiado entre nosotros.

-¿Seguiremos siendo amigas?

-Las mejores –le sonrió, al ver su cara de alivio.

-Temía que mi tío decidiese encerrarme de nuevo.

-No, cielo. Tu tío no hará nada semejante. Él te quiere y busca tu felicidad.

-Pues debería dejar que me desposase con Jason. Eso me haría inmensamente feliz y acallaría todos esos estúpidos rumores.

-Los acallaría, cierto, pero sería darles la razón. No precipitemos las cosas ahora que parece que tu tío se está haciendo a la idea de Jason y tú juntos –la abrazó de nuevo–. Dale un poco más de tiempo y claudicará.

-¿Me lo prometes?

-Te lo prometo.

No viajaron juntos pues habían llegado por separado y tampoco hablaron de verse una vez en Londres. Amanda lo prefirió así, pues aún mantenía fresco el recuerdo de los besos que había compartido con Joyce y necesitaba tiempo para asimilar aquella situación. Para pensar en lo que supondría para su, ya de por sí, precaria amistad, porque estaba claro que su cercanía sería una gran tentación para ambos.

-Estás muy silenciosa, Mandy.

Se sobresaltó al escuchar a Jason. Se había mantenido absorta en sus pensamientos la mayor parte del camino, ajena a todo, y lo miró ahora, esgrimando una sonrisa conciliadora. Lo menos que necesitaba era que averiguase lo que había sucedido entre Joyce y ella. Ya estaba suficientemente preocupado por lo que pasaría con Melissa después de ese desastroso fin de semana, como para añadir más peso sobre sus hombros, aunque aquello no fuese asunto suyo, en realidad.

-Solo estoy pensando –le dijo finalmente.

-¿En qué?

-En todo y en nada –se encogió de hombros.

-Eso ha sonado muy vago, Mandy.

-Es la verdad –le sonrió–. Tú también estás muy silencioso.

-Me preocupa que todo este asunto me aleje definitivamente de Mel. Joyce no querrá que me acerque a ella para no alentar los rumores. No sé si podré soportarlo.

-Eso no va a suceder.

-Pareces muy segura.

-Lo estoy.

-¿Sabes algo que yo ignoro? –alzó una ceja.

-Puede.

-Mandy –le rogó.

-Jay –rió, imitándolo.

-No tiene gracia, Mandy. Estoy pasándolo muy mal y tú te ríes de mí.

-He hablado con Joyce y no tiene intención alguna de recluir a Melissa de nuevo. Está convencido de que se habrán olvidado del asunto en cuanto encuentren algo mejor de lo que hablar. Y sabiendo cómo terminan los fines de semana organizados por los Arrington, seguramente habrá temas más sonoros que esto.

-Que no quiera aislar a Mel de nuevo, no implica que me deje acercarme a ella. Nuestros nombres están en boca de todos.

-Me dijo que eso te beneficiaba, más que perjudicarte –miró por la ventana.

-Yo no quiero que me beneficie un ataque contra la virtud de Mel –frunció el ceño.

-Ni yo –dirigió su vista a él una vez más–, pero tal vez debamos tomarlo como viene y aprovecharlo. Joyce podría dejar de lado sus objeciones ahora. Sigue impresionándolo con el proyecto, cuida las formas cuando estés cerca de Melissa y no decaigas, Jay. Puede que al final, obtengas lo que más deseas.

-Por culpa de un rumor –rumió.

-No –lo tomó de las manos–. Porque te mereces estar con ella. Olvida todo eso de los rumores. Joyce es intocable y, por ende, su sobrina también. Si te permite seguir cerca de ella no es para acallar nada, Jay, sino porque empieza a pensar en ti como en un posible candidato. Céntrate en eso. Tú vales mucho y Joyce lo verá muy pronto. Solo sigue adelante y no desesperes.

-Está bien, Mandy.

Al llegar a Primrose la noche se cernía sobre ellos. Jason se fue directo a su dormitorio en cuanto terminaron de cenar y Amanda hizo lo mismo, pero le resultó imposible dormir incluso con lo cansada que estaba. Una vez más, se

paseó por su cuarto con la ansiedad recorriendo su cuerpo. Sabía lo que necesitaba, pero no quería hacerlo. No después de cómo había acabado la última vez.

-Maldición –se dijo, después de dos horas sin poder calmarse.

Tomó su capa y salió a hurtadillas de su habitación. Caminó hacia la salida en absoluto silencio para no despertar a Jason y avisó a Peter de que quería ir al cementerio, aunque se disculpó con él por despertarlo nuevamente con su ridícula petición. Él se limitó a sonreír y a prepararlo todo. Después de los años que llevaba trabajando para ella, sabía que si estaba allí era porque realmente necesitaba ir.

-Demórese cuanto necesite, excelencia –le dijo Peter en cuanto llegaron–. No me importa esperar por usted.

-Tienes el cielo ganado, Peter –le sonrió.

-Usted más que yo.

Amanda no estaba tan segura de que eso fuese cierto, pero decidió no contradecirlo, pues necesitaba mucho más hablarle a John que empezar una discusión que, de todas formas, nunca lo haría cambiar de opinión. Sobre todo porque sentía, aunque no se atrevía todavía a admitirlo, que aquella sería una de las últimas veces que iría al cementerio a hablar con su difunto esposo. Tal vez, Peter lo había intuido y por eso le había dicho que la esperaría el tiempo que hiciese falta. Después de todo, las despedidas nunca son fáciles.

Se acercó al mausoleo y apoyó las manos en él buscando esa reconfortante calma que siempre le sobrevenía cuando visitaba a John. Temía no poder encontrarla, pues todavía recordaba su última visita, cuando se sintió más desolada que consolada. Sin embargo, en esta ocasión, la serenidad la invadió al momento.

Cerró los ojos, dejándose llevar por ella, tratando de relajar sus latidos y su respiración. Por el momento no necesitaba hablar, le bastaba con sentirlo. Acarició la piedra, recordando todos los momentos vividos con John. Los buenos y los malos, los tristes y los divertidos. Y el más doloroso de todos. Cada uno de ellos le había enseñado una lección de vida que supo aprovechar en su beneficio una vez se encontró sola.

De repente, un recuerdo acudió a su mente, tan nítido y real, que casi pudo verse allí, sentada en el sillón de la biblioteca, en los brazos de su esposo,

mirándole a los ojos con infinito amor.

*-No puedes obligar a nadie a enamorarse, mi vida –le dijo.*

*-A ti te enamoré.*

*-Pero no me obligaste –le acarició la mejilla con ternura y ella se recostó contra su cálido pecho–. Me mostraste lo que podría obtener si te aceptaba en mi vida y todo lo que podría perder si no te reclamaba como mía. Me hiciste necesitarte y anhelarte junto a mí. Pero el amor llegó solo, mi bien. Con cada momento compartido, con cada risa, con cada caricia.*

*-Eso ha sonado como que sí te obligué, John –lo miró a los ojos, desafiante–, porque no tuviste elección. Si no me querías a tu lado, me perdías para siempre.*

*-Pude haber elegido perderte.*

Las lágrimas corrían por sus mejillas, sin notarlas. Pasados unos minutos, comprendió que realmente se estaba despidiendo de su esposo. De algún modo, había llegado a un punto en su vida en que había decidido seguir adelante sin John. Tal y como él le había pedido que hiciese.

*-Jamás te olvidaré –susurró contra la piedra–, pero creo que es la hora. Supongo que tú ya lo sabías, incluso antes de dejarme. Fuiste y serás siempre mi primer y gran amor. No podré dejar de amarte por más tiempo que pase, pero he decidido que voy a cumplir la promesa que te hice. Encontraré a alguien a quien entregar mi corazón. Adiós, John. Gracias por todo.*

Mientras regresaba a su casa, guarecida del frío en su carruaje, la imagen de Joyce fue formándose en su mente. Un sonriente y provocativo Joyce. Tan atrevido, tal leal y tan protector. Por más que quisiese ignorar lo obvio, sabía perfectamente que era el único al que podría llegar a entregar su corazón algún día. El único problema era que Joyce jamás le daría el suyo.

El domingo, Joyce los sorprendió a todos, invitando a Jason y a Amanda a la ópera. Ninguno se sentía con ánimos de acudir a las veladas programadas para la noche, así que aquella parecía ser una buena opción. Discreta y tranquila.

El palco de Joyce estaba muy bien situado, lo que les ofrecía una increíble vista del escenario y podían escuchar sin dificultad cada palabra. La ópera era otra de las actividades que Amanda había decidido dejar de lado tras la muerte de John. Recuperar viejas costumbres que le habían gustado en el pasado y que por culpa de los recuerdos había dejado de lado, le parecía un buen comienzo para su nueva vida.

Esa misma mañana había estado tocando el piano hasta que le dolieron las manos. Lo había extrañado y ahora no podía creer que hubiese sido capaz de estar seis años sin hacerlo. Jason la había estado escuchando, embelesado, hasta que tuvo que salir para reunirse con Joyce. El proyecto avanzaba más rápido de lo esperado y ya tenían varios barcos listos para partir hacia las Américas en cuanto la mercancía llegase al puerto desde las fábricas. Si todo salía según lo previsto, los beneficios de tal empresa serían innumerables. Amanda no podía sentirse más orgullosa de su cuñado.

Melissa miraba la ópera, ajena a cualquier otra cosa. Tenía las manos apoyadas en la balaustrada del palco y la apretaba cada vez que una nota la emocionaba. Lo que parecía que sucedía con frecuencia. No podía verle la cara, pero estaba segura de que estaba sonriendo. Jason la observaba a ella, con muy poco disimulo para alguien tan observador como Amanda. O puede que lo conociese tan bien, que solo ella lo viese. Desde luego, Joyce no parecía haberlo notado o, si lo había hecho, prefería no intervenir. Se moría de

ganas de mirar hacia él y comprobar cuál de las dos teorías era la acertada, pero no estaba segura de poder hacerlo sin delatar lo que su cercanía le provocaba.

-Según he oído, el señor Benjamin encontró este fin de semana a otra joven a la que comprometer –le susurró Joyce entonces, sobresaltándola.

-¿Quién ha sido la víctima esta vez?

-Jennifer Purcell.

Se había acercado tanto, que su corazón desbocado apenas le dejaba oír lo que le decía. Por inercia, su cuerpo se inclinó hacia él, hasta que sus frentes casi se tocaban. Desvió la mirada, para no perderse en aquellos ojos que la observaban con intensidad. Al parecer no era la única afectada por su proximidad.

Pensó en Jennifer, tan exquisita, tan tentadora, pero, al mismo tiempo, tan inocente. En más de una velada había visto que era prácticamente acosada por los hombres, mientras sus padres la observaban con orgullo en lugar de protegerla. Aquel desenlace no le sorprendía, aunque sentía pena por la muchacha. No era la mejor manera de empezar un matrimonio.

-Los encontraron en la habitación de ella –concluyó Joyce con un hilo de voz–. Adivina quién.

-Supongo que lady Appleby.

-Anunciarán oficialmente el compromiso mañana por la noche, en la cena que organizan los Benjamin.

-Compadezco a la muchacha.

-¿Por qué?

-Porque se lleva una joya de hombre –la ironía en su voz no le pasó desapercibida a Joyce. Asintió, dándole así a entender que estaba de acuerdo.

-Debería haberlo pensado antes de abrirse de piernas para él –dijo, no obstante.

Amanda lo miró sorprendida por su comentario. No lo esperaba para nada. Una sonrisa pícaro se dibujó en el rostro de Joyce y tuvo que morderse el labio para no hacer lo mismo. Cuando el duque dejaba su comportamiento de hombre serio, le resultaba mucho más atractivo y eso le hacía desear verlo siempre así.

-Muy bonito, lord Castlemaine –bromeó con él–. Criticar a una pobre muchacha que seguramente haya sido seducida por ese libertino.

-No creo que ella pusiese demasiadas objeciones –le recordó–. Si su padre tardó dos años más de lo habitual en presentarla en sociedad, por algo sería.

-Dudo que tenga algo que ver con eso –alzó una ceja antes de continuar intentando no sonreír–. Otros se dedican a espantar a los posibles pretendientes y no quiere decir que la muchacha sea una desinhibida.

-Touché, lady Sheffield –inclinó la cabeza hacia ella, acercando peligrosamente sus rostros–. De todas formas, no puedes negar que sus padres no pusieron demasiado empeño en cuidar de su reputación.

-Eso no es... –no pudo terminar la frase, perdida en su mirada.

Ambos sabían lo que ocurriría a continuación. Una vez probado el sabor de la fruta prohibida, siempre se buscaba repetir. La mano de Joyce se apoderó de su nuca y redujo la poca distancia que los separaba, hasta que sus labios colisionaron en un beso cargado de deseo. No importaba donde ni con quien estaban, simplemente necesitaban saciar aquella necesidad. Puede que Amanda no buscase un amante y puede que Joyce no estuviese dispuesto a ofrecerle más que eso, pero la atracción entre ellos era inevitable ahora.

-Reúnete conmigo esta noche, Amanda –le susurró al oído, tras separar sus bocas.

-No es buena idea, Joyce. Ya sabes lo que...

-No haremos nada que tú no quieras –le prometió, sin dejarla terminar de sus protestas–, pero necesito estar a solas contigo.

-¿Por qué? Si mal no recuerdo, me advertiste no hace tanto, de que no debería hacer precisamente eso. Que era una tentación para ti.

-Y lo eres –le acarició la mejilla y a ella se le cerraron los ojos sin poder evitarlo–, pero me contendré, si me concedes unas horas de tu tiempo.

-¿Cómo puedo confiar en ti, después de todo lo que ha pasado ya entre nosotros? –susurró.

-Puedes confiar en mí, Amanda. Siempre.

Abrió los ojos y lo miró. No estaba segura de que aquella fuese una buena idea, pero había decidido cumplir por fin su promesa y Joyce era el único con quien se veía compartiendo su futuro. Y aunque sabía que él no estaba

dispuesto a entregarle nada más que su cuerpo, se proponía robarle hasta el alma. Había tenido que luchar por el amor de John y volvería a hacerlo por el de Joyce. Empezando por aquella noche.

-Está bien –le concedió–. Dime donde y allí estaré.

-¿En serio? –la miró con incredulidad– ¿Dónde está la trampa?

-No hay trampa, Joyce. Te daré una oportunidad de demostrar que puedo confiar en ti. No lo estropees.

-No lo haré –asintió, mostrando una sonrisa que rivalizaría con el mismísimo sol–. Te recojo en Primrose.

-¿Estás loco? Si Jason me ve...

-Sal a hurtadillas –la interrumpió–, cuando todos duerman. Yo te esperaré el tiempo que haga falta.

La ópera había terminado mientras hablaban y Joyce le ayudó a ponerse en pie, mirándola fijamente, como si tratase de leer su mente. Tal vez todavía no acabase de creerse que se reunirían aquella noche para pasar un tiempo a solas. Y puede que ella no hubiese accedido nunca, si no hubiese decidido que Joyce le acabaría entregando su corazón también. Tal vez John hubiese dicho que no se podía obligar a amar, pero estaba convencida de que todo era posible con un ligero empujón en la dirección correcta.

Se soltó de él, sin decir nada más y rodeó el brazo de Melissa para salir del teatro. No le confirmaría que lo haría, sino que lo haría esperar hasta el momento de reunirse con él para saber si acudiría o no. Si quería atrapar a un hombre tan esquivo como Joyce, tendría que darle algo que ninguna otra mujer le hubiese dado hasta el momento. Algo que descolocase su calculada vida y le ansiase desear más.

-Veo que has disfrutado de la ópera –le dijo a Melissa, solo para no caer en la tentación de mirar hacia él.

-Me gusta mucho –le sonrió ella–. Mi tío me trae casi todas las semanas desde que vivo con él.

-Yo dejé de hacerlo cuando murió mi esposo –le dijo intentando sonar tranquila, pero le falló la voz–, demasiados recuerdos. Aunque debo admitir que esta noche la he disfrutado mucho. Tal vez debamos repetir experiencia en otra ocasión.

Sabía que Joyce la estaba escuchando y eligió cada palabra con cuidado. Supo que había tenido éxito cuando la ayudó a subir al carruaje y sus miradas se encontraron. Sin embargo, se limitó a sonreírle en agradecimiento y sentarse junto a Melissa, frente a ambos hombres. Después lo ignoró completamente y centró su atención en la joven.

-Tal vez mañana podríamos ir de nuevo a Hyde Park –le dijo–. Si tu tío no pone objeción.

-Eso me encantaría –miró a Joyce– ¿Podemos, tío?

-Estaré ocupado toda la mañana –contestó él–, con Jason. Me parece bien que Amanda quiera entretenerte mientras tanto. Tal vez después podamos comer todos juntos.

-¿En Manor House? Avisaré a Suzy para que lo prepare todo –Melissa aplaudió entusiasmada.

Miró disimuladamente a Jason y su sonrisa se ensanchó. Nadie dejó de notarlo y Amanda esperó algún gesto desaprobatorio de Joyce, pero simplemente lo ignoró. Sonrió disimuladamente, con la esperanza de que la idea de prometerlos no le resultase tan contraria ahora que tenían negocios juntos. O porque Jason había defendido el honor de Melissa ante todos en más de una ocasión. O puede que aquello que estaban iniciando, lo tuviese más ocupado de lo que a él mismo le gustaría admitir. Fuese cual fuese el motivo, ella lo aprovecharía en beneficio de la pareja. Y, por qué no, en el suyo propio.

-Gracias por una velada tan agradable –se despidió de ambos cuando llegaron a Primrose.

Besó en la mejilla a Melissa y ofreció la mano a Joyce para bajar del carruaje. Cuando este le apretó la mano, sus miradas se encontraron y supo lo que le estaba diciendo con la suya. La esperaría fuera en cuanto dejase a su sobrina a salvo en su casa.

Inclinó la cabeza hacia él y tomó el brazo de Jason para caminar hacia la casa. No quiso volver la mirada hacia atrás aunque la tentación fuese grande. Se centró en su plan para salir de la casa más tarde. Porque aunque lo había hecho en incontables ocasiones, jamás había tenido que ocultarse de nadie, salvo de Jason.

Se retiró a su cuarto nada más entrar en la casa, con la excusa de que estaba agotada y esperando que Jason hiciese lo mismo. Permaneció pendiente de

cada ruido en la casa, hasta que ya no se oyó nada. Y aún así, esperó un tiempo hasta que sintió que ya no habría peligro.

Se sintió rara al bajar las escaleras, ocultándose en las sombras por temor a ser descubierta. En las otras ocasiones, sentía que ir a ver a su difunto esposo en plena noche no era incorrecto. Pero lo que estaba a punto de hacer, aún cuando Joyce había dicho que no la tocaría, le hacía replantearse una y otra vez sus principios morales. Jamás había pensado tener una aventura, ni siquiera después de perder a su esposo. Tampoco ahora iba a convertirse en la amante de Joyce. No era eso lo que buscaba, pero sabía que para llegar a su corazón, antes debía atraer a su cuerpo.

Sin embargo, pensarlo no era ni la mitad de difícil que hacerlo. Después de tantos años sola, se sentía como una virgen en su primera noche. Y tal vez fuese así, pues después de los besos que había compartido con Joyce, sabía que sería muy diferente que con su difunto esposo. John había sido tierno y delicado en todo momento, como si se tratase de una delicada flor a la que debía cuidar. Joyce no parecía así y se sentía nerviosa por si no estaba a la altura, por si se decepcionaba con ella y todos sus planes para conquistar su corazón se venían abajo.

Decidió que si eso sucedía, no se rebajaría más ante él. Por más que lo viese como el hombre que quería a su lado el resto de su vida, no permitiría que le afectase si no lograba su objetivo. Se propuso un plazo para llevar a cabo sus planes y si pasado ese tiempo no había logrado enamorarle, se alejaría para siempre de él. Y con su mente de empresaria activa, salió al jardín por la puerta lateral. *Un mes*, se dijo cuando divisó el carruaje negro de Joyce. Un mes para enamorarle o dejarlo definitivamente.

Había creído que no aparecería. Que había cambiado de idea y lo dejaría con las ganas de tenerla para él solo por unas horas. No estaba muy seguro de lo que pretendía hacer con ella ese tiempo, pero después del beso, no pudo contener su lengua. Necesitaba aquello, fuese lo que fuese a suceder entre ellos.

Llevaba esperando por ella al menos un par de horas, resignado a regresar a casa sin verla, cuando salió de la mansión, envuelta en su capa para ocultar su rostro y se dirigió sin vacilación hacia el carruaje. Sus dudas se disiparon y sonrió al pensar que no le había fallado. Abrió la puerta del carruaje y la ayudó a subir. No llevaba los guantes y el roce de su piel provocó chispas entre ellos. Desde que la había besado por primera vez en aquella biblioteca, había deseado hacerlo una y otra vez hasta saciarse de ella. Creía que si la tenía en su cama, podría olvidar por fin lo que le provocaba cada vez que estaban cerca. Siempre había sido así con sus amantes. Después de un tiempo, acababan por cansarle y rompía la relación.

La vio sentarse en el asiento frente al suyo y decidió que esa noche intentaría convencerla de que fuese su amante. Sabía lo que pensaba de eso, pero estaba dispuesto a todo para hacerla cambiar de opinión. Era un hombre persuasivo, un negociante implacable y no se rendía fácilmente. Todas esas cualidades le ayudarían a lidiar con sus reticencias y hacerlas añicos. Aunque nunca había tenido que conquistar a ninguna mujer para que se metiese en su cama, por Amanda merecería la pena intentarlo. Y sería muy placentero para él derrumbar sus defensas.

-Me alegro de que hayas venido –le susurró, besando su mano, que todavía no

había soltado.

-Te dije que lo haría –alzó una ceja y liberó su mano–. Soy una mujer de palabra.

-Cierto –golpeó el techo un par de veces y el carruaje comenzó a moverse.

Se cambió de asiento para quedar a su lado, porque aunque le gustaba mirarla a los ojos, prefería sentir su proximidad. Llevar a cabo sus planes sería más sencillo si el deseo estaba presente. Aunque resultase una tortura dominar sus ansias por abrazarla, tomó solo su mano entre las suyas y se la besó una vez más. Le sorprendió que Amanda le dejase hacer y mantuvo el contacto más tiempo del que pretendía en un principio.

-¿A dónde vamos?

Amanda intentaba no mostrarse afectada, pero Joyce sabía que lo hacía, pues podía sentir lo tensa que estaba al ver sus manos todavía unidas. Sonrió satisfecho, antes de soltarla lentamente. Un pequeño acercamiento cada vez era suficiente. No quería que se pusiese a la defensiva con él si descubría sus verdaderas intenciones.

-A donde no puedan molestarnos.

-Esa es una respuesta un tanto vaga, Joyce –lo miró.

-Es una sorpresa –dijo después de fingir que lo pensaba.

En realidad, había decidido en el último momento llevarla a la casa que había pertenecido a su hermana, y que no se decidía a vender todavía. Tenía otra casa en uno de los mejores barrios de Londres, donde se reunía siempre con sus amantes, pero esa estaba totalmente descartada. No quería que Amanda pensase que era una más para él. Por más que quisiese convertirla en su nueva amante, sabía que le ofendería que la llevase a ese lugar.

-Las sorpresas no siempre son buenas –la oyó murmurar.

Sintió el impulso de rodearla con sus brazos, pero se contuvo, seguro de que no se lo agradecería. Permanecieron en silencio todo el viaje y lo prefirió así, pues no sería un buen conversador en ese momento. Su mente estaba dispersa en las posibilidades y terminaría por decir algo que la alertase antes de llegar a la casa. Se dedicó a observarla sin disimulo, ya que ella mantenía la mirada fija en la ventanilla, como si lo estuviese ignorando a propósito. Sabía, no obstante, que notaba la suya sobre ella y aguardó pacientemente a que le dijese

algo. Que lo haría, pues en el poco tiempo que se conocían, había descubierto que no se dejaba intimidar por nadie y decía siempre lo que pensaba. Algo que admiraba y alentaba, aunque a veces complicase su ya de por sí tensa relación.

-Vas a desgastarme –lo miró.

A pesar de sus palabras de reproche, blandía una deslumbrante sonrisa y eso lo desconcertó. Se esperaba un ceño fruncido, tal vez un mohín, aunque no fuese un gesto que asociase con ella, pero nunca una sonrisa.

-¿Qué pasa? –le preguntó curiosa-. Tienes cara de haber visto un fantasma.

-He visto una bella sonrisa que no me esperaba –le contestó automáticamente. Ni siquiera tuvo que pensarlo.

-Pero si sabes adular con sinceridad a las mujeres cuando te lo propones –se burló de él-. Eso tampoco me lo esperaba yo.

-Sé hacer mucho más que eso, Amanda –le susurró.

-Ya apareció el libertino –chasqueó la lengua como si aquello la disgustase, aunque la sonrisa continuó en su rostro.

Llegaron a la casa y Joyce la ayudó a bajar del carruaje, dando orden al cochero de regresar en un par de horas. Amanda fingió no escucharlo, o si lo hizo, no se opuso a ese margen de tiempo y Joyce se sorprendió todavía más. Aquello estaba resultando demasiado fácil.

Entraron en la casa y dejó que Amanda la explorase a gusto. La seguía en silencio, atento a sus reacciones, sin darse cuenta de que esperaba su aprobación sobre el hogar que había elegido para su hermana y su sobrina cuando su cuñado murió en aquel terrible accidente. Desgraciadamente, no pudieron disfrutar de él por mucho tiempo, ya que su hermana no tardó en seguir a su esposo a la tumba. Pocas veces había vuelto a la casa desde entonces y Melissa se había negado en rotundo.

-No me esperaba que la casa de tus amantes fuese así. Tan... acogedora.

De todas las cosas que habría esperado que Amanda dijese, esa fue, sin duda, la única con la que no había contado. ¿De verdad lo creía capaz de llevarla a allí? Cuando la respuesta afirmativa lo golpeó con certeza, supo que se lo tenía merecido. Aún así, no le gustaba pensar que ella solo lo creía un libertino en busca de una nueva amante. Por más que fuese cierto.

-¿Eso es lo que crees de mí? –la enfrentó.

-¿Acaso tienes más casas que la tuya y la de tus amantes? –alzó una ceja. No parecía escandalizada o enfadada por estar allí, simplemente había dejado trabajar a su mente práctica y había llegado a esa conclusión. A pesar de todo, le molestó.

-Aquí vivían Melissa y mi hermana antes de... –no se vio capaz de seguir. Incluso después de los años transcurridos, hablar en voz alta de la muerte de su hermana le resultaba doloroso.

-Lo lamento –apoyó la mano sobre su brazo y el contacto ardió. Solo pretendía consolarlo, pero había logrado encenderlo por dentro. Ahora deseaba abrazarla de nuevo y más intensamente que antes.

Sin decir una palabra y como si le leyese la mente, Amanda se acercó a él y rodeó con sus brazos. Había tanta comprensión en aquel simple gesto, que solo pudo devolvérselo. Eran dos almas torturadas que se atraían sin saberlo, buscando consuelo entre ellas.

-El dolor se mitiga con el tiempo –la oyó decir–, aunque dudo que alguna vez desaparezca del todo. Solo podemos aceptarlo y convivir con él. No puedo saber lo que se siente al perder a una hermana, siempre he estado yo sola, pero sí sé lo que es ese vacío en el corazón que deja una ausencia. Cuando...

No la dejó continuar, no quería escuchar nada acerca de aquel hombre al que había amado tanto y que, al parecer, todavía amaba. La quería a ella, entregada a la pasión, entre sus brazos, olvidando el resto del mundo por unas horas. Y por eso le tomó el rostro entre sus manos y la besó, acallando así cualquier otra palabra que hubiese querido pronunciar. Su necesidad de ella era más fuerte en ese momento que el dolor por la pérdida de su hermana.

Había planeado hablar con ella primero y convencerla de lo bueno que sería convertirse en amantes, de las ventajas que les reportaría a ambos. Había esperado ser franco con ella y que aceptase de buen grado antes de dar un paso más, pero no pudo hacer nada de eso. Tenerla en sus brazos, ofreciéndole desinteresadamente su consuelo y su apoyo, pudo con todo lo demás. Por más que le disgustase que la comparasen con un ángel, lo era sin duda alguna. Ofrecía cuanto tenía a los demás sin reservas y jamás pedía nada a cambio. Siempre había creído que eso era solo debilidad, pero en Amanda, le resultaba muy atractivo. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más deseaba conservarla a su lado.

Se movió con ella mientras la besaba, buscando un lugar de apoyo para

ambos, ansiando sentir su cuerpo apretado contra el suyo. Caminaba a ciegas con sus labios unidos, hasta que sus pies tropezaron con el fondo del vestido de Amanda. Entonces, la cargó en sus brazos, dirigiéndose ahora a uno de los cuartos. No pretendía llegar tan lejos esa noche, pero una vez probados sus labios de nuevo, no conseguía detenerse. La deseaba como no había deseado nunca a ninguna mujer.

-Si vas a impedir esto –le dijo contra su boca, al depositarla en el suelo– hazlo ahora, Amanda. Más tarde no pienso atender a razones.

La decepción lo invadió cuando la vio alejarse de él, pero duró lo que tardó ella en girarse para quedar de espaldas a él. Su mirada siguió hipnotizada el camino de las manos de Amanda mientras apartaban su cabello y dejaban expuesto su cuello. Extendió una mano para acariciarlo y notó cómo su sensible piel respondía al contacto. Deseó besarla allí donde su mano descansaba.

-Ayúdame con el vestido.

Cuatro palabras. Se quedó paralizado con esas cuatro palabras. No porque ella aceptase acostarse con él, sino porque, a pesar de haber tenido varias amantes, nunca le habían pedido que las desnudase. Siempre las había encontrado dispuestas y solícitas en la cama. Aquel acto le resultaba íntimo y personal. Algo que solo correspondía a un esposo.

-¿Estás segura de esto? –no estaba seguro de lo que le estaba preguntando. Si quería que la desnudase o si quería acostarse con él. Puede que ambas. Y aunque no quería que se retractase de sus palabras, tampoco quería obligarla a hacer algo que no deseaba.

-No seré una más en tu lista, Joyce –le dijo sin llegar a mirarlo en ningún momento–, pero esta noche me tendrás en tu cama porque ambos lo deseamos. Ayúdame con el vestido, antes de que cambie de opinión.

La obedeció, por supuesto. No era así como habría querido que sucediese, pero entendió que era lo único que Amanda le daría. Ansioso por demostrarle cuán satisfactorio sería tenerlo como amante, se propuso hacerle pasar una noche inolvidable. Haría que cambiase de opinión y deseara repetir.

Ahora lamentaba haber puesto un límite de dos horas para su encuentro. Le habría gustado disponer de mucho más tiempo. Ella merecía más.

Hubiese preferido acompañarla hasta la puerta de su casa, pero Amanda insistió en que iría sola. Las dos horas compartidas con ella se le habían antojado demasiado cortas, pero ni en eso le dio opción. En cuanto su cochero llegó, tuvieron que regresar. Tampoco había logrado besarla como quería una vez más. Lo había despedido con un casto beso en la mejilla y una sonrisa pícaro en los labios, dejándolo con ganas de más.

Ahora, de camino a su casa, se lamentaba de no haber insistido más. En quedarse más tiempo en la casa, en acompañarla hasta la puerta, en darle un beso de despedida más apasionado que el pequeño roce en la mejilla que había recibido. Pero si algo había aprendido sobre Amanda desde que se conocían, era que nadie podía decirle lo que hacer cuando se había decidido por algo. Y al parecer, había decidido volverlo loco, obsequiándole con una prueba del paraíso en sus brazos, pero retirándose después. Si aquella era una estrategia para hacerlo recapacitar sobre ofrecerle tan solo noches de lujuria compartida, debía admitir que lo había hecho bien. Aunque no cambiaría nada, él no era de los que se enamoraban y se casaban.

Si antes lo había sopesado, ahora estaba seguro de que aquello no era para él. Ahora no tenía la necesidad de pasar por el altar. Con Melissa, la continuidad de su título estaría asegurada. Su primogénito lo heredaría, junto con la fortuna familiar. Y esa era una de las razones por las que había guardado con tanto celo a su sobrina. No pensaba dejarla en manos de quien no la mereciese ni de quien no supiese proteger sus intereses y su felicidad.

La imagen de Jason se filtró en su mente, como un candidato claro a tener en cuenta. Lo había desdeñado desde el principio por su licencioso pasado, pero

estaba demostrando con creces que no era el libertino que había creído todo el mundo. Era un hombre decente y honesto, que aún sabiendo que su sobrina estaba enamorada de él, la había respetado en cada ocasión en que habían estado juntos. Por si eso no fuese suficiente, desde que había defendido su honor aún a expensas del suyo la noche en que Robert Benjamin había intentado propasarse con ella, se sentía en deuda con él.

Y lo admiraba, cada día un poco más. No solo porque tuviese visión de futuro, sino porque era decidido y orgulloso. Había asumido todas sus faltas y estaba empeñado en subsanarlas, en lugar de usar la influencia de su cuñada para su beneficio. Quería ganarse el respeto de los demás por méritos propios. El respeto de Amanda, en realidad. Siempre tan atento con ella, tan protector. Se había enfrentado a él cuando creyó que debía hacerlo para defenderla, incluso a sabiendas de que podría salir perdiendo.

La había llamado ángel en aquella ocasión y no podía estar más de acuerdo. A pesar del perjuicio que Jason le había causado con su terrible comportamiento, jamás le había dado la espalda ni lo había abandonado. Y a pesar de que Melissa no era nadie para ella, la había acogido con cariño y se había enfrentado a él para hacerla feliz. Para que pudiese vivir un poco. Algo que él le había impedido hacer hasta que la conoció a ella.

Amanda había sufrido mucho tras la muerte de su esposo y se había visto obligada a hacerse cargo de responsabilidades que nunca habrían recaído sobre ninguna mujer. Había tenido que pelear en un mundo de hombres para conservar el imperio que su esposo había fundado. Y lo había hecho perfectamente.

Y a pesar de lo dura que había sido su vida, todavía conservaba una sonrisa perenne en sus labios y un corazón de oro. El suyo se había endurecido con el paso de los años y no había sufrido ni la mitad que ella.

No fue capaz de dormir esa noche y decidió acudir temprano a hablar con Jason sobre el proyecto que tenían en común. Cada vez que se pasaba por su oficina para comprobar que todo iba como habían planeado, salía de allí convencido de que lo habría podido llevar a cabo sin su ayuda, lo que le hacía pensar que había sido otra estrategia de Amanda para unir a su cuñado con Melissa de algún modo.

En cualquier otro momento se habría enfurecido con ella, pero no ahora. No desde que la había hecho suya aquella única vez. Si permitir ese acercamiento

entre los jóvenes era lo que había necesitado para tenerla en su cama, lo habría hecho de nuevo. Porque a pesar de lo que había creído, tampoco era un mal plan permitir que Jason cortejase a Melissa.

-Diablos, ¿qué me ha hecho esa mujer? –dijo en voz alta antes de entrar en el despacho de Jason.

Pensar en que era un buen candidato para Melissa y permitirle que la pretendiese de manera oficial eran dos cosas diferentes. Que se hubiese colado semejante pensamiento en su mente no auguraba nada bueno.

-O tal vez sea lo mejor –murmuró de nuevo.

-Buenos días, Joyce –lo saludó Jason– ¿Qué es lo mejor?

Miró a Jason, que esperaba una respuesta, y supo que no tenía sentido ocultarle lo que había pensado. Si ya había pasado por su cabeza, no tardaría en salir por su boca.

-Estaba pensando en Melissa.

-Yo también lo he estado haciendo –frunció el ceño–. No me gusta que pueda sufrir por culpa de unos rumores infundados.

-No pensaba en eso –la sorpresa quedó patente en el rostro de Jason–. Nunca llegarán a coger fuerza.

-¿Lo dice por lo que sucedió con Robert y la señorita Purcell?

-Básicamente –asintió–. Lo que tenía en mente, en realidad, era el compromiso de Melissa.

-¿Qué compromiso? –lo vio palidecer.

-Debería empezar a buscarle un prometido –continuó, apenas conteniendo una sonrisa–. Sería la mejor forma de evitar que intenten mancillar su buen nombre de nuevo.

-Y así usted podría ocupar su tiempo en mancillar el de Mandy –lo acusó–. La vi reunirse con usted anoche.

-Su cuñada es mayorcita y toma sus propias decisiones.

-Mandy es todo corazón –contraatacó–. Se preocupa más por los demás que por ella misma, así que me toca velar a mí por su seguridad. Solo le haré una advertencia, la misma de hace unos meses y que parece haber olvidado: no lastime a Mandy. Jamás y en ningún sentido. Ella merece ser amada y

respetada, no ser usada como un entretenimiento que se desecha cuando ya no sirve.

-No estoy jugando con ella, Jason –sintió que las palabras se le atascaban en la garganta. Por más que se repitiese que era algo consentido por ambos, en el fondo, sentía que Jason no andaba tan desencaminado con su afirmación.

-Si osa manchar el buen nombre de mi cuñada –continuó Jason, ignorando sus palabras–, tendré que hacer algo al respecto. Y no dude que lo haré, aunque eso suponga perder su favor ante Melissa. Ella sabrá entenderlo.

-Admiro su devoción por Amanda y el celo con que la protege –y se creyó cada palabra pronunciada–, pero le aseguro que no será necesario nada de eso.

-Más le vale, Joyce. Mandy no es mujer para una noche. Ni para dos. Ella pone el alma en todo cuanto hace. No podrá tener su cuerpo sin que su corazón lo acompañe. Recuérdelo.

Frunció el ceño al escucharlo. Algo así le había dicho Amanda tras su primer beso, pero había pensado que era una excusa para rechazarlo. Ahora Jason se lo estaba confirmando y temía que Amanda hubiese comprometido su corazón al acceder a su petición de compartir una noche. Y él no quería su corazón, no sabía qué hacer con él.

-He decidido que puede cortejar a Melissa –olvidó el tema y se centró en la idea original de aquella conversación. Para él, lo uno no tenía nada que ver con lo otro.

-¿Qué? –Jason lo miró incrédulo.

-He comprobado que es usted un hombre honesto y seguro de sí mismo. También es responsable y emprendedor. Tiene un alto concepto del honor y de la decencia. Me ha impresionado en más de una ocasión durante la temporada y mi sobrina aprecia su compañía –no quería decir que lo amaba, aunque ambos sabían que era así–. Creo que es un candidato más que apto para ella.

-Si es por acallar los rumores, no me interesa. Gracias.

Aquella no era la reacción que había esperado en él. Creía que se alegraría e, incluso, le agradecería el gesto, pero desde luego no esperaba un ceño fruncido y una nueva acusación por su parte. Al parecer ese no era su día.

-Lo digo porque lo siento así –suspiró–. Lo digo porque, aunque me pese

admitirlo, me equivoqué con usted aquel día que nos conocimos. Es más que digno de la compañía de mi sobrina.

-No se equivocó –lo contradijo, sorprendiéndolo de nuevo–. Aquel día no era digno ni de que me mirase a la cara, pero por ella decidí cambiar de vida. Por ella decidí ser mejor persona y ser merecedor de estar a su lado. Si no hubiésemos coincidido aquel día, habría seguido hundido en mi miseria, sin ninguna razón para salir de ella. Le debo mi vida a Melissa.

Nunca habría imaginado que su sobrina había sido la razón por la que Jason decidió cambiar de vida y eso solo sumó puntos a su favor.

-Pues lo ha logrado, Jason –le dijo–. Pero no crea que ya está hecho. Todavía no tengo intención de casar a Melissa. Si ahora le permito cortejarla, será para que me ayude a protegerla. Tal vez, en un año o dos, si lo creo conveniente, le permita intentar convencerme de que le entregue su mano.

-Si lo que busca es que la proteja, lo haré igualmente aunque se niegue a permitirme cortejarla.

-Lo sé, algo más que admirar en usted, pero no es solo eso.

Jason entendió que el tema estaba zanjado por el momento y asintió. Había logrado más de lo que esperaba y estaba feliz. Ahora que podía mostrar en público sus verdaderas intenciones con Melissa, no permitiría que ningún otro hombre se acercase a ella. Y, desde luego, dejaría de prestar atención a todas esas jóvenes con las que había estado disimulando.

Cuando Joyce preguntó por el cargamento que acababa de salir rumbo a las Américas, se centró únicamente en el trabajo. Ese era un buen negocio que les reportaría grandes beneficios y, ahora que tenía una oportunidad real de obtener la mano de su amor verdadero, quería asegurarle el mejor futuro. Y de paso demostrarle a Joyce que podría cuidar de ella y de los hijos que tuviesen.

La mañana pasó rápida y cuando quisieron darse cuenta, ya era la hora del almuerzo. Se dirigieron a Manor House, donde las mujeres ya estarían esperándolos. Joyce ansiaba reencontrarse con Amanda, aunque le preocupase que Jason tuviese razón en cuanto le había dicho de ella. Tendría que hablar con ella sobre el tema para dejarle claro que él jamás entregaría su corazón a nadie. Si repetían aquella noche, Amanda debía saber que solo era deseo.

Miró hacia Jason y pudo comprobar que estaba igual de ansioso que él por llegar a la casa. No le extrañaba, pues había logrado lo que tanto deseaba. A

su sobrina le costaría creérselo. Y a Amanda... Tal vez le pidiese un beso de recompensa, solo para incomodarla un poco. Se le escapó una sonrisa al pensar en ello y ni siquiera le importó que Jason pudiese verlo.

Melissa apenas pudo disimular su felicidad cuando le aseguró que Jason podría visitarla oficialmente. Por su reacción, habría creído que le estaba concediendo permiso para desposarla ya. A Joyce no le pasó desapercibido el gesto de advertencia que Amanda le envió con la mirada a su sobrina, para que refrenase su entusiasmo. Por un segundo, pudo vislumbrarlas a ambas, compartiendo momentos de complicidad durante muchos años más. Y aunque sería así, si al final permitía que Jason se casase con Melissa, no estaba seguro de que él pudiese verlo, pues su sobrina se iría a vivir con Jason y la relación entre Amanda y él ya no tendría sentido. Aquella idea le perturbó.

Después de la comida, salieron al jardín trasero de la casa para disfrutar el sol y de la suave brisa que se había levantado. Jason y Melissa iban delante, hablando animadamente y tomados de la mano. Joyce había sentido el impulso de separarlos, pero una vez más, Amanda se lo impidió con una mirada de advertencia.

-Darse la mano en un lugar privado no es indecoroso –le dijo, mientras caminaban tras ellos–. Jason la respeta.

-Lo sé –le costaba admitirlo.

-¿Qué te hizo cambiar de opinión? –era una duda que la estaba carcomiendo por dentro y necesitaba saberlo.

-Estaba equivocado con respecto a Jason –la miró fugazmente–. Me ha demostrado en más de una ocasión que es merecedor de mi confianza y del amor que Melissa le profesa. No digo que esté dispuesto a concederle su mano ya, porque sigo pensando que es muy joven todavía, pero no puedo pensar en nadie más adecuado que él para cuidarla. La ha defendido siempre y ha velado

por su bienestar aún cuando yo no le permitía acercarse a ella. Pero lo más importante para mí es que la ha respetado aún sabiendo que haría cualquier cosa que le pidiese porque está enamorada de él.

-¿Ahora crees en el amor? –lo miró extrañada.

-Melissa cree en él.

-Ya me parecía a mí que eran demasiados cambios en ti para un solo día –rió bajo.

Habían reducido la marcha hasta que perdieron de vista a Jason y Melissa. Sus deseos de estar a solas con Amanda superaban sus ganas de vigilar a la pareja. Tal vez porque en el fondo era cierto que confiaba en que Jason respetaría a su sobrina incluso sin carabina.

-Diría que me merezco un beso por mi cesión, ¿no crees? –la detuvo para enfrentar sus miradas.

-Te mereces un beso de tu sobrina, ciertamente. Nada tengo yo que ver con eso.

-Tú tienes mucho que ver, Amanda –se acercó a ella, ansiando tocarla–. No estaríamos aquí si no fuese por ti.

-Adulándome no conseguirás nada, Joyce –contuvo el aliento al sentir sus manos sobre los hombros–. Te dije que solo sería una noche.

-Me das la prueba –le susurró al oído– para negarme el dulce después.

-No seré una amante más –apenas conseguía hablar, sintiendo los labios de Joyce tan cerca de su cuello–. Yo no soy así.

-Dame una noche, Amanda –la besó allí donde palpitaba una vena y sintió cómo se estremecía–. Solo una noche entera. Y si después sigues pensando lo mismo, te juro que no volveré a tocarte aunque me cueste la vida.

-No más noches para nosotros, Joyce –tragó con dificultad.

-Por favor –le susurró su súplica al oído. Jamás en su vida había tenido que rogar a nadie, pero por ella, lo haría.

Amanda cerró los ojos y sintió los labios de Joyce apoderándose de los suyos. Había creído que podría mantenerse firme en su decisión de no darle lo que quería, pero tenerlo cerca con los recuerdos de la noche anterior tan frescos en la mente le impedía pensar con claridad. Quería hacerle rogar, cierto, pero no

por una noche de pasión, sino por toda una vida juntos. Y, al parecer, estaba fracasando.

-Basta –se separó de él para recuperar el control–. No habrá más besos ni más noches para nosotros. Si me quieres en tu cama, será tras pasar por el altar. Te lo dije una vez y me reitero en ello. Busco amor, Joyce, no lujuria.

-¿Por qué darme una noche entonces? –parecía enfadado.

-Porque... –no podía darle la verdadera razón y no encontraba ninguna otra que fuese creíble.

-Te lo diré yo –volvió a sujetarla por los brazos–. Porque me deseas, Amanda. Tanto como yo a ti. ¿Para qué negarnos el placer? Podríamos disfrutar mucho juntos. Podría demostrarte lo increíble que sería tenernos el uno al otro cada noche.

-¿Y fingir por el día que no somos más que amigos? –se soltó nuevamente, frustrada–. O peor todavía, que todos sepan que me he convertido en tu amante. En otra de tus conquistas. No, Joyce. Soy una mujer respetable, no me rebajaré a eso.

Se alejó de él, dejándolo pensativo. ¿Rebajarse? Jamás había pensado que ser su amante significase tener que rebajarse. Así como tampoco la hacía menos respetable. Lo último que quería era perjudicarla. Pensó también en sus otras amantes. Todas ellas habían decidido alejarse de la ajetreada Londres cuando su relación terminó. Él se había encargado de que tuviesen medios suficientes para hacerlo y para vivir bien el resto de sus días. ¿Sería porque su reputación se había visto dañada? Nunca se lo había planteado de ese modo. No era el primero ni sería el último en tener amantes. Nadie criticaba a un hombre por procurarse ese tipo de diversión incluso si estaba casado, pero no se había parado a pensar en lo que suponía para las mujeres aceptar proposiciones de ese tipo.

-Maldita sea –gruñó al comprender que Amanda podía estar en lo cierto.

Una mujer que aceptaba acostarse con un hombre sin estar casados, era considerada una mujer sin moral. Poco importaba que ambos estuviesen de acuerdo en ello. Así era la mentalidad de la sociedad. Retrógrada e implacable. Cruel con aquellos que osaban ir contra las normas de conducta establecidas. Por una vez en su vida, se puso en la piel de sus amantes y no le gustó lo que vio. Cuando buscó a Amanda para hablar con ella sobre el tema,

descubrió que ya no estaba en la casa.

-Han tenido que irse –le dijo Melissa con pesar–. Al parecer ha surgido un problema en uno de los almacenes del puerto. Jason me ha pedido que te diga que no es vuestra mercancía y que puedes estar tranquilo.

-Iré igualmente, por si puedo ayudarles en algo –decidió.

-¿Puedo acompañarte?

-No, el puerto no es lugar para una señorita.

-Pero Mandy...

-No, Melissa –la interrumpió–. Tú te quedarás aquí y no saldrás de casa hasta que yo llegue, ¿entendido?

-Entendido –ocultó su decepción inclinando el rostro.

-Te prometo –le dijo levantando su barbilla– que invitaremos a Jason y Amanda a comer de nuevo mañana, si tú quieres.

-Gracias –se colgó de su cuello y Joyce tardó en reaccionar.

Era la primera vez que su sobrina se mostraba tan espontánea con él. Siempre mantenía las formas y lo más que lograba de ella eran sonrisas sinceras cuando la consentía en algo. Cuando le respondió a su abrazo, sintió un aleteo en su corazón y supo que le gustaban aquellas muestras de afecto de su sobrina.

-No salgas –le recordó.

-No lo haré –le sonrió–. Te lo prometo.

No tardó demasiado en llegar al puerto y localizarlos. Había visitado sus almacenes con Jason en varias ocasiones. Mientras se acercaba, pudo ver cómo Amanda sermoneaba al encargado. No podía oír lo que decía, pero la forma en que lo enfrentaba y el modo en que él parecía encogerse cada vez más, le indicaba que estaba consiguiendo que el hombre se arrepintiese de lo que fuera que hubiese hecho mal.

-Lo revisamos cada noche, excelencia –le oyó decir una vez los alcanzó–. No había nadie dentro cuando echamos la llave, se lo juro. Y el guardia que vigila el puerto durante la noche asegura no haber oído nada.

-¿Cuál de los guardias, Owen? –Amanda estaba furiosa– ¿El que bebe hasta la inconsciencia o el que se trae putas para que le entretengan?

-No es mi culpa que nadie más quiera ese trabajo –protestó.

-Os entregamos hace meses más dinero para que aumentaseis el sueldo de los guardias y así poder contratar a alguien más competente –lo amenazó con el dedo– ¿Qué ha pasado con él?

-Nadie se presentó, excelencia.

-¿En serio piensas que me creeré esa falacia? Seguramente os lo habréis gastado en alcohol y...

-Mandy –Jason la detuvo con solo pronunciar su nombre.

-¿Qué sucede? –Joyce creyó que era momento de intervenir.

-Han entrado a robar en uno de nuestros almacenes.

-Robar no, Jason –lo corrigió Amanda, todavía furiosa–. Lo han destrozado todo. Si al menos hubiesen robado, podría entender sus razones. En el mercado negro habrían ganado bastante con la mercancía.

-¿Habéis llamado a la policía?

-Ya están en camino –Jason continuaba mirando a su cuñada–, pero no podrán hacer mucho. Si no hay robo, no hay delito para ellos.

-Dirán que algún empleado despechado se vengó de nosotros destrozando la mercancía –concluyó Amanda, mirándolo por primera vez.

Esperaba ver sus ojos refulgentes de ira, después de cómo había reprendido a su encargado, pero lo que se encontró fue preocupación e impotencia. Deseó consolarla, pero no se veía correcto que la abrazase allí y odió no poder hacerlo.

-Contrataremos a un detective privado –sugirió, incluyéndose a sí mismo–. Si encontramos a los culpables, la policía no podrá desentenderse del caso.

-Sería inútil –suspiró Amanda, resignada–. Centrémonos en ver si se ha salvado algo, aunque no tengo demasiadas esperanzas. Han hecho un gran trabajo.

Sin esperar a comprobar si la seguían, entró en el almacén y comenzó a remover los restos de lo que una vez había sido un mueble de muy buena calidad, sin importarle que su vestido se ensuciase en el proceso. Jason la siguió segundos después y Joyce en cuanto se quitó la chaqueta y remangó su camisa. Si lo único que podía hacer por Amanda era ayudarla con todos los

destrozos, que así fuera. Envió a uno de los mozos de almacén a buscar a sus propios trabajadores para que colaborasen.

La policía llegó un par de horas más tarde e interrogó a todos los presentes, sin mucho entusiasmo, llegando a la conclusión de que algún trabajador despedido había querido vengarse de ellos, tal y como había vaticinado Amanda.

-Ahora que la policía se ha ido –Joyce se acercó a Amanda para hablarle–, deberías irte a casa.

-Es mi mercancía –protestó–. No dejaré el trabajo a los demás. Puedo continuar revisándola perfectamente.

-Sé que puedes –ignoró la mirada furibunda que le lanzó–, pero Melissa ha de estar preocupada por no tener noticias nuestras y me gustaría que fueses con ella.

-Ve tú y me quedo yo.

-Por favor, Amanda –le rogó–. No veas en mi petición lo que no hay.

-Joyce tiene razón, Mandy –Jason lo apoyó en aquella idea–. Ve con Mel.

-Claro –lo miró ceñuda– ahora sales en su defensa. Muy bonito, Jay.

-Mandy –intentó tomarla del brazo–, ha sido un día duro.

-Y todavía falta mucho trabajo por completar –se deshizo de su agarre.

-Tú sabrás tranquilizar a Melissa mejor que él –señaló a Joyce y aunque este se sintió ofendido en un principio, supo que lo decía solo para convencerla de que se fuese–. Estoy seguro de que estará muy preocupada.

-Ya –habló con dureza mientras limpiaba sus manos en la falda del vestido–. Apela a mi buen corazón. Eso siempre te funciona, ¿verdad?

-No...

-No digas nada –lo interrumpió–. Enviaré a Peter de regreso en cuanto llegue a Manor House. Allí te esperaré, pero no creas que no te la guardaré, Jason. Tengo tanto derecho como tú a estar aquí.

-Lo sé y no...

-Basta –lo detuvo una vez más–. Me voy.

Se giró y caminó con decisión hacia el carruaje. Joyce ni siquiera se lo pensó

al seguirla. Necesitaba hablar con ella en privado y aquel era el mejor momento, quizá el único que tendría. En su casa se habían separado enfadados y ahora volvía a suceder. No podía permitirlo, porque no soportaba verla de ese modo. Sin darle opción, entró detrás de ella en el coche.

-¿Qué crees que estás haciendo?

-Intentar que no te vayas enfadada.

-No tengo paciencia ni ánimos para tonterías, Joyce. No ahora. Puedes volver al almacén con la conciencia tranquila, que mi enfado no es contigo.

-Pero sí el de esta tarde.

-No estaba enfadada –no sonó convencida del todo y ambos lo notaron.

-No quiero discutir contigo –se acercó más a ella– si podemos ocupar nuestro tiempo en algo mejor que eso.

-Ya sabes mi respuesta a eso –remarcó la última palabra para dejar claro a qué se refería.

-Podemos encontrar un equilibrio entre ambas posturas.

En cuanto lo dijo, el recuerdo de sus amantes le hizo fruncir el ceño. ¿De verdad quería exponer de ese modo a Amanda? No pudo pensar demasiado en la respuesta, porque ella captó toda su atención cuando intentó empujarlo fuera del carruaje.

-Lo siento, Joyce, pero hablaba en serio cuando dije que no tengo paciencia ni ánimo para nada. Estoy tan tensa que podría decir algo de lo que luego me arrepienta, así que dejémoslo por ahora. Ya sabes qué debes hacer si me quieres en tu cama y no voy a retractarme ni voy a buscar términos medios por más que insistas. Una vez lo tuve todo y ahora no voy a conformarme con menos –logró sacarlo fuera finalmente–. Si me disculpas, tengo que atender a tu sobrina, que es para lo único que me creéis apta mi cuñado y tú.

-Eso no es cierto.

-Basta, Joyce –le cerró la puerta en las narices y después asomó la cabeza por la ventana–. A Manor House, Peter.

El cochero emprendió la marcha a su orden y Joyce se quedó inmóvil, viendo cómo se alejaba el carruaje. Empezaba a pensar que convencer a Amanda sería empresa imposible y que ya no estaba tan seguro de querer hacerlo. Ciertamente que ella pertenecía a la alta sociedad, no como sus amantes, y ser su

amante no la enviaría al ostracismo, pero pensar en que pudiesen rumorear sobre ella de modo despectivo, lo enfurecía.

Por más que la desease en su cama, no dañaría su reputación. Y aunque quería encontrar ese equilibrio del que había hablado, no tenía ni idea de cuál podría ser. Aún así, no se rendiría. En eso, se parecían. Ambos eran igual de tercos.

Había anochecido casi una hora antes, lo que les dificultaba la labor de recuperación, así que decidieron regresar a casa. Jason subió al carruaje de Joyce, seguido de este. Aunque Peter había ido al puerto, tal y como Amanda le había prometido, lo había enviado a Primrose. Joyce le había asegurado que se encargaría de que llegasen a salvo a casa después de cenar todos juntos en Manor House. Jason estaba desanimado y se recostó de mala manera en el asiento, mientras Joyce prefirió mantenerse en silencio.

-A Mandy no le gustará saber que apenas hemos recuperado nada –suspiró Jason, derrotado, pasado un tiempo.

-Creo que ya se hace una idea.

-Lo sé, pero aún así será una decepción para ella. Precisamente ese cargamento –suspiró de nuevo.

-¿Qué tenía de especial ese cargamento?

-Llevaba meses detrás de esos muebles. Antes incluso, de que yo le ayudase. Trabajó duro para que la empresa confiase en ella y justo cuando le dan una oportunidad... lo destrozan todo. No querrán volver a trabajar con nosotros, ni compensándoles por las pérdidas. Están muy solicitados, ahora que sus muebles se han puesto de moda en Londres.

-Eso lo complica todo, cierto –asintió-. Tal vez yo pueda hablar con ellos.

-Mandy no te lo agradecerá –sonrió por primera vez en horas.

-Supongo que no, pero ahora que somos socios, va a tener que acostumbrarse a que a veces sea yo quien mueva los hilos –añadió, como si no le diese importancia al asunto.

Jason lo miró sorprendido, pero no dijo nada. Aunque supo que había entendido el mensaje oculto en sus palabras. Lo había estado pensando desde que se asociaron para el viaje de las Américas y vio cómo trabajaba Jason. Le estaba demostrando ser un gran estratega y lo quería a su lado. También a Amanda, con esa determinación que tenía a la hora de negociar. Sabía que sumando su experiencia y el poder adquisitivo de los tres, podrían llegar mucho más lejos que por separado. La fusión era una gran opción para ellos.

-No será fácil de convencer de eso –le dijo Jason.

-Yo me encargo.

El cochero avisó de que habían llegado y se bajaron, cada uno ansiando entrar en la casa por un motivo diferente y aún así muy similar. A medida que caminaban hacia la puerta, el ceño de Joyce se iba frunciendo cada vez más. Cuando entraron y miró hacia Jason, tenía el mismo gesto que él. Algo andaba mal.

-Señor –Carl se acercaba a ellos con prisas, algo nada habitual en él–, al fin ha llegado.

-¿Qué ocurre, Carl?

-Son la señorita Evans y su excelencia –su respiración acelerada no presagiaba nada bueno–. No consigo encontrarlas.

-¿Qué quieres decir con que no las encuentras? –Jason sonó tan ansioso como lo estaba él.

-La señorita Evans me dijo que los esperaba en la biblioteca para mantenerse ocupada con algo. Antes de que su excelencia llegase, le llevé un té y algunas pastas y se encontraba bien. Al llegar, su excelencia se reunió con ella allí. Nadie las vio salir de allí, pero cuando envié a alguien a recoger las bandejas vacías hace media hora, no había nadie. Las hemos buscado por todas partes y no aparecen, mi señor.

-¿Nadie las vio salir? ¿Y has llamado a la policía?

-He preguntado a todos en la casa y nadie vio nada –negó–. No me he atrevido a llamar a la policía hasta consultarlo con usted primero. Estaba a punto de enviar a alguien para avisarle.

Entendía por qué Carl había actuado de aquel modo y asintió hacia él para darle a entender que había hecho lo correcto. Si resultaba ser una falsa alarma,

se habría armado un escándalo para nada. Lo dispensó y en cuanto se quedó a solas con Jason, se lo llevó a su despacho para hablar en privado con él.

-Esto es demasiado extraño –dijo Jason nada más se cerró la puerta tras Joyce–. Mandy no se habría ido sin dejar aviso. Y mucho menos se habría llevado a Melissa.

-Además, no tenían carruaje –le recordó él–. Aunque hubiesen salido, ¿a dónde irían sin coche? Y en plena noche.

-No pueden habérselas llevado a la fuerza –dijo Jason después de sopesar las opciones–. Alguien se habría enterado.

-No necesariamente –Joyce se dirigió hacia la puerta mientras hablaba–. Hay formas de obligar a alguien a salir fuera sin que sea por la fuerza. Carl.

Llamó a su mayordomo incluso antes de salir del despacho. Necesitaba hablar con todos sus sirvientes personalmente, para asegurarse de que nadie había ido a la casa en su ausencia. Una idea estaba empezando a formarse en su mente y no le gustaba nada.

-Envía a todos a la biblioteca –le dijo al mayordomo en cuanto lo tuvo delante–. Necesito hablar con ellos de nuevo.

-¿Qué se te ha ocurrido, Joyce?

-¿Y si lo del almacén no fue simple vandalismo? –le preguntó.

-No –negó–. Dios, espero que estés equivocado.

-Yo también.

Entró en la sala y esperó a que llegasen. Jason se paseaba por la estancia, observándolo todo con detenimiento. ¿Buscando algo fuera de lo común, tal vez? Era una buena idea. Mientras tanto él interrogaría a su servicio.

-Necesito saber si alguien vio algo raro esta tarde –comenzó a hablar, sin dirigirse a nadie en particular–. Si mi sobrina recibió alguna visita, si alguien trajo algo o si había gente merodeando por los alrededores después de que yo me ausentase. Cualquier cosa, por insignificante que parezca, puede ser una buena pista. Que no os de vergüenza decirlo.

Cuando permanecieron en silencio, mirándose los unos a los otros disimuladamente, Joyce tuvo la sensación de que creían que los despediría por no haber visto desaparecer a su sobrina. Jason alzó las cejas cuando sus miradas se encontraron y se apoyó contra el escritorio, decidido a no

intervenir, pero sí a prestar atención a lo que pudiesen decir.

-No voy a castigar a nadie por lo sucedido –habló de nuevo–. Solo intento averiguar cuándo y por qué mi sobrina y su cuñada han desaparecido. Estoy convencido de que alguien tuvo que haber visto algo. Cualquier detalle ayudaría.

-Un niño –habló con voz queda una de las criadas más jóvenes, mirando al suelo para esquivar los ojos acusadores de los otros empleados– trajo una nota para la duquesa poco después de que llegase. Yo misma se la entregué, pero no sé qué hizo con ella, su excelencia.

-¿Estaba ya en la biblioteca con mi sobrina?

-No, excelencia, se la di antes de que entrase en la biblioteca. Es... –dudó antes de seguir hablando–. Pensé que el muchacho se la tenía que haber encontrado por el camino porque no tardo ni quince segundos en llamar a la puerta después de que ella entró.

-Muchas gracias, Emma –inclinó la cabeza hacia ella y la joven realizó una reverencia. Parecía aliviada– ¿Alguien más vio algo?

-No, excelencia –se atrevieron a hablar algunos, al ver que no le había recriminado nada a la muchacha.

-De acuerdo –los dejó ir, frustrado, aunque agradecido de saber que alguien se había puesto en contacto con Amanda.

-¿Qué diría esa nota para hacerla salir de la casa sin avisar y llevándose a Mel con ella? –pregunto Jason.

-No lo sé –respondió–, pero debió ser bastante convincente.

-Creo que tenías razón con lo del almacén –apretó la manos en el escritorio para contener una maldición en sus labios.

-Me temo que sí –pasó una mano por el cabello–, pero sin más pistas, no sé por dónde seguir buscándolas.

-Tal vez debamos regresar al puerto, por si se nos pasó algo por alto.

-Es una opción –lo miró–, pero me temo que habrá que esperar a mañana. No veremos gran cosa ni llevando luz.

-No podemos dejar que pasen la noche... a saber dónde.

-No, no podemos.

Jason se levantó de la mesa y uno de los gemelos se desprendió del botón de su camisa. Había olvidado que los llevaba puestos cuando se remangó. Tenía suerte de no haberlos perdido en el puerto. Se quitó el otro antes de que siguiese el mismo camino que el primero y lo guardó en el bolsillo. Cuando se agachó para recogerlo del suelo, vio algo bajo el escritorio. Lo había pasado por alto cuando revisó la estancia. O más bien, no había mirado tan abajo.

-Aquí hay algo –dijo mientras intentaba alcanzarlo–. Creo que... lo tengo.

Se levantó llevando en su mano un papel un tanto arrugado. Lo abrió con curiosidad y lo que encontró en él lo dejó helado. Ni siquiera fue capaz de leerlo en alto, así que se lo pasó a Joyce.

*Querida Amanda,*

*Eres una mujer difícil de encontrar a solas. No me has dejado otra opción. Si quieres ver con vida a tu preciosa protegida, saldrás de la casa en este mismo instante y te encontrarás con nosotros al final de la calle. Procura que no te vea nadie, mi adorada duquesa, o la señorita Evans sufrirá las consecuencias.*

*Un ansioso admirador.*

-Maldita sea –rugió Joyce dando rienda suelta a su rabia–. No puede ser. ¿Cómo han podido secuestrar a Melissa si nadie vio nada? Van a rodar cabezas como...

-No te alteres, Joyce –Jason intentó calmarlo aunque él no se sentía mucho mejor–. Mantén la cabeza fría.

-¿No ves que las dos corren peligro?

-Si dejas que la ira te gobierne, no las encontraremos –tendió la mano para que le regresase la nota–. Permíteme verla otra vez. Tengo la impresión de que conozco esta letra.

-¿En serio? –la sorpresa había borrado la ira.

-Tengo buena memoria para las letras –asintió–. Solo que ahora mismo no estoy seguro de dónde la he visto antes.

-Inténtalo, Jason. Es nuestra mejor pista.

-Lo sé –comenzó a pasearse por la habitación, mirando de vez en cuando la nota, como si así pudiese descubrir quién la había escrito–. Necesito ir a mi despacho.

Joyce lo siguió, rogando en silencio que pudiese ponerle un nombre a aquella letra. Era lo único que podía decirles el modo de encontrarlas. Sin nombres, sin más pistas, podían estar en cualquier parte y con cualquiera. Sería imposible encontrarlas y esa no era una posibilidad que estuviese dispuesto a aceptar.

Una vez en el despacho, Jason buscó entre docenas de papeles con desesperación, seguro de que había visto aquella letra en uno de ellos. Incluso Joyce se le unió, intentando encontrar la similitud entre las letras.

Y mientras buscaban, el miedo por su sobrina crecía. No quería pensar en que pudiese pasarle algo malo. No, después de haber perdido ya a sus padres. La vida no podía ser tan cruel con ella. Ni con él. Melissa era la única familia que le quedaba. Tenía que encontrarla sana y salva o no se lo perdonaría jamás.

También temía por Amanda, sobre todo después de leer la nota que habían encontrado. Saber que estaba en manos de algún degenerado que se había obsesionado con ella, no hacía más fácil su tarea de buscar pistas. La preocupación no era buena compañera de viaje. Y menos, cuando se trataba de dos de las mujeres que más le importaban. Solo su madre y su hermana se habían ganado también ese puesto.

Hasta ese momento, no había contemplado la posibilidad de no tener a Amanda en su vida. Había dado por hecho que sería su amante tarde o temprano. Perder nunca había sido una opción para él porque, desde el mismo instante en que lo engañó para que Jason pudiese bailar con Melissa aquella primera noche, supo que la quería cerca. Aunque tardó en darse cuenta de ello y cometió con ella algunos errores que había esperado empezar a subsanar a partir de aquella noche. Y, sin embargo, ahora...

-Aquí está –Jason interrumpió sus pensamientos con su grito triunfal–. Sabía que lo había visto en algún otro lado.

-¿Quién es?

-Roger Masham –el entusiasmo que había sentido ya no estaba. En su lugar apareció la preocupación.

-Debí suponerlo –la ira creció en su interior, pero también el miedo porque ese hombre no tenía límites. Puede que Melissa corriese peligro con él, pero Amanda... ella sufriría su cólera por el desaire que le había hecho en

Escocia—. Jason, ese hombre es un animal, debemos encontrarlas.

-Y cuanto antes –asintió—. Debe estar muy enfadado con Mandy por lo que pasó en Escocia. Y si se ha atrevido a esto... ¿quién sabe qué más tendrá planeado?

-Y, ¿por dónde empezamos?

Esa era una pregunta de muy difícil respuesta, pues un paso en falso podría llevar a las mujeres al peor de los desenlaces.

-Basta –Amanda se colocó delante de Melissa para protegerla–. Ni se te ocurra acercarte a ella otra vez.

Nada más llegar a Manor House, todavía furiosa con su cuñado y con Joyce por haberla ninguneado de aquel modo, la joven sirvienta le entregó un mensaje. Ni siquiera pudo alcanzar la biblioteca, donde se suponía que Melissa la estaba esperando. En cuanto lo leyó, corrió hacia la sala solo para comprobar que la muchacha no estaba allí, tal y como la nota aseguraba. En un arrebato de ira y frustración, arrugó el papel y lo tiró al suelo, deseando que fuese la cabeza de quien se había atrevido a secuestrar a Melissa. Después, salió de la casa sin ser vista, tal y como le pedían en la nota y se subió al carruaje. No arriesgaría la vida de Melissa por salvar la suya.

El interior del coche estaba en penumbras, pues las ventanas habían sido tapadas, y solo pudo identificar a la muchacha por su voz. Escuchar sus sollozos le rompió el corazón, así que la buscó en la oscuridad y la abrazó con fuerza para consolarla.

Habían viajado durante horas y aunque no sabía hacía dónde se dirigían, tenía la sensación de que habían salido de Londres. Al bajar del carruaje pudo vislumbrar, a la luz de la luna, que se encontraban en medio de la nada y que la única forma de huir de allí era el mismo carruaje que las había llevado, pero que se fue nada más meterlas a ellas en la casa.

-¿Y qué piensas hacerme? –Jacob rió, sabiéndose ganador de la pelea–. No tienes fuerza suficiente para detenerme.

Aunque se sorprendió de ver, cuando las ayudó a bajar, al que una vez había estado viviendo a costa de su cuñado, no lo hizo tanto saber que tan solo era

un esbirro de quien había escrito la nota. El dinero era lo único que movía a Jacob Thorton. Y tal vez, también la lujuria.

-Nunca subestimes a una mujer enfadada –lo amenazó–. Si osas tocar un solo cabello de Melissa, haré que te arrepientas.

-Comprobémoslo.

Jacob se acercó a ellas de nuevo y Amanda envió hacia el otro extremo de la habitación a Melissa para que no la alcanzase. Tal vez tuviese razón en que no podría hacer nada para impedirlo, pero al menos le presentaría fiero batalla. Jacob era un hombre corpulento, pero sobre todo, falto de escrúpulos. Sabía que la golpearía sin ningún pudor, si con ello tenía vía libre para ir por Melissa. Precisamente por eso había sido elegido para hacer el trabajo sucio.

-Jacob, déjalo ya –la potente voz de Roger resonó en el cuarto–. Te dije que la muchacha era intocable.

Y he ahí el verdadero artífice de todo aquel despropósito. Roger Masham, el duque de Norfolk. Jamás en su vida hubiese creído que alguien de su clase fuese capaz de cometer tamaña locura por una mujer. Recordó que Joyce le había advertido sobre él y no le había creído. Pensaba que eran los celos los que le hacían hablar así, pero ahora se arrepentía de no haberle hecho caso. Tal vez Roger no se habría obsesionado con ella y nada de eso habría ocurrido, si lo hubiese frenado cuando se interesó por ella por primera vez.

-¿Por qué? –protestó, claramente disgustado–. No es justo. Tú a la otra pretendes hacerle mucho más que tocarla.

-Porque lo digo yo –rugió–. Solo estás aquí para vigilarlas en mi ausencia, no para aprovecharte de alguna de ellas. La señorita Evans es virgen y ha de seguir siéndolo cuando se la devuelva a su tío. No quiero problemas con Castlemaine. Ella solo era un señuelo para Amanda.

-Pues no sé a qué esperas para liberarla –dijo Amanda, deseosa de que al menos Melissa saliese de allí. Sería un alivio para ella.

-No es tan fácil, querida –se acercó a ella y Amanda retrocedió. No deseaba su contacto–. Antes debo encontrar un lugar donde llevarte. Sé que en cuanto la libere, le irá con el cuento a tu cuñado sobre este lugar así que necesitamos estar muy...

-Jason ya conoce este lugar –lo interrumpió Jacob.

-¿Qué? –Roger se giró hacia él enfadado– ¿Qué estás diciendo? Tú me aseguraste que nadie nos encontraría aquí y ahora me vienes con eso.

Se acercó a él y lo sujetó por el cuello de la camisa, llevándolo consigo hasta que dio con su espalda contra la pared. Estaba furioso y Amanda temió que lo matase. Después de lo que les había hecho, lo creía capaz de todo. Sintió escalofríos al pensar que había llegado a tenerlo en cuenta en algún momento como posible pretendiente. Cuán equivocada había estado con él.

Se alejó de ellos, reuniéndose con Melissa en la otra punta del cuarto y la abrazó. Sintió cómo temblaba y frotó sus brazos. La joven estaba muy asustada, también ella, aunque no permitiría que nadie lo supiese. Si algo había aprendido en los años que siguieron a la muerte de John, era que la gente se aprovechaba de las debilidades de los demás en beneficio propio. No había tenido otra opción que aprender a ocultar su miedo para poder sobrevivir en un mundo dominado por los hombres.

-No creo ni que se acuerde de este lugar –Jacob hablaba con dificultad porque Roger lo estaba ahogando con su agarre–. Solo estuvo aquí un par de veces cuando nos conocimos. Y eso fue mucho antes de que nos trasladásemos todos a su mansión para vivir con él.

Roger seguía apretando y el rostro de Jacob se volvía violáceo por momento. Amanda temió una vez más que lo matase y, a pesar de que no se mereciese otra cosa, prefería no tener que ser testigo de su muerte. Se armó de valor e intentó detenerlo.

-Basta ya, Roger –le dijo–. Lo matarás.

-No se merece otra cosa –gritó, pero aún así, lo soltó.

-Jason no sabe que nosotros secuestramos a las mujeres –dijo Jacob tosiendo–. No tiene por qué venir a buscarlas a aquí.

-Más te vale que sea así –lo amenazó– porque te mataré si lo veo aunque sea cerca de esta casa.

Amanda apretó más a Melissa cuando Roger se acercó a ellas. Podía oírla sollozar, aunque intentase ocultarlo cubriéndose el rostro con las manos. Se sentía impotente ante la situación y no sabía cómo hacer para evitarle más males. Si al menos Roger la dejase irse ya.

-Tú y yo vamos a hablar ahora, querida –le tendió la mano.

-Tú y yo no haremos nada hasta que Melissa esté a salvo en su casa –se mantuvo firme–. No la dejaré sola con ese.

Cuando señaló con la cabeza a Jacob, Roger hizo una mueca de disgusto. Si con ello lograba más tiempo, usaría esa baza tantas veces como le fuese posible. Y si conseguía que la liberase, se sentiría aliviada. Sin tener que preocuparse por Melissa, podría concentrarse mejor en trazar un plan que ayudase a Jason a encontrarla en ese lugar al que Roger pretendía trasladarla. A pesar de que le hubiese gustado escapar por su cuenta, sabía que se arriesgaba a que Roger la capturase de nuevo. Era más fuerte y más rápido que ella.

-Sabes que podría obligarte, Amanda –le dijo en un susurro, que sonó incluso más amenazador que si le hubiese hablado en voz alta.

-Pero no lo harás, Roger –apeló a su caballerosidad, aunque ya no estaba segura de que tuviese de eso.

-No, no lo haré –se acercó a ella y le susurró, esta vez al oído–. Te prefiero bien dispuesta y créeme que cuando acabe contigo, harás todo cuando yo te pida. Puedo esperar, soy un hombre paciente cuando la recompensa lo merece. Y tú, querida, eres cuanto deseo en este momento.

Un sudor frío cubrió su cuerpo al imaginar lo que podía tener Roger planeado para ella. Si lo que Joyce le había dicho era cierto, le esperaba algo realmente aterrador. Aún así, mantuvo la mirada al frente, desafiante, para no demostrarle el miedo que sentía en ese momento.

-No tardaré –dijo entonces, alejándose de ellas–. Vigílalas bien, Jacob. Y ni se te ocurra tocarlas. Como tengan un solo cabello desordenado cuando regrese, te torturaré hasta que supliques por tu muerte.

-Mandy –Melissa susurró en cuanto Roger desapareció–, tengo miedo.

-Todo saldrá bien, cariño –acarició su brazo nuevamente, para infundirle valor–. No te preocupes, voy a sacarte de aquí.

-¿Y tú?

-Yo... –vaciló–, estaré bien. Lo importante es que puedas volver a casa.

-No quiero irme sin ti –las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos.

La sujetó con ambas manos por los brazos para enfrentar sus miradas porque era importante que comprendiese que la única salida para ellas era que la

soltasen. Aquella era la única forma de que Jason y Joyce tuviesen una oportunidad de encontrarla a ella después.

-Necesito que seas valiente ahora, Mel. Por mí. Necesito que le cuentes a Jason todo lo que acabamos de escuchar. Debe saber que Jacob Thorton ayudó a Roger. Ese maldito tiene que pagar por esto también.

-¿Y si no me sueltan?

-Lo harán. Roger no se va a arriesgar con tu tío. Le tiene miedo. Cree que si te libera, él no se molestará en seguir buscándome a mí.

-Mi tío lo hará –dijo, ansiosa.

-Lo sé –intentó tranquilizarla–, pero debemos mantener eso en secreto. Si Roger sospecha de que Joyce ayudará a Jason, no te liberará porque querrá tener algo con qué negociar con él.

-¿Por qué está haciendo esto?

-Porque está loco –la abrazó al ver sus lágrimas–. Hay personas que creen que su dinero puede comprar todo cuanto desean. Y cuando algo no está a su alcance, simplemente lo toman, sin importarles las consecuencias. Esa gente es peligrosa.

-El duque de Norfolk parecía tan educado siempre.

-Y lo es. Le han enseñado a serlo.

-Pero es un hombre horrible.

-Se deja dominar por sus más bajos instintos –se estremeció al pensar en ello–, pero no te preocupes. A ti te liberará y a mí me rescatarán. No nos pasará nada malo.

-Eso espero, Mandy.

-Y yo –susurró para que no la escuchase, porque aunque había tratado de sonar segura por Melissa, no lo estaba.

-Dejad de cuchichear –les gritó Jacob y decidieron hacerle caso, solo para que se olvidase de ellas mientras estuviesen los tres solos.

Si Roger era un mal hombre, Jacob parecía mucho peor. Porque no hay nada como una persona sin escrúpulos que no tiene nada que perder. Esos eran los más peligrosos de todos. Y Jacob entraba en esa categoría. Mientras pensaba en ello, una idea empezó a formarse en su mente.

Aunque ninguno de los dos creyó que espiar en la mansión del duque de Norfolk fuese a dar sus frutos, no se les ocurrió nada mejor que hacer después de que lady Masham les asegurase que su hijo no estaba allí. Porque buscarlo por los antros de los bajos fondos de Londres no era ninguna solución ya que sería el último lugar donde estaría, ahora que tenía a las mujeres en su poder.

-Tal vez deberíamos investigar si tiene alguna casa a su nombre –sugirió Jason mientras esperaban escondidos no muy lejos de la mansión–. Si ha mantenido a una amante, la tendrá y podría haberlas escondido allí.

-Ese hombre no puede tener amantes, Jason –torció el gesto al pensarlo–. Ninguna mujer que tenga elección aceptaría sufrir, por gusto, las humillaciones y vejaciones a las que somete a las prostitutas. Sé de alguna que ha salido mal parada después de pasar un par de horas con él.

-Que me cuentes eso ahora no me ayuda, Joyce.

-Lo sé.

Tampoco a él le ayudaba pensar en ello, pero no podía dejar de hacerlo. Desde que supo que Norfolk las había secuestrado, por su cabeza no dejaban de pasar imágenes de las mujeres a las que había golpeado y vejado durante sus encuentros, solo por el placer que eso le producía. Y aunque no se solía hablar de eso, sabía que alguna de ellas no había sobrevivido tras pasar la noche con él. Era un hombre cruel y de mente enferma, que se aprovechaba de la inmunidad que su título le confería para dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Elegía a mujeres que no podían protestar y a las que nadie escucharían de atreverse a hacerlo. Mujeres que, por un poco más de dinero, mantenían la boca cerrada. Aunque él creía que el miedo era más poderoso

que el dinero en ese caso.

Solo pensar en que pudiese ponerle un dedo encima a Amanda o a su sobrina, la sangre le hervía y la impotencia aceleraba su corazón. Necesitaba encontrarlas antes de que Norfolk tuviese tiempo de hacerles algo, pero no sabía dónde buscar y eso era muy frustrante. Conocía muchos rumores sobre sus actividades libidinosas, pero ninguno de ellos le servía para poder localizar el lugar donde las tenía retenidas. Que apareciese por su casa era su mejor baza y eso solo dependía de la suerte, algo que no le gustaba, acostumbrado como estaba a controlar siempre la situación.

-¿Y si le ayudó alguien? –sugirió Jason–. Aunque sea un hombre fuerte, dudo que pudiese controlarlas a ambas él solo.

-Seguramente tengas razón, Jason, pero tampoco nos sirve de mucho saberlo. Lo más probable es que le haya pagado a algún desgraciado necesitado de dinero para que le ayudase. Y me temo que de esos abundan en Londres.

-Cierto, pero muy pocos se atreverían a secuestrar a tu sobrina, Joyce, por mucho dinero que les pagase Norfolk. Te tienen más miedo a ti.

-Incluso así, la lista sería demasiado larga para ir descartando gente. No tenemos tanto tiempo.

No pretendía desanimar a Jason, pero tampoco podía dejar de ser realista. Sin más pistas que la nota, no estaban más cerca de encontrarlas que antes de averiguar que la letra pertenecía al duque de Norfolk. Necesitarían un milagro y, por desgracia, él no creía en esas cosas. La vida le había enseñado que nada era regalado. Si querías algo, debías luchar por ello.

-Pues yo no puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que están en peligro –continuó diciendo Jason, desesperado–. Tiene que haber algo más que podamos hacer.

-Estoy pensando en ello –le dijo Joyce.

Pero antes de que pudiese decir más, vieron llegar un carruaje de alquiler y a Roger bajar de él. Jamás habrían esperado tener tanta suerte. O estaba muy seguro de que nadie sospechaba de él o era un temerario. De cualquiera de las maneras, a ellos los beneficiaba.

-Esto sí que es un golpe de suerte– susurró Jason en cuanto lo vieron salir de la casa minutos después y subir al carruaje de nuevo.

-No cantes victoria todavía, Jason. Puede que no nos lleve hasta ellas.

-Pero podemos atraparlo y obligarle a hablar. A mí me sirve esa opción también –se encogió de hombros.

-De momento, lo seguiremos. No voy a arriesgarme con él.

Hacerle hablar como sugería Jason no sería sencillo. Conocía bien a Norfolk y no era de los que se acobardaban fácilmente. Haber secuestrado a dos damas de alta cuna sin vacilación era prueba más que suficiente de ello. Lo creía capaz de todo, así que no intentaría atraparlo si no era estrictamente necesario. Bien podía haber dicho que, si no aparecía a una hora concreta por el lugar donde las tenía retenidas, acabasen con sus vidas. Y por eso, lo siguieron por las calles de Londres a una distancia prudencial, evitando así ser descubiertos por él, hasta que se apeó frente a uno de los antros que más solía frecuentar.

Esperaron tan solo un par de minutos antes de adentrarse en el edificio tras él. Estaba atestado de hombres y olía a humanidad sudorosa y alcoholizada. Las camareras que servían las copas y las que acompañaban a los hombres por algo de dinero, vestían con tan poca ropa que bien podrían haber estado desnudas y nadie habría notado la diferencia. Era uno de esos lugares a los que ni Jason, en sus peores momentos, se habría atrevido a frecuentar.

La escasa luz también dificultaba su búsqueda y, después de no verlo por ningún lado, temieron que hubiese descubierto que lo seguían y hubiese entrado allí para despistarlos. Ya habían decidido salir fuera para comprobar que el carruaje continuaba allí, cuando lo localizaron.

-Allí está –lo señaló Joyce, al fondo del local, sentado en una de las mesas, conversando con un hombre de dudosa reputación. Ni el traje que llevaba ni su aspecto de perfecto caballero, los engañaba. Puede que en los bajos fondos lo considerasen un hombre importante por hacer negocios con Norfolk y otros de su condición, pero eso no lo convertía en quien le gustaría ser.

-Lo necesito cuanto antes –decía Roger–. No me fío de Thorton. Ese idiota acabará metiéndome en líos.

-No lo hará. Le gusta demasiado el dinero.

-No estoy tan seguro. He tenido que amenazarlo para que no se acerque a la señorita Evans. Te juro que si toca un solo cabello a la joven lo pagará con la vida. La necesito intacta para que Castlemaine no se me venga encima cuando la libere.

-No te preocupes por él. Cumpliré con su parte.

-Apresúrate con la casa –insistió–. Y asegúrate de que resulte imposible encontrarnos en ella o no verás una sola libra.

-Sabes que no te fallaré.

-Más te vale –lo amenazó, después de beber un buen trago de su copa–. Hasta que no haya devuelto a la más joven, no estaré tranquilo.

-¿De verdad crees que Castlemaine dejará de buscar a la otra si le entregas a su sobrina? Por lo que he oído, está bastante... interesado en ella.

Había ido disminuyendo el volumen de su voz hasta llegar a un susurro, como si decirlo en voz alta fuese pecado o estuviese prohibido. O como si fuese a convocar al mismísimo demonio.

-A Castlemaine solo le interesa que le calienten la cama –le sonrió con socarronería–. Cuando le haga ver que ella me ha elegido a mí, se buscará a otra y asunto resuelto.

Joyce apretó la mandíbula, furioso, al comprender que Amanda estaba en boca de todos por su culpa. Amanda no era un simple capricho para él y no la quería en su cama como algo pasajero. Le molestaba que pensasen eso, pero, sobre todo, se reprendía a sí mismo por no haber pensado en las consecuencias para ella con su insistencia.

-Esperemos que tengas razón.

-Siempre la tengo –se levantó, soltando varias monedas en la mesa para pagar las bebidas–. Búscame esa maldita casa. Nos veremos mañana a la misma hora.

-Aquí estaré con buenas noticias para ti –le aseguró.

Se ocultaron cuando Roger pasó a su lado y lo siguieron fuera, pasados unos segundos. Tenían la esperanza de que ahora los llevase hasta las mujeres, pues la sola idea de que pasasen la noche con Jacob Thorton cuando ni Roger confiaba en él, se les hacía impensable.

Lo siguieron en la distancia una vez más y comprobaron, con consternación, que Roger se dirigía a su casa. Una vez despidió al cochero, Joyce golpeó con fuerza la puerta de su carruaje.

-Maldita sea –masculló–, las va a dejar solas con ese hombre.

-No puede ser –Jason estaba pálido—. Es un maldito hipócrita. Acaba de decir que no se fía de él, pero aún así las deja a su merced. Voy a...

Joyce lo detuvo cuando intentó bajarse del carruaje. A pesar de que también él disfrutaría sacándole la localización a golpes, no podían arriesgarse. Si Roger decidía no hablar, que era lo más probable, Amanda y Melissa correrían todavía más peligro. Solo podían esperar a que al día siguiente decidiese ir a verlas.

-Jason, si lo haces –le dijo—, podríamos perder la única ventaja que tenemos. Norfolk no se dejará intimidar tan fácilmente. ¿Es que quieres que pasen más tiempo a solas con Jacob?

Jason perdió el color de nuevo y Joyce temió, por un momento, estar equivocándose al pedirle que esperase. ¿Y si el que las vigilaba era peor que Roger?

-Si no va a por ellas por la mañana –le concedió—, se lo sacaré a golpes.

-Yo te ayudaré –le aseguró.

Regresaron a Manor House, donde Joyce se encargó de enviar a alguien a vigilar a Roger, no fuese a desaparecer en medio de la noche y perdiesen la única oportunidad que tenían de descubrir dónde estaban las mujeres. Después, acudieron a la biblioteca, para tomar una copa que temperase sus nervios y para esperar a que el sueño los venciese o el día llegase.

-¿Dónde las tendrán ocultas? –Jason habló tan de repente, que los hielos de la copa de Joyce tintinearón. Lo había sorprendido.

-En cualquier lugar.

-No en cualquiera –se levantó y comenzó a pasear por la sala, ya que siempre había pensado mejor en movimiento—. Tiene que ser un lugar donde nadie pueda escucharlas si gritan y de donde no puedan escapar aunque lo intenten. No se arriesgaría a dejar un solo hombre vigilándolas, si no estuviese seguro de que puede hacerlo perfectamente, ¿no crees?

-Si estás insinuando que se las ha llevado fuera de Londres, será todavía más difícil localizarlas –dijo Joyce, derrotado.

Jason caminó por la estancia durante largo tiempo, ignorando a Joyce y hablando en susurros. Los nervios de Joyce, ya de por sí alterados, se resintieron con aquel vaivén y decidió fijar su vista en la copa que tenía en la

mano para intentar no gritarle. Los pasos de Jason se detuvieron de golpe y Joyce irguió la espalda del sillón en el que se había recostado, expectante, al ver en sus labios una sonrisa y esperanza en sus ojos.

-Sé dónde podrían estar –dijo entonces Jason.

La oscuridad de la noche los amparaba y pudieron acercarse sin alertar a nadie. Antes de emprender el camino hasta la casona que había pertenecido a los Thorton antes de que la fortuna de la familia se perdiese por una mala gestión, discutieron sobre si llevarse refuerzos o no. O sobre si alertar a la policía de lo que estaba sucediendo. Finalmente, decidieron ir solos, por si Jason se había engañado y no encontraban a nadie allí. No querían alarmar a Roger y darle la oportunidad de huir con Amanda.

Se asomaron por una de las ventanas, investigando el interior antes de aventurarse a entrar. Estaba tan oscuro como fuera, salvo por la tenue luz que se vislumbraba en la parte de arriba. Suponiendo que estarían allí, buscaron una entrada y rogaron por no tener que hacer ruido para acceder a la casa. Perderían el factor sorpresa si eso sucedía.

-Si esto sale bien –le susurró Joyce a Jason–, juro que te casarás con mi sobrina.

-¿Qué? –lo detuvo antes de que se adentrara en la cocina por la ventana que estaba abierta.

-Hablabamos más tarde de eso –se soltó de su agarre y entró.

Jason lo siguió segundos después, repuesto ya de su juramento. Se movieron por la casa en silencio y a oscuras, tanteando cada obstáculo para no hacer ruido al chocarse con algo. La luz en el piso de arriba no era de gran ayuda, salvo para indicarles hacia dónde debían caminar.

-No –aquel grito los instó a olvidar toda precaución y corrieron escaleras arriba.

Entraron en el cuarto justo en el momento en que Amanda se lanzaba contra Jacob para evitar que este levantase las faldas de una asustada Melissa, que yacía bajo él. El golpe que Jacob le propinó en respuesta, la hizo tambalearse y caer de espaldas.

-Basta –gritó Amanda de nuevo, poniéndose en pie.

Pero Jason fue más rápido y lo sujetó con fuerza por la espalda para apartarlo de Melissa. En cuestión de segundos, ya lo tenía acorralado contra una pared.

-Serás hijo de puta –le gritó antes de asestarle un fuerte golpe en la boca del estómago que lo hizo doblarse por la mitad–. Mídete con alguien que pueda presentar igual batalla, maldito.

Joyce ayudó a su sobrina a levantarse y limpió sus lágrimas con cuidado. La abrazó con fuerza y le susurró palabras de consuelo para acallar su llanto. Amanda se acercó a ellos y aunque tenía el cabello revuelto y el labio partido, le pareció la mujer más bella del mundo. Y sin embargo, por primera vez desde que se habían conocido, también la vio vulnerable. Sin importarle si lo rechazaba o no, la abrazó también a ella y le plantó un beso en los labios. El alivio que sentía de saberla viva fue muy revelador para él.

-¿Estáis bien? –les preguntó a ambas, que asintieron.

Jason seguía golpeando a Jacob sin clemencia, mientras este se cubría el rostro con las manos, incapaz de defenderse de otro modo de su furia.

-Por favor, Joyce –le rogó Amanda–. Detenlo. Lo matará.

-No merece otra cosa.

-Pero Jason no merece el cargo de conciencia que le quedará por haber matado a un hombre. Una vez consuma su ira, serán los remordimientos quien no le dejen en paz. Por favor.

En ese momento, algo en el interior de Joyce se quebró y la luz del entendimiento lo iluminó. Había jurado no amar a nadie y había cumplido, hasta que llegó Amanda. Ya no la quería como amante, metiéndola en su lecho por las noches y fingiendo por el día que no eran más que amigos. La quería al completo. En su mesa, en su cama, en su hogar. La quería sin restricciones y sin mentiras. La quería a su lado por el resto de sus días, a tiempo completo.

Separó a los combatientes y amordazaron a Jacob para llevarlo a la comisaría. Le obligarían a confesar y se asegurarían de que el nombre de Norfolk

apareciese en su versión de la historia. Esta vez no habría forma de que se librase de pagar por sus crímenes, aunque sabían que no iba a ser del modo en que les hubiese gustado, ya que sus contactos y su dinero terminarían acallando el escándalo. Sin embargo, harían que su nombre se viese arrastrado por el fango para que ninguna mujer quisiese jamás acercarse a él.

En el viaje de regreso, nadie habló. Jason abrazó a Melissa todo el camino y besaba su cabello de vez en cuando. Joyce deseaba hacer lo mismo con Amanda, pero tuvo que contenerse. Sabía que no tenía derecho a hacerlo, al menos hasta que hablasen y aclarase algunas cosas con ella.

Dejaron a las mujeres en Manor House antes de dirigirse a la comisaría. Para cuando estuvieron de regreso, la casa estaba en completo silencio. Jason se despidió de él, dispuesto a dormir un poco antes de que amaneciese, pero Joyce decidió tomarse una última copa en la biblioteca y allí descubrió a Amanda, con un libro en la mano, sentada en uno de los sillones.

-Ya habéis vuelto –en cuanto lo vio, dejó el libro a un lado y se levantó–  
¿Cómo ha ido?

-Lo confesó todo –se sirvió la copa, temeroso de acercarse por el momento a ella y no poder controlar el impulso de besarla. Antes debían hablar–. Norfolk no tardará en ser arrestado.

-De poco servirá –escuchó su suspiro y la miró–. Lo protegerá su título, como siempre. Y si así no lo consigue, lo logrará con el dinero que posee.

-Esta vez no podrá tapar el escándalo a tiempo, Amanda. Para cuando salga del calabozo, todo Londres sabrá lo que ha hecho. Su título y su dinero conseguirán que muchos perdonen pronto sus fechorías, cierto, pero nadie lo olvidará.

-Seguirá haciendo daño a quien tenga la desgracia de toparse con él en su camino y no tenga medios para defenderse –la vio estremecerse y ya no pudo contenerse más.

-No volverá a acercarse a ti o a Melissa –la abrazó–. Te lo juro.

-No hagas promesas que no puedes cumplir, Joyce –lo miró con pena–. No...

-Sí que puedo –la interrumpió–. No permitiré que nadie intente haceros daño nunca más. Y tampoco permitiré que te alejes de mí. No más excusas, no más condiciones.

-Ya he dicho que no voy a cambiar de opinión, Joyce –se alejó de él–. O todo o nada.

-Lo sé y lo acepto.

-¿Lo aceptas? –lo miró con curiosidad.

-Y lo asumo –asintió–, pero tengo una nueva propuesta para ti.

-Joyce, no voy a...

-Cásate conmigo –la interrumpió una vez más.

-¿Qué?

-Cásate conmigo –repitió.

-¿A qué viene eso, Joyce? –endureció el gesto y cruzó los brazos en su pecho–. Si es una nueva treta para meterme en tu cama, te diré que estás yendo demasiado lejos.

-Lo digo muy en serio, Mandy –se acercó a ella y le sujetó la cara con ambas manos para que lo mirase a los ojos–. Por un momento creí que te perdería para siempre. Cuando te vi sana y salva, lo comprendí todo.

-¿Qué? –temía escuchar la respuesta casi tanto como hacer la pregunta.

-Me he enamorado de ti, Amanda Davies. Ya no te quiero en mi cama si no llevas un anillo en tu dedo primero. Te quiero a tiempo completo en mi vida y en todos los aspectos en que una mujer y un hombre pueden estar juntos.

-Joyce –apartó las lágrimas con un rápido pestañeo–, si esto es una broma, te diré que es de muy mal gusto.

-Nunca en mi vida he hablado tan en serio, Mandy. Te lo juro.

Y antes de que pudiese objetar algo más, la besó. De la manera en que un hombre enamorado besa a la mujer de su vida. Le demostró sin palabras, todo lo que sentía por ella. Amanda no tuvo la menor duda de que le había dicho la verdad cuando sintió la necesidad, el miedo y la ilusión en sus labios. Joyce la amaba y ella era la mujer más dichosa del mundo por segunda vez en su vida.

Esa noche compartieron la cama una vez más, pero todo fue muy diferente a como sucedió en la primera ocasión. Se dijeron muchas cosas sin pronunciar palabra y se demostraron lo que sentían con hechos. Y se durmieron felices y satisfechos, hasta que el amanecer los descubrió al uno en brazos del otro.

# Epílogo

## Seis meses más tarde

El duque de Norfolk había decidido desaparecer de Londres una larga temporada después de su puesta en libertad y se había embarcado en un viaje a las Américas, con la excusa de visitar a posibles socios para sus negocios. Apenas se hablaba ya de ese escándalo en el que se había visto envuelto y para cuando se decidiese a regresar, nadie lo recordaría. Joyce, sin embargo, le había dejado claro antes de que embarcase, que se encargaría personalmente de remover las cenizas si no se mantenía lejos de ellos una vez decidiese volver a Londres.

Un par de semanas después de su rescate, Joyce organizó una cena en su mansión para anunciar el compromiso de Jason con su sobrina. Ellos habrían querido hacerlo mucho antes, pero él prefirió darles un tiempo para recuperarse del susto. Aquella sería una noche estresante para los prometidos y no quería que su sobrina se resintiese, pues todavía saltaba si te acercabas a ella con sigilo.

Después de aquella noche, les llovieron las invitaciones. Otra de las razones por las que quiso esperar para hacerlo oficial. Desde aquel momento, apenas tuvieron libre ninguna noche hasta el final de la temporada.

Le habría gustado anunciar su compromiso con Amanda igual de rápido, pero ella se negó a quitarles el protagonismo. Tuvo que esperar un mes para poder hacerlo oficial y fingir que solo eran amigos delante de todos le costó toneladas de paciencia. Sin embargo, mereció la pena pasar por ello, porque Amanda supo compensarle cada noche hasta el día del anuncio.

Joyce había insistido en que Melissa era demasiado joven para casarse, pero

esta le había demostrado que había heredado su tozudez y se salió con la suya después de una dura negociación. Seis meses, había durado su compromiso. Seis meses que a él se le hicieron cortos y a ella demasiado largos. Seis meses en que Amanda y Melissa los volvieron locos con los preparativos de la que sería la boda más esperada del año.

-Melissa está preciosa –le dijo Amanda en un susurro mientras los veían entrar en el gran salón donde se celebraba el convite.

-No más de lo que lo estarás tú cuando sea tu turno –le susurró él de vuelta.

-No quiero una boda multitudinaria, Joyce –le advirtió–. Ya he tenido una boda de ensueño de la que apenas recuerdo nada, salvo las ganas de vomitar y de huir de allí. No voy a consentir que me ocurra lo mismo en la nuestra. Esta quiero disfrutarla. Y no pienso vestirme de blanco como si fuese una novia virgen. No soy ninguna hipócrita.

-Soy el duque de Castlemaine –la miró divertido–. Un soltero de oro cazado al fin por una mujer. Esperarán que invitemos a la flor y nata de la sociedad a nuestros esponsales.

-Pues entonces tendrás que casarte con otra mujer, Joyce –le respondió.

-Tal vez deba –sonrió cuando recibió el golpe que esperaba en su brazo.

-Le arruinaría la boda, lord Castlemaine.

-Si tú no fueses la novia, Mandy –le susurró al oído–, ya estaría totalmente arruinada.

Y aunque no fuese correcto besar en público a su prometida, Joyce lo hizo igualmente.

-Escapémonos –le dijo después de soltarla.

-Es la boda de Mel y Jason, Joyce –lo miró escandalizada– ¿Qué clase de tío abandona a su sobrina en el día más importante de su vida?

-No me refiero a hoy, Mandy. Me refiero a mañana o pasado. O dentro de una semana. Tú decides cuando.

-Aunque me tienta la idea, no podemos irnos sin más, cuando nos apetezca, hasta que estemos casados.

-Creo que no me estás entendiendo, querida –rascó su barbilla, lo que hizo reír a Amanda.

-Pues explícate, querido.

-Escapémonos a Escocia el día que tú decidas, Mandy –sus ojos se abrieron a la par que su boca cuando entendió a qué se refería.

-¿Joyce, estás hablando de ir a Gretna Green? –le preguntó en un susurro para que nadie más la escuchase

-¿No te gusta la idea? –le sonrió–. Podríamos pasar la noche de bodas en la casa de tus padres. Incluso podríamos quedarnos allí tanto tiempo como quieras. Jason y Melissa se irán de viaje de novios en dos días y podríamos aprovechar para huir y tener nuestra propia aventura lejos de Londres.

-No podría casarme sin estar ellos presentes, Joyce –negó–. Son la única familia que tenemos.

-De acuerdo –cuanto más hablaba sobre ello, más le apetecía hacerlo–. Iremos a Gretna Green mañana. Sé que Melissa está deseando regresar a Escocia y podrían aprovechar esos dos días para conocerla un poco, aunque eso suponga compartir la casa con ellos un par de días.

-Hablas en serio –lo miró con verdadera sorpresa.

-Por supuesto –la seguridad en su afirmación no dejó lugar a dudas. Tal vez había empezado como una pequeña broma, pero ahora estaba dispuesto a llevársela a Gretna Green para hacerla su esposa ese mismo día si ella consentía.

-Prefiero mil veces escaparme contigo a Escocia –dijo después de pensar en ello– y tener una ceremonia íntima, que casarnos aquí dentro de seis meses, delante de una multitud a la que lo único que le importa es saber si mi vestido está a la altura de las circunstancias. Solo necesito a mi familia a mi lado. Y ser tu esposa será el regalo de bodas perfecto para mí. Escapémonos.

-¿Te he dicho ya que te amo?

-Nunca lo suficiente –le sonrió.

-Te amo, Mandy.

-Y yo a ti, Joyce.